

Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
Tesis de doctorado en Sociología
*Sociopsicología de la dimensión política en la
subjetividad femenina. Un abordaje desde
la perspectiva de género*

Mirta Leticia Arbetman Piker



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Comité Tutorial

Tutor Principal: Dr. Ricardo Pozas Horcasitas

Dra. Graciela Hierro Pérez Castro

Dra. Nora Rabotnikof Maskiuker

Dra. Judit Bokser Misses

Dra. Gina Zabludovsky Kuper

Dra. Norma Patricia Corres Ayala

Dr. Fernando Castaños Zuno

I

A Miguel, mi esposo

II

A la memoria de mis padres

A la memoria de mi Maestra, la Dra. Marie Langer

Agradecimientos

A mis dos patrias:

a Argentina, país donde nací y viví mis primeros treinta y tres años, y porque es la tierra de una

a México, porque me recibió y me dio la oportunidad de seguir creyendo y seguir creciendo

A la Universidad Nacional Autónoma de México por regalarme la maravillosa posibilidad de volver a ser universitaria

A mis pacientes mujeres porque confiaron en mí y me brindaron la alternativa de transitar juntas un camino de dolor, pero también de satisfacciones

A mi amiga, la Maestra Celia Baldatti, por su apoyo y su afecto siempre presentes

A mi Comité Tutorial, integrado por el Dr. Ricardo Pozas Horcasitas, la Dra. Graciela Hierro y la Dra. Nora Rabotnikof por sus siempre pertinentes y agudos comentarios, enfocados a una aportación real y desinteresada.

Al Comité de Lectura, integrado por la Dra. Patricia Corres Ayala, cuyas intervenciones siempre conllevan una visión humanamente cálida de la Psicología; por la Dra. Gina Zabludovsky, cuya inteligente y seria lectura del material enriqueció mi trabajo; por el Dr. Fernando Castaños Zuno, cuyo profesionalismo me brindó un apoyo muy útil; y por la Dra. Judit Bokser, quien, a pesar de sus múltiples compromisos y tareas, encontró tiempo para dedicar a la lectura de mi trabajo.

A mis compañeras del Seminario del Dr. Pozas por sus generosos y sagaces comentarios: Lic. Isabel Salazar, Lic. Marianna Jaramillo, Mtra. Judith Herrera, Mtra. Julia Palacios y Mtra. Déborah Roitman, a quien agradezco enormemente su cuidadosa lectura. Pero para la Mtra. Citlali Balcárcel, cuya afectuosa colaboración me facilitó muchos caminos, va mi cariñosa y especial gratitud.

A todo el personal, sin excepción, que labora en la Unidad de Posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales por su incondicional y siempre generoso apoyo: a las Sras. Rosita, Vicky, Patty, Luchita, Juanita, Tere, Magdalena, Grisel, a la Sra. Trini y a la Sra. Rosita, quienes desde la sede alterna de Ortega 14 no cesaron de darme su afectuosa ayuda, a la Lic. Estela Núñez, al Lic. Jaime Reyes, a la Maestra Gloria Luz Alejandre, al Maestro Felipe Pozo, a Roberto Luna y a Víctor López, a la Lic. Olguita Ramírez, a Iraís, a los coordinadores de las Orientaciones, Dres. Alfredo Andrade, Dra. Alejandra Salas, Dra. Susana González Reyna, Maestro Roberto Moreno,

Maestro Artemio Abarca, a la Maestra Laurita Hernández, de la Secretaría Académica.

Muy especial reconocimiento al Maestro Carlos Hernández Alcántara de la Secretaría de Servicios Escolares, por su solidaridad y eficacia.

A la Sra. Blanca Beltrán, asistente del Dr. Pozas, del Instituto de Investigaciones Sociales, por su constante y amable apoyo

A la Sra. Lourdes Mendoza, asistente de la Dra. Graciela Hierro, en el PUEG, por su desinteresada solidaridad

Y mi reconocimiento especial a personas cuyo afecto, de una u otra manera, hizo posible mi arribo a este punto:

Mi familia: Miguel, mi esposo, y mis hijos, Graciela, Pablo y Laura, y mi yerno, Hervé, por su amoroso apoyo, su constante comprensión y su ilimitada paciencia

Mi tutor principal, por su confianza y entusiasmo en mi proyecto, pero, sobre todo, por ser una persona cuya generosidad, bondad e inteligencia le permiten transitar con elegancia y solidez el camino de la Academia

La Dra. Judit Bokser Misses de Liwerant, Jefa del Programa del Posgrado, por su generosa e inteligente actitud para dar cobijo y verdadero apoyo a quienes sustentamos proyectos interdisciplinarios

Indice

Dedicatorias.....	I
Agradecimientos.....	III
Indice.....	V
Resumen.....	VI
Summary.....	VII
Resumé.....	VIII
Introducción.....	pag. 1
Capítulo I: Una aproximación sociopsicológica a la subjetividad de las mujeres. El psicoanálisis, el feminismo y la teoría de género.....	pag. 6
Capítulo II: Poder y Subjetividad.....	pag. 30
Capítulo III: El poder, el empoderamiento y el dinero. Dos estudios de caso de dinero obtenido a través de la herencia.....	pag. 54
Capítulo IV: El poder, el empoderamiento y el dinero. Dos estudios de caso de dinero obtenido a través del trabajo.....	pag. 85
Capítulo V: El poder, el empoderamiento y el estudio. Dos estudios de caso	pag.118
Conclusiones.....	pag. 143
Bibliografía.....	pag. 205

RESUMEN

Esta investigación se ocupa de las relaciones sociales de poder y su impacto en la subjetividad de las mujeres. El concepto de poder fue discutido desde la filosofía política de Foucault, en la que el poder es siempre relacional, y la subjetividad desde el psicoanálisis, más precisamente desde la corriente de Deleuze y Guattari quienes consideran que la subjetividad está en un permanente proceso de estructuración y reestructuración. Las categorías a través de las cuales se abordó el estudio de la subjetividad fueron: deseo, identificación, narcisismo, superyo. Desde los estudios feministas, y con los aportes de la teoría del género, arribamos al concepto de empoderamiento, entendido como el ejercicio de un poder autónomo, para el propio desarrollo del sujeto, sin detrimento alguno para los demás. Para comprender el interjuego entre la subjetividad femenina y las pautas de dominación social en una cultura patriarcal como la del México metropolitano moderno, se utilizó un modelo operativo denominado Modo de Organización Social. Se tomaron particularmente en cuenta los imaginarios sociales y cuatro instituciones intermedias: familia, escuela, trabajo y medios.

Para mostrar el funcionamiento del modelo de análisis propuesto, se describen seis estudios de caso, en los que se analizan los cambios psicosociales llevados a cabo por las mujeres de dicha casuística, cinco de las cuales logran empoderarse. Para lograr dichas conductas empoderadas se analizó la relación de las sujetos con el dinero, obtenido por herencia y por trabajo remunerado, y con el estudio.

Palabras clave: subjetividad femenina, empoderamiento, género, poder

RESUMÉ

L'objectif de cette enquête est d'étudier l'impact des relations sociales de pouvoir sur la subjectivité féminine. Le concept de pouvoir a été abordé du point de vue de la philosophie politique de Foucault. Pour lui, le pouvoir est toujours relationnel. La subjectivité a été étudiée avec la psychanalyse, plus précisément selon l'approche de Deleuze et Guattari, qui considèrent que l'inconscient suit un processus de structuration et restructuration permanent. La subjectivité a été analysée en utilisant quatre catégories principales: désir, identification, narcissisme et Surmoi. J'ai pris du féminisme, particulièrement des théories du genre, le concept d'*empowerment*. On comprend cette notion comme l'exercice autonome du pouvoir, orienté vers le développement du sujet, sans être nuisible pour les autres. Pour comprendre l'interface entre la subjectivité féminine et les règles de domination sociale, on a utilisé un modèle qui s'appelle Mode d'Organisation Social. J'ai pris les imaginaires sociaux en même temps que quatre institutions intermédiaires : la famille, l'école, le travail et les médias.

Pour montrer le fonctionnement du modèle d'analyse proposé, on a décrit six études de cas, dont j'ai abordé les changements psychosociaux subis par les femmes de ma casuistique. Il faut souligner que cinq d'entre elles ont réussi cet *empowerment*. J'ai étudié les rapports entre les femmes enquêtées et l'argent, soit obtenu par héritage ou par travail, et le rapport avec le fait d'étudier.

SUMMARY

The subject of this research is the relationship between social organisation and women's mind. The concept of power was discussed according to Foucault's political philosophy. He thought that power is always a relational fact. Mind is understood according to Deleuze and Guattari approach to psychoanalysis. They consider that mental structure is in a permanent process of transformation. The study of this structure was performed taking into account four categories: desire, identification, narcissism and Super Ego. I have taken the concept of empowerment from feminist researches, particularly those about gender. I understand this concept as an autonomous power, in order of one's own development, without damaging anybody else. In order to understand the links between feminine mind and social domination patterns in modern metropolitan Mexico's culture I have used an operational model, the Social Organisation Mode. I have particularly taken into account the social imageries and four intermediary institutions: family, school, work and media. In order to show my model in action, six case studies are described. I analyse the psychosocial changes carried out by the women of my casuistic; five out of the six have got the empowerment. It is discussed the impact on those women's minds produced by inherited income, by the fact of being working women and by the fact of having university degrees.

Keywords: empowerment, gender, women's mind, social organisation

Introducción

Uno de los temas que más polémica ha suscitado y suscita aún en nuestros días, en las ciencias sociales, es el de la subjetividad y su relación con la sociedad y la cultura en las que emerge. Hay posiciones absolutas y excluyentes. Para algunos el acento está puesto en lo individual, psicológico, único (como en el caso del psicoanálisis tradicional) y niegan o secundarizan la importancia de lo social. Otras posturas enfatizan la incidencia de lo social en la estructuración de la subjetividad y anulan prácticamente cualquier signo que denote lo personal o único del sujeto.

A lo largo de los treinta y siete años de mi práctica como psicóloga clínica que hace psicoterapia psicoanalítica, el tema de la búsqueda de puentes que relacionen lo individual con lo social en la producción de la subjetividad ha estado siempre presente. Dicha búsqueda se dio en mí no solamente como una inquietud en tanto científica social, sino también como parte del género femenino. Hay interrogantes que han estado, y están aún hoy, presentes todo el tiempo, en mi condición de mujer, perteneciente primero a una cultura, la argentina, del Buenos Aires de los años cincuenta y sesenta y la primera mitad de los setenta, y luego, con mi llegada a México, en la adaptación y adscripción a esta nueva cultura, para mí, del México metropolitano de fines de los setenta hasta el actual 2003. Dichos interrogantes se repiten una y otra vez, en el contacto con la realidad de las mujeres que trato.

¿Cuáles son esos interrogantes?

¿Hay un deseo de sometimiento en las mujeres?

¿Cómo se adueña una mujer de sí misma?

¿A quién hay que pedirle permiso para asumir la propiedad de una misma? ¿A quién se le compra el título de propiedad de una misma?

¿Cómo puede una persona, en este caso, la mujer, modificar una posición de sujeto devaluado y de enorme sujeción a las normas de una sociedad que la estigmatiza como ciudadana de segunda, con menos o nulo poder, junto a los hombres que mandan?

¿Cómo puede cambiar en el interior de su subjetividad y lograr pasar de una vivencia de miedo, inseguridad y devaluación, a una vivencia de recuperación de su autoestima, de confianza en sus capacidades?

¿Cuándo se siente capaz de asumir la conducción de su propia vida?

¿Cómo puede hacerse este proceso de resignificación de la propia realidad?

En mi trabajo subrayo la importancia del juego de lo sociocultural en la formación de la personalidad del individuo y, por ende, en la estructuración de su subjetividad, sin por ello desdeñar el importante peso que tiene en dicho proceso el componente individual. El meridiano central de mi investigación es ver qué pasa con la subjetividad, no de todos los humanos, sino del género femenino, en relación a los mecanismos de sujeción al poder patriarcal. Pero no me ocupo de todo el género femenino, sino de un pequeño sector social que he elegido para ilustrar el modelo de análisis que propongo. Por consiguiente, la unidad de análisis no es el estudio de los mecanismos más globales del poder, ni tampoco los vericuetos más profundos del inconsciente de los casos que estudio. La unidad de análisis es la interrelación entre lo social y lo individual, circunscripta a aquellos aspectos que hacen a la conformación subjetiva en relación al poder entre los géneros.

Dicho en otras palabras, mi propósito es estudiar, en un universo reducido, cómo se estructuran los mecanismos conscientes e inconscientes de las mujeres de mi casuística, a los efectos de aceptar condiciones de sometimiento, injusticia e inferioridad que contrarían principios elementales de equidad. Y, también, cómo se producen los cambios necesarios para que esas mismas mujeres puedan acceder a posiciones de autonomía e igualdad intergenérica.

Esta tesis no es una investigación estrictamente sociológica, ni politológica, ni psicoanalítica. Es una investigación que se ubica en el terreno de la interdisciplinariedad. En ese sentido rescato dos elementos sustentados por los científicos sociales, por demás importantes desde mi óptica como psicóloga clínica : el valor del *contexto* y la noción de *hibridación*.

Actualmente la mayoría de los científicos sociales trata de aproximarse de la manera más cercana a la realidad, bajo el reconocimiento de que siempre serán “aproximaciones”¹. Para ellos estos campos de estudio pertenecen a una fenomenología histórica: son objetos construidos según un *contexto*, que es el que les da sentido y significado. Estos hechos sociales, que son el objeto de estudio, tienen una explicación y una significación². Y ambas funciones las da el contexto, es decir, el entorno en el que se produce el hecho social. Para los científicos sociales resulta a veces muy difícil delimitar los márgenes dentro de los cuales se da el fenómeno que se va a estudiar. La multiplicidad de las

¹ LINDON ,Alicia: *Acerca de los desafíos metodológicos para las ciencias sociales*. Mimeo repartido en el Seminario coordinado por el Dr. Gilberto Giménez Montiel, UNAM, Fac. de Ciencias Políticas y Sociales. 2000

² WEBER, Max: *Sobre la teoría de las ciencias sociales*. Futura, Buenos Aires, 1976

relaciones sociales hace que un mismo objeto de estudio sea del interés de varios y diferentes científicos sociales: el sociólogo, el psicólogo social, el antropólogo, el comunicador, etc. De allí que cada día se vuelva más necesario trabajar en los márgenes, es decir, en la zona en que una disciplina “toca” los campos de otras disciplinas vecinas, ya que las relaciones sociales revisten una rica y gran pluralidad. Y sus elementos de causalidad rebasan las respuestas omnicomprensivas. Un objeto de estudio se vuelve objeto cada vez más compartido y a este proceso se le denomina *hibridación*³.

Debido a los desarrollos científicos y tecnológicos, las aproximaciones a la realidad de lo que observamos se vuelven enfoques más restringidos y debemos acudir al auxilio de otros científicos sociales⁴. Y es por ello que aparece un movimiento que insiste, con una fuerza que se acrecienta, en la necesidad de que un científico social conozca algo más allá de su especialidad: el acercarnos al quehacer de otros colegas, el incorporar herramientas que provienen de otros campos de investigación, el reformular constantemente nuestras hipótesis y conceptos, no solamente no nos descalifica, sino que nos enriquece con los aportes y puntos de vista que provienen de los estudiosos del mismo contexto, pero desde perspectivas diferentes.⁵

Y el que podamos abordar un mismo fenómeno social desde diferentes perspectivas es una realidad natural. Es decir, la naturaleza de nuestros objetos de estudio implica una pluralidad de abordajes posibles porque habitualmente son recortes amplios de realidades muy complejas. Metafóricamente, se trata de un objeto inagotable⁶.

Mi posición como terapeuta es la de incluir las otras perspectivas desde lo social, para poder interpretar el fenómeno clínico con una óptica lo más abarcativa posible.

De los niveles sociológicos tomo sólo algunos conceptos que estimo centrales a los fines de este trabajo: la familia, el género, las relaciones entre los géneros, la ideología, las instituciones, los imaginarios institucionales, el trabajo, el estudio, los medios masivos de comunicación. Y para el análisis de todos estos conceptos mencionados, utilizo una forma particular de recorte de la estructura social que se denomina modo de organización social.

³ MATTEI, Dogan y Robert Phare, . *L'innovation dans les sciences sociales*. PUF.Paris. 1991

⁴ DERRIDA, Jacques: *Deconstrucción y pragmatismo*. Paidós. Buenos Aires. 1988

⁵ PASSERON, Jean-Claude. *Le raisonnement sociologique. L'espace non-popperien du raisonnement naturel*. Nathan Paris,1991

⁶ BOUDON, Raymond (Dir): *Traité de sociologie*, Paris, PUF, 1984

Del nivel político sólo utilizo algunos aportes para comprender el ámbito del micropoder, esencialmente los enunciados por Michel Foucault.

Para el abordaje de la subjetividad me remito a algunos términos teóricos del psicoanálisis: narcisismo, identificación, identidad, superyo, defensas. Y los incluyo desde una corriente del pensamiento psicoanalítico: específicamente desde las aportaciones de Gilles Deleuze y Felix Guattari.

También incorporo otras perspectivas como, por ejemplo, algunas que provienen del feminismo y de la teoría de género.

Sin duda, muchos sociólogos, politólogos y psicoanalistas señalarán, no sin razón, que he dejado de lado aportes fundamentales de sus disciplinas. El recorte que he llevado a cabo no es de tipo valorativo, sino operativo, a los efectos de dar cuenta de los procesos que constituyen el eje central de mi investigación.

La construcción de los datos la hice a partir de mi experiencia clínica como psicoanalista y psicoterapeuta. Pero, insisto, ésta no es una tesis de psicoanálisis ni de psicoterapia. Es una tesis de sociopsicología. Es mi visión actual de la unidad de análisis anteriormente citada, visión que culmina todo mi tiempo de experiencia clínica y varios trabajos de campo con otras aproximaciones. Por consiguiente, hay muchos temas de aquellas disciplinas que han sido extensamente tratados por los especialistas respectivos, que no incorporo a mi tesis. Por ejemplo, en los estudios de caso, no abordo el trabajo terapéutico específico sino en aquellos aspectos que sirvan para ilustrar los fenómenos que analizo teóricamente, ni incluyo el impacto que mi propia historia personal y social tiene en mi aproximación, tema profundamente abordado en los últimos cincuenta años por todos los estudiosos de la contratransferencia, y, posteriormente, por los institucionalistas, con el concepto de implicación, más abarcativo que contratransferencia.

Tampoco es una tesis estadística. Las mujeres que constituyeron mi universo de estudio no han sido seleccionadas con una metodología de muestreo al azar que garantice su representatividad, y las conclusiones que surgen de su estudio no pretendo extenderlas a las demás sujetos de su sector social ni, mucho menos, a la totalidad de las mujeres. ¿Para qué incluyo, entonces, seis estudios de caso, y les doy tanto espacio? Porque creo que muestran mi modelo de análisis. En otros términos, los estudios de caso no comprueban el modelo, sino que ponen en evidencia su funcionamiento, y

sirven para esclarecer, a través del ejemplo, los abordajes teóricos que estoy proponiendo.

¿Qué constituye entonces la especificidad de mi investigación? La propuesta de un modelo de análisis para integrar en un marco referencial y operativo las relaciones entre lo social y lo subjetivo, referido a un conjunto muy específico de relaciones sociales: las de género, más estrictamente, las relaciones de poder entre los géneros en un sector muy acotado de la sociedad. Y cómo dichas relaciones de poder, su gestación, su alcance, su asunción y su renuncia, en otras palabras, cómo todas estas diferentes facetas del fenómeno “poder”, se reflejan en la estructuración de la subjetividad de las mujeres, en el México metropolitano contemporáneo.

Capítulo I

Una aproximación sociopsicológica a la subjetividad de las mujeres. El psicoanálisis, el feminismo y la teoría de género

Desde muy diversas aproximaciones etnológicas y sociológicas, la subjetividad ha sido considerada como la expresión individual resultado de formar parte de un colectivo de pertenencia. Esto es, que por el sólo hecho de formar parte de una unidad social (clase, etnia, grupo religioso, etc.) los integrantes comparten lo fundamental de la forma de pensar, sentir y actuar de la misma.

La subjetividad

En esta investigación, la manera en que cada ser humano estructura una idea, una concepción de sí mismo, y del mundo que lo rodea la llamaré *subjetividad*. Dicha estructuración se produce como resultado de la síntesis de la evolución personal del sujeto, en nuestro caso de las mujeres, y de su inserción en un determinado grupo social.

El desarrollo de la subjetividad femenina adquiere connotaciones específicas no solamente por su mundo interno, sino por las influencias de la cultura de la sociedad a la que pertenece la mujer. En una sociedad patriarcal como la nuestra dichas influencias varían según el grupo social en que la persona está inserta. El propósito de esta investigación es estudiar la relación que existe entre la organización socio-política y la subjetividad femenina, desde una perspectiva de género, en el México urbano contemporáneo.

Desde otras aproximaciones de las ciencias sociales el concepto de subjetividad puede analogarse al de identidad social.

El poder

Privilegio la dimensión política, es decir, el *poder*, tanto en su *nivel macro*, como en su *nivel micro*, en tanto ambos niveles adquieren rasgos específicos en el caso de la mujer debido a que su condición de subordinación marca su subjetividad así como su experiencia. De manera esquemática, y con

el propósito de una primera definición, el *nivel macro se refiere al poder a nivel global en la sociedad, y de las instituciones* directamente conectadas con dicho nivel. *La micro política se refiere al poder de pequeños grupos.*

Concepto de MOS

Tomo como modelo de análisis el concepto *Modo de Organización Social (MOS)*, creado y aplicado en investigaciones anteriores.¹ La inserción de la mujer se realiza dentro de un determinado grupo social que conlleva una modalidad específica de organización que incluye aspectos económicos, demográficos, ideológico-culturales y dinámico-grupales.

Entre los *económicos* considero el México globalizado actual con una sociedad capitalista que imprime un sello a toda actividad. Y desde esa perspectiva incluyo el tipo de actividad que cada mujer de mi casuística tiene, sea laboral extradoméstica o trabajo doméstico, en tanto actividad remunerada o no, y cómo todo ello incide en su subjetividad.

Los aspectos *demográficos* toman en cuenta ciertas características de la población de la ciudad de México, lugar al que pertenece la mayoría de las mujeres de mi casuística, tales como las migraciones y/o la estabilidad de los grupos sociales de pertenencia de estas mujeres, sobre todo el familiar. Y se incluyen otros aspectos relacionados con dichas mujeres, como la fecundidad, el número de hijos, el ciclo vital y también la etnia y el origen de cada una.

En el apartado de las dimensiones *ideológico-culturales* inscribo al conjunto de conocimientos y creencias acerca de sí mismas y de su mundo circundante dado por el grupo social al que pertenecen estas mujeres. Dicho grupo está atravesado por la ideología de los grupos gobernantes y es un elemento complementario de los mecanismos de dominación. En este mismo enfoque tomo en cuenta el nivel educativo de cada una de las personas consideradas.

Dentro de las *dinámico-grupales* considero a las familias, grupos e instituciones que, a través de los roles y vínculos, van conformando la personalidad de la mujer y estructurando una determinada subjetividad. La comunicación, como proceso a través del cual los individuos transmiten información y provocan mutuas transformaciones, entra también dentro de los aspectos dinámico-grupales.

¹ MATRAJT, Miguel: *Las enfermedades mentales en la República Mexicana*, México, Taller Abierto, 1987

Hipótesis central

La *hipótesis central* de esta investigación sostiene que a partir de los diferentes espacios de organización social (MOS) se producen las distintas estructuraciones de la subjetividad femenina y se determinan en ella diversas formas de conciencia y sujeción social al poder, que pueden representar un cierto grado de alienación social. Existen elementos como el estudio, el trabajo, etc. que permiten crear condiciones para que la mujer tome mayor conciencia de su situación y de la dominación a la que está sujeta y pueda liberarse para acceder a un menor grado de alienación social, esto es a una mayor salud mental. Dicha situación nueva se va a dar como resultado de cambios en la subjetividad que se traducirán en una nueva identidad lo cual le permitirá a la mujer asumir una conducta autónoma y de desarrollo personal que se denomina *empoderamiento*.

Dicho de otra manera, estudio desde el psicoanálisis como teoría de la subjetividad, tanto el registro psíquico de estos factores macro y micro sociales, como los mecanismos individuales de conformidad, de resistencia y cambio. En otros términos, analizo no sólo las formas de producción social de la subjetividad, sino también la versión individual activa, y no siempre carente de contradicciones, que hace que cada personalidad sea una experiencia inédita e irrepetible de procesamiento y transformación de esas influencias, en especial en relación con las dos dimensiones de lo político señaladas al comienzo de este escrito. Y todo este abordaje se realiza desde la perspectiva de género. Es decir, cómo interjuegan los imaginarios sociales, la micropolítica a nivel familiar y la subjetividad femenina en los diversos sectores de población y cuál es la resultante en la constitución y asunción de la posición de la mujer dentro del grupo de origen o en posteriores grupos de pertenencia .

Estudio, entonces, la subjetividad femenina principalmente desde el enfoque del psicoanálisis y desde las teorías feministas, pero considerando los diversos aspectos de los modos de organización social en cada caso.

En esta investigación me ocupo de mujeres que pertenecen a grupos de clase media – media, y media – alta, que viven en la ciudad de México, aunque algunas provienen de otras ciudades, capitales de estados de la República Mexicana. Hago un recorte que me lleva a considerar a las integrantes de este universo en un micronivel, el de sus grupos originales de

pertenencia, tomando en cuenta a la familia como primer gran espacio de la socialización.

El psicoanálisis de Freud.

Los fenómenos sociales y las manifestaciones psicológicas han sido abordados desde diferentes perspectivas. A fines del siglo XIX, dentro de un contexto pautado por las ciencias exactas, surge una nueva disciplina: el psicoanálisis. A pesar de que Freud², su iniciador, era médico especializado en Neurología, el psicoanálisis fue recibido con prejuicios y resistencias, por lo “novedoso” y poco “controlable” de su metodología. Sin embargo, precisamente por provenir del campo de la Medicina, Freud no fue tan cuestionado, aunque buena parte de la comunidad científica austríaca y de otros países europeos consideraron sus teorías como “de brujería”, satánicas, mágicas, contrarias al espíritu de la Iglesia, etc., sobre todo en lo referente al desarrollo de la personalidad según los parámetros de la evolución psicosexual. Y se opusieron a él y al ejercicio de su disciplina. Pero a pesar de sus detractores, el psicoanálisis continuó su desarrollo, y desde mi perspectiva es hoy uno de los abordajes más adecuados y más rigurosos para entender el comportamiento del ser humano.

Freud crea una disciplina de lo psíquico totalmente nueva, que denomina psicoanálisis. Lo más novedoso es el descubrimiento de una serie de fenómenos determinantes del psiquismo que son totalmente desconocidos e inaccesibles a la conciencia y la voluntad de los sujetos, porque están mantenidos a *nivel inconciente* por efectos de una estructura activa que se llama *represión*. Esta fuerza que censura distingue radicalmente el concepto freudiano de lo no conciente de los conceptos manejados por otras psicologías, como la de Wundt, y que hablan de un subconciente. A este objeto epistémico novedoso lo llama *inconciente*, que pasa a ser el objeto teórico de conocimiento de esta ciencia. Pero como su creador quiere dar a su disciplina el máximo estatus de científicidad, procura establecer puentes y semejanzas con las ciencias duras más prestigiadas de su época, esto es la biología y la física. Con ese objetivo establece que sus hallazgos, como las constantes biométricas o la fuerza de la gravedad, corresponden a fenómenos universales (es decir, que se dan en todos los seres humanos), y son totalmente independientes de tiempo y espacio. O sea, son a-sociales y a-históricos. Es así que postula que muchas de las características que descubre, como el

² FREUD, Sigmund: *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1963. Las citas que haga de los textos de Freud serán tomadas de esta edición.

complejo de Edipo, han sido incorporadas al conjunto de información genética, y que las pulsiones son expresión de fenómenos biológicos de tipo hormonal que algún día serían descubiertos por los biólogos.

En otro orden de cosas, en tanto sostiene la estricta materialidad de los procesos psíquicos (los diferencia del “alma” de los metafísicos), debe señalar la existencia de una energía que los motoriza (como la física había descubierto en todos los fenómenos), y procura conceptualizar esa energía (aunque fuese sólo una especulación, ya que no había forma de identificarla ni medirla) en términos de ciertas leyes de la Física.

Resulta evidente que la disciplina que Freud creó tiene fuertes influencias de lo biológico. Lo psíquico es tanto una expresión de fuerzas de tipo biológico, como de las estructuras que se van constituyendo al desarrollarse dichas fuerzas en la primera infancia. Tales estructuras son también producto de las relaciones intersubjetivas con los otros más significativos de esa etapa de la evolución, esto es, la familia.

La subjetividad, en Freud, se constituye a partir de un núcleo fundante que surge en la primera infancia (primeros cinco años de vida, hasta la resolución del complejo de Edipo), y lo que viene luego son repeticiones de ese modelo inconciente.

Al definir el concepto de *subjetividad* señalé que ésta *es el conjunto de representaciones que un sujeto tiene de sí mismo y del mundo circundante*. El gran aporte de Freud fue el descubrimiento de importantes aspectos en esa estructuración que no se conocían porque corresponden al mundo de lo inconciente.

En Freud la sociedad aparece más como una suma de individuos, y debe ser entendida como la expresión del colectivo de los mismos. Llega a afirmar, incluso, que la cultura es una consecuencia del complejo de Edipo, y no al revés. Para el creador del psicoanálisis, lo social tiene poca influencia en la constitución de la subjetividad, y en todo caso, casi exclusivamente a través de la transmisión de la ideología que realizan los progenitores. Para él, el *superyo* (instancia normativa de la personalidad) se configura a partir de la culminación del complejo de Edipo (alrededor de los cinco a seis años de edad). En sus escritos posteriores a 1932 flexibiliza ligeramente la posición al ampliar la influencia de lo social, transmitida a través de maestros, escuelas, instituciones, etc, en la transformación ulterior del superyo.

Las posteriores investigaciones psicoanalíticas han ampliado y cuestionado estos conceptos, como lo plantearé un poco más adelante.

El psicoanálisis freudiano considera, entonces, que el origen, el desarrollo y las principales determinaciones de la subjetividad ocurren en la primera infancia, y tienen como causas básicas las relaciones precoces entre el niño y su familia. La familia sería, pues, un puente entre la cultura de pertenencia y el niño, teniendo como función central representar los mandatos de la sociedad e inculcarlos al infante. Las relaciones entre el niño (y luego el adulto) y la sociedad serían posteriores y de adecuación mutua. Más exactamente, esta aproximación postula una contradicción básica, fundante del psiquismo y de las relaciones entre subjetividad y sociedad, entre tendencias innatas y exigencias sociales. En otras palabras, niño y sociedad son concebidos como entes diferentes, cada uno con sus reglas de constitución y desarrollo, y las relaciones serían fundamentalmente de contradicción. Más precisamente, como el sujeto tiende a la consecución de placer (principio de placer) debe postergar o renunciar a la obtención de dicho placer en muchas situaciones de convivencia con los demás sujetos (principio de realidad). De allí que la característica de esta relación sea de contradicción.

Pero además de las bases epistémicas más generales que he bosquejado someramente, Freud recibe el impacto de los prejuicios y la ideología de su tiempo, que incorpora a su teoría como si fuesen datos científicos incontestables. El ejemplo más significativo es su conceptualización de la subjetividad femenina y de las diferencias psíquicas entre hombre y mujer. Para Freud, esas diferencias no estaban determinadas por lo sociocultural, sino que eran inmanentes al ser hombre o ser mujer. Esta concepción no atribuía las diferencias encontradas en la observación de hombres y mujeres a la evolución histórica de las relaciones de dominación y estructuración de la cultura, sino a una distinción ontológica, de base biológica. De esta manera, el creador del psicoanálisis confunde la femineidad con la histeria, y considera que la posición de inferioridad social de la mujer era expresión de su inferioridad psicológica, inferioridad, a su vez, no determinada por su lugar social sino por factores intrapsíquicos. Es así que elabora conceptos tales como castración, envidia al pene, etc., que muestran claramente la infiltración de su ideología en la teoría.

Freud no cuestiona la marginación y la explotación femeninas. Pero existen aportes hechos por psicoanalistas feministas, como lo postula Juliet Mitchell³, quien, en *Psicoanálisis y Feminismo, Freud, Reich, Laing y las mujeres*, señala que “el análisis freudiano de la psicología de la mujer ...ocurre en un análisis del patriarcado”. Otro aporte importante en este sentido, es,

³ MITCHELL, Juliet: *Psicoanálisis y Feminismo, Freud, Reich, Laing y las mujeres*, Anagrama, Barcelona, 1976, pag 407

desde mi punto de vista, el de Germaine Greer, cuando dice que Freud se lamentó de su incapacidad para comprender a las mujeres, y cada vez fue más modesto en sus pronunciamientos acerca de ellas⁴.

La idea de Freud de postular estructuras del psiquismo que no estuviesen determinadas (solamente débilmente condicionadas) por el entorno social, va de la mano, es consecuencia, de la idea que mantuvieron todos los científicos acerca de que las ciencias formulan sus aseveraciones con prescindencia del entorno ideológico. Esta neutralidad ideológica de las ciencias es severamente cuestionada a partir de los años sesenta, y si bien estas tendencias a demostrar la importancia de lo social han llevado a extremos como el relativismo epistémico,⁵ actualmente se admite que en todos los casos, y particularmente en las ciencias sociales, el análisis del contexto sociocultural del descubrimiento es una necesidad insoslayable⁶ y ⁷.

Excede los objetivos de este escrito hacer un análisis de las influencias socioculturales en el psicoanálisis de Freud, pero, como ya lo he apuntado, estas influencias fueron determinantes en sus concepciones tocantes al género.

Entre los psicoanalistas suele haber una confusión conceptual entre neutralidad ideológica y reglas de abstinencia. La primera, la neutralidad ideológica, es una utopía inalcanzable en ninguna ciencia, y se refiere a la implicación (en el sentido que los institucionalistas⁸ dan a este concepto), esto es, al hecho de que el científico está atravesado por una serie de influencias por pertenecer a una sociedad, una capa de clase, un momento de la historia de la humanidad y de las disciplinas que lo influyen. La segunda, las reglas de abstinencia, se refieren a una serie de normas técnicas enunciadas por el propio Freud, necesarias para la práctica clínica del psicoanálisis, y que pautan las cosas que el psicoanalista no debe hacer ni decir porque perjudican el desarrollo de su quehacer.

Retomando algunas de las bases filosóficas y epistemológicas del psicoanálisis tradicional vemos que parte de una ontología del ser-en-la-falta-y-en-la-repetición, que toma y hace suyos los siguientes conceptos:

⁴ GREER, Germaine: . *El eunuco femenino*. MacGibbon & Kee, Londres, 1970

⁵ Relativismo epistémico: posición filosófica que pretende que la veracidad de una afirmación es relativa a un grupo social y/o un momento histórico. Fueron algunos seguidores de Thomas Kuhn y de Paul Feyerabend quienes llevaron estas posiciones a puntos extremos. Podemos mencionar a David Loor, Barry Barnes y Bruno Latour.

⁶ PIAGET, Jean y GARCÍA, Rolando: *Vers une logique des significations*, Murionde, Ginebra, 1987

⁷ PIAGET, Jean y GARCIA, Rolando: *Psicogenèse et histoire des sciences*, Flammarion, Paris, 1983

⁸ CASTEL, Robert: *El psicoanalismo*, Siglo XXI, México, 1980

- la subjetividad de los seres humanos es, esencialmente, idéntica para todos, independientemente de tiempo y espacio. Por consiguiente, es a-histórica y a-social. Desde esta posición, el punto de partida es una estructura inconciente infantil que se va a repetir toda la vida, y en la cual la influencia de lo social, en Freud, sólo tendrá la función de exagerar, atenuar, desencadenar o desviar hacia otros fines esa estructura infantil. El psiquismo sería, entonces, una estructura “conservadora” que tiende a repetir situaciones de la infancia y busca re-editar satisfacciones arcaicas reales o imaginarias.

- el pilar de esta perspectiva, al parecer, parte de las ideas de Platón, sobre *esencia, apariencia, copia*.⁹

Otros desarrollos en psicoanálisis

En un siglo de psicoanálisis se han desarrollado muchas variaciones, al punto que actualmente no podemos hablar de “el psicoanálisis”, sino de “los psicoanálisis”. Los distintos psicoanálisis tienen muy poco en común entre sí, y coexisten como desarrollos paralelos. Sucintamente, hay corrientes adheridas a los principios anteriormente señalados, incluso algunas cercanas a la metafísica, y otras que surgieron como alternativas críticas. Señalaré los puntos más importantes en el itinerario de estas últimas:

- W. Reich¹⁰ enuncia, sin profundizar, un concepto novedoso: la *producción de deseo* (para casi todos los psicoanálisis el deseo es una fuerza de origen biológico o existencial, pero jamás es visualizada como producida por algo externo al sujeto). Este mismo autor procura hacer un *paralelismo entre represión sexual y represión social*. En los veinte, postula dos conceptos básicos: el *deseo está socialmente producido* (en Freud tiene un origen biológico y es innato), y la *represión sexual intrapsíquica* (consecuencia de la forma en que se da el complejo de Edipo en nuestra cultura) es en todo semejante y determinante de la *represión social*, y esta última se incorpora al psiquismo en parte inconcientemente. De allí que propusiera sus grupos sex/pol, en los cuales se buscaba cambiar la esencia de ambas represiones con el objeto de propiciar conductas mentalmente más sanas y políticamente más libres y emancipadoras.

⁹ SCHUHL, P.M: *La obra de Platón*, El Ateneo, Buenos Aires, 1958

¹⁰ REICH, Wilhem: *Psicología de masas del fascismo*, Paidós, Buenos Aires, 1980

-T. Adorno¹¹ y E. Fromm¹² inician un intento de correlacionar algunos conceptos del marxismo con los del psicoanálisis, así como de elaborar un instrumento de investigación cuantitativa, el cuestionario sociopsicoanalítico. Este último autor profundiza en dos líneas muy relevantes desde mi perspectiva: el *concepto de carácter social* (la producción social del carácter para que los sujetos sirvan a los intereses de los poderosos de la sociedad, particularmente en lo relativo al trabajo) y en la *estructuración social del superyo*.

-En la misma línea de Fromm, los culturalistas¹³ investigaron las relaciones entre ciertos aspectos del psiquismo y las estructuras sociales, basándose en los conocimientos que provienen de la antropología¹⁴ y la sociología funcionalista¹⁵, iniciando las investigaciones en etnopsicoanálisis y en sociopsicoanálisis. Y al igual que Fromm, subrayaron la importancia de lo social en la estructuración del superyo.

- Los así llamados freudomarxistas¹⁶, particularmente la “Escuela de Frankfurt” de los sesenta y setenta, procuraron profundizar en las relaciones entre *psiquismo*, abordado éste desde el psicoanálisis, y la sociedad entendida desde el *marxismo*.

- El enfoque más abarcativo en estas aproximaciones, desde mi punto de vista, lo constituyen las formulaciones de G. Deleuze y F. Guattari¹⁷, quienes sostienen la *producción social de la subjetividad*. Para estos autores, los deseos, las carencias, las incompletudes, las aversiones, los valores, etc. están producidos por los flujos sociales que atraviesan e interpenetran al sujeto y lo incorporan a los *circuitos de producción/consumo*. Según dichos investigadores, el inconciente no se estructura de una vez y para siempre, sino que se va desestructurando y re-estructurando constantemente¹⁸.

Deleuze y Guattari nos proporcionan una nueva forma de entender la realidad que me posibilitaría acceder al tema de mi investigación con los siguientes conceptos:

¹¹ ADORNO, Theodor: *La revisión del psicoanálisis*, Taurus, Madrid, 1965

¹² FROMM, Erich: *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, FCE, México, 1971

¹³ HORNEY, Karen: *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, Paidós, Buenos Aires, 1960

¹⁴ MEAD, Margareth. *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, Laia, Barcelona, 1979

¹⁵ Los culturalistas no toman un solo autor del campo de la sociología, sino que se inspiran en toda la corriente funcionalista que estaba en boga en USA por aquella época

¹⁶ SCHNEIDER, Michael: *Neurosis y lucha de clases*, Siglo XXI, México, 1973

¹⁷ DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Felix: *El antiedipo*, Paidós, Barcelona, 1973

¹⁸ BAREMBLITT, Gregorio: *Introducao á esquizoanálise*, Biblioteca do Instituto Félix Guattari, Belo Horizonte, 1998

a) como hemos visto a propósito de Freud y el psicoanálisis más tradicional, la base filosófica era Platón. Para estos autores, en cambio, la realidad incluye tanto las esencias como las apariencias (en el sentido de Platón); la sustancia de la realidad consiste en todos los *devenires* (procesos) que la integran. La modalidad en que aquellos devenires se van realizando se denomina “*producción*”. Este último concepto incluye la idea de Marx al respecto, así como la de Freud de proceso primario, en tanto plantean una *inmanencia* (propia, no creada por una instancia “superior”) entre producción y deseo.

b) La subjetividad (el ser) está en constante evolución (devenir), siendo esta tendencia a la búsqueda de lo nuevo y lo original una de sus características, y el modo básico de funcionamiento espontáneo del inconsciente. Por consiguiente, no hay puntos de partida estructurantes (complejo de castración, complejo de Edipo, traumas, etc.) inherentes al psiquismo, sino que estos momentos que instauran modelos de repetición están socialmente inducidos;

c) la forma de lograr la sujeción a las pautas de producción, consumo y acatamiento al poder (dimensión política) es produciendo, dentro del sujeto, la *falsa noción de carencia* (la idea alienada, en el sujeto, de que él tiene una *falta y/o falla constitutiva*); para esa carencia, presentarle objetos y modelos (de vida y conducta) que imaginariamente servirían para satisfacer esas carencias, con lo cual se está *produciendo deseo* (vivencia de que hay algo que puede llenar ese vacío);

d) entre esas carencias o fallas producidas socialmente se incluye la noción de que el sujeto no puede discernir valorativamente, y debe sujetarse a las estructuras de poder que le imponen normas y valores, y lo defienden del caos que imaginariamente se produciría si da paso a sus cuestionamientos y sus ansias de libertad y exploración de lo nuevo;

e) de esta forma *las subjetividades quedan aprisionadas en repeticiones y modificaciones conductuales controladas* (controladas constantemente por el bombardeo de los medios masivos que producen un registro subjetivo de los conocimientos y desconocimientos necesarios para mantener la sujeción y la dominación);

f) esto conduce a que *los sujetos se incorporen acríticamente a los circuitos centrales de producción/consumo* (por ejemplo, como trabajadores y consumidores estándar), a *los circuitos accesorios de producción/consumo* (por ejemplo, la enfermedad mental y el consumo de fármacos y servicios, o la marginación social y el consumo de drogas ilegales) y *el acatamiento a las figuras y formas de dominación*.

g) Deleuze y Guattari analizan no sólo los aspectos macro de la dominación (dimensión *macro política*) sino los aspectos más restringidos, como la dominación intrafamiliar, la conyugal, los grupos de pertenencia, trabajo, etc. A estas últimas las denominan *micropolítica*, en tanto se ocupan de las formas de ejercicio del poder y el registro subjetivo del mismo.

Así entonces, en síntesis:

- estructura social y subjetividad tienen muchos elementos en común, existiendo un flujo constante de determinaciones.
- la subjetividad está socialmente producida, teniendo esto dos grandes efectos: la incorporación de los sujetos a los circuitos centrales de producción/consumo y el acatamiento a las estructuras de poder.

Las aproximaciones epistemológicas

Desde un punto de vista epistemológico han habido diferentes formas de abordar estos campos complejos de la realidad, en los cuales diversas disciplinas aportan conocimientos y metodologías, teniendo presente que la relación entre sociedad y subjetividad es un campo mucho más vasto que la relación entre las disciplinas que hasta el momento buscan dar cuenta de esos fenómenos. Sin duda, éste es un problema muy complejo, para el cual no hay, todavía, una única solución.

Una primera aproximación, de moda en los cincuenta y sesenta, era la constitución de equipos multidisciplinarios. Este abordaje significó una gran apertura, aunque las más de las veces, no pudo trascender los límites multidisciplinarios ni pasar de discursos paralelos.

La noción althusseriana¹⁹ de *articulación* hacía énfasis en que las disciplinas se deben articular en sus respectivos términos teóricos (en contraposición a la búsqueda de elementos concretos de la realidad que animó

¹⁹ ALTHUSSER, Luis: *La filosofía como arma de la revolución*. Siglo XXI, México, 1971

a los primeros intentos multidisciplinarios). Hubo ensayos interesantes, por parte de Tort²⁰, de articular el marxismo de Althusser con el psicoanálisis estructuralista, o el de esta disciplina de buscar puentes con la lingüística de De Saussure²¹ y la antropología de Levi Strauss²².

Devereux²³ plantea una nueva aproximación al señalar que, en contraposición con las nociones positivistas que la ciencia requiere de la atomización de los fenómenos para comprender el funcionamiento de las unidades más pequeñas de los mismos y luego reconstruir el todo, hay campos de la realidad que deben ser estudiados desde dos o más vertientes, sin pretender reducir una a otra. A este enfoque Devereux lo llamó “*complementarista*”, y lo aplicó extensamente en el estudio de las relaciones entre psicoanálisis y antropología (él tenía ambas especialidades). Davidson²⁴ plantea lo mismo (para relaciones entre psicología y biología) cambiando los nombres: “*monismo anomal*”. Para él se trata de una sola naturaleza de fenómenos (de allí el término monismo, en contraposición al dualismo metafísico), indiscutiblemente de índole materialista, pero que deben ser abordados por diferentes disciplinas entre las cuales no se han podido establecer puentes (normas, por eso anomal) epistémicos y metodológicos. En otras palabras, hasta el presente, no habría correspondencia entre los términos teóricos y las prácticas de esas disciplinas. Ardoino²⁵ dio un paso en la misma dirección, señalando la “*multirreferencialidad*” de ciertos fenómenos que deben ser abordados por varias disciplinas.

Para poder avanzar en las interrelaciones entre fenómenos estudiados por varias disciplinas me apoyo en la epistemología general de Piaget, y particularmente en el desarrollo que de la misma hizo Rolando García²⁶ y la denominó *epistemología de sistemas complejos*, y que muy sucintamente, consiste en construir teóricamente un recorte de la realidad (un sistema

²⁰ TORT, Michel: *El psicoanálisis en el materialismo histórico*, Ed. Noe, Buenos Aires, 1972

²¹ DE SAUSSURE, Ferdinand: *Curso de lingüística general*, Losada, Buenos Aires, 1983

²² LEVI STRAUSS, Claude: *El estructuralismo*, Paidós, Buenos Aires, 1965

²³ DEVEREUX, George: *Estudios de etnopsiquiatría General*, Barral, Barcelona, 1971

²⁴ WOLHEIM, Robert y HOPKINS Jack (edit): *Philosophical essays on Freud*. Cambridge University Press, Cambridge, 1982

²⁵ ARDOINO, Jean: *Vers la multiréférentialité en perspectives de l'analyse institutionnelle*, Méridien, Paris, 1988

²⁶ GARCIA, Rolando: *El conocimiento en construcción*, Gedisa, Barcelona, 2000

complejo) que buscamos entender, y en el cual reconocemos subsistemas interdeterminados, subsistemas que son estudiados por diferentes disciplinas. En los siguientes capítulos retomo este marco epistémico en su aplicación directa al modelo de análisis que propongo, así como para la comprensión teórica de los ejemplos clínicos.

Teorías feministas

En la presente investigación el objeto de estudio es la subjetividad femenina. Para su abordaje incluyo una nueva teoría: la del *género*. Parto de la consideración de la condición de las mujeres como “seres para otros”²⁷ en tanto su situación implica *la inferiorización, el control y el uso, es decir “su opresión dentro de la familia, la sociedad y el Estado*. La teoría de género se inicia con una crítica de la concepción androcéntrica de la humanidad²⁸ que desconoce, o no reconoce, a la mitad del género humano, constituida *por las mujeres*. Estas viven como *seres para los otros* en el sentido de estar enajenadas en formas de vida en las cuales no son dueñas de sí mismas, no son protagonistas de sus propias vidas. Se ha puesto el acento en la biología femenina y la mujer ha quedado reducida a una sola función: la reproducción de la especie. Y como tal aparece como algo “natural”, impuesto, no como algo creativo, o elegido. Simone de Beauvoir²⁹ nos habla de que “el ser para los otros impide en la mujer la realización de su vocación ontológica humana del *ser para sí*”. Mitchell³⁰ señala: ...

“si una persona bloquea y rechaza la libertad de otros, eso significa opresión. La mujer es el Otro supremo, contra la que el Hombre se define a sí mismo como sujeto, no en reciprocidad- lo que significaría que él es, a su vez, el objeto de la condición de sujeto de la mujer- sino en un acto de opresión psíquica. La mujer es el arquetipo de la conciencia oprimida: el segundo sexo”.

El hecho de que la cultura controla la sexualidad de la mujer, en tanto la reduce a la función reproductora (las mujeres se dedican a ser madres y esposas, es decir, a “ser para otros”) permite centrar el desarrollo de la sociedad alrededor del poder masculino. Y en este modelo de relación, en el que la mujer depende del hombre, se basa la identidad femenina que una

²⁷ HIERRO, Graciela: *Ética y Feminismo*, UNAM, México, 1990

²⁸ LAGARDE, Marcela: *Género y Feminismo*, horas y HORAS, Madrid, 1996

²⁹ BEAUVOIR, S.: *Le deuxième sexe*, Gallimard, Paris, 1949

³⁰ MITCHELL, ob. cit. , pag 310

sociedad patriarcal necesita que tenga la mujer: dependiente, relegada al ámbito doméstico desde donde puede ser más fácilmente controlable, con una sexualidad más restringida, con una permanente inseguridad que le impide (o, en el mejor de los casos, le constriñe) su participación en el ámbito público, extradoméstico.

Actualmente, y cada vez más, las mujeres aspiran, luchan, se organizan para llegar a ser dueñas de sí mismas, y transformarse en *sujetos*, en darse mejores condiciones de vida, en protagonistas de su propia historia. Cada vez hay más mujeres con conciencia de que estas condiciones son impropias y deben cambiar. Y se han abierto espacios académicos, políticos, de participación pública, etc., desde los cuales luchan por conseguir que las cosas sean diferentes. *Esta es la resultante del surgimiento del Feminismo*. A partir de situaciones concretas de dominación y opresión, surge un movimiento de reflexión filosófica, cultural y política que es el Movimiento de Liberación Femenina, cuya lucha se análoga a las luchas de las mujeres del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Pero es en los años sesenta cuando estas tendencias se concretan en un Movimiento de Liberación. La explotación de la mujer, en su vertiente de pobreza económica (aun en países ricos como Estados Unidos), y la degradación mental y emocional fueron los factores decisivos para el desarrollo de dicho movimiento. Y como lo escribe Juliet Mitchell³¹:

“La mujer es la más “internacional” de cualquier grupo político; no obstante experimenta su opresión en el área más circunstanciada y concreta: el hogar. La confluencia de lo personal y lo político.”

Sistema sexo-género: los seres humanos nos diferenciamos biológicamente por las características anatómicas que definen el ser mujer y el ser hombre. Pero estas diferencias van acompañadas de una construcción simbólica que cada cultura hace del ente *mujer* y del ente *hombre*. Se trata de una construcción cultural, es decir, de lo que cada cultura entiende y espera de la mujer y del hombre que viven en ella. Tal definición simbólica la denominamos *género*, y es el género el que define la identidad de los sujetos. Para Graciela Hierro³² “es la construcción social que se impone a un cuerpo femenino o masculino y le conforma una identidad o rol esperado por su cultura”. Dicho de otro modo, *el género es una categoría que se impone sobre un cuerpo sexuado*.

³¹ MITCHELL, Juliet: *La condición de la mujer*. Extemporáneos, 1974, México, pág. 21

³² HIERRO; Graciela: ob. cit.

Al momento de nacer un sujeto se lo nombra: es varón o es mujer. “La palabra, el lenguaje, es la marca que significa el sexo e inaugura el género”.³³ De esta manera se funda un orden que asienta sobre la sexualidad, y que implica poder. Es por ello que la categoría de género

“es adecuada para analizar y comprender la condición femenina y la situación de las mujeres, así como para analizar la condición masculina y la situación vital de los hombres”³⁴.

Todos y todas somos, pues, *sujetos de género*. Los estudios de género permiten analizar las relaciones *intergenéricas* (entre las personas de distinto género) e *intra-genéricas* (entre las del mismo género). De esta manera es posible conocer las relaciones de poder entre los géneros. En una sociedad patriarcal el poder lo detentan predominantemente los hombres, y la mayor parte de las mujeres están desprovistas de poder, aún cuando, como expondré después, retienen para sí algunas formas del mismo.

Antecedentes de las teorías feministas acerca de la subjetividad femenina

Los estudios realizados por Mabel Burín en su obra “Estudios sobre la subjetividad femenina”³⁵ nos muestran las sucesivas transformaciones que el concepto de subjetividad ha sufrido para que las mujeres, según el momento sociohistórico, se constituyeran como sujetos psíquicos.

En los comienzos de nuestra civilización judeo-cristiana el sujeto humano se constituye a imagen y semejanza de Dios. Y Dios es masculino. El hombre era el *sujeto religioso* y la mujer, que pertenecía al *orden de lo natural*, debía ser dominada al igual que la Naturaleza. No podía ser sujeto religioso. Las mujeres, asociadas a su labor reproductora, ni siquiera alcanzaban la condición de sujeto psíquico. Más bien su condición era la de objetos pertenecientes a la Naturaleza, y parafraseando a Burín:

“se trataría de una de las formas de expresión del poder patriarcal por el cual son los hombres quienes emiten juicios de existencia acerca de la condición de las mujeres como sujetos psíquicos”³⁶

³³ LAGARDE, Marcela: ob. cit.

³⁴ LAGARDE, Marcela: ob. cit.

³⁵ BURIN, Mabel: *Estudios sobre la subjetividad femenina. Mujeres y salud mental*. Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1987

³⁶ Ibid, pag 72

Durante la Edad Media las mujeres permanecían en la casa o salían de ella para encerrarse en los conventos.³⁷ Sin embargo, y debido a las condiciones de persecución que desató la institucionalización de la Inquisición, luego del triunfo del Cristianismo, aparecen nuevas concepciones que se adjudican a las mujeres, según las conveniencias y necesidades del grupo social al que pertenecieran. O estaban al servicio de la religión (ya sea dentro de la casa, transmitiendo la ideología y propiciando el sometimiento a la práctica religiosa exigida por el grupo de poder, o fuera de ella, dentro del mismo convento) o enfrentadas con la religión, como opositoras, como poseedoras de otros poderes, y por ende satanizadas. Surgen así las figuras de *las brujas*, como las que tienen poderes “sobrenaturales”, ocultos, que no se pueden controlar, y que por ello se tornaba imperioso confinarlas, y de ser posible, destruirlas. La mayoría de las “brujas” eran mujeres que pertenecían a grupos sociales pobres, como el campesinado por ejemplo, y en ellos ejercían sus “poderes”: sabían de enfermedades, y “curaban” con jarabes, hierbas, plantas; atendían embarazos y partos y hasta “adivinaban” la suerte de los otros.

Para Carmen Sáez estas mujeres, con su *saber de mujeres*, se constituyeron en un atentado a la autoridad de los hombres, de quienes, de una u otra manera, se “independizaban”, y por ello se tornaron tan peligrosas. De esta forma se justificaban las “cazas de brujas”.

Burín rescata estas figuras como “ sujetos de un saber convalidado por sus pares”³⁸ y de esta manera aparece una distinta modalidad de subjetividad femenina.

En México un ejemplo claro de esta situación lo constituye Sor Juana Inés de la Cruz(1651-1695), quien desde niña era diferente pues su deseo era saber leer! Y, como resultado de estas “diferencias”, mereció ser condenada por la institución a la que pertenecía: la Iglesia.

Es interesante señalar que a medida que van cambiando las ideologías dominantes (religión, grupos laicos, burguesía en ascenso, etc.) van cambiando también las adjudicaciones que a las mujeres se les hacen. Así , de “*brujas*” (con poderes demoníacos) pasaron a ser “*locas*”. Eran las que se oponían o se “ escapaban” del orden de racionalidad, que poco a poco fue suplantando la hegemonía religiosa de la Edad Media, para dar paso a un mundo en el que las autoridades pasaron a ser figuras seculares (el rey, el

³⁷ SAEZ BUENAVENTURA, Carmen, en BURIN, ob. cit página 85

³⁸ BURIN, Mabel: ob.cit. pag 74

señor feudal, el padre, patriarca de la familia). Pero eran todas autoridades masculinas, pues si bien las mujeres laboraban en las tareas domésticas, no eran reconocidas como figuras de autoridad, aún cuando dichas tareas domésticas estaban muy valoradas al interior de la familia en tanto ésta definía la pertenencia y la calidad que cada sujeto tenía en la sociedad.

El advenimiento de la Revolución Industrial trajo aparejados grandes cambios dentro y fuera de la familia. La producción extradoméstica aparecía ahora como la única actividad reconocida como productiva. El verdadero trabajo era el que se realizaba fuera del hogar. Los roles y valores dentro de la familia cambiaron totalmente: *la familia ya no era la que pautaba la pertenencia del individuo dentro de la sociedad*. Seguía manteniendo el valor como continente emocional, y las relaciones al interior de la misma eran esenciales para el desarrollo de sus integrantes. Pero el ámbito extrafamiliar adquirió gran peso y las mujeres perdieron poder. Su función quedó constreñida al escenario de lo doméstico, de lo privado, de lo emocional. Se produjo un fenómeno de aislamiento, en tanto la labor de la mujer quedó alejada, confinada al territorio del hogar, a la sola vinculación con la familia inmediata.

El acento en lo doméstico y en el rol maternal, de cuidar del marido y de los hijos, cambió la concepción que las mujeres tenían de sí mismas y del mundo que las rodeaba, es decir, cambió su subjetividad. Aumentó la represión sexual, pues el goce sexual no era compatible con el trabajo. Como lo señala Foucault³⁹ la represión sexual forma parte del orden burgués. Para las mujeres el deseo maternal apareció, entonces, como algo a alcanzar, como un ideal, puesto que a través de la maternidad las mujeres se valoraban. *Así, la subjetividad de las mujeres se constituyó privilegiando un deseo: el de la maternidad*.

Todos estos diferentes aspectos del cambio en las relaciones de producción trajeron consigo cambios en el orden moral. Las mujeres que no se atenían a una conducta sexual dictada por la moral que acompañaba a la idea de familia que la sociedad necesitaba, eran consideradas “locas”. Es decir, si se apartaban de las nuevas normas instituidas, su conducta se consideraba “anormal” y merecía el castigo. Por ejemplo, el confinamiento. Pero ya no sería en el convento, dado que la ideología que se transgredía no era únicamente la religiosa. Fue entonces que aparecieron nuevas “cárceles” que

³⁹ FOUCAULT, Michel: *El juego*, Terán, Barcelona, 1983

se denominaban “hospicios”, u “hospitales psiquiátricos”, es decir, instituciones en las que la sanción social devenía en castigo, pero castigo disfrazado: los otros eran los que decidían si la mujer estaba sana o enferma, cuerda o loca. Y según era el fallo, así era su destino⁴⁰.

Todos estos antecedentes permitieron arribar a una lectura “inferiorizante” de la mujer en relación con el hombre. En 1751 la Enciclopedia francesa definía: Mujer: la hembra del hombre. Es decir, la mujer se definía en función del hombre. Y se sigue definiendo aún hoy. Pero no ocurre al revés. El hombre no se define por la mujer (no es el masculino, o el macho de la mujer), sino que se define por él mismo. *La inferioridad es de la mujer*. Es ella la que no solamente no puede definirse por sí misma, sino que desde el inicio de la vida, con el mito de Adán y Eva, ella es la pecadora, la que nace de una costilla del hombre, la impura. Esta imagen apenas se contrapone con la de la Virgen María, símbolo de la Mujer-Madre y de la Pureza.⁴¹ Desde entonces las mujeres son “ángeles” o “demonios”. Y esta concepción continúa permeando aún hasta nuestros días la imagen inferiorizada de las sujetos Mujeres. El hombre puede crear. La mujer debe, fundamentalmente, procrear. Esa debe ser su Tarea en la vida. Ese es su destino “natural”. Ese determinismo biológico lleva a un determinismo sociocultural de los roles en función de los sexos.

“La diferencia sexual- dice Graciela Hierro- es al parecer la más importante de las diferencias entre los humanos. Más que la etnia, la clase y otras. Lo primero que intentamos distinguir cuando nos encontramos entre humanos es saber si son hombres o mujeres”⁴²

Hay quienes sostienen que la diferencia sexual es quizás la cuestión más controversial de nuestro tiempo. En ese sentido Luce Irigaray postula que éste es el tema de nuestro tiempo⁴³.

Desarrollos del feminismo.

A lo largo del tiempo se han desarrollado diferentes teorías acerca de las diferencias sexuales:

⁴⁰ MITCHELL, ob. cit. pag 304

⁴¹ RIPA, Yannick: *Les femmes, actrices de l'Histoire*, Sedes, Paris, 1999, pag 10

⁴² HIERRO, Graciela: *La diferencia sexual. Su expresión en la cultura occidental . Hacia una Etica de la Diferencia Sexual*. Comunicación personal, México, marzo de 2001

⁴³ IRIGARAY, Luce: *El cuerpo a cuerpo con la madre*, La Sal ediciones de les dones, Barcelona, 1985

- teorías que sostienen que las mujeres son hombres parciales, no completos. Aristóteles decía que la inteligencia femenina era como la de un adolescente masculino. O sea que las mujeres somos deficitarias cuanti y cualitativamente. También para él la pasividad es propia de las mujeres en contraposición con la actividad que es cualidad masculina. La disociación naturaleza- cultura, materia- espíritu, humano –divino, privado –público, entre otras, arrancan de esta concepción filosófica acerca de las diferencias entre los sexos, y que sigue un pensamiento binario, producto del pensamiento lógico.
- teorías naturalistas que adscriben a la mujer a un principio natural, no racional, y que se refleja en un “no ser” que ciertas teorías psicoanalíticas, como la freudiana y la lacaniana, recogen en su argumentación de base.
- teorías que definen a la mujer según las necesidades del hombre. Si éste es niño, se espera que la mujer sea madre. Si el hombre es adulto, se espera que ella sea madre-esposa.

En la segunda mitad de los años ochenta una historiadora americana, Joan Scott⁴⁴ reformula el concepto de *género*. La palabra *sexo* define la diferencia dada por la fisiología, por lo biológico. El género designa la construcción cultural de la diferencia entre los sexos. Scott sostiene que necesitamos teorías que nos permitan pensar en pluralidades y diversidades, en lugar de buscar unidades y universales. Esta autora, desde la teoría postestructuralista, encuentra algo nuevo que le permite analizar las construcciones de significado y las relaciones de poder. Cuestiona categorías universales e historiza conceptos que, hasta entonces, se consideraban como naturales. Por ejemplo, los conceptos de hombre y de mujer.

El postestructuralismo y el feminismo son movimientos del siglo XX y ambos asumen una relación crítica frente a la política y a la filosofía establecidas.

“El feminismo, como todo proceso emancipador, dice Celia Amorós⁴⁵, es fuente de pensamiento interpretativo, suministra nuevas claves de desciframiento de lo real en tanto que es un proyecto de construcción de la realidad social sobre la base de

⁴⁴ SCOTT, Joan: .Igualdad versus diferencia.Los usos de la teoría postestructuralista, en *Feminist studies*, Nueva York, vol.14,número 1,primavera de 1988

⁴⁵ AMOROS, Celia: *Violencia contra las mujeres y pactos patriarcales*. Pablo Iglesias, Madrid, 1990,Pag 39-53

nuevos e insólitos pactos donde lo pactado –y, por ende, excluido como sujeto activo del pacto -no fueran las propias mujeres como genérico.”

Amorós señala que los géneros son construcciones culturales resultantes de la jerarquización patriarcal. Y nos dice que los pactos de la sociedad patriarcal permiten que los hombres tengan un lugar, un *topos*, mientras que para la mujer el lugar es el de lo *no-pensado*. En la ideología patriarcal la mujer forma parte de un saber que es patrimonio del género masculino.

Me parece interesante reproducir la síntesis de G. Hierro⁴⁶ cuando dice:

“En suma, se nace con el sexo y el género se adquiere. El sexo, lo biológico, y el género, lo adquirido, naturaleza y cultura se amalgaman en los humanos en una relación indiscernible. El género aparece con el universo simbólico cuando el infans es declarado niño o niña. Y así adviene en un universo dual, binario y antagónico.”

Hoy el debate igualdad versus diferencia es un tema de actualidad dentro del feminismo. Igualdad y diferencia son términos opuestos, pero interdependientes. Como lo señala Joan Scott⁴⁷, y tomando en cuenta el concepto de lingüística estructuralista de De Saussure, “una definición positiva se apoya en la negación o represión de algo que se representa como antitético a ella”.

Hay grupos feministas que apoyan la igualdad entre hombres y mujeres. Otros abogan por rescatar y defender las diferencias. Pero “la igualdad no elimina la diferencia y la diferencia no excluye la igualdad⁴⁸.” Ruth Milkman⁴⁹, autora feminista, recomienda prestar atención al contexto político en el que se da este debate.

En el presente trabajo privilegio el concepto de diferencia por entender que las mujeres tienen una cultura particular que como tales las configura, las forma y las pauta de una manera singular. Y de ello resulta el surgimiento de una subjetividad que va a estar marcada por los deseos, la cultura y la posición que cada una tenga en el grupo social de pertenencia.

⁴⁶ HIERRO, Graciela: ob. cit . pág. 6

⁴⁷ SCOTT, Joan: ob. cit. Pag.89

⁴⁸ Ibid pag. 91

⁴⁹ MILKMAN, Ruth: “Women’s History and the Sears Case”, *Feminis Studies* 12, verano de 1986. London, pag. 394-395

Para seguir profundizando en la reflexión acerca de este tema, he acudido a la consulta de la bibliografía de dos autoras, Teresa de Lauretis⁵⁰ y Linda Alcoff⁵¹, cuyos aportes me parecen muy valiosos.

Alcoff, desde su postura de revisión del concepto “mujer”, al cual considera “contaminado de misoginia y sexismo”⁵², propone desconstruir y de-esencializar dicho concepto. La mujer- dice Alcoff- tiene el lugar del sujeto que *no* puede trascender los mandatos naturales. Señala que existe una diferencia importante entre las feministas culturalistas y las feministas que se ubican en el posestructuralismo. Las del primer grupo rechazan las definiciones dadas por los varones y definen a las mujeres por sus actividades y atributos en la cultura actual.⁵³

Para Alcoff, así como para Hierro, el *feminismo cultural es esencialista*, en tanto defiende una naturaleza o esencia femeninas. Sin embargo, y aunque ambas autoras subrayan su desacuerdo con esta posición, rescatan valores en este feminismo: revalorizó lo que históricamente estaba devaluado por ser femenino. Rescató “que el mundo de las mujeres está lleno de virtudes y valores superiores, que merecen nuestro reconocimiento, de los cuales aprender en vez de despreciarlos.”⁵⁴

Desde el posestructuralismo se ataca la propia categoría *mujer*, y se cuestiona la subjetividad femenina. Para esta postura, el sujeto es definido , construido, sobredeterminado, por un discurso social y/o práctica cultural⁵⁵, que está más allá del control individual. Señala Foucault⁵⁶: Somos cuerpos “totalmente marcados por la historia”. Para esta postura las experiencias subjetivas están determinadas por fuerzas mayores. El concepto “mujer” es, entonces, una ficción y los esfuerzos feministas deben dirigirse a dismantelar dicha ficción.⁵⁷ Alcoff denomina a esta visión, nominalismo⁵⁸.

⁵⁰ DE LAURETIS, Teresa: *Technologies of gender*, University Press, Indiana, 1987

⁵¹ ALCOFF, Linda: Feminismo cultural versus postestructuralismo: la crisis de la identidad en la teoría feminista. En *Feminaria*, Año II, N° 4, Buenos Aires, nov. de 1989

⁵² Ibid pag. 1

⁵³ Ibid pag 2

⁵⁴ Ibid pag. 5

⁵⁵ Ibid pag. 6

⁵⁶ FOUCAULT, Michel , “Nietzsche,Genealogy,History” , en *The Foucault Reader*, Pantheon, New York,1984

⁵⁷ ALCOFF, ob. cit. pag. 6

⁵⁸ En esta postura están Luce Irigaray y Julia Kristeva, feministas francesas, y los filósofos Michel Foucault y Jacques Derrida. Nuestra experiencia de nuestra propia subjetividad es una construcción mediada por y/o basada en el discurso social más allá del control individual, subraya Alcoff, mencionando las posturas de Foucault y Derrida.

Esta visión tiene un aspecto positivo en tanto teoriza acerca de la construcción de la subjetividad femenina en términos de una opresión sexista y como una construcción resultante del discurso social y concibiendo al sujeto como un producto cultural. Pero en tanto la propuesta es una desconstrucción de todo, nos quedamos en la pura negación, sin opciones alternativas positivas. Como lo afirma Alcoff⁵⁹ : “El nominalismo amenaza con eliminar al propio feminismo”. ¿Cómo podemos hablar de las mujeres, o de cosas que son perjudiciales para las mujeres, si la categoría *mujeres* es, en sí misma, una ficción?”

Alcoff propone un concepto de la subjetividad desde una posición. Y considera la aportación de Teresa de Lauretis, quien centra el concepto de la mujer como sujeto surgiendo de un conflicto cuyos componentes son: las mujeres como seres históricos reales y “la mujer” como una “construcción ficcional”, es decir, una *noción que es producto del discurso hegemónico*. La relación entre las partes de este binomio es una relación “culturalmente montada”⁶⁰. Para esta autora la teoría feminista siempre tiene un imperativo político, y por ello es importante reconocer de dónde emerge la subjetividad femenina, cuáles son estas prácticas, instituciones, discursos, etc., que dan significado a lo que sucede en el mundo y de las cuales se va constituyendo la subjetividad. Es la resultante de un proceso continuo de interacción con el mundo, “el continuo compromiso de un ser o sujeto en una realidad social”⁶¹. De Lauretis subraya la importancia de poder alcanzar “una experiencia femenina” desde una práctica de reflexión, de autoanálisis, como manera en que las relaciones de las mujeres, como sujetos de una realidad social, puedan rearticularse desde una experiencia histórica⁶². Y así se va reconstruyendo la subjetividad femenina. Este concepto es ampliado y profundizado por Teresa de Lauretis cuando dice que:

“una identidad individual está constituida en un proceso histórico de conciencia, un proceso en el que la propia historia es interpretada o reconstruida por cada uno/a de nosotros/as, dentro del horizonte de significados y conocimientos disponibles en la cultura en un dado momento histórico”⁶³

Para esta autora la subjetividad puede estar imbuida de raza, clase, género, pero no está sujeta a una sobredeterminación que impida la acción.⁶⁴

⁵⁹ ALCOFF, ob. cit. pag. 7

⁶⁰ DE LAURETIS, Teresa : *Alice doesn't*, Bloomington, Indiana University Press, 1984

⁶¹ Ibid pag. 182

⁶² Ibid pag. 186

⁶³ DE LAURETIS, Teresa *Feminist Studies/Critical Studies*, Bloomington, Indiana University Press, 1986, pág.8

⁶⁴ ALCOFF, Linda: ob. cit. Pag.11

Cabe aquí señalar una aportación de Graciela Hierro, cuando nos dice que desde esta perspectiva del concepto de sujeto como no esencializado, sino como emergente de una experiencia histórica.⁶⁵

Vuelvo a la postura de Linda Alcoff. Esta autora subraya que su concepción de subjetividad la aborda desde una perspectiva metafísica. De Alcoff tomo sus ideas en relación a que la subjetividad se define siempre desde una “*posicionalidad*”. Ella señala: “...podemos decir al mismo tiempo que el género no es natural, biológico, universal, a-histórico o esencial y también que el género es relevante porque lo tomamos como una posición desde la que actuamos políticamente”⁶⁶. Para esta autora la situación externa determina la posición relativa de la persona. Esto significa que la *subjetividad es siempre relativa a un contexto cambiante*. Nos dice:

“La posición de las mujeres es relativa y no innata, y tampoco es *indecible*. A través de críticas y análisis sociales podemos identificar a las mujeres por su posición relativa a una red social y cultural existente... Digo que la propia subjetividad (o experiencia subjetiva de ser una mujer) y la propia identidad de las mujeres están constituidas por la posición de las mujeres”⁶⁷

Rescata un punto mencionado por Teresa de Lauretis cuando dice que la identidad de una mujer es el producto de su propia interpretación y reconstrucción de su historia, a través del contexto discursivo cultural al que tiene acceso⁶⁸.

Para Alcoff el concepto de posicionalidad significa:

- a) el concepto mujer tiene un *significado relacional* que se identifica solamente dentro de un contexto en permanente movimiento.
- b) Que la posición de las mujeres puede ser utilizada de manera activa para construir un significado, en este caso el de femineidad. Desde este punto de vista “...ser una *mujer* es tomar una posición dentro de un contexto histórico en movimiento y ser capaz de elegir qué hacer de esta posición y cómo alterar el contexto”⁶⁹.

⁶⁵ HIERRO, Graciela: ob. cit.

⁶⁶ ALCOFF, Linda: ob. cit. Pag. 14

⁶⁷ Ibid pag. 15

⁶⁸ Ibid, pag 15

⁶⁹ Ibid pags. 8 y 9

Alcoff propone reformular una nueva teoría dentro de un proceso de reinterpretación de nuestra posición como mujeres y propone reconstruir nuestra identidad política.

En el siguiente capítulo me ocupo del poder y la subjetividad tomando en cuenta los principales conceptos vertidos en este capítulo e incorporando otras perspectivas de diferentes autores. Con ello se constituye el marco teórico desde el cual me apoyo para el estudio de casos que desarrollo en los capítulos subsiguientes de mi investigación.

Capítulo II

Poder y Subjetividad

En las páginas anteriores he abordado una serie de conceptos generales que sirven de base para comprender el marco teórico desde el cual analizo los estudios de caso. Pero en la medida en que se considera que tanto la posición de la mujer en la sociedad como la estructuración de su subjetividad están estrechamente relacionadas con cuestiones de poder, dedico este capítulo al análisis del mismo, circunscribiendo este análisis a los objetivos específicos de mi tesis.

El poder

El estudio del poder es tan antiguo como la implantación de las normas que rigen una sociedad. De alguna manera se puede inteligir una serie de fundamentos teóricos en todos los documentos clásicos que pautaron las conductas sociales de los humanos. Escapa totalmente a los objetivos de esta tesis un análisis pormenorizado de ese itinerario; ni siquiera sería pertinente un estudio de las actuales teorías acerca del poder. Por tal motivo, tomo, a la manera de definición operacional, los conceptos vertidos por uno de los grandes pensadores contemporáneos: Michel Foucault.

El poder según Foucault

En su *Microfísica del Poder* Foucault afirma:

"ha sido necesario llegar al siglo XIX para saber lo que era la explotación, pero no se sabe quizás siempre qué es el poder. Y Marx y Freud no son quizás suficientes para ayudarnos a conocer esta cosa tan enigmática, a la vez visible e invisible, presente y oculta, investida en todas partes, que se llama poder. ...la gran incógnita actualmente es: ¿quién ejerce el poder? Y ¿dónde lo ejerce?."¹

Este autor señala que las relaciones de dominio pueden constituir a los sujetos. En el *Discurso del poder*², podemos leer:

¹ FOUCAULT, Michel: Los intelectuales y el poder, en *Microfísica del Poder*, Madrid, 1979

² FOUCAULT, Michel: El discurso del poder, en *El Juego de Michel Foucault*, Terán, Barcelona, 1977

" El poder, eso no existe. Quiero decir esto: la idea de que hay en un sitio dado, o emanado de un punto dado, algo que es un poder, me parece reposar sobre un análisis falseado.....El poder consiste en realidad en unas relaciones, un haz más o menos organizado, más o menos piramidalizado, más o menos coordinado, de relaciones ".

La categoría “poder” no existe aislada. Foucault considera que el poder está siempre inmerso en un conjunto de relaciones. Por lo tanto no tiene características de algo fijo, sino que está en permanente movimiento y cambio.

Entre las características que tiene el poder está la de ser una acción que no actúa directamente sobre los otros sino que actúa sobre la misma acción. Necesita que haya “otro” sobre quien se ejerce el poder, y que dicha relación de poder abra un campo de respuestas y reacciones posibles. El poder existe solamente como acto.³

Para Foucault las relaciones de poder están enraizadas en otros tipos de relación como las de alianza, las de producción, las de sexualidad y en todas ellas participan como condicionante y condicionado.⁴

Desde mi punto de vista, el poder, además de ser una cualidad relacional, admite ser entendido como un quantum. Para Marcela Lagarde⁵, investigadora feminista que refiere la cuestión del poder a las sociedades como la nuestra con una clara ideología patriarcal (el poder lo detenta el padre, quien dicta las normas es el padre), hay un orden dentro de los estatutos del poder, una jerarquía, en la cual según la posición que cada persona tiene dentro de ese orden patriarcal, tiene mayor o menor poder (o acumulación de poder de dominio) que ejerce sobre los otros, sean hombres y/o mujeres.

Según los conceptos de Foucault, el poder debe ser abordado empíricamente a través del estudio de las relaciones específicas en que éste se da. Ese es el sentido con el que trato en mi tesis las relaciones de poder.

Tomo como objeto de estudio algunos de los vínculos entre la mujer y ciertas instancias sociales que constituyen su referente inmediato.

Foucault estudia las relaciones de poder en por lo menos dos grandes dimensiones: *la macro*, esto es la sociedad en su conjunto, y *la micro*, esto es, las instituciones pequeñas y la intersubjetividad. Tanto en las dimensiones macro como micro hay enormes variaciones en función de las formas locales de modos de producción económica, de las variantes de distribución del poder

³ FOUCAULT, Michel: *Cómo se ejerce el poder*, en La Cultura en México, 1979

⁴ FOUCAULT, Michel: Poderes y estrategias, en *Microfísica del poder*, ob. cit. Pág 170

⁵ LAGARDE, M.: Ob. cit.

y de las particularidades ideológico-culturales. Tales variaciones son particularmente significativas en relación con la subjetividad. En mi investigación analizo las relaciones de poder de la mujer tomando en cuenta cuatro instancias básicas de la sociedad: la familia, la escuela, los medios masivos y el trabajo, y todo ello referido a un corte de la organización social, que se ha definido como Modo de Organización Social. Este modelo lo he presentado en el primer capítulo, y lo retomo con mayor detalle a propósito de los estudios de caso.

Foucault y Deleuze

Hay una continuidad en los planteos que hace Foucault de micropoder y el concepto deleuziano-guattariano de micropolítica, así como de la problematización que uno y otros hacen del estudio de la resistencia de individuos y grupos ante las formas de ejercicio de poder, en todo semejante a la noción guattariana de líneas de fuga⁶. Como podrá verse más adelante, el concepto de empoderamiento aborda también las formas resistenciales ante la imposición.

En su diálogo con Deleuze, Foucault⁷ señala que las mujeres, los prisioneros, los soldados, los enfermos en los hospitales, los homosexuales, los jóvenes, han abierto una lucha específica contra la forma particular de poder, de imposición, de control que se ejerce sobre ellos. Desde mi punto de vista, a estos grupos habría que agregarles a los indígenas, a la gente de color y todos los otros grupos de segregados, según el caso de cada sociedad en particular.

Considero interesante la óptica que Foucault plantea acerca de los grupos oprimidos como grupos que están en una condición de “encierro”, sea este encierro real o virtual, pero con idénticos significados: hay poderes que se imponen, que someten a los sujetos a una condición de sujeción espacio-temporal, de la cual no pueden salir haciendo uso de su libertad, y en la cual deben desarrollar defensas adecuadas para poder sobrevivir, o bien estar en condiciones de eludir dicho poder que sobre ellos se ejerce, o apoderarse del mismo.

Aquello que Foucault denomina *encierro virtual*, lo abordo en este capítulo como *mecanismos intrapsíquicos de sometimiento al poder*. En el

⁶ Para Guattari, línea de fuga significa una alternativa individual o grupal de resistencia al poder instituido.

⁷ FOUCAULT; Michel: *Microfísica del poder*, ob. cit. pag. 85 y 86

caso de las mujeres, vemos que la cuestión de género delimita el conflicto con el poder y permite señalar aspectos propios y relativos a la diferencia entre hombres y mujeres. Es éste un ejemplo de la micropolítica a la que se refieren Deleuze y Guattari.

Retorno a los mecanismos intrapsíquicos. Hay “poderes” que se incorporan a la subjetividad, sujetando al individuo, convirtiéndolo en vigilante de sus propias ansias de exploración y creatividad. “Nuestro sistema de producción y consumo, valga la redundancia, produce consumismo. Y la moda personaliza falazmente lo masivo. Y el consumismo requiere la producción de alienación (Marx y Engels), de sujetos sujetos (Althusser), de hombres unidimensionales (Marcuse), requiere un vacío de alma que se pueda llenar de algunas maravillas y mucha chatarra.”⁸

Feminismo y poder

Graciela Hierro⁹ alude a un devenir histórico en el que el control lo ejerce un grupo de hombres sobre el resto de los hombres y de todas las mujeres. Se instaura así un orden social determinado, en el que El Poder, con mayúsculas, queda en manos de un padre-patrón, que es quien lo detenta y por ello se lo conoce como “patriarcado” o “sistema patriarcal”. El patriarcado supone la dominación de muchos y de algunos, por parte de unos pocos. Hay jerarquías y hay dominancia. Se trata de un modelo de poder jerárquico. El feminismo es un movimiento político que pretendió, desde sus inicios, alcanzar un modelo de poder participativo, es decir, que lo ejerzan hombres y mujeres por igual y por consenso, no por imposición.

Género y poder

La historia nos muestra que los géneros se han construido sobre la base de las diferencias sexuales, es decir, sobre las desigualdades entre hombres y mujeres, que no son producidas por la Biología. Todo lo contrario: son las construcciones que cada sociedad y cada cultura hacen de las diferencias sexuales, lo que da por resultado la disparidad entre los géneros. De tales disparidades surgen las desigualdades y las jerarquizaciones que llevan a una mayor valoración de los hombres y a una consecuente desvalorización de las mujeres. “El género es un sistema de jerarquía social, es una desigualdad de poder impuesta sobre el sexo. Constituye la sexualización del poder”¹⁰.

⁸ Artículo colectivo en elaboración. Comunicación personal. Subjetividad y Cultura, No. 17. México, 2002.

⁹ HIERRO, Graciela: Género y poder, comunicación personal, México, 2001.

¹⁰ Ibid, pág 6

Como vemos, esta autora aborda los dos grandes niveles que habíamos señalado: el macro y el micro. No solamente se refiere al lugar y la encomienda social que se le asigna al género femenino en la estructura global, sino también en los espacios más reducidos, como la familia y el trabajo.

Poder y subjetividad

El objeto de investigación de mi tesis es la intersección entre ciertos procesos sociales y la subjetividad. Particularmente en el terreno de la micropolítica. Para comenzar a entender las relaciones de poder con la subjetividad, hay que internarse en dos grandes territorios: las repercusiones intrapsíquicas del ejercicio del poder, y las múltiples facetas del deseo.

El ejercicio del poder a nivel de los espacios micro, por ejemplo la familia y el trabajo, satisface muchos aspectos psicosociales. Más allá de lo obvio (me refiero a las diferencias de acceso a satisfactores y privilegios), está la construcción de espacios alienados de compensación social y realización psicológica. En este estudio considero la alienación como un estado intrapsíquico del sujeto que lo aleja de la realidad, a la cual vive de manera distorsionada. El padre-patrón que es sometido, a nivel de la sociedad global, a humillaciones e injusticias que lesionan sus derechos y le producen un doloroso sentimiento de degradación, reproduce la situación de injusticia dentro de su núcleo familiar, pero invirtiendo los papeles. Esta transmutación de roles preserva la seguridad de los opresores, en tanto la frustración y su correlato emocional de rabia no se dirigen hacia los verdaderos causantes de la injusticia, sino que se descargan en una dirección sintónica con las necesidades del sistema.

Por otro lado, se recompone el narcisismo herido: el padre-patrón no sólo descarga en su mujer e hijos pequeños una furia injusta, sino que proyecta sobre otros el papel de débiles y sometidos, y asume un rol autocrático que restaña su autoestima herida. Desde otra perspectiva teórica, estos juegos de poder se interdeterminan e interpenetran con, por lo menos, dos aspectos básicos de la subjetividad: las vicisitudes de las identificaciones y los caminos del narcisismo. En relación con las primeras, este oprimido a escala macro social que pasa a ser opresor en la dimensión microfamiliar, utiliza dos mecanismos muy estudiados en psicoanálisis: se identifica con el perseguidor (los dominadores) y proyecta masivamente sus aspectos más rechazados (la vivencia de impotencia y humillación) en los seres de su entorno inmediato, a los que percibe débiles e inferiores. De esta forma, el ejercicio del poder, sobre todo en los oprimidos, cumple un papel alienado de equilibrador de la economía intrapsíquica y de restitución del narcisismo masculino mancillado.

Pero, ¿qué pasa en la subjetividad del oprimido? Es un tema que ha interesado a muchos investigadores, inclusive a literatos y poetas¹¹.

Para comenzar a entender las formas a través de las cuales el poder se registra en la subjetividad y se plasma en sus estructuras, hay que recurrir a por lo menos algunos términos teóricos del psicoanálisis, que es la teoría de la subjetividad que sustento en mi tesis.

En un momento anterior mencioné la necesidad de considerar el concepto de *deseo* para entender las relaciones entre poder y subjetividad. Gilles Deleuze, en su diálogo con Michel Foucault¹² habla claramente de inversiones de deseo que modelan el poder, y lo difunden. Tanto Deleuze, como Foucault, se refieren a móviles inconscientes que intervienen en el juego entre deseo, poder e interés. Deleuze menciona una frase de W.Reich: “¡No, las masas no han sido engañadas, ellas han deseado el fascismo en un momento determinado”. Pero acá nos encontramos con un problema, y es la polisemia del término *deseo*. Obligadamente hay que marcar algunas precisiones.

Deseo

En términos de lenguaje corriente, se identifica *deseo* con excitación sexual o con ganas de hacer algo. Veremos que dentro del psicoanálisis, el concepto es muy distinto, aunque incluya parte de esta acepción popular. Para comenzar, en todos los psicoanalistas se incluye obligadamente una dimensión inconsciente, aunque hay profundas diferencias en los contenidos.

Para Freud, deseo es la acción y/o la tendencia a la acción que busca la consecución de un placer. En tanto define este último en términos de descarga de energía (en su teoría, es el punto de vista energético, por él llamado económico), *el origen del deseo es un proceso biológico* (para Freud el instinto o pulsión es un concepto límite entre biología y psicología, particularmente su psicología psicoanalítica), exclusivamente *intrapsíquico*. Esta concepción de deseo y placer se da en términos de distribución de energía. Freud se atenía a modelos de la Medicina, su carrera de origen. De allí que sustentara sus teorías apoyándose, muchas veces, en leyes de la Física,

¹¹ Muchos autores han abordado este tema, pasando por Sartre, en La Prostituta respetuosa, e incluyendo gran cantidad de pensadores en la filosofía y en todos los terrenos de las ciencias sociales. Una síntesis incompleta, pero ilustrativa la podemos encontrar en el artículo colectivo aparecido en *Subjetividad y Cultura* N°

16, México 2001, págs. 7 á 26.

¹² FOUCAULT, Michel: : *Microfísica del poder*, ob. cit. Pag 84 y 85

como en este caso, en que sigue la segunda ley de la termodinámica para la descarga de la energía. Y aunque esta concepción contiene una serie de contradicciones y limitaciones, que el mismo Freud advirtió y fue tratando de corregir a lo largo de su obra, ésta ha sido su vinculación del deseo con el impulso.¹³

Dicho de otra manera, para el creador del psicoanálisis *el deseo se produce en el interior del sujeto*, aunque pueda ser incrementado, inhibido, desencadenado o modulado por las relaciones intersubjetivas. Y en tanto su fin es la descarga, nada impide su satisfacción. Cuando digo nada impide, me refiero a que puede haber obstáculos intrapsíquicos (la represión) o extrapsíquicos (que en la realidad no encuentre satisfactores), pero no hay un impedimento inherente a la naturaleza del deseo.

En cambio para Lacan, *deseo es el intento de cubrir una falla existencial*¹⁴. En tanto esta última es considerada como inmanente a lo humano, y por ende universal, a-histórica y a-social, ningún objeto podría satisfacer esta carencia. El deseo *no estaría producido por nada*, es un determinante que a su vez no está determinado. El sujeto no sabría de la existencia de esta falta, y en un vano intento por llenarla crearía un universo de fantasmas –lo imaginario– que aunque se alcanzasen como objetos no podrían cumplir la función de satisfactores verdaderos. De allí su expresión que *el deseo nunca se puede satisfacer*. El concepto de deseo en Lacan remite a una falla, carencia o falta propia del existir, y su noción de imaginario remite a lo falso. Es fundamental señalar que para este autor, imaginario y virtual son términos que siempre significan un alejamiento de su concepción de la verdad.

Según Deleuze y Guattari¹⁵ el concepto de deseo remite a *flujos que tienden a producir transformaciones*. Para estos autores, hay un constante fluir de determinaciones que producen cambios en la subjetividad así como en el mundo circundante, y lo expresan como *la producción de deseos que conduce al deseo de producción*. Desde su perspectiva, *la subjetividad*, y, por consiguiente sus carencias y deseos, *está socialmente producida*. En la concepción de estos pensadores, el inconsciente alberga una enorme potencialidad de producción de lo nuevo, lo original, lo revolucionario. Por consiguiente, para ellos lo imaginario y lo virtual más que referirse a lo falso, suponen la posibilidad de actualización de lo posible, de invención y de búsqueda.

¹³ FREUD, Sigmund: *Obras completas*, ob.cit

¹⁴ LACAN, Jacques: *Escritos 2*, Siglo XXI, México, 1975

¹⁵ DELEUZE, G. y GUATTARI, F.: *El Antiedipo*, Ob. cit.

Regreso a un interrogante fundamental para mi tema de investigación: ¿hay un deseo de sometimiento en las mujeres? Una primera respuesta es que desde el psicoanálisis convencional, tal como lo presenté en el capítulo anterior, no hay posibilidad de acceder adecuadamente a un nivel sociopsicológico como el que me interesa. En ese mismo capítulo me he referido a todos los desarrollos postfreudianos que nos ayudan a dar cuenta de este tipo de fenómenos. Uno de ellos es el ya anteriormente mencionado de Deleuze y Guattari. El concepto de deseo de estos autores, quienes en este terreno se inspiran en las aseveraciones hechas casi medio siglo antes por W. Reich¹⁶, me introduce al concepto de *producción social de deseo*. Pero no en función de la acepción popular de deseo, esto es de “ganas de”, sino en la conceptualización que he señalado. El sistema produce determinadas carencias, éstas generan determinados deseos que a su vez conducen a una forma de producción, entendida esta última como un conjunto muy variado de expresiones hacia “adentro” y hacia “afuera” de la subjetividad.

En este proceso recién descrito, se cristalizan algunas estructuras intrapsíquicas. Nuevamente, hay que subrayar la diferencia con el psicoanálisis convencional. La corriente deleuziana-guattariana postula que no hay puntos de partida ni de llegada en los procesos psíquicos, sino que *el inconciente se va estructurando, desestructurando y re-estructurando constantemente*. Dicho en otros términos, la potencialidad creadora del inconciente va tomando diversos caminos, tanto de ruptura con las represiones y sometimientos, como de acatamiento a los mismos, en un proceso en el que puede predominar la repetición acrítica y estereotipada (no productiva o incluso antiproduktiva) o la emergencia de lo nuevo y lo virtual. Este proceso suele tener aspectos estables, que son el resultado de la cristalización de vivencias, algunas contradictorias. Entre estos aspectos más estables, quiero detenerme en tres, por ser fundamentales para mi tesis.

Identificación

El primero de ellos es el mecanismo de *identificación*. Freud lo define con mucha precisión: es la incorporación al sujeto, bajo la forma de una formación estable cuyo origen el sujeto no recuerda ni puede reconocer, de las características de alguien con quien se había establecido una relación muy significativa.

¹⁶ REICH, Wilhem: *Psicología de masas del fascismo*, Paidós, Buenos Aires, 1980

Acá es preciso distinguir que no estamos hablando de vínculo, tal como un tercero podría observarlo, sino de relación objetal¹⁷, esto es la manera como el sujeto registra y vive ese vínculo. La producción psicoanalítica posterior a Freud ha prestado gran atención al mecanismo de identificación, en tanto se lo considera como uno de los pilares básicos del desarrollo psíquico. Hay autores que han estudiado las identificaciones con objetos virtuales, esto es con objetos que no existen en la familia como presencia real, sino como un rol virtual idealizado o satanizado. Pero sea con personas reales o con personajes imaginarios, sea con personas totales o con aspectos parciales, la identificación juega un papel fundamental en la constitución (y, agregan muchos a los que adhiero, en la transformación) de la subjetividad.

Vuelvo a la especificidad de mi tesis. La identificación con figuras sometidas y desvalorizadas conduce al sometimiento y desvalorización, como veremos en los estudios de caso. Para entender más cabalmente este proceso, no hay que olvidar la dimensión inconciente: la identificación está profundamente enraizada en los abismos del inconciente. En muchas personas, se produce un particular fenómeno de escisión: la identificación inconciente resiste imperturbable los argumentos más elaborados y más intelectualizados, produciéndose un divorcio entre lo que el sujeto piensa y defiende a partir de una conceptualización conciente, y lo que siente y hace, en función de esa identificación profunda. Las identificaciones no se reducen al aspecto conductual, sino que incluyen lo valorativo. En otros términos, el sujeto no se circunscribe a “copiar” conductas, sino que introyecta valores, como se verá más adelante. Las identificaciones contribuyen en forma sustancial a moldear la visión del mundo, incluyendo, claro está, la posición del propio sujeto en su mundo signifiante y significativo. Es desde esta perspectiva que debemos entender el “deseo” de sometimiento al que aludía Reich en la cita apuntada. Es desde esta óptica que debemos estudiar, desde una perspectiva de género, el sometimiento de las mujeres. La vivencia profunda que a él corresponde, se debe al lugar y la encomienda que la sociedad les ha asignado a las mujeres, y que son vividos como un orden “natural”.

Desde mi perspectiva psicoanalítica no convencional, las identificaciones no se producen solamente con las figuras más representativas del entorno inmediato familiar durante la primera infancia. Las identificaciones se producen también con figuras significativas posteriores y con figuras mediáticas que aparecen en los medios masivos. Al respecto volveré a referirme más adelante.

¹⁷ KLEIN, Melanie: *Desarrollos en Psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1962, pag. 129

Pero en relación con las identificaciones con figuras que no pertenecen al núcleo familiar, nos volvemos a encontrar con el concepto de modo de organización social. Por ejemplo, en México, una buena parte de las culturas ancestrales (sobre las que tan bien se apoyó la ideología del conquistador) sostienen que el lugar social de la mujer corresponde a un orden cósmico. Por consiguiente, alterarlo (transformando el lugar asignado a la mujer) significaría contrariar un ordenamiento del universo. La ideología apuntada va cambiando o atemperándose en función de particularidades regionales y de influencias traídas primero por el mestizaje y luego por el desarrollo económico y los medios masivos¹⁸. Tenemos así un complejo entramado de influencias socioculturales, en función de zona geográfica, tipo de economía regional, influencia de religiones y penetración de la ideología traída por los medios.

Dicho en los términos de este apartado, tenemos una gran variedad de figuras de identificación que obedecen a determinaciones locales que no son sino la expresión de variaciones más o menos importantes de una orientación más general de la sociedad, variaciones que coadyuvan, o, por lo menos no interfieren, con el proceso de dominación. Las identificaciones con las figuras ofrecidas por el entorno social se realizan tanto con los patrones locales como con algunos objetos virtuales que trae la TV.

Identidad

Como lo mencioné en el capítulo anterior, hay identificaciones que se aglutinan conformando un tronco que el sujeto siente como lo más representativo de su persona, que sin ese núcleo no sería quien es. A ese núcleo se lo denomina *identidad*¹⁹ o *self*. Esta identidad no es un conjunto de imitaciones de objetos, a la manera de las fotostáticas. Muy por el contrario, hay un trabajo activo de elaboración de identificaciones que realiza cada sujeto, y que le da su sello personal. Esta identidad contiene, en proporciones variables en cada individuo, una incorporación de pautas de comportamiento y de valores de los objetos con los que se identificó, así como una subversión frente a la imposición. La resultante de esa amalgama, será un sujeto que acate

¹⁸ ARBETMAN, Mirta y MATRAJT, Miguel: La condición de la mujer, el proceso de trabajo y la salud mental. En: MATRAJT, Miguel: *Estudios en Salud Mental Ocupacional*, Taller Abierto, México, 1994

¹⁹ ERIKSON, Erik: *Infancia y Sociedad*, Paidós, Buenos Aires, 1978

masivamente el papel social asignado, o un pensador crítico que manifieste diversos grados de rebeldía.

Se puede comenzar, así, con una respuesta que todavía es muy incompleta, a contestar la pregunta anteriormente formulada, acerca de si las mujeres desean ser dominadas.

Narcisismo

Otro concepto central para mi tesis es el de *narcisismo*. La necesidad de los humanos de ser queridos, aceptados y valorados ha sido tan extensamente tratada en la bibliografía científica y de ficción que no es necesario detenerme al respecto. Freud hace un estudio minucioso de la manera en que este mecanismo se expresa a nivel intrapsíquico, particularmente en el inconciente²⁰, y lo relaciona con la evolución psíquica y la patología. No tomaré los aspectos energéticos ni especulativos de la teoría del narcisismo, sino sólo aquéllos que hacen a los objetivos de esta investigación. Más aún, esbozaré una delimitación operacional: en esta tesis llamaré *narcisismo al proceso de aceptación y valoración de sí mismo que hace un sujeto en función de las vivencias que tiene acerca de sus características y sus acciones*. De alguna manera es el equivalente teórico a la noción de uso general del concepto de *autoestima*.

La estructuración del narcisismo tiene como punto de partida las relaciones de objeto. En términos muy generales, el nivel de amor, de valoración y de aceptación que un sujeto recibe (relaciones de objeto que se establecen) influyen en la constitución de su narcisismo. Pero el proceso dista de ser así de mecánico. Es mucho más complejo, ya que entre los vínculos reales y las relaciones de objeto (como se señalaba en párrafos anteriores) hay todo un mundo de elaboraciones intrapsíquicas, y entre estas relaciones de objeto y la constitución del narcisismo hay todo otro camino de trabajo subjetivo. Así, por ejemplo, un narcisismo patológico puede ser la resultante (la sustitución alienada) de una gran carencia de aceptación en la realidad.

Si bien no hay un sistema o escala de medida, en términos cualitativos se puede decir que un nivel bajo o alto de narcisismo constituyen patología, y que la salud se ubica en un grado armonioso de narcisismo.

En otras palabras, para poder tener un monto necesario y operativo de seguridad frente al mundo, y poder atreverse a desarrollar las potencialidades internas, hay que tener un nivel adecuado de narcisismo.

²⁰ FREUD, Sigmund: Introducción al Narcisismo, en *Obras Completas*, Ob. cit.

La producción propositiva de narcisismos bajos (la no constitución de una autoestima suficiente) es un mecanismo de *sometimiento y control social*, en tanto instauro dentro de la subjetividad una serie de ideas falsas que colaboran activamente con el lugar social asignado. Por ejemplo, un nivel de narcisismo inadecuado se expresará con la convicción (esto es, la certeza inconciente) de ser menos inteligente, menos hábil, menos fuerte, menos conecedor y/o carecer de un adecuado juicio valorativo, y, por ende, conduce a la aceptación pasiva y acrítica de las imposiciones de los demás.

Dicho de otro modo, *la producción de un narcisismo débil es un requisito para una visión alienada (distorsionada) del mundo circundante, en tanto la distribución injusta de roles es vivida como la consecuencia natural de las diferencias imaginadas.*

Este mecanismo de producción de narcisismos débiles (la manera de lograrlo la planteo unos párrafos más adelante) es un elemento central en la producción y mantenimiento de las desigualdades, en tanto el control de la inconformidad y la protesta se realizan *desde adentro del sujeto*. Es un mecanismo ampliamente utilizado en relación con los grupos minoritarios, y, según la sociedad, con las mujeres, los pobres, los indígenas, los niños y los ancianos. Tenemos acá una segunda respuesta, igualmente incompleta, al interrogante acerca de la dominación de las mujeres.

Superyo

El tercer elemento de la subjetividad que es esencial para mi tesis se refiere al *superyo*²¹. Como he señalado en el primer capítulo, el superyo es una estructura psíquica que corresponde a la internalización de las normas y valores sociales. Según Freud, se constituye al final del Complejo de Edipo (para este autor sería la culminación del mismo) por identificación con el progenitor del mismo sexo. Al igual que lo que mencioné para las identificaciones en general y para el narcisismo, la estructuración del superyo no es un registro directo, casi fotocopiado, de las normas y valores transmitidos en esa etapa. La constitución del superyo implica un trabajo psíquico complejo y absolutamente singular, es una creación inédita que cada sujeto hace. Al igual que lo que planteé para otros aspectos del psicoanálisis, esta concepción teórica visualiza al superyo como un proceso que se da a lo largo de toda la vida.

²¹ ARBETMAN, Mirta: *El psicoanálisis, la subjetividad y el contexto sociocultural*. Ensayo presentado en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México, 2001.

Esta estructura se compone de dos facetas: la *conciencia moral y el ideal del yo*. De manera somera, la primera es la instancia de auto observación, de auto valoración del sujeto en términos de una axiología introyectada. El segundo es la utopía a alcanzar por el sujeto, utopía planteada en términos de logros subordinados a principios éticos. De todos los componentes de la subjetividad, el superyo es el único que, desde el mismo creador de la disciplina del inconciente, es reconocido por todos los psicoanalistas como expresión introyectada de la ética hegemónica en una sociedad.

Resulta claro que a través del ideal del yo se modelan internamente las conductas más importantes del sujeto, siguiendo patrones sociales que son internalizados a través del mecanismo de identificación. Por otro lado hay una relación muy estrecha entre identificación, narcisismo y superyo. ¿Qué debo ser y hacer para que me quieran y para quererme a mí mismo/a? Para responder a esta pregunta hay que echar mano a los tres términos teóricos del psicoanálisis que estoy describiendo. Y así se llega a estar ya en condiciones de acercar una tercer respuesta –complementaria de las anteriores, pero que sigue dejando muchos interrogantes sin contestar- a la pregunta original acerca del deseo de las mujeres a ocupar ciertos espacios y roles, y a acatar imposiciones e injusticias.

Instancias sociales y psiquismo

¿Cuáles son las instancias sociales que considero más significativas en la constitución de estos aspectos del psiquismo, en relación con los objetivos de mi tesis?

Básicamente son cuatro: *la familia, la escuela, los medios masivos y el trabajo*. Obviamente, son los espacios microsociales que presentan más variaciones regionales y locales, en las que más se advierte la diversidad y la singularidad, en los que más inciden los estilos microculturales y los sellos personales y grupales. Aquí reaparece el sentido de utilidad y la importancia operativa del concepto *modo de organización social*.

Comenzaré por el que es, probablemente, el más estudiado de los cuatro: *la familia*. La familia es el primer conjunto de objetos significativos que tiene el sujeto recién llegado al mundo, de hecho antes de que, psicológicamente, podamos incluso llamarlo sujeto. Es en el juego de relaciones objetales con los otros miembros de la familia, y a través de las normas y valores sociales que esta última le transmite, que el niño comienza a construir su subjetividad. El entramado de vínculos es el que decantará en relaciones de objeto; el lugar

asignado en el conjunto y el monto de amor y aceptación que recibe, constituirán los meridianos que participarán en la construcción intrasubjetiva del narcisismo; y las normas y valores sociales que la familia transmite, así como las propias que ella estipula, serán los núcleos constitutivos del superyo.

Una vez más es menester subrayar que entre la oferta de figuras de identificación, de lugares psicológicos dentro del núcleo familiar y de transmisión de una axiología, por un lado, y la concreción de estructuras intrapsíquicas por el otro, hay una enorme distancia que se cubre con un activo proceso de elaboración personal a cargo de cada sujeto, en el que cristalizan los estímulos de manera absolutamente inédita e irrepetible, en ocasiones en forma contraria a lo propuesto. Habitualmente las estructuras subjetivas de la mujer se moldean en gran medida en base a las identificaciones con otras mujeres significativas de su núcleo familiar, la madre en primer término, así como en función del lugar asignado por los demás y de los valores transmitidos.

Todos estos conceptos los retomo en los capítulos de los estudios de caso.

La *escuela* tiene un papel en todo semejante a la familia. De hecho, desde el punto de vista psicológico, es, de alguna manera, una continuación de ésta: es una institución colectiva, con participación de varios miembros, que trasmite las normas que la cultura posee, en donde el/la niño/a pasa muchas horas en contacto con figuras que serán sus modelos de identificación más próximos, al igual que los miembros de la familia. En ocasiones se le puede plantear a la niña, algún nivel de contradicción entre la forma de ejercer ciertos roles por sus maestras mujeres y algunas de las actitudes frente a la vida que tiene su propia madre, así como entre valores aprendidos en su núcleo de origen y los que postula la educación oficial, o entre esta última y la que efectivamente le transmiten en su escuela concreta.

Desde hace varias décadas, comunicólogos de todas las orientaciones han venido señalando el papel cada vez más hegemónico que los medios masivos, en especial la TV, tienen en la formación y transformación de los humanos. A los efectos de este escrito, señalaré dos grandes mecanismos. El primero de ellos es *la transmisión directa de ideología*. Son numerosas y muy variadas las investigaciones acerca de este mecanismo²². También se ha señalado que el rol fundamental de los medios es *la transmisión de modelos de vida*²³.

²² DORFMAN, Ariel y MATTELART, Armand: *Para leer al Pato Donald*, Universitas, Valparaíso, 1971

²³ GUINSBERG, Enrique: *Control de medios, control del hombre*, Nuevomar, México, 1985

Esto no es nuevo. No hay más que recordar la función del teatro, particularmente la tragedia, en la antigua Grecia, así como todas las formas dramáticas que se utilizaron en la Edad Media (por ejemplo, los autos sacramentales) destinadas a la expresión de sentimientos y emociones, pero también a cumplir una función social: transmisión de ideología y de modelos de vida.

Durante un milenio y medio la hegemonía casi absoluta del manejo de este mecanismo en el mundo occidental lo tuvieron las iglesias.

A partir de la Revolución Francesa y con el posterior incremento de poder de los gobiernos laicos, ese rol fue ocupado por la escuela. Pero desde los sesenta, la hegemonía pasa en forma casi absoluta a los medios, desplazando incluso a la familia.

Los medios utilizan fundamentalmente dos mecanismos: el que estamos describiendo de propuesta implícita de modelos de vida, y el que se ha llamado escena simétrica invertida. Este mecanismo se apoya en varios pilares. Por un lado, se realiza transmitiendo una información sesgada, cuya consecuencia subjetiva es lo que Barenblitt²⁴ llama producción de registro, siguiendo el concepto deleuziano-guattariano de producción, y otros autores, en la misma línea, denominan producción de desinformación²⁵. Dentro de este esquema de *conocimiento/desconocimiento subjetivo producido*, se instala la transmisión de modelos de vida, a través de una oferta de roles para identificación que cierra el círculo vicioso de la dominación. Los roles propuestos para identificación deben tener una gran cercanía con las situaciones reales de los destinatarios. De lo contrario, carecen de función modificadora o reforzadora de las imágenes subjetivas.

En ocasiones, como en ciertas series documentales, se procura la transmisión de ideología en forma más directa, postulando o dejando entrever un “principio” general como, por ejemplo, que el triunfo del más fuerte es una ley de la Naturaleza.

El mecanismo de *escena simétrica invertida*²⁶ es complementario del anterior, siguiendo un camino que, de inicio, es opuesto. Se realiza a través de una propuesta de figuras (en las telenovelas, en las biografías de personajes populares, en las entrevistas y chismes, etc.) que son muy diferentes, en sus realizaciones vitales, al auditorio. En otras palabras, son personajes más fuertes, más exitosos, más impunes, etc. Lo que se busca es que el sujeto se evada de su rol social desvalorizado proyectándose sobre la figura que le

²⁴ BAREMBLITT, Gregorio: *Introducao à esquizoanálise*, Biblioteca do Instituto Felix Guattari, Belo Horizonte, 1998

²⁵ MATRAJT, Miguel: Entre la charrue et l'alcool, en *Chimères No. 22*, Paris, 1995

²⁶ MATRAJT, Miguel: *Espacio Institucional I*, Lugar Editorial, Buenos Aires, 1991

ofrecen. Más exactamente, utiliza un mecanismo psicológico que se denomina *identificación proyectiva*: el sujeto se siente como si fuera el personaje con el que se está identificando²⁷. A través de esta identificación proyectiva el sujeto sale momentáneamente de su situación de marginación, pobreza y frustración, y “vive” imaginariamente otra situación maravillosa a través del personaje que es soporte de sus proyecciones²⁸.

El anatema bíblico respecto al *trabajo* recoge la concepción de la época –y que se mantuvo por milenios, incluso hasta nuestros días-, estigmatizándolo como *castigo o actividad de esclavos, pobres y débiles*. Incluso pensadores de la talla de Marx sostienen que el trabajo, como actividad que se contamina con el capital, deviene en una forma de alienación. Pero en el siglo XX comienza una valoración diferente del papel del trabajo, y, en el terreno que me interesa, se empieza a estudiar la función subjetiva del trabajo. Los estudios pioneros de Paul Sivadon, Claude Veil, Louis Le Guillant y Adolfo Fernández-Zoila, en los cincuenta y los sesenta, inician un camino muy fecundo para entender las relaciones entre el trabajo y la subjetividad. Muy resumidamente, se empieza a focalizar la atención sobre las repercusiones de la actividad laboral sobre el psiquismo, primero en términos de acción patógena, posteriormente en función de producción de transformaciones subjetivas. El trabajo es un espacio de realización existencial, de puesta a prueba de la inteligencia y la creatividad, de aprendizaje de muy diversos aspectos de la vida, de adquisición o deterioro de virtualidades, de establecimiento de relaciones humanas significativas.

El espacio de la actividad laboral es, también, un lugar donde se juegan las relaciones de poder, donde se transmite y ejecuta la ideología dominante. No hay duda que en los espacios laborales las diferencias de género se ponen al rojo vivo. Desde la distribución de “cuotas” en el mercado global del trabajo (de acuerdo a la región y la rama empresarial, el acceso a la ocupación se discrimina por géneros), la obvia inequidad en el acceso a los altos mandos, y las segregaciones larvadas en el uso de la tecnología. El conjunto de las prácticas laborales, más exactamente las formas de organización del mercado

²⁷ El cineasta norteamericano Woody Allen describe de manera muy perspicaz este mecanismo en su película “La rosa púrpura del Cairo”. En ella el personaje principal, una cajera de restaurante, entra y sale de la pantalla cuando va al cine a ver sus películas favoritas.

²⁸ En las telenovelas se busca lograr la plena identificación de las mujeres con personajes de mujeres bellas y triunfadoras, que consiguen siempre el amor de un hombre guapo, rico y hasta bueno, ya que si no lo era, en el curso de la telenovela se redime y deviene en bueno.

laboral, de los imaginarios sociales e institucionales, las maneras en que se discrimina la labor femenina dentro de las empresas, constituyen un todo articulado con efectos muy profundos en la subjetividad femenina.

Deseo puntualizar solamente un aspecto por ser muy ilustrativo: el narcisismo. Tal como decíamos a propósito de la familia y la escuela, la constitución del narcisismo se nutre del rol asignado en una organización (en este caso, la empresa) y la valoración que se recibe en la misma. Para las mujeres estas relaciones en el área laboral configuran una autoestima baja e imprimen huellas de subordinación en su subjetividad. El mensaje que reciben es : Tu trabajo vale menos porque tú vales menos.

Hay otra vertiente fundamental, particularmente en el caso de las mujeres, que es el *trabajo invisible*²⁹. Se denomina así al que se realiza en el ámbito doméstico, y que *sólo se percibe cuando no se hace*. Es vivido como una obligación, integrada a un orden “natural”, en primer lugar por las propias mujeres. Este trabajo no es vivenciado como realización existencial, como actividad valorada, como forma de creatividad ni aprendizaje. Lo describiré con mayor detalle a propósito de los estudios de caso.

Empoderamiento

Hasta aquí he enfatizado las formas a través de las cuales las relaciones de poder moldean la subjetividad favoreciendo a los poderosos y poseedores, y completan el círculo de sumisión. Pero este proceso no es unívoco ni fatalista. Tal como lo mencioné en el apartado “Foucault y Deleuze” de este capítulo, los individuos y los grupos se resisten a las diferentes formas de poder impuesto, y a quienes lo imponen. Entre estas resistencias aparecen diversas conductas alternativas. Deseo extenderme acerca de una de ellas, en tanto es un concepto muy importante para algunos/as estudiosos/as de género. Me refiero al concepto de *empoderamiento* (del inglés *empowerment*).³⁰

Empezaré por una breve historia. Marta Venier³¹ nos señala que el primer antecedente del término lo encontramos en el *Oxford English Dictionary*, del

²⁹ Concepto acuñado por la socióloga Isabel Larguía. En: *La Liberación de la Mujer. Año Cero*, Gedisa, Barcelona, 1977. LARGUIA, Isabel: *Contra el trabajo invisible*

³⁰ Deseo expresar mi agradecimiento al maestro Marcelo de Luca por haberme facilitado una serie de sus materiales acerca del tema Empoderamiento.

³¹ VENIER, Marta: *Boletín editorial No. 67*, mayo-junio, Departamento de Publicaciones, El Colegio de México, 1996, p.17-20.

³² DE LUCA, Marcelo: *Orígenes, significados y usos del empoderamiento*, comunicación personal. Septiembre 2001

siglo XVII: *to empower* y *empowerment* significan en español 'dar poder', 'conceder a alguien el ejercicio del poder'. Las traducciones propuestas en el Diccionario de la Real Academia Española son los términos *empoderar* y *empoderamiento*. No existen acuerdos absolutos acerca de los significados de estas palabras ni en inglés, ni en español. La discusión gira alrededor de dos elementos claves. En inglés *empowerment* implica una acción que está relacionada con el *otorgamiento de poder*. En español se encuentran dos acepciones opuestas: “dar poder” y “ganar poderío”. Como lo señala De Luca:

“en ambas lenguas, *empoderamiento* y *empowerment* están estrechamente ligados a la noción de poder y por tanto determinadas al sentido que se asigne a dicha noción –el poder ¿se delega?, ¿se reconoce?, ¿se toma?, ¿se alcanza?, ¿se ejercita?”³².

Se encontró otra traducción de la palabra *empowerment*: *potenciación*. En la medida que potenciar significa dar o incrementar potencia a una cosa, este término así traducido aparece como muy alejado de las capacidades y posibilidades de los seres humanos.

Otro significado que encontró Venier³³ del verbo *empoderar* es *apoderar*. Este se reconoce como “dar poder o facultar a alguien”. En este caso que me ocupa, se trataría de “dar poder a las mujeres”. Frente a este significado caben los interrogantes que formula De Luca³⁴:

“Creo que con estos elementos ya es pertinente elevar la reflexión sobre las implicaciones que tienen estos significados en el marco de la dominación de género cuestionándonos: ¿quién les confiere a ellas el poder?, ¿sobre qué aspectos se les confiere poder? y ¿acaso ellas han decidido cuáles apoyos son aceptables para alcanzar el poder?, ¿es automática la aceptación de los costos y las responsabilidades que se deben asumir con la 'entrega' de poder?”

“...hasta este momento, no tendríamos una palabra para expresar el 'darse a sí poder' o 'incluirse en el poder’”.

En esta tesis, el concepto de empoderamiento lo utilizo como *ejercicio de conductas autónomas que implican el uso del poder para el propio crecimiento y desarrollo, sin detrimento alguno para los demás*. Como dice

³² DE LUCA, Marcelo: *Orígenes, significados y usos del empoderamiento*, comunicación personal. Septiembre 2001

³³ VENIER, Marta: *Boletín editorial No. 67*, ob. cit. Pag.18

³⁴ DE LUCA, Marcelo: ob. cit

Magdalena León³⁵ "empoderamiento implica que el sujeto se convierte en agente activo como resultado de un accionar".

Este concepto de empoderamiento se refiere:

"a la *creación de alternativas* y a la vez a la *creación de poderes democráticos*, evocando la noción de que el poder se crea, se construye, se comparte, pues asaltarlo y tomarlo es el inicio de una reproducción de las relaciones que se busca transformar.

"A través de acciones de muy diversa índole, los sujetos oprimidos se empoderan, es decir crean, reúnen y practican poderes no opresivos de los que carecían...

...Los empoderamientos surgen siempre en procesos sociales.

Quienes ostentan los poderes del dominio no se empoderan: el empoderamiento es la resistencia ante esos poderes y el propósito de eliminarlos de la vida social"³⁶

Las mujeres son las que significativamente menos poder tienen en una sociedad de orden patriarcal dentro de relaciones que supuestamente deberían ser horizontales, como las familiares y las laborales. Son las que mayor dependencia sufren en tanto su papel corresponde al de ser *las dominadas* por otros (algunos hombres), que son *los dominantes*. Sin embargo, y dentro de las estrecheces que tales vínculos marcan para las mujeres, éstas buscan alternativas. Consiguen y alcanzan también ciertas formas de empoderamientos, como una vía para sobrevivir en una sociedad de tales características.

Sin duda, dichos empoderamientos ponen en entredicho poderes y privilegios de los hombres, ya establecidos por el patriarcado, y obligan, al mismo tiempo, a una redefinición de los roles tradicionales, incluidos los masculinos.

Los empoderamientos de las mujeres son la resultante de múltiples factores, incluyendo las cualidades individuales. Pero no por el hecho de ser mujer, o de pertenecer a un determinado estrato social, todas las sujetos se comportarán de igual manera. Y de allí, y como síntesis única, emergerán las conductas que hoy nos permiten hablar de, y analizar los diferentes empoderamientos de las mujeres, como una respuesta a la sociedad a la que pertenecen.

³⁵ LEON, Magdalena: "El empoderamiento en la teoría y práctica del feminismo", en Magdalena León (comp.), *Poder y empoderamiento de las mujeres*, Tercer Mundo Eds. Y U.N.-Facultad de Ciencias Humanas, Santafé de Bogotá, Colombia, 1997, pag. 1-26

³⁶ CAZES, Daniel: *Creación de alternativas en México*, UNAM, México, 1999, pag. 7-13

Dos de las estudiosas del tema de los empoderamientos, Carmen Deere y Magdalena León afirman que “el empoderamiento tiene lugar en diferentes escenarios y no existen fórmulas mágicas ni diseños infalibles, ni una receta o un modelo prescriptivo. El empoderamiento no es un proceso lineal con un comienzo y un fin definitivo que es igual para diferentes mujeres o grupos de mujeres. El empoderamiento es diferente para cada individuo o grupo según sus vidas, su contexto y su historia, y de acuerdo con la subordinación en los niveles personal, familiar y comunal, y otros niveles altos de organización de la sociedad .³⁷”

Este punto de vista es el que sustento en el tratamiento de los estudios de caso. Y el aspecto relevante del concepto descansa en *la autonomía*. Es decir, el verdadero empoderamiento es el que se otorgan las mujeres a sí mismas como una vía para anular su condición de subordinadas, en tanto género. En ese sentido resulta interesante rescatar el concepto de G. Hierro³⁸ acerca del primer empoderamiento de las mujeres: adueñarse del propio cuerpo (es decir, ser ellas las que decidan con quién quieren estar y con quién no; si quieren tener hijos, o no; que puedan decidir acerca de sus embarazos). Para esta investigadora el proceso a través del cual las mujeres pueden acceder a verdaderos empoderamientos es la educación, como proceso formativo.³⁹

Aun cuando en la actualidad nadie duda de la relevancia de la educación para la consecución de las conductas autónomas de los seres humanos, el peso que se le otorga en relación a la presencia de otros determinantes sociales, varía según los autores.

Como lo sostiene Naila Kabeer⁴⁰, el verdadero empoderamiento es el que se da “desde adentro”. El proceso de necesidad de cambio debe generarse a partir de una toma de conciencia por parte de las mismas interesadas: las mujeres.

³⁷ DEERE, Carmen Diana y LEON, Magdalena: *Género, propiedad y empoderamiento: tierra, Estado y mercado en América Latina*, Tercer Mundo Eds. y U.N.-Facultad de Ciencias Humanas, Santafé de Bogotá, Colombia. 2000, pag. 32

³⁸ HIERRO, Graciela: *Ética y feminismo*, México, UNAM, 1985, pag.116

³⁹ HIERRO, Graciela: *De la domesticación a la educación de las mexicanas*, Torres Asociados, México, 1990

⁴⁰ KABEER, Naila: *The Conditions and Consequences of Choice. Reflections on the Measurement of Women's Empowerment*. United Nations Research Institute for Social Development (UNRISD), Discussion Paper (DP 108), Geneva, 1999

En la concepción de subjetividad que manejo en la presente investigación aparece claramente la noción de algo que se va estructurando todo el tiempo y no está dada de una vez para siempre. La posibilidad de que las mujeres puedan acceder a sus propios empoderamientos para transformarse en seres con conductas más autónomas y estar menos, o no estar, cuando ello es posible, subordinadas en esta sociedad mexicana, moderna y metropolitana, depende fundamentalmente de la capacidad para asumir esas posibilidades de cambio. Para ello es menester un proceso que modifique la propia concepción de las mujeres acerca de sí mismas (o sea, su subjetividad), lo cual permitirá que se den estas conductas de autonomía que, a su vez, modificarán la subjetividad de cada una. Para Hierro⁴¹, este proceso está muy ligado a la educación. Es un proceso de constante interacción y movimiento. Pero no se da en todas las mujeres, ni tampoco estas conductas de cambio se traducen siempre en conductas de autonomía. Algunas se quedan inmersas en las redes de poder y *no* se empoderan, como lo veremos en los estudios de caso.

Surge lo que se conoce como *reatrapamiento*: los mecanismos de poder vuelven a absorber a quienes intentan escapar⁴².

Propositivamente, y por razones expositivas, he abordado hasta aquí el concepto de empoderamiento desde una perspectiva sociológica, sin profundizar en el tema de la subjetividad. Pero el objetivo de mi tesis es la relación entre los niveles macro y micro sociales con la estructura del psiquismo. Por ende, es necesario introducir las articulaciones entre los procesos de empoderamiento y los cuatro términos teóricos de la subjetividad a los que he dado mayor relevancia en este capítulo, así como las cuatro instituciones que he analizado con mayor detalle.

¿Qué relación tiene el deseo con los empoderamientos? Hay que recordar las precisiones que remarqué a propósito del concepto deseo en el apartado correspondiente de este mismo capítulo. Obviamente, si se lo considera desde una perspectiva lacaniana, la falla existencial que produciría el deseo sería imposible de llenar, y por ende, todo intento de empoderamiento sería un vano ensayo de acceder a algo imaginario. Pero desde la perspectiva delueziana-guattariana, el deseo es una fuente inagotable de búsqueda de lo nuevo, lo creativo. En este sentido, el análisis de la represión (en su terminología, el análisis de la antiproducción) conduce a una liberación de ese deseo, y sería la condición para el acceso a un empoderamiento, entendido

⁴¹ HIERRO, Graciela: *De la domesticación a la educación de las mexicanas*. Ob. cit.

⁴² CALVEIRO, Pilar: *Resistencias en las relaciones de poder*. Proyecto de investigación, México, 2001

como la creación de una situación nueva en la cual se actualizaría (se volvería realidad) una virtualidad posible.

¿Qué relación tienen los procesos de identificación con los empoderamientos? Creo importante recordar algunos conceptos desarrollados en el apartado correspondiente a la identificación y a la identidad.

La identificación con un objeto sometido produce sometimiento, sea este objeto real o virtual. Por consiguiente, la adquisición de empoderamiento supone un proceso de desidentificación en relación con objetos sometidos y nueva identificación con figuras más libres. En dicho apartado puse de manifiesto que en ocasiones se produce una particular disociación psíquica entre un núcleo inconciente que persiste identificado a figuras arcaicas de la historia del sujeto, y un sector más conciente portador de otras significaciones. Esta escisión suele ser el principal obstáculo para un empoderamiento liberador.

¿Qué relación tienen el narcisismo y los procesos de empoderamiento? El camino que conduce a que a través de un empoderamiento se transformen ciertos vínculos sociales puede –suele- llevar a una pérdida de aceptación y amor por parte de los otros (particularmente los familiares), incluso a una marginación de los grupos más cercanos. La nueva identidad que alcanza una persona que se empodera supone nuevas conductas y actitudes que no siempre se engarzan con armonía en el contexto que rodea a dicha persona. Muchas veces se generan situaciones conflictivas. Obviamente, esto conlleva, como ya lo había analizado, a un decremento del narcisismo necesario. Pero, por otro lado, la adquisición de mayor autonomía y capacidad de decisión implica un incremento tanto del narcisismo necesario para llevarlas a cabo como del narcisismo resultante. Al comentar los aspectos del narcisismo en párrafos anteriores señalé que una herramienta de dominación es la producción de narcisismos débiles, en tanto inhiben la reacción –los empoderamientos- frente a la injusticia.

¿Qué relación tiene el superyo con los empoderamientos? Resulta claro que la instancia psíquica que cristaliza internamente las normas y valores sociales es un freno inmediato ante cualquier intento de modificación de los vínculos y lugares sociales. En tanto el superyo se crea y modifica a través de un proceso de identificaciones, cabe hablar del riesgo de una escisión como la que señalé antes: una modificación superficial de las normas y valores, a nivel de lo intelectual y discursivo, y una pervivencia de las identificaciones

superyoicas primitivas, a las que se subordinan las conductas reales (en mi casuística se pueden ver algunos ejemplos de esta escisión).

El concepto de empoderamiento, tal como se maneja en la mayor parte de la bibliografía y como lo utilizo en mi tesis, se refiere, predominantemente, al nivel de la micropolítica, o, como diría Foucault, a los micro espacios de poder. Por consiguiente, en el análisis de los casos, me referiré a la forma como se concretan los empoderamientos en cada Modo de Organización Social.

Existe una relación entre empoderamiento y las cuatro instituciones que tomé como referente básico en relación con la subjetividad. Para Bourdieu⁴³, las instituciones básicas que perpetúan la dominación masculina transformando lo arbitrario cultural como un “orden natural” son: la familia, la escuela, la iglesia y el estado. Desde mi personal punto de vista los medios y el trabajo son agentes sociales que tienen mayor influencia en la producción de subjetividad que la iglesia o el estado los que, finalmente, permean su ideología a través de la familia, la escuela y los medios, por lo menos.

Sin duda, el proceso de empoderamiento se ha estudiado más a nivel familiar. De hecho, es el que más he mencionado en los párrafos destinados a su introducción en este capítulo. La toma de un nuevo lugar más justo y libre en la familia, esto es, la adquisición de un empoderamiento, suele tener, como requisito, para las mujeres, el proceso de desidentificación con las figuras femeninas de mayor edad, de transformación del superyo y de aceptación del riesgo de perder el cariño de los demás, incluso de ser marginada. No suele ser posible sin una transformación previa de la autoestima, el narcisismo, a la que se puede acceder por múltiples caminos. La educación, algunos medios masivos, la presencia de figuras de identificación diferentes, son algunas de las sendas más recorridas. Pero, sin duda, las acciones colectivas de mujeres fuera de la familia son las que tienen mayor peso en estas transformaciones.

La escuela, a través de mecanismos semejantes a los de la familia, puede ofrecer a la niña y a la adolescente, dos formas de acceso a un proceso de empoderamiento: las identificaciones con educadoras y pares, y los contenidos de la educación.

⁴³ BOURDIEU, Pierre: *La dominación masculina*, Ed. Du Seuil. Paris, 1998

La relación con los medios es cualitativamente distinta que con las dos instituciones anteriormente mencionadas. En primer lugar, porque la relación es sólo unidireccional. En segunda instancia, porque los medios corresponden a los espacios de macropolítica, las más de las veces manejados en el modo de organización social metropolitano, y desde ésta para todo el país. Para acceder a modificar estos espacios, las mujeres deben primero ganar territorios de micropolítica, superando el imaginario social de que lo que no está en los medios (particularmente la TV) no existe o no tiene importancia. El proceso de empoderamiento supone, entonces, un trabajo previo intrapsíquico mucho más importante, a nivel de identificaciones, narcisismo y superyo.

El trabajo remunerado puede tener una muy fuerte acción de propulsar empoderamientos. Hay que recordar que, desde mi perspectiva, este tipo de trabajo es un potencial productor de expansión del yo, en tanto promueve autonomía y desmiente los prejuicios preexistentes en relación a la inferioridad intelectual de la mujer (también este mecanismo está ilustrado en la casuística que presento en los siguientes capítulos).

Por otro lado, cuando la mujer se inserta en algún tipo de acción social como la sindical, por ejemplo, se consolidan los lazos con otras mujeres y se incrementa su vivencia de fortaleza subjetiva.

CAPÍTULO III

El poder, el empoderamiento y el dinero. Dos estudios de caso de dinero obtenido a través de la herencia

En los capítulos precedentes expuse mi marco conceptual general, así como los términos teóricos que tomo de la sociología, de la teoría de género y del psicoanálisis, porque son los que considero más útiles para mi investigación, y que servirán para entender las relaciones entre estructura social, poder y subjetividad. Utilizándolos en forma integral, he elaborado un modelo de análisis con el que abordo los casos clínicos.

Los estudios de caso escogidos para ilustrar la relación entre poder y subjetividad son seis. En ellos veremos cómo la categoría de empoderamiento se va gestando y ubicando en una posición *producida por y productora de* un cambio fundamental en la subjetividad de cada una de las mujeres estudiadas.

Estas mujeres fueron elegidas de un universo diverso, que llegó a mí en demanda de tratamiento psicoterapéutico. Esta “selección” fue bastante relativa, en tanto fueron ellas las que me eligieron a mí. Pero en función de mi interés personal en mostrar cómo el dinero obtenido por herencia, el trabajo que provee de ingresos, y el estudio, son factores relevantes para la estructuración de la subjetividad, en este caso, de las mujeres, escogí aquellas que mejor podían ilustrar esta temática. Mi objetivo fue poder determinar la posibilidad, o no, de conseguir que se empoderen, resultando dicho proceso de empoderamiento de un interjuego entre lo personal y lo social.

Seguramente otros factores han de ser también agentes que promueven cambios tan sustanciales en la subjetividad que permitan que el empoderamiento tenga lugar. Según mi personal punto de vista estos ejemplos seleccionados muestran tan claramente los cambios producidos al interior de las subjetividades, y cómo dichos cambios han podido plasmarse en conductas de autonomía y desarrollo, que he querido ponerlos en mi investigación como representantes de los procesos que se pueden lograr como resultado de esta interacción entre lo individual y lo social .

Todas las mujeres de mi casuística son mexicanas. Algunas (como iré indicando en cada caso, al analizarlo) son de grupos sociales adinerados (estatus socioeconómico alto). Otras son de un estrato socioeconómico medio y medio alto. En cada caso iré señalando las características particulares, según su adscripción al Modo de Organización Social al que pertenece cada una.

Papel del dinero en nuestra sociedad

El dinero¹ se va transformando, en el contexto de nuestra sociedad capitalista, cada vez más en un elemento con existencia autónoma que determina las condiciones de vida de hombres y mujeres, que incide prioritariamente en la construcción de la subjetividad y que gesta la identidad de los sujetos. Poseerlo o no poseerlo, tener mucho o poco dinero, gastar o no gastar dinero, ganar o no dinero, son algunos de los diversos aspectos que van a influir en la posesión del poder en ésta, nuestra sociedad. En ella son, todavía, los hombres los que poseen predominantemente el dinero y el poder. Aún cuando el mercado de trabajo tiene ya muchas mujeres produciendo, los salarios femeninos son más bajos y las condiciones de horario, pertenencia, acoso sexual y otras, provocan que para las mujeres el trabajo asalariado tenga menores ventajas y les provea de menor poder que a los hombres.

Los cuatro primeros casos que presento tienen relación con el dinero. En el primer apartado, esto es, en este capítulo, se toma en cuenta el aspecto de “heredar dinero”. Es decir, posesión por herencia.

En el capítulo siguiente tomo dos casos de mujeres que tienen ingresos gracias a su propio trabajo. Creo interesante puntualizar ciertas diferencias que se dan cuando el dinero es heredado o cuando es resultado del propio trabajo, al menos en esta sociedad y en el tiempo presente.

El poder, el empoderamiento y el dinero. Dos estudios de caso de dinero heredado.

En este capítulo considero dos estudios de caso en los cuales reviso su relación con el dinero, en este caso recibido por herencia, y cómo una de las mujeres pudo empoderarse y la otra no. Los casos que voy a estudiar

¹ CORIA, Clara: *El dinero en la pareja. Algunas desnudeces sobre el poder*. Paidós, México, 1991

pertenecen a la sociedad mexicana contemporánea. Ambas mujeres viven en México DF y pertenecen al grupo socioeconómico alto. Sus historias de vida tienen varios puntos en común, pero creo que el más relevante a los fines del presente trabajo es que ambas reciben una herencia de dinero muy importante, directamente de sus respectivos padres.

Un estudio de caso: Sra. E

Cuando viene a consulta por primera vez E tiene alrededor de 50 años, con poco más de 30 de casada. Es una mujer bella, de buenos modales, inteligente. Viene a la terapia porque acaba de descubrir que su esposo tiene otra relación (lleva dos años con otra mujer, pero E no lo sabía), y cuando lo confronta el marido responde que “está confundido” y no sabe qué hacer. Esto provoca un dolor y un enojo tan grandes en E (vividos como una bofetada a su narcisismo), que lo corre de la casa. Al poco tiempo se divorcian y el ex esposo se vuelve a casar con la mujer con la que salía, que pertenece al mismo grupo social, pero con menos dinero que E.

Remontémonos un poco a la historia de E. Nace dentro de una familia de clase media, cuya madre (no especialmente bonita) es soltera y el padre es un señor desconocido con quien la madre tiene una relación circunstancial. Esta situación produce una constitución debilitada del narcisismo de E, por varios motivos. En primer lugar, porque carece de una figura de identificación básica, como es el padre. En segundo lugar, porque al identificarse con una madre que a su vez se siente menos que otras mujeres, se está identificando con un objeto psicológicamente empobrecido (lo cual pone a E en una escala de narcisismo bajo). En esta sociedad, y más en la época en que E nace y es niña, ser madre soltera es un elemento de discriminación social en tanto la mujer madre soltera aparece como alguien que violó las normas del “buen comportamiento”: se embaraza sin estar casada o, al menos, sin estar en una relación de pareja estable. En tercer lugar, porque en las instituciones básicas en las que se inserta E, escuela en primer término, es señalada y marginada con base en los prejuicios sociales al respecto.

De acuerdo al marco teórico utilizado, tanto E como su familia y escuela, deben ser entendidas en función del modo de organización social al que pertenecen: el modo de organización metropolitano. Las pautas de esa cultura metropolitana son claras en cuanto a ciertos preceptos morales: una madre soltera es una mujer de cascos ligeros. Es decir, tiene vida sexual fuera de los cánones establecidos por la sociedad como “los correctos”. La

sexualidad de la madre de E no está enmarcada dentro del matrimonio. Entonces no se la conceptúa como mujer libre, sino como mujer puta.

Además de la madre, son figuras importantes en la infancia de E una prima hermana, mayor que E varios años, y el hermano de ésta, quienes fungen como figuras protectoras y, en cierto modo, padres sustitutos de E. Ambos primos son profesionistas, académicos y para ellos todo lo intelectual está muy valorizado. Es significativo que aunque los primos viven en la misma ciudad y pertenecen a la misma capa de clase, su grupo social de referencia, es distinto, y, por consiguiente, todo su andamiaje conceptual y valorativo es diferente. La identificación con estas figuras incluye la introyección de sus valores. En términos teóricos, el Ideal del yo de E incorpora los valores de estas figuras de identificación, pero, como veremos a continuación, es una incorporación superficial y poco determinante de su itinerario vital en los siguientes años. E crece en un ambiente en el que de su persona se valora la belleza física.²

Su familia se desenvuelve alrededor de ciertas figuras de poder (su prima, luego el marido de ésta, su primo, quienes pautan los estilos de vida de la familia).

¿Cómo interactúan estas pautas con los meridianos centrales sobre los que E discurre su quehacer vital? Me refiero a la importancia de la belleza física y el desprecio a otras cualidades.

Para E ser bella era suficiente. En su educación no se le proporcionó, ni ella lo aspiró, el estudio, más allá de la escolaridad primaria y la secundaria, únicos momentos en los que E salió al espacio público. Vemos que además de sus figuras de identificación familiar, hay una influencia fundamental que proviene de otras fuentes. Hasta donde se sabe por su historia, esta escala de valores está producida sólo parcialmente por su familia y por su escuela. La influencia central está dada por los medios masivos.

Primero la radiotelefonía y luego la televisión, así como las revistas llamadas “del corazón”, son las vías a través de las cuales se ofrecen los modelos de identificación para el grueso de la población. Para dichos medios la belleza femenina, y la juventud, eran y siguen siendo, la mayor oferta para identificarse que dichos medios ofrecen a las mujeres. E toma estos parámetros como los más importantes para sí misma. Y a pesar de tener familiares que destacan en lo intelectual, ella se constituye como persona

² HIERRO, Graciela (comp): *Filosofía de la educación y género*, UNAM y Editorial Torres Asociados, México, 1997, pag. 291

alrededor del valor de su belleza física. Y ése va a ser el principal elemento definitorio de su identidad. De él va a depender la estructuración de su psiquismo. De él va a tener mayor o menor valoración su persona (narcisismo).

En la Antigüedad occidental la belleza, en abstracto, era considerada un valor en sí misma y eran los hombres quienes se calificaban más por poseerla. En la modernidad occidental la belleza es un atributo esencialmente femenino y a través de ella las mujeres tienen y ejercen poder. En nuestra sociedad no es lo mismo ser bella que no serlo. En diversos autores de la literatura moderna aparece la belleza como valor femenino (Montaigne, Dante, Garcilaso, Petrarca).

Durante su infancia E sufre la discriminación por parte de sus compañeras de escuela, por no tener papá, tal como fue señalado en un párrafo anterior. El hecho de ser hija “natural” (como se calificaba entonces; actualmente la legislación ha abolido esa figura) no sólo determinó que el grupo social externo, por ejemplo la escuela, la señalara, sino que su propio registro subjetivo la llevó a conformar una serie de características fóbicas de su personalidad. Es decir, se tornó una joven insegura, con miedos, vulnerable. En este caso particular, la fobia no es resultante de un conflicto edípico desplazado³, como tradicionalmente se la considera, sino la expresión de un narcisismo debilitado, como fue analizado en párrafos precedentes.

Ya siendo jovencita, E comprende que a través de su belleza puede conseguir un esposo que le permita situarse en un grupo social en donde la doble condición de poseer esposo y atributo físico sean la llave para poder acceder a un medio de mayor poder económico del que sus orígenes maternos (su padre era un desconocido para ella) le puedan ofrecer.

Estamos frente a una típica situación en la que los imaginarios sociales de su grupo de referencia, o sea su modo de organización social, se han hecho carne en el inconciente de E, y se traducen en un accionar coherente con el Ideal del yo estructurado también en base a aquéllos. Es interesante señalar que esos imaginarios (vehiculizados en parte por la escuela, pero, fundamentalmente por los medios masivos), se desarrollan con base en *proponer identificaciones con figuras estereotipadas a través de los medios*. El modelo que seguirá E no existe en su familia, en tanto su madre no ha conseguido la “felicidad” imaginaria en base a belleza, no se ha casado

³ FENICHEL, Otto: *Teoría psicoanalítica de las neurosis*, Paidós, Buenos Aires, 1957

conforme a los cánones de su modo de organización social, ni ha conseguido retener al hombre con quien concibió a E. Tampoco la prima intelectual transmite esa sobrevaloración del cuerpo.

E se casa con un profesional de clase media alta y consigue así pertenecer a un entorno de dinero, costumbres (viajes, infraestructura doméstica resuelta con bienestar, servicio, etc.) y objetivos (estudios para los hijos, cursos de superación personal para ella misma) que le abren un panorama nuevo en su vida. Cumple entonces con una expectativa cultural generalizada, particularmente en su modo de organización social: se casa y forma una familia. Su belleza le ha servido como pasaporte para acceder a una movilidad social que la favorece desde todo punto de vista.

Desde lo legal y lo religioso, estos "mandatos" para la mujer que bien se precie en esta sociedad patriarcal, están cumplidos. Ella es la que administra el hogar, educa a los hijos (transmitiéndoles, según lo demanda el grupo que detenta el poder, la ideología dominante, es decir, la patriarcal). Hace cursos (que la inmensa mayoría son "probaditas" de arte, de literatura, etc.) que le permiten moverse con más conocimientos y comodidad en los nuevos grupos en los que se inserta a partir de su unión conyugal. Ya sabe poner bien una mesa, sabe qué luce en una invitación a cenar y lo administra para lograrlo, aprende a "recibir", puede intervenir en conversaciones "más intelectuales".

Desde un punto de vista metapsicológico, tenemos un doble sistema de identidad, o, al decir de Winnicott⁴, un núcleo central vivido como propio y muy arraigado, constituido en este caso por una identidad pobre, devaluada e insegura (que tendría su origen en el vínculo con la madre) y una periferia de pseudoidentificaciones (o identificaciones inestables) constituido por estas incorporaciones endebles que apuntalan al yo, y le permiten una imagen "for export" (incorporadas al Yo a partir de la influencia de los medios masivos).

El verdadero baluarte de su psicodinámica es el vínculo con el marido, que es quien le da sustento psicológico a su subjetividad, a través de un triple mecanismo: a) es el objeto que alienadamente "la completa", o sea que llena, en su fantasía, sus carencias psíquicas vividas como estructurales; b) es el pasaporte y condición de existencia para una vida social más rica y sin marginaciones, o sea la posibilidad de revertir las exclusiones por ser "hija natural"; y c) vive, a través de su esposo, en base al mecanismo que hemos descrito como identificación proyectiva (es decir, sentir las características

⁴ WINNICOTT, Donald: *The child and the Family*, Tavistock Publications, London, 1957

adjudicadas al otro como si fueran propias) una serie de capacidades, poderes y realizaciones. Se produce un fenómeno de reaseguramiento al interior de E. Su narcisismo aumenta. Todo lo que le demanda su grupo de pertenencia está perfectamente cumplido. Su narcisismo es satisfactorio porque su belleza y su capacidad (talento personal) para sacarle partido la ubican como alguien muy valorizada, admirada, eficaz.

El esposo de E cumple un papel estructurante de su nueva identidad. De hija “natural” pasa a ser esposa “legítima y legitimada” frente al grupo social de su nueva pertenencia, que es el del esposo. E consigue, a partir del fortalecimiento de su subjetividad gracias a este matrimonio, una nueva valoración a través de la mirada de los otros, la que le devuelve una aceptación que la hace querer más (aumento de su autoestima).

Se puede ver aquí cómo el proceso de construcción de una referencia dada por el Otro le permite al sujeto asumir una identidad propia. Pero dicha identidad tiene costos: ser para Otros, como los Otros esperan que sea, aunque tenga que renunciar a cosas propias que ella desearía. En este caso que me ocupa, dedicarse a seguir siendo bella, a ocuparse de manera efectiva del marido, de los hijos y de la casa, significa dedicar mucho tiempo de la propia vida y muchos esfuerzos para mantener toda una infraestructura. E lo hace porque todo esto le asegura una estabilidad que es lo que ella persigue porque la necesita. Su mundo está puesto en los Otros. De Ellos depende. Es por eso que cuando la armonía se rompe por la infidelidad del marido, E se desploma.

La belleza es, en los imaginarios sociales de su modo de organización social, un elemento muy valorado en la mujer. Probablemente el más valorado. Que sea joven, bella y “decente” es lo que se espera de una mujer. Dichos imaginarios son consecuencia por un lado de ideologías de corte moderno y patriarcal, pero, por otro, de una situación de mercado, que determina las características de la “mujer necesaria” para cada modo de organización social.

En la ideología medieval y renacentista la sexualidad era concebida con una gama más amplia de libertad. La mujer campesina y de las aldeas y pequeñas ciudades vivía junto con su marido, ya que éste tenía su trabajo en el mismo espacio que la vivienda. Sólo los caballeros que partían a la guerra dejaban solas a sus esposas, para lo cual inventaron el cinturón de castidad. Cuando la primer Revolución Industrial impone que el lugar del trabajo esté alejado de la vivienda, se “internaliza” el cinturón de castidad, esto es el

control masculino de la sexualidad femenina. Es así que nace una represión muy estricta. Sin embargo, el advenimiento de una moral victoriana en la época de la modernidad, restringe las libertades femeninas y coloca a las mujeres en la posición de *decencia necesaria*. En el caso de E, ella debe ser objeto sexual, objeto ornamental e infraestructura, en relación a marido e hijos pequeños. Esta ideología ha sido incorporada al inconsciente de E, más exactamente al Ideal del yo. En la medida que su yo real (sus logros, su lugar social) cumple con estos mandatos superyoicos (es decir, por el sistema normativo impuesto por su grupo social) hay una vivencia de satisfacción, de narcisismo realizado. Freud señalaba: “Después de haber discernido las doctrinas religiosas como ilusiones, se nos plantea otra pregunta: ¿no serán de parecida naturaleza otros patrimonios culturales que tenemos en alta estima y por los cuales regimos nuestras vidas? ” ... “Estas que se proclaman enseñanzas (se refiere a las religiosas, pero se pueden extender a otras) no son decantaciones de la experiencia ni resultados finales del pensar: son ilusiones, cumplimiento de los deseos más antiguos, más intensos, más urgentes de la Humanidad; el secreto de su fuerza es la fuerza de estos deseos”.⁵

Cuando se produce una ruptura entre las realizaciones del yo y los requerimientos del superyo, por ejemplo frente al abandono del marido, esta armonía se rompe, creándose la condición metapsicológica de la depresión. Freud señala, en *Duelo y melancolía*⁶, que cuando el sujeto cree que los logros del yo satisfacen plenamente las expectativas del superyo, se instala un cuadro clínico conocido como manía y que, por el contrario, cuando el sujeto considera, correcta o exageradamente, que su accionar en la realidad está muy lejos de las aspiraciones superyoicas, se cae en depresión.

Volvamos a los requerimientos sociales. La inteligencia y otros atributos son secundarios y, a veces, complementarios. Pero no siempre bien vistos. Hay grupos en los que las mujeres inteligentes significan una amenaza, un atentado a lo que de ellas se espera. Es una pauta que no se desea que se cumpla. Todo lo contrario. De modo que E, conociendo todo esto, utiliza su potencial intelectual para ser aún más bella, y saber ofrecer el entorno adecuado que la posición profesional y económica del esposo requiere.

Podemos retomar acá los interrogantes que planteé en el capítulo anterior a propósito de la relación entre deseo y empoderamiento. En ese capítulo señalaba la necesidad de ubicarse teóricamente frente a la polisemia del término deseo, así como a la relación teórica entre este concepto y las

⁵ FREUD, Sigmund: *El porvenir de una ilusión*, en *Obras Completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1948

⁶ FREUD, Sigmund, *Duelo y melancolía*, en *Obras Completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1948

estructuras sociales. Muy sintéticamente, se podría decir que en el caso de E asistimos a un doble proceso: la producción social de deseo, tal como fue señalado desde Reich hasta Deleuze y Guattari, pero, como muy bien apuntan estos dos últimos pensadores, la producción social de carencias que, a su vez, desembocan en deseo, esto es en la composición inconciente de objetos que imaginariamente podrían llenar estas carencias.

Para la señora E su condición de hija natural, sin padre, le produjo una vivencia de carencia básica, estructural. No solamente le faltó el padre. Le faltó la legitimación que un padre da al tenerlo. Y esa carencia adquiere para E dimensiones enormes en la medida que no hay sustituto externo posible que supla al padre y a su legitimación. De allí que toda su expectativa la haya puesto en el matrimonio. Obtener un marido-padre, que la respaldara con la ley, reparaba en buena medida la carencia generada por la ausencia de padre. Por ello E se dedica a articular esta relación matrimonial, que para ella no es solamente matrimonial, sino también parental, paternal, como lo acabo de subrayar, con el resto del entorno para lograr una “normalidad” que, como hija sin padre, no tuvo.

En párrafos anteriores intenté esbozar los mecanismos sociopsicológicos que ligan los procesos sociales con la producción de subjetividad en este caso específico. Más exactamente, la forma a través de la que los imaginarios de su modo de organización social, transmitidos por algunas instituciones como la familia, la escuela y los medios masivos, producen los deseos de incorporarse a la sociedad ocupando determinadas posiciones y sustentando determinados valores.

Para E poseer la belleza como elemento tan valioso en nuestra cultura, y poder abrirse puertas para lograr el ascenso a un grupo más elevado social y económicamente hablando, a través de su matrimonio, significa llenar una carencia y, al mismo tiempo, crear nuevas que deberá ir satisfaciendo en su permanente quehacer por mantener la posición a la que logró arribar. Pero esto no significa que E haya logrado una vivencia de completud, de satisfacción autónoma. Su inserción en una red de vínculos que requieren de ella y a los que ella demanda, a su vez, no le da autonomía. No es una cuestión que la revista de un poder autónomo, que le permita un desarrollo también autónomo. Sí adquiere poder, pero un poder que está inserto en un imbricado de vínculos y relaciones que, a su vez, demandan sometimiento, aceptación, renunciaciones, y no proporcionan autonomía. *Es poder, pero no es empoderamiento.*

Ese va a ser el signo que las relaciones de E van a tener. Y es por ello que para esta mujer va a ser tan difícil poder pasar del poder que somete, a un

poder autónomo, satisfactorio, que promueve el uso de las propias capacidades para el propio desarrollo, pero sin detrimento de las relaciones con los otros. Prácticamente E no logra casi nunca, llegar a tener conductas empoderadas.

Al cabo de unos 15 años de matrimonio, el padre de E aparece. Es un empresario poderoso y rico, quien al saber de la existencia de E, la reconoce legalmente y la hereda en vida. El poder que le da el dinero heredado cambia la relación de E con el mundo. En primer lugar el vínculo con el esposo se conflictúa, básicamente el esposo se conflictúa, en tanto siente que pierde un arma importante de su variado arsenal patriarcal⁷. Ella pasa a tener más poder económico que él. Como el esposo de E contrae deudas y el suegro debe salir en su rescate, el padre de E exige que legalmente, y como medida preventiva, se divorcien y se vuelvan a casar bajo la fórmula de bienes separados.

Este hecho puede tener diferentes significados e interpretaciones. Se podría pensar que éste es un primer acto de empoderamiento en E, en el sentido de que asume la responsabilidad de lo económico como una manera de proteger los bienes con un criterio propio, ya no el del esposo, y de equilibrar los poderes al interior de su matrimonio. Es una nueva manera de asumir separada y autónomamente, la posesión del dinero que recibió en herencia y que le pertenece.

Podríamos incluso ver esto como una expresión de E de ser, por primera vez, alguien "para ella, para sí misma" y no "para otros" (como lo venía siendo hasta ese momento de su historia). Sin embargo, y desde el punto de vista de las identidades, se plantea aquí un problema interesante: E asumió una nueva identidad periférica, como lo señalé antes, con su matrimonio, y a partir de la estructuración que su subjetividad adquiere como *esposa legítima de...* Es decir, es a partir de un hombre, su esposo, que ella pasa a ser "otra mujer", no la ilegítima hija natural, no la hija de madre soltera, sino *una señora*. Pero ahora aparece otro hombre, su padre, quien le da una nueva identidad: *es hija de hombre rico, que la transforma en mujer rica*. Y la Sra. E debe comenzar con otra serie de conductas para "justificar" esta nueva posición de hija de padre rico. Su subjetividad cambia. Su narcisismo se refuerza y su relación frente al mundo en general, y frente al esposo en especial, se torna más segura, más independiente.

¿Podemos decir que este cambio le da empoderamiento? O solamente es una nueva y diferente faceta de poder? ¿Aceptar el divorcio y el cambio de fórmula matrimonial es sólo para proteger la seguridad del dinero heredado? ¿U otra vez una manera de someterse, ahora a la voluntad del padre, quien se propone como el nuevo gestor identitario? Por el devenir de las conductas de

⁷ CORIA, Clara: *Las negociaciones nuestras de cada día*, Paidós, Buenos Aires, 1996

E, pienso que este cambio no fue un acto de empoderamiento, sino un acto de poder. E cambió de figura masculina a quien someterse. Pero no cambió su calidad de subordinada a un poder externo.

Cabe acá distinguir teóricamente el hecho social de heredar una fortuna del hecho psicológico de transformarse en función de los cambios en las relaciones intersubjetivas al cual este hecho social le da acceso. El concepto de empoderamiento es el puente que nos sirve para entender el significado sociopsicológico de la herencia. A tal efecto, compárese, unos párrafos más adelante, con la manera en que lo asume la hermana del caso O.

El nivel de vida familiar sube con el dinero que E recibe, y que aporta a la economía de la familia, pero que ella administra. Aunque era alto, ahora se vuelve muy alto: viajes, ropa de marca, excelentes coches, mejoras en las viviendas, etc. Durante muchos años la vida familiar de E se reorganiza en función de la posesión de más recursos de dinero a raíz de la herencia y del “equilibrio del poder económico” al interior de la pareja. Sin embargo, al llegar a la década de los 50 de ambos cónyuges, es cuando se produce el episodio de infidelidad del esposo que trae a E a la consulta psicoterapéutica. Como resultado del divorcio la señora E cae en una gran depresión de la que se repone poco a poco, luego de varios años.

¿Cómo podemos interpretar la infidelidad del esposo? ¿Se trata de una venganza por el cambio de “autoridad identitaria” que realiza E (lo cambia por el padre)? ¿Se trata de una búsqueda de nueva identidad de él, ante su envejecimiento, eligiendo una mujer un poco más joven que la esposa, que lo haga sentir más joven a él mismo? La *Otra* es una mujer menos rica que E. ¿Necesita este señor volver a sentirse el único hombre importante en la vida de su compañera, y ante lo que siente como *traición* de E, quien lo cambia por el padre, él a su vez la traiciona y la cambia por otra, con la ilusión de sentirse *necesitado*? No sabemos cuáles son los móviles y los significados de todo esto al interior de la subjetividad de este hombre. Tampoco podemos descartar que su conducta sea reactiva a comportamientos de E. Lo que sí sabemos es que la “estructura armoniosa” que hasta ese momento E y el marido tenían, se quiebra.

¿Qué ha pasado en la subjetividad de E? Sin duda, varios mecanismos simultáneamente. En primer lugar, la depresión propia de la pérdida de un objeto amado, o que ella creía que era amado. A diferencia de la pérdida por muerte, en este caso hay una cuota grande de odio que exagera la ambivalencia. En segundo lugar, en tanto el vínculo con el marido era el

soporte fundamental del narcisismo de E, la caída del apoyo precipita al yo a un abismo de dolor, inseguridad, devaluación y desesperanza. En tercer lugar, esta última constituirá un escollo importante para nuevas relaciones amorosas. En cuarto lugar, para los imaginarios sociales de su grupo de pertenencia, imaginarios que E tiene totalmente incorporados a su subjetividad, la situación de mujer divorciada significa un cambio de estatus radical. Obviamente, este elemento desencadena las vivencias infantiles por el abandono del padre y las consecuencias intrapsíquicas y sociales. Por último, y como ya lo había mencionado anteriormente, estos cambios hacia afuera (pérdida de estatus) producen un cambio hacia adentro, en las relaciones entre los logros del yo real y las exigencias del ideal del yo.

¿Qué ha ocurrido? En la primer época de la vida juntos, E ofrece su belleza y juventud (rasgos de su personalidad enormemente valorados por E y por su entorno) a un hombre que se adueña de su cuerpo y ella funciona para él y para los hijos como "esposa de Otro" -"madre para Otros". El cuerpo es vivido como algo al servicio del Otro (el marido) y de los Otros (que la admiran y que cumplen sus deseos y fantasías a través de la mirada que se regodea). El esposo se apropia del cuerpo de E. Ella es bella para él , ya que es él -y no los otros- quien ejerce su poder sobre ella, quien goza de su cuerpo.

Desde la psicodinámica de pareja decimos que hay un entrecruzamiento de imaginarios: la belleza de E tiene un significado alienante en el esposo, en tanto le da una importancia desmedida, casi mágica: la posesión de una mujer bella es algo más que un condimento de placer, es el acceso a una dimensión mítica de felicidad, obviamente inexistente en esos términos. Para él, así como para su posición frente al entorno social, es más importante el cuerpo de la esposa que su rol como compañera en la vida. Pero E también hace una proyección masiva en su esposo: todo lo que a ella le falta, toda la inteligencia, el poder y el derecho a estar en sociedad que ella supone que carece, se lo atribuye y, de esa manera, sigue convencida que no tiene luz propia y debe depender de la que emana de su marido. Esto crea un sistema de dependencia recíproca aunque asimétrica, ya que para él es más fácil conseguir otro cuerpo "maravilloso" que para ella otro esposo proveedor de sentido de la vida. En la medida que los significados apuntados transcurren en la dimensión inconciente, ninguno de los dos puede inteligir la falencia de los planteos.

Todo esto le permite a E tener cierto poder, pero éste no le proporciona autonomía, sino que la reinserta en la red de poderes en la que vive, sin que se

modifiquen las relaciones al interior de dicha red. E sigue necesitando figuras de autoridad externa. Siendo niña fue su madre quien dispuso de ella ocultándole al padre su embarazo y, por ende, negándole a él la posibilidad de asumir su paternidad y a la niña de tener un padre. Es así como la madre le impone a E la identidad de hija natural, con todos los avatares que para E ello significó como miembro de una cultura prejuiciosa y discriminadora. En la subjetividad de E quedó la huella de todo este proceso, como ya lo señalé, a través de signos precisos que hablan de miedos e inseguridades (los nominé rasgos fóbicos de personalidad). En su proceso de joven bella aunque no rica, es la figura masculina la que configura una nueva posibilidad a través del matrimonio. Y luego del marido es el padre el que imprime otra vez un sello claramente demarcatorio de otros rasgos de identidad.

¿Qué ha pasado con las figuras femeninas? O han sido pobres y carenciadas, como la madre, o han sido inteligentes, pero no bellas, como la prima. Pero la amalgama de belleza, riqueza e inteligencia E no la puede integrar en ella misma para ser autónoma y empoderada. La integra para ser poderosa, pero dependiente de todos los juicios y prejuicios que permean el sistema de valores que tiene la red de vínculos en la que se mueve. Con la madre, pierde al padre. Con el padre, pierde al esposo. E queda entrampada en el afecto perdido de la infancia (el padre) que le impone como condición perder el afecto de mujer en la vida adulta (el marido) por la posesión del dinero. Es un doble juego de la relación de lo masculino, en donde ella al final, resuelve su condición identitaria que le da poder al estilo masculino.

Es recién en la relación con su hija, como veremos más adelante, que la amalgama de la que hablé antes cambia de signo, porque la hija es bella (se le parece), es inteligente (también en esto se le parece), pero sí estudió y estudia, y esto es lo que E no soporta, pues la hija hace lo que ella no pudo hacer por sus limitaciones subjetivas (cuando tuvo el dinero para hacerlo se quedó en ser bella, pero no utilizó su dinero para estudiar y para independizarse).

Volvamos al cuerpo y a la belleza. Para Graciela Hierro, como ya lo mencioné, el verdadero empoderamiento comienza con el propio cuerpo de las mujeres. Es decir, cuando es la mujer la que ejerce el poder sobre su propio cuerpo, y no permite que el placer, SU placer, esté determinado por las consideraciones masculinas, por las relaciones sociales y sexuales. Para esta autora "empoderamiento" y "placer" van de la mano. Y en el caso de las mujeres "la liberación del placer es condición necesaria para que las mujeres

accedan al poder, con la finalidad de lograr un trato equitativo entre los géneros".⁸

E no se empoderó con la belleza que le dio acceso a una serie de satisfactores. Su cuerpo no era propio. Era del esposo. Es él quien ejercía su poder sobre ella. (En la década de los ochenta hemos estudiado este fenómeno en diversos sectores sociales, particularmente en relación con la apropiación del cuerpo y del trabajo femenino)⁹. En la propia concepción de E su cuerpo no es *su cuerpo* como algo que le pertenece para ella, para su goce. Es suyo en función del Otro, de lo que a través de ese cuerpo ella va a poder conseguir que el Otro le dé: valoración, aceptación, legitimización.

Retomemos el significado de la juventud y la belleza desde una perspectiva sociocultural. La juventud y la belleza no son elementos a-históricos y a-sociales. Muy por el contrario, están significados desde cada sociedad y cada momento histórico. La "mujer necesaria", esto es la persona del sexo femenino que más conviene a los poderosos de cada lugar y cada época, no debe tener atributos universales, sino adaptarse a los requerimientos de esas circunstancias, que son las que crean los imaginarios sociales generales o específicos para cada modo de organización social. El ideal de mujer soviética de la inmediata posguerra, tal como aparecía en los medios masivos, no tenía nada que ver con los clichés occidentales de belleza. Era una mujer grande, gorda y fuerte, capaz de realizar las tareas pesadas que tradicionalmente habían sido asignadas a los hombres, quienes ahora no existían por haber muerto en la guerra.

Usualmente, estos requerimientos no operan solamente como exigencia externa, sino que son incorporados en lo profundo de la subjetividad. En el caso de E, el narcisismo se conforma con varios elementos, y en la sociedad patriarcal en que ella nace y se desenvuelve la belleza es un nutriente fundamental.

Como señalé anteriormente, vemos que desde la estructura dominante se va a producir la cultura correspondiente para que las mujeres de la extracción de E ocupen el lugar social que de ellas se espera. Esta cultura es incorporada, por el proceso de identificación y por interiorización directa de las normas y valores de dicha cultura, a la estructura inconciente de la subjetividad. El conjunto funciona como estructura armónica que se retroalimenta. Pero aún cuando el narcisismo es una estructuración interna, no

⁸ HIERRO, Graciela: *La ética del placer*, UNAM, México, 2001

⁹ MATRAJT, M. y ARBETMAN, M: La condición de la mujer, el proceso de trabajo y la salud mental, en *FEM*, México, 1990

es independiente de las relaciones con el mundo. Si la belleza no le sirve para retener a su esposo, pierde su valor de sostén del mundo interior.

Pero al interior de su ser, en su subjetividad, los celos, la rivalidad, la pérdida de la autoestima, conducen a un sentimiento de humillación y fracaso que la "desempoderan": ya no es exitosa, ya no tiene poder. La vivencia acerca de su belleza, de su decencia y de su riqueza no le devuelven una mirada de autoafirmación, sino todo lo contrario: pierde los límites que la contenían, se desestructura; la depresión la lleva a sentir que sólo la muerte significaría la solución a este conflicto. E queda atrapada entre las dos pérdidas: el esposo y la posibilidad de empoderarse, que no pudo llevar a cabo.

Es en este punto en donde deseo detenerme para hacer algunas reflexiones que luego retomaré con mayor detalle. Si bien es cierto que son la sociedad en la que se vive y la cultura que dicha sociedad posee, las que generan en el individuo las distintas estructuraciones de su subjetividad, y que, como sostienen Deleuze y Guattari, la subjetividad está en constante evolución (los aspectos macro y micro políticos de la dominación), el registro personalísimo del sujeto imprime un determinado sello en la estructuración de su subjetividad. Es decir, lo individual, lo personal, también cuenta. Y mucho. En el caso de E, a pesar de poseer belleza y riqueza, dos de las pautas máspreciadas y más demandadas a las mujeres y más valoradas por nuestra sociedad patriarcal, ello no le alcanzó y su autoestima desciende abruptamente y se enferma. Aparece la depresión como categoría psicopatológica. Inclusive, en el caso que nos ocupa, llegó a niveles tales que el deseo de E era dejar de vivir. Ya no podía con el duelo por la pérdida de un esposo fiel, que solamente la amara a ella, y a quien ella necesitaba y, tal vez, amaba. O, al menos, añoraba como parte de una estructura que funcionó durante muchos años. Para los modelos internalizados por E a partir de los medios que impactaron su subjetividad, el matrimonio es un elemento necesario para que la identidad de alguien pase el examen de la normalidad. Recojo en ese sentido el personaje de Susanita en el comic "Mafalda"¹⁰ de Quino, como la representación de lo que la cultura visualiza como "carrera matrimonial". Y, además, la cultura demanda tener marido. Por todo esto a E se le presentaba una doble situación de duelo: por la pérdida del marido-sostén de la estructura y por la pérdida de la estructura en lo social.

La psicopatología de E resulta de la confluencia de varias series de factores. En primer lugar, la vulnerabilidad emanada de su historia, en la cual

¹⁰ QUINO: *Mafalda*, Nueva Imagen, México, 1977

resalta la ausencia de padre durante toda su infancia. En segundo lugar, la pérdida de un objeto amado (o necesitado) y muy importante emocionalmente. Y, en tercer lugar, el significado social de divorciarse y ya no tener esposo.

Regresando al proceso terapéutico, esta mujer fue siempre madre-esposa y madre-hija. Con la recepción de la herencia E adquiere poder económico, tomando en cuenta la manera en que se conducen las mujeres de su modo de organización social. Pero para su condición de género, ella no logra cambios. sustantivos porque no desarticula los procesos de opresión en los que está inserta. No hay una resignificación de la relación con los hombres y con las mujeres.

Tener todos los recursos no quiere decir que se produzca el adecuado proceso de empoderamiento. Es necesaria la presencia de otros elementos que pertenecen al propio sujeto. Como por ejemplo, determinado momento de la vida, en el que los vínculos de opresión (la dependencia y necesidad del marido, en este caso), pueden cambiarse y/o abandonarse. Y también hay que considerar el proceso de la educación como productor de una real modificación al interior del sujeto. E no logra estructurar estos nuevos elementos. E se ha “formado”, pero no se ha “educado”. “...la educación para la autonomía y la independencia femeninas, se propone que en el ejercicio laboral y profesional de las mujeres se derrote el prejuicio del género...que considera deseable la educación para “ser mujer valiosa”, al hecho de poseer juventud y belleza...educada para acompañar a un príncipe azul...”¹¹

Su recuperación fue lenta, pero firme. Se volcó en primer lugar, a su vida familiar más próxima: sus hijos. En segundo lugar, se dedicó a "construir" una relación con el padre (ausente durante la mayor parte de su vida anterior. Más que ausente, desconocido) y con la esposa de éste (el señor no tuvo otros hijos), ambas personas mayores y ya con problemas de salud. Sin duda estas dos opciones familiares redistribuyeron las fuerzas y los deseos de E, de manera tal que a su anterior papel de buena-esposa, y buena-madre, se sumó ahora el de buena-hija, lo cual le valió gran aceptación y elogios por parte de su modo de organización social (esposa engañada y abandonada que, en lugar de perder el "buen" rumbo y dedicarse a una vida disipada, se concentra en los hijos y hasta recupera a un padre, al cual también se dedica). A esto debe añadirse que como el padre vivía y había hecho todo su desarrollo personal, profesional y económico exitosos en una ciudad de provincia, E se

¹¹ HIERRO, Graciela: *De la domesticación a la educación de las mexicanas*. Ed. Torres Asociados, México, 1990, pag. 97

gana también el respeto y la admiración del grupo social políticamente más encumbrado y poderoso de dicha ciudad.

Es decir, hasta desde otra geografía recibe una retroalimentación positiva que, al interior de su persona, en su subjetividad, le refuerza el narcisismo y va ganando un lugar, una nueva identidad: la buena-hija que responde con bien al padre abandonador involuntario (el padre no supo del embarazo de la madre de E; fue una relación efímera y ella, la madre, nunca intentó ni hacérselo saber, ni volver a conectarse con él), y le da la oportunidad de "reparar" la falta reconociéndola legalmente y heredándole en vida. Al mismo tiempo, y ante el vacío de su *rol* como esposa, E dedica todo este nuevo "tiempo libre" a aproximarse a la empresa del padre en donde, poco a poco, se va integrando y aprendiendo, de manera autodidacta, los movimientos y características de esa institución.

En términos más teóricos, E realiza una labor de construcción/reconstrucción de vínculos, lo que le produce una revalorización en y desde lo social, una reinserción aceptada. El conjunto expresa en comportamientos los cambios internos que E consiguió con su terapia, y, a su vez, esos cambios transformaron tanto el narcisismo como la relación entre el yo y el superyo.

Había señalado anteriormente que E es una mujer inteligente. En la primera etapa de su vida matrimonial aprendió a sacarles todas las ventajas posibles a su belleza y a su nuevo estatus de esposa de profesional exitoso y perteneciente a una clase media alta. Con la "adquisición" del padre y de su nuevo rol de "hija", E asciende en la escala social, ya que los bienes económicos y culturales del padre (su empresa es una empresa de cultura) lo ubican en la clase alta de la ciudad capital en la que habita. E puede percibir cuáles son las nuevas necesidades que este estatus heredado le demanda, y se aboca a satisfacerlas: aprende muchas cosas en relación con la naturaleza de la empresa, aprende a integrarse a los grupos de poder y a las fuerzas vivas de esa ciudad y de ese estado, y aprende a relacionarse con la red de personas e instituciones que, de una u otra manera, tienen vínculos con la empresa familiar. Es decir, del ámbito meramente privado en el que E se movía pasa al ámbito público.

Cabe señalar que en este tránsito se producen en E varios e importantes cambios en su subjetividad. Antes de estallar el conflicto con el esposo siempre apoyó el desarrollo y la educación de sus tres hijos, dos hombres y

una mujer. Se autotitulaba "feminista" porque apoyaba a las mujeres para que estudiaran y trabajaran, recalcando el "sin descuidar al marido y a los hijos". Acompañó a su hija (también mujer bella e inteligente, como ya lo he señalado) a que hiciera carrera universitaria y que luego ejerciera como profesional, a la par que se ocupaba de su familia (marido e hijos).

Cuando E se divorcia comienza en ella (o se hace consciente, quizás) un conflicto que ya tenía en su inconsciente: una actitud de franca rivalidad con la hija: le ataca los estudios de Maestría que la hija está haciendo, le molesta que se compre y luzca ropa nueva, y crea la versión de que la hija va a la universidad a buscar amantes.

Es decir, ante lo que es sentido por E como su propio fracaso de pareja, aparece el resentimiento y la frustración y éstos son desplazados (como señalaría Freud en tanto mecanismo de defensa¹²) a la figura de su hija. Es con ella con quien establece una relación de franca rivalidad (en donde podríamos aventurar que la "confunde" inconcientemente y ve en ella a la mujer con quien el marido se fue). Su postura "feminista" anterior desaparece para dar paso a una posición boicoteadora del crecimiento y desarrollo de su hija, figura femenina más próxima a ella.

En páginas anteriores señalé que E no puede soportar que su hija haga una mejor síntesis que ella con los elementos que de E obtuvo: belleza, inteligencia y, ahora también, riqueza, puesto que su hija se beneficia, al igual que el resto de su familia, de su herencia. Y califico a esta síntesis como mejor porque la hija estudia y deviene en profesionista autónoma. Por otro lado la hija es una mujer más satisfecha consigo misma que E, en tanto siente que hace más cosas *para sí misma*, y no está dedicada solamente a hacer cosas *para otros*. Esto enoja mucho a E porque la confronta con su propia frustración. En términos de empoderamiento, la hija de E es una mujer que ha logrado empoderarse en varios aspectos de su vida, no así E, quien sigue ejerciendo poder, pero no se empodera. La imposibilidad de E de adquirir un verdadero empoderamiento es tal que cuando se refiere a los estudios de Maestría que realiza actualmente la hija, los descalifica diciendo que va a la universidad a buscar amantes.

Queda claramente manifiesto que E utiliza la misma argumentación que en nuestra cultura se hace cuando se siente que algo o alguien se escapa de las redes de poder: una descalificación moral. E dice que su hija es puta. Es decir, no se puede ir a estudiar. Eso es mal visto. La verdadera finalidad es sexualizar la salida del ámbito privado. Salir de casa es salir a ser puta (como

¹² FREUD, Anna: *El yo y los mecanismos de defensa*, Paidós, Buenos Aires, 1956

lo fue su propia madre), a transgredir los valores impuestos por la moral patriarcal. E replica exactamente lo que aprendió de niña.

La sexualidad no es libre, ni buena, si se sale del ámbito doméstico. La mujer que se atreve a salir al espacio público lo hace por intereses sexuales. Los intereses intelectuales no son de mujeres “decentes”. Obviamente esta verbalización (racionalización, como mecanismo de defensa) puede estar en la boca de cualquier hombre macho. E deviene, entonces, en una mujer frustrada como tal, que se identifica con la ideología del hombre macho.

Se podría aventurar que, en el fondo, emergen las culpas y vergüenzas de E ante la madre, vivida como puta en tanto la engendró fuera de un vínculo legalizado. Y en tanto E comparte este código de sanción moral a la madre soltera, como conjunto de normas que incorporó a partir de su grupo de adscripción.

Cabe preguntarse, entonces, si la asunción de su nuevo *rol* como empresaria, prácticamente "dueña" de la empresa familiar (ya que a la muerte del padre, queda ella como socia mayoritaria) es una pseudoidentificación, es decir, una identificación falsa como parte de su ser mujer, una identificación con lo que, para ella, es sentido como masculino, es decir, lo que hacen los hombres.

Los hombres trabajan fuera del hogar. Las mujeres se ocupan del marido y de los hijos. Al respecto, debemos entenderlo desde nuestra perspectiva teórica. Tanto Freud como muchos otros psicoanalistas observaron que las identificaciones podían tener diversos grados de incorporación a la subjetividad. Acerca de este punto algo se había adelantado cuando analicé los primeros cambios en E, al casarse. Es así como, siguiendo el modelo del átomo, se habla de identificaciones que constituirán el núcleo (llamado a veces identidad y/o self) y otras que quedarán como relaciones objetales periféricas.

En el caso de E, la identificación con su nuevo rol de empresaria es una identificación que se mantiene a nivel periférico y entra en contradicción con el núcleo (el self) de su subjetividad. Este último se mantiene muy ligado a la ideología social, transmitida por su familia, incorporada durante su infancia a través de identificaciones con otras mujeres y también por incorporación directa de normas y valores culturales. Su rol de empresaria funciona, en su subjetividad, como el asumir el espacio masculino que no le pertenecía porque ella era mujer-esposa para el Otro, madre para Otros. O sea que lo profesional no puede integrarse sanamente al resto de su identidad, de su nueva identidad, sino que es sentido como algo que viene a reemplazar a ...

Es decir, "ya que como mujer-esposa-madre fracasé, entonces debo ser empresaria al estilo masculino". *No* estoy diciendo que esta ecuación sea necesaria o única opción. Lo que quiero subrayar es que para E no fue posible hacer una integración de este nuevo aspecto de su vida con los anteriores, y por ello su identidad cambia, se torna masculinoide (a la manera de lo masculino, de lo que hacen los hombres), pues lo femenino, en ella, fracasó. Es decir, para su subjetividad, lo que la definía como mujer (la relación con el esposo, con el hombre) queda abortado. Entonces se comporta como empresaria, pero al estilo de los hombres.

Otro estudio de caso: Sra. O

La Sra. O es una mujer de cerca de 40 años, casada, con hijos, con una licenciatura en una carrera de Humanidades. Su familia original pertenece a la clase alta de la capital de un estado de la República Mexicana. Su madre muere de una enfermedad degenerativa cuando O es una adulta joven.

Como son varios hermanos y hermanas todos permanecen junto al padre, salvo O y otra hermana, quienes vienen a México DF a estudiar. Aquí O conoce a quien luego será su esposo. Es un hombre joven, de la misma edad que ella, y pertenece a una familia de la clase media mexicana con pautas propias de la burguesía en una sociedad en la que el poder lo detentan los hombres (para la mujer : virginidad hasta el matrimonio, sometimiento a los deseos y voluntad del marido, tener hijos y ocuparse de ellos, ni trabajar ni estudiar si el esposo no lo autoriza). O cumple con todas estas pautas durante los primeros años de matrimonio. Es de señalar que su narcisismo, a pesar de ser una mujer joven, guapa, e hija de padre millonario, es tan pobre, que para agradar a su familia política (la criticaban por tener ciertos rasgos físicos que ellos consideraban de mal ver) se somete a una operación tan cruenta como innecesaria, a fin de "corregir" aquellos rasgos no aceptados o criticados por la familia de su esposo. Cuando O refiere por primera vez en la terapia lo de esta operación, reconoce el nivel de sufrimiento que le implicó hacerla, pero que para ella era importante que la familia del esposo la aceptara también por sus rasgos físicos. Luego de un tiempo de trabajo terapéutico, y cuando O ya pudo recuperar un poco de su autoestima, llegó a preguntarme en una sesión: "¿Dónde estaba yo como para haberme infligido un castigo tan tremendo al hacerme esa operación?". Sin duda la mirada de O había cambiado: para ella, al comienzo de su noviazgo, el entonces novio y su familia eran los referentes a partir de los cuales ella construía una nueva identidad y en su subjetividad su valoración aumentaba y su narcisismo crecía.

La belleza es, como dije antes, en el caso de la señora E, un recurso social. Hay algo con el cuerpo que forma un sustrato. *Pero no un, sino el sustrato*, sobre el cual se asentará todo el resto de la construcción de la subjetividad. Desde él se dará la primera calificación o descalificación de los padres. En especial de la madre. En el caso de O, hija del grupo de los menores de una familia numerosa, parece que su identidad se perdía en el conglomerado de los siete hijos que configuraban ella y sus hermanos. Quizás por ello la aceptación de su futura familia política se tornó tan importante para ella. Tal vez ésta fuera la primera vez en que ella iba a estar sola y diferenciada de sus hermanos al interior de una familia.

Caben acá las mismas consideraciones que hice a propósito del caso E. La subjetividad de O ha sido conformada por la ideología propia del modo de organización social urbano en el que nació. Su Ideal del yo exige alguien que tenga el poder psicológico y social necesario para desempeñarse en la vida y para acceder a los grupos sociales de referencia. A ese alguien se llega utilizando el cuerpo –que deviene así en mercancía para ella, en talismán mágico para él- y la dependencia extrema. Pero, inadvertidamente, en lugar de lograr la felicidad mítica que le “vendieron” junto con la ideología, lo que consigue es un proceso de alienación de sus propias capacidades, que quedan eclipsadas hasta el punto que la propia sujeto no se da cuenta que las tiene.

El nivel de vida de O y su nueva familia es muy alto. Ambos cónyuges comparten otro mito: el fetichismo del dinero. Más allá de los placeres y posibilidades de crecimiento reales que el dinero puede otorgar, la ideología compartida de la pareja atribuye a la riqueza un valor desmesurado que está anclado en las profundidades del inconciente: es la ganzúa que abre todas las puertas, es la varita mágica que da acceso a todos los objetos que podrían llenar las incompletudes y carencias de su subjetividad. Ello se debe a que ella pasa a mantener a dicha familia. El esposo, cuyo sueldo en su totalidad es aproximadamente la cuarta parte de los gastos fijos de la familia, paga solamente lo que deviene en concepto de entretenimiento, excluyendo los viajes que quedan a cargo de O. El resto de lo que gana lo reserva para sí mismo y es O la que se hace cargo de todos los gastos que el estilo de vida del matrimonio y de los hijos demanda: mantenimiento de una casa grande y muy cómoda (es propiedad de O; la adquirió con parte del dinero heredado), escuelas y clases especiales de los hijos, alimentos, gastos de servicio, club y, como ya lo he señalado, los viajes que hacen como pareja y como familia.

Para O nada de esto es sentido como conflictivo. Acostumbrada a vivir con todo tipo de comodidades y hasta lujos, desde su nacimiento, se le hace muy “natural” proveer a su familia de las mismas condiciones de vida que ella

tuvo, y costearlas. El esposo, que va adquiriendo a partir de la convivencia con O, gustos y preferencias de la clase alta (algunas ni siquiera las conocía, pues su familia original no sólo tiene un estatus socioeconómico más bajo al de O, sino que carece de “refinamientos” de comida o vestido), inicia una campaña de “convencimiento” para que O ponga todos sus bienes heredados a nombre del marido. El argumento es que, de esa manera, el dinero no causará divergencias al interior de la pareja.

Aquí cabe señalar dos cosas:

- Con este modelo de convivencia en que O mantiene a la familia con un altísimo estándar de vida, no hay divergencia, pero sí una gran frustración en el esposo por no ser él el propietario del dinero. Obviamente esto le causa una vivencia de disminución y debilidad semejante a la impotencia sexual.
- Una de las hermanas de O, heredera igual que ella de una gran fortuna pone toda su herencia a nombre de su esposo. Es por ello que el marido de O insiste en que su esposa debería hacer lo mismo que la hermana, la cual, para él, es ejemplo perfecto de “una buena esposa”.

Es interesante señalar que en algunos sectores de los modos de organización social urbano y metropolitano, coexisten sistemas ideológicos diferentes. Así, por ejemplo, esta concepción de mujer abnegada que todo lo da por el marido, ha dejado de ser el modelo central de identificación que proponen los medios masivos. Es un resto de los aspectos ideológicos conservadores obsoletos, que aunque perduren como tales deben diferenciarse de los modelos modernos, ya que el modelo de vida que se pretende inculcar a las mujeres con la capacidad de consumo de O hoy es muy distinto. Actualmente, en tanto la mujer tiene un peso específico muy grande en los procesos de consumo, el modelo femenino que transmiten los medios propugna una mayor autonomía en cuanto al gasto, y, fundamentalmente, una mujer que busque sus placeres a través de la compra de satisfactores. Es decir, estas mujeres de grupos económicamente acomodados desarrollan una subjetividad especial. La de quienes poseen recursos. Y su búsqueda es vivir bien, felices, dentro de los parámetros establecidos por el grupo con recursos en una sociedad moderna.

Cuando O llega a la terapia sus hijos son pequeños y sus dudas acerca de su capacidad intelectual abarcan todos los aspectos de su vida. No se considera capaz de leer y comprender un libro o una película. Solamente el esposo puede hacerlo. Tampoco se considera apta como para dar a sus hijos

una educación correcta. Las pautas de cómo manejar a los niños, a qué escuelas a llevarlos, qué cursos deben tomar y cuáles no, las decide siempre el esposo. “El sí tiene criterio” apunta O.

Como ya lo he señalado en párrafos anteriores, ésta es una nueva expresión del empobrecimiento psíquico de la Sra. O, consecuencia de la proyección en el esposo de sus propias capacidades.

Las mujeres como O van a la terapia para manejar el poder y la propia subjetividad que el tener recursos les confiere.

Al inicio el trabajo terapéutico se centró en explorar el origen de un narcisismo tan bajo. Aparecieron algunos elementos importantes: en su familia los hombres son los que saben, estudian, hacen negocios, mandan. Las mujeres “no saben”, y aunque estudien y tengan hecha una carrera, no trabajan fuera del hogar. Se ocupan de la casa, del marido y de los hijos, y se someten a los criterios y al mandato masculino. Lo que pasa en su familia es sólo un reflejo acrítico de lo que pasa en su modo de organización social urbano, que es aquél en el que más acentuadas están las pautas conservadoras y la cultura patriarcal.

El dinero y las inversiones de O las maneja un hermano mayor, a quien el esposo de O detesta, ya que es el otro el que decide sobre el dinero de O. A él, su marido, le está vedada la injerencia en lo económico.

Estos roles tan tradicionales y propios de la cultura patriarcal se cumplen al pie de la letra por O, con pleno convencimiento de que las cosas “así deben ser”. Las culturas conservadoras hacen creer a sus sujetos que los procesos sociales son expresión de algo natural. En otras palabras, que son sólo una variante de un orden universal más abarcativo. En ese sentido, la influencia religiosa no hace sino exacerbar estas ideas, ya que ese supuesto orden universal habría sido creado por Dios, y cuestionar esas leyes sería un pecado.

Es interesante comentar que en las culturas precolombinas estas creencias existían aún con más fuerza que en la ideología traída por los conquistadores, como lo he abordado en otro escrito¹³. Para este imaginario orden universal, las diferencias socio económicas son expresión del triunfo del más fuerte, tal como se ve en la naturaleza, y las series documentales que pasan en la televisión no hacen sino recalcar. El sometimiento de la mujer no

¹³ ARBETMAN, Mirta y MATRAJT, Miguel: La condición de la mujer, el proceso de trabajo y la salud mental. En: MATRAJT, Miguel: *Estudios en Salud Mental Ocupacional*, Taller Abierto, México, 1994

sería sino otra manifestación de algo natural, ya que los hombres y las mujeres “así fueron creados por Dios”. En algunas religiones, como la islámica, el hombre está al servicio de Dios, y los animales al servicio del hombre. De acuerdo con cada interpretación, la mujer sería un animal con privilegios o se la incluye en la categoría “hombre”, en tanto se entienda esta palabra como la genérica para referirse a la especie humana.

Mencioné en los capítulos precedentes que la subjetividad femenina es la resultante de una interacción entre los procesos sociales que la producen (Deleuze y Guattari) y el deseo, como resultante de móviles inconcientes que forman parte del juego entre deseo, poder e interés. En el caso de O los roles femeninos con los cuales se identificó (la madre y las hermanas en primer lugar) pasan por la dedicación al hogar y el sometimiento. Su subjetividad se fue estructurando en base a estos principios. Según ellos, el poder es de los hombres, y las mujeres obedecen. Estas figuras femeninas están muy desvalorizadas. De allí que O tenga tanta desvalorización. Cuando adquiere una familia política, su suegra y su cuñada son figuras femeninas igualmente desvalorizadas y sometidas. De allí que, hasta este momento, a O no se le presentara ningún conflicto a nivel de los roles a desempeñar: otros, en masculino, mandan. Ella obedece.

En otro sentido la educación de O se da en una escuela privada, religiosa. Los valores que allí se manejaban eran los más tradicionales. Le enseñaron a ser buena ama de casa, a cocinar, limpiar, coser, bordar, hacer manualidades, pero no a leer o escribir con autonomía. Las monjas fueron sus figuras de identificación en la escuela, y como tales retroalimentaron un narcisismo débil: poco amor a sí misma. “...la educación tradicional, que hace énfasis en la obediencia a los patrones acostumbrados de identidad del género. En el caso de los sujetos femeninos, la identidad del género está centrada en el matrimonio, la maternidad y el cuidado infantil.¹⁴”

En el capítulo anterior señalé la importancia de la escuela que juega un papel semejante a la familia en cuanto a la socialización y aculturación del sujeto, sea hombre o mujer. En el caso de O es claro que la escuela vino a reforzar los valores y pautas que se originaron en la familia. Además la misma O señala que en su infancia y adolescencia “la cultura televisiva” fue de gran importancia: su imagen de mujer de telenovela, sufrida, sumisa, buena guardiana del hogar, la cumple en la práctica cotidiana, aunque, como se dijo en otro párrafo, el modelo actual de las telenovelas y de otras figuras de identificación que transmite la televisión, no sea el de mujer sufrida y

¹⁴ HIERRO, Graciela: ob. cit., pag.92

sacrificada, sino lo contrario. Este cambio de modelo tiene que ver con la función social que se encomienda a la mujer en el proceso de consumo. Quizás por eso, O hace una elección de carrera que tuvo que ver con los medios de comunicación. Y más tarde, uno de los cambios más notables fue que apareciera la necesidad de escribir guiones en donde la mujer no cumpla el rol tradicional. Es ésta una variante muy interesante del mecanismo psicológico de defensa que en psicoanálisis se conoce como sublimación. Los personajes que O crea no la expresan como ella es, sino constituyen una doble simétrica invertida con la que se identifica proyectivamente .

Este proceso de identificación fue desarrollado en el capítulo II, en el apartado de *Instancias sociales y psiquismo*.

Mencionaré ahora el otro elemento de la subjetividad que, desde el psicoanálisis, considero clave para mi trabajo: el superyo. En tanto estructura psíquica que corresponde a la internalización de las normas y valores sociales, en el caso de O su superyo va de la mano de las identificaciones hechas durante su infancia y adolescencia. Al respecto ya me he extendido a propósito del caso E. El Ideal del yo, como imagen a alcanzar por el sujeto, en O se cumple al desarrollar su vida según los modelos introyectados. De allí que no tenga conflicto, ni culpa ni sentimiento de estar faltando a la norma impuesta por su grupo social. Nuevamente, como ya lo he expuesto en el caso E, hay una coherencia interna entre los logros del yo y los mandatos del Ideal del yo.

A medida que los hijos van creciendo, O retoma sus contactos con sus condiscípulos/as del grupo de la Facultad con quienes hizo la Licenciatura. Paralelamente el proceso terapéutico avanza y O comienza a relacionarse con mujeres y hombres del medio intelectual. Ya se atreve a leer, aunque todavía no se considera capaz de hacer una lectura tan ajustada y medulosa como la de su esposo. Contactar con gente que lee, que la escucha, a quienes ella escucha, y de quienes aprende, al tiempo que va concientizando todo este proceso de cambio en la terapia, la va conduciendo a una vivencia de mayor bienestar consigo misma. Aumenta su seguridad, se fortalece su narcisismo, y hasta llega a fantasear en la posibilidad de seguir estudiando...

Aparecen nuevas figuras de identificación que despiertan en ella nuevos deseos: cambiar, saber, crecer.

La conceptualización teórica psicoanalítica acerca de las nuevas figuras de identificación no puede hacerse desde las corrientes más tradicionales de esta disciplina, sino que debe apoyarse en todos los desarrollos postfreudianos que se plantearon estos problemas, como lo he desarrollado en el primer

capítulo. Desde identificarse con la terapeuta, que es una mujer profesionalista, que trabaja, hasta comenzar relaciones de amistad con mujeres y hombres que trabajan, estudian, dan y toman clases, salen del hogar y se mueven en el espacio público, O va creando una nueva sensación acerca de sí misma (va construyendo una nueva subjetividad) que culmina con una decisión. Va a hacer una Maestría.

El esposo la “apoya” con palabras, pero no con los hechos. Esta disociación entre los discursos y las prácticas, que generalmente se acompaña y refuerza con metamensajes¹⁵ no explícitos, tiene una enorme capacidad de penetración en los niveles inconcientes de la subjetividad. El esposo inicia una serie de actos que sabotean los estudios de O. Para tener la mayor parte del día para ocuparse de su familia, O se inscribe en clases que se dictan en horarios vespertinos. “Por casualidad” el marido organiza todos los compromisos sociales que le demanda su trabajo en los días y en los horarios en que O tiene clases. Así, por ejemplo, varias veces O tiene invitados a cenar en su casa, y éstos llegan mientras ella todavía está en clase. El esposo la llama insistentemente por el teléfono celular para preguntarle cuánto tiempo falta para que termine la clase, si ya salió de la Facultad, si ya está cerca de la casa, etc. O bien la conmina a faltar a clase para salir con él al cine o a merendar. Todo esto va generando un conflicto entre lo que O desea hacer (estudiar- estar en clase) y lo que el marido le demanda que “debe” hacer: atender cenas, invitados, ir al cine con él...

El superyo de O se tambalea: ¿debe abandonar las clases? ¿Debe dejar que el esposo acuda solo a los compromisos sociales?

Se inicia una lucha en la cual O intenta resistir a las presiones del esposo y le pide que organicen los compromisos sociales en fechas y horarios que no coincidan con sus clases de Maestría. El marido se niega y la acusa de egoísta, de abandonadora del hogar, que lo deja a él, que no le importa la casa ni los hijos. La Sra. O duda, en pleno conflicto, con su instancia moral. Poco a poco, con grandes esfuerzos, se va afianzando en ella la certidumbre de que lo que ella quiere es terminar su Maestría y ponerse a trabajar en guiones de telenovelas. Y que eso no daña a nadie pues ella no ha descuidado su familia. La tensión aumenta y la palabra “divorcio” comienza a circular entre ellos.

¿Qué ha ocurrido con la dimensión del poder? Antes, cuando O se quería poco y mal, y no tenía respeto por sí misma, salvo para ejecutar los roles

¹⁵ RUESCH, Jurgen: *La matriz social en psiquiatría*, Paidós, Buenos Aires, 1956

tradicionales, el poder lo ejercían los hombres de la familia (de soltera, el padre y los hermanos; de casada, el esposo y el hermano mayor de ella quien le administra los bienes heredados). Ella confiere y reconoce este poder en estas figuras masculinas, sin conflictuarse por ello. Pero cuando comienza su cambio, cuando aumenta su narcisismo, éste se consolida de manera más sana, crea una nueva armonía con el mundo que la rodea. Entonces reclama para sí misma un lugar de placer, la escuela, en donde quiere estudiar sin dañar a terceros. Ya se siente con la capacidad de dejar el espacio del hogar, el ámbito privado, en el que estuvo reclusa durante mucho tiempo, y salir al espacio público representado por la escuela. Ya no necesita los permisos de otros. Ya se los da sola. Se ha tornado una persona que se da sus propias normas¹⁶ sin perjudicar a otros. Ya es una mujer empoderada.

Pero es el esposo quien no soporta este cambio en la subjetividad de O. Este empoderamiento de O exige una reestructuración de la vida de pareja y de familia.

El empoderamiento, en los términos que este concepto ha sido tratado en el capítulo II, no deriva del dinero, sino del cambio interno que O realiza a partir del poder que le da el dinero. En este sentido la comparación con la hermana es terminante: ambas reciben dinero en herencia, pero una lo reserva para tener más independencia y la otra se lo da al marido. El dinero no da empoderamiento, aunque pueda dar poder.

El dinero, en este caso, es el instrumento, la condición de posibilidad, pero no es el motor del cambio, ni menos aún, el cambio en sí mismo. Lo que permite el dinero es acceder a otras experiencias vitales, pero para permitirse hacerlo y para elaborar una transformación subjetiva auténtica, es necesario todo un proceso psíquico, que en este caso tiene dos grandes fuentes: la terapia y las nuevas experiencias vitales que le devuelven una imagen de sí mucho más rica y fuerte.

Cuando una mujer que está en una relación de pareja, se empodera, es menester que su compañero también pueda acceder a cambios en su propia subjetividad para poder reestructurar la relación de la pareja. Si uno/a cambia, el otro/a también debe cambiar. En caso contrario la relación deviene en imposible. Cambian los valores, los códigos, el ejercicio de los roles, las subjetividades. En el caso de la Sra. O esto no se dio. El esposo nunca admitió los cambios de ella. Nunca aceptó que ella abandonara su antigua posición de mujer devaluada y sometida.

¹⁶ HIERRO, Graciela: *La Etica del Placer*, op. cit., pág.66

A partir de cierto momento, se vuelve necesario dar a la actividad que ella ha elegido por placer, un tiempo y un espacio propios. Este crecimiento de ella conlleva una reubicación del marido en el universo de O. El ya no ocupa el centro de dicho universo y esto lo siente como una verdadera afrenta. Se enoja, se ofende, y se opone a esta nueva vida que ella está proponiendo. La alternativa es el divorcio. Cuando ella lo plantea, él exige una “indemnización” para otorgárselo. Dicha indemnización es una fuerte suma de dinero que correspondería, aproximadamente, al diez por ciento de la fortuna heredada por O¹⁷.

Tratemos de reflexionar sobre lo que ha pasado. El ejercicio del poder al interior de esta pareja, que había estado a cargo del esposo, ya no es reconocido por O. Ella ha tomado las riendas de su vida, ella puede darse sus propias normas, escoger sus actividades, se reconoce capaz y no pretende someter a nadie. Es un poder que se ejerce sin oprimir a otros. Decíamos que O se ha empoderado. Este empoderamiento supone, como lo he mencionado en el capítulo anterior, “el ejercicio de conductas autónomas que implican el uso del poder para el propio crecimiento y desarrollo, sin detrimento alguno para los demás”.

Luego de un análisis cuidadoso de los términos en que el esposo condiciona el divorcio, O acepta otorgarle la suma requerida. Ella se queda con la guardia y custodia de los hijos. Al terminar su maestría renta una casa e instala en ella una escuela para enseñar a escribir guiones.

O ha comenzado otra etapa de su vida. Pero esta vez es ella misma quien dicta las normas que regirán dicha nueva etapa.

Algunas reflexiones acerca de ambos casos

¿Qué es lo que más favoreció el proceso de cambio y empoderamiento en O? ¿Qué fue lo que obstaculizó en E lograr el poder y hacer un mejor uso de él, no a la manera aprendida de oprimir a otros?

Se pueden esbozar varias hipótesis. Como ocurre en Ciencias Sociales, diferentes mecanismos pueden haber contribuido a conseguir estos resultados.

La edad: O es más joven que E. Su capacidad de cambio es mayor en tanto las estructuras adquiridas estaban menos rigidificadas. Hubo mayor posibilidad de lograr un verdadero cambio en su subjetividad. En E el cambio

¹⁷ CORIA, Clara: *Las negociaciones nuestras de cada día*, op.cit., pag. 92-93

se dio en algunos aspectos más periféricos, pero no en el núcleo central de su identidad, el cual permaneció casi inalterable en lo referente a ejercicio del poder y roles femeninos. La edad tiene también otro papel: para los imaginarios sociales, significa mayor o menor capacidad de hacer cosas y de ser admitida en ciertos espacios. Como he puntualizado frecuentemente en esta tesis, los imaginarios no son algo externo al sujeto, sino una fuente clave de identificaciones y presiones. El imaginario atraviesa al sujeto y determina una serie de modificaciones. O, como dirían Deleuze y Guattari, imaginarios y subjetividades se interpenetran e interdeterminan.

La educación: a pesar de haber tenido una educación tradicional y religiosa, O pudo acceder desde más joven que E a estímulos dados por grupos que la retroalimentaron, que proporcionaron figuras y modelos de identificación alternativos, y por ende, cuestionadores.. Asimismo pudo acudir a la terapia estando menos estereotipada en sus mecanismos, y ésta le permitió una posición de más apertura frente a los estímulos que recibía. El haber podido estudiar y tener relación con grupos a los que luego pudo recontactar le facilitó el camino para hacer un despegue y un verdadero cambio en su subjetividad. En O se dio un proceso educativo auténtico, por aquello de que “...toda educación culmina siendo **autoeducación**, en el momento en que tomamos nuestra vida en nuestras manos e iniciamos la crítica de los conocimientos, habilidades y actitudes, que constituyen nuestro bagaje educativo, con objeto de crearnos un ser de acuerdo con nuestros propios ideales de vida”¹⁸.

E accedió a nuevos estímulos (la empresa del padre, aprender a trabajar), pero ya no pudo desarticular los aspectos más medulares y conservadores de su subjetividad. Sí cambió, pero no se empoderó. En párrafos anteriores ya vimos la diferencia entre el acceso a medios de poder y los cambios subjetivos. Ejerce el poder a la manera opresora de la sociedad patriarcal en la que creció. Poder que oprime y somete a otros, pero que no cambia la representación psíquica que tiene de sí misma. Por eso no la satisface, por eso sigue frustrada, por eso se deprime. La imposibilidad de E para lograr empoderarse no es por falta de medios. La resistencia está dentro de ella. Es un proceso intrapsíquico que le impide cambiar. Su superyo entra en conflicto y la reatrapa. Este mecanismo de reatrapamiento lo mencioné en el capítulo II, en el apartado sobre el empoderamiento.

La Sra. E no puede crecer. No puede empoderarse.

¹⁸ HIERRO, Graciela: *De la domesticación a la educación de las mexicanas*, Ob. cit. Pag. 97

El proceso terapéutico. En O pudo cristalizar el cambio luego de un período largo de luchas, vaivenes, dudas. A veces, hasta de parálisis. En E el cambio sólo se pudo dar en ciertos aspectos como el de atreverse a trabajar en algo desconocido, y que aprendió de manera autodidacta. Para una personalidad insegura (fóbica en términos psicopatológicos) ello es un gran logro. Pero insuficiente. En lo esencial no cambió. Su narcisismo sigue girando alrededor de su belleza y –ahora- de su poder económico, dado por la posesión del dinero y del mando en la empresa que le dejó el padre. No hay conflicto con el superyo porque ella sigue siendo la defensora de “ser para otros”: trabaja para que los hijos hereden una empresa próspera, para que no se pierda algo tan valioso. Pero los hijos deben obedecerla, al igual que los otros que la rodean. Ella detenta el poder como antes lo detentó el padre y ella se sometió. Y antes que el padre, lo ejerció el esposo. Y ella también se sometió.

Otras reflexiones teóricas

Los dos casos son fieles ejemplos de las propuestas teóricas que he propuesto.

Mi primera pregunta se refiere a cuáles de las dinámicas básicas de la subjetividad (tal como las teoriza el psicoanálisis) se modifican, y en función de cuáles dinámicas de los otros niveles de análisis.

La juventud y la belleza tienen una posición y un significado que la dinámica sociocultural les dan (esto es, la forma en que se registran en los imaginarios sociales). ¿De qué manera, estos elementos producen y/o modifican el narcisismo y el superyo? Los imaginarios sociales iniciales en ambos casos son muy semejantes. Como hemos visto, son dos elementos que otorgan un cierto poder real, y a los que se les suelen atribuir sentidos idealizados.

Por otra parte, el poder, particularmente el que emana de la posesión de dinero, produce y/o modifica el narcisismo y el superyo. En su momento señalé cuáles eran las condiciones subjetivas que permiten o no que el poder devenga en empoderamiento.

Los vínculos (definidos como relaciones entre personas) producen y/o modifican las relaciones de objeto (en el sentido que este término tiene para el psicoanálisis, tal como fue definido en el primer capítulo).

¿Cómo y adónde se incorporan la ideología y la cultura a las estructuraciones de la subjetividad? Ya hemos visto uno de los varios mecanismos: la identificación con los primeros objetos (la madre, principalmente) implica la incorporación de las normas y valores de éstos.

Seguramente esta aproximación es muy incompleta. Las normas y valores se expresan en la conducta de dos formas distintas: como normas y valores *per se*, esto es como aspectos del superyo que el sujeto reconoce como tales. Pero también están implícitos en el mismo núcleo de la subjetividad, en eso que denominamos identidad. Por ejemplo, en E, y al principio en O, el mismo hecho de ser mujer, esto es, de poseer una identidad femenina, trae consigo una axiología, vivenciada como algo inmanente a la condición femenina.

Por otro lado, desde Freud hasta la fecha, se señala que hay otras formas de incorporar ideología. Los sociólogos primero, y los comunicólogos posteriormente, han insistido mucho sobre este aspecto. Ya en 1957, Wright Mills¹⁹ escribe una síntesis pionera: “Los medios de comunicación: 1) le dicen al hombre de masa quién es: le prestan una identidad; 2) le dicen qué quiere ser: le dan aspiraciones; 3) le dicen cómo lograrlo: le dan una técnica; 4) le dicen cómo puede sentir que es así, incluso cuando no lo es: le dan un escape. Armand Mattelart escribe un párrafo que perfectamente se podría aplicar a los casos comentados: “...en el fondo no hago sino dar vueltas en torno a una pregunta que hace años me ayudó a formular Dufrenne: por qué la gente invierte deseo y extrae placer de esa cultura (la de los medios) que los niega como sujetos”.²⁰

Deleuze y Guattari han analizado muy profundamente la influencia de los medios masivos y de las estructuras que ellos llaman molares (por ejemplo, la pertenencia a un movimiento feminista) en la producción de normas y valores subjetivos. ¿Qué relación hay entre las expectativas sociales que pesan sobre E y sobre O y la estructuración del superyo y del narcisismo? ¿Cómo se pasa de unas a otros? Es un tema muy cuestionado en la historia de las ciencias sociales, y para el que las respuestas son todavía incompletas y cuestionables. En la exposición de los casos he tratado de dar alguna respuesta aproximativa.

En el siguiente capítulo consideraré otros dos casos clínicos y su relación con el dinero, pero esta vez obtenido a través del propio trabajo remunerado.

¹⁹ WRIGHT MILLS, Charles: *La elite del poder*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957

²⁰ MATTELART, Armand: *Pensar sobre los medios*, Los libros de Fundesco, Madrid, 1987, pag. 119

CAPITULO IV

El poder, el empoderamiento y el dinero. Dos estudios de caso de dinero obtenido a través del trabajo

Los estudios de caso que aquí presento corresponden a mujeres que obtuvieron dinero a partir de realizar su propio trabajo remunerado. Considero que los ingresos así obtenidos producen diferencias sociopsicológicas importantes en comparación con los estudios presentados en el capítulo precedente, en el cual los casos correspondían a mujeres que obtuvieron dinero por herencia.

En esta presentación deseo señalar la importancia que adquirió el trabajo como elemento que se insertó en la biografía de cada una de estas mujeres y su significación en cada subjetividad. El proceso de potencialización de capacidades intrínsecas les permitió adquirir una identidad diferente, autónoma, que se tradujo en conductas de verdadero empoderamiento. Pero con esto deseo poner de relieve que no toda actividad laboral garantiza por sí misma la plenitud de un sujeto. Ni tampoco garantiza el desarrollo de sus potencialidades. Ni el desarrollo de conductas autónomas que luego se van a sintetizar en actitudes de seres empoderados. El trabajo debería ser una vía de realización personal para que el sujeto alcanzara, a través de él, un estado de plenitud. Ello serviría para desmistificar el viejo convencimiento de que el trabajo es un martirio, un castigo, tal como aparece en la cosmovisión judeo-cristiana, la cual recoge y expresa la conceptualización que se tenía en la Antigüedad, tanto en Oriente Medio, como en el Extremo Oriente. En ese sentido, también el marxismo contribuyó a una visión del trabajo teñida de explotación y sometimiento, relativizando así toda posibilidad de que el trabajo represente, para el sujeto, una vía de realización personal.

Para Marx el trabajo, en tanto actividad que el hombre realiza como creación, como algo que se materializa en una concreción, le da al hombre la posibilidad de actuar y modificar la realidad externa a él. El trabajo es una actividad humana libre. Y por tanto debería ser creativa, de realización de los deseos y objetivos del hombre. Sin embargo el trabajo no puede mantener esta cualidad de realización y deviene en *trabajo enajenado*. El hecho de que el interjuego con el capital transforma el trabajo del hombre en una mercancía, le quita la cualidad de obra libre y de realización personal. El trabajo se transforma en un producto que el hombre trabajador vende a otro hombre, capitalista, quien le paga un salario por ese trabajo objetivado, fuera de sí, que el trabajador le da a través de su fuerza de trabajo. El trabajo asalariado es trabajo alienado, y sólo se saldrá de esa alienación en un futuro en el que las máquinas hagan el trabajo humano. Pero por otro lado, Engels dice que el trabajo es lo que hace al hombre, Hombre. Esto es así cuando el trabajo, efectivamente, tiene para el sujeto un significado de desarrollo: le permite una realización existencial, poner en juego su inteligencia, sus potencialidades, sus conocimientos y su experiencia, y contribuye a una vivencia de ser útil para su sociedad. Todo esto se acompaña de una sensación placentera. Sin embargo algo puede ser placentero porque es alienado, y no por ello significa que el placer en el trabajo sea sinónimo de realización personal o de creación de salud mental. Sólo en caso de cumplirse las condiciones anteriormente subrayadas el placer va a contribuir a la producción de salud.

“Alquilar su trabajo es comenzar su esclavitud; alquilar la materia del trabajo es constituir su libertad...El trabajo es el hombre; la materia, por el contrario, no es nada humano”, afirma Marx.¹

El trabajo es una modalidad de vinculación con la sociedad. Es una manera de transponer el círculo familiar, de entrar en contacto con ámbitos más abiertos y con horizontes más amplios. Es una vía para pasar del espacio privado al espacio público. Es una posibilidad de ser Otro, u Otra, diferente de cómo lo /la concibe la familia. Es una vía para adquirir independencia económica... El trabajo es, sin duda, un nexo social. Los Otros/Otras con los que uno/a entra en contacto a través de la actividad laboral forman parte de los estímulos cotidianos de la vida.

Caso de la Sra. M

¹ MARX, Carlos y ENGELS; Federico: *Escritos económicos varios*. Grijalbo, México 1962. Pág. 14, 62-65

M es una mujer casada, con tres hijas y un hijo. Cuando viene a consulta tiene 43 años de edad y 22 de matrimonio.

Su familia de origen pertenece a una ciudad capital de un estado del centro de la república mexicana. Por sus características, dicha familia se ubica dentro del Modo de Organización Social Urbano. Del conjunto de elementos que caracterizan a este modo de organización, quiero subrayar, para entender mejor este caso, la ideología conservadora provinciana, particularmente en relación con las funciones adscriptas al género.

Su padre era un obrero asalariado. Su gran vitalidad lo llevaba a disfrutar todas las cosas que podía, a pesar de los límites económicos que tenían en su vida cotidiana. Fue él quien enseñó a sus hijos que cuando había un poco de dinero, compraba “cosas ricas ” para comer y compartir con toda la familia. Este es un rasgo de personalidad con el cual se ha identificado M, mujer muy práctica y capaz para solucionar diferentes problemas que ha debido afrontar a lo largo de la vida, con gran vitalidad y capacidad de goce.

La madre de M fue ama de casa, con escolaridad primaria (igual que el papá) y se dedicó por entero al cuidado de la familia. Inculcó en sus hijos una clara diferenciación de roles por género: los hombres trabajan. Las mujeres se preparan para casarse y administrar un hogar. Sin embargo M fue a la escuela pública y llegó a cursar la Secundaria completa. El hecho de que esta norma tradicionalmente establecida en esa familia no se aplicara de manera absoluta en el caso de M, nos da pie a pensar que hubo allí un resquicio por el que se filtró una cierta “diferencia” entre M y las hermanas, que luego se traduciría en una actitud de mayor autonomía y fuerza para poder abandonar los roles asignados por tradición a las mujeres, y construir otra identidad.

Ante las necesidades económicas de la familia, y a pesar de ser mujer, M sale a trabajar al igual que sus hermanos hombres, un poquito mayores que ella. El resto de sus hermanas se quedan en la casa haciendo tarea doméstica. M ingresa a una institución privada, en donde desempeña labores secretariales. Allí conoce al que luego será su marido. M tenía en ese momento 16 años.

Si bien los procesos de identidad de M se inscriben hasta aquí en los modelos clásicos correspondientes al modo de organización social al que pertenece su familia de origen, no deja de llamar la atención el hecho de que, a pesar de ser mujer, sale al espacio público a trabajar. Este rasgo, correspondiente más bien al género masculino para los patrones de este grupo social, le proporcionó a M una independencia relativa, en el sentido de que esta actividad laboral se inscribió en su subjetividad como algo que ella debía hacer para ayudar económicamente a su familia. Pero no era algo que le

produjera la expectativa de seguir con dicha actividad y consolidar una independencia económica. De hecho, en cuanto M se pone de novia, sus aspiraciones de vida giran en torno al matrimonio, tal como los patrones sociales de su grupo de pertenencia lo señalaban. Y en cuanto se casa, deja el trabajo. Es decir, en el interior de su subjetividad este trabajo realizado en el espacio público, sólo significó el popularmente conocido MMC (Mientras Me Caso). O sea, no una nueva modalidad de vida, sino una manera diferente de “esperar” el momento de cumplir con lo que de ella se esperaba: casarse.

En el capítulo II, en un apartado sobre el concepto de identidad, señalé la importancia de diferenciar los aspectos que constituyen el núcleo de la identidad, y que son los que se mantienen a lo largo de la vida del sujeto, y aquéllos que aparecen de manera más coyuntural, más eventual, y que van a formar una especie de “identidad accesoria” que se va a perder en el momento en que las motivaciones que le dieron lugar a emerger, desaparezcan o pierdan importancia. En ese sentido, este trabajo que sale a desempeñar M cuando es jovencita adquiere ese significado de “rol transitorio”. Lo que para ella era importante era casarse. Sus “roles definitivos” eran el ser esposa y madre, que son los roles que en nuestra cultura están asignados a las mujeres. Son ellas las encargadas de la preservación de lo familiar. Esa es su función sustantiva y M se hizo cargo de ello, como lo hizo antes su madre, su abuela y todas las otras mujeres de la familia. Y en este caso específico resulta interesante recalcar que fueron precisamente estos aspectos “accesorios” de su subjetividad los que luego, al pasar por otras experiencias y vivencias, le permitieron a esta mujer acceder a una nueva identidad.

El esposo de M viene de una familia de clase media, con cinco hijos, que pertenece al mismo modo de organización social que la de ella, pero con mayores recursos económicos, en la que todos los hijos fueron a la escuela hasta terminar la Secundaria. Se trata de un hombre capaz quien, a pesar de no tener estudios formales, y habiendo ingresado como trabajador del nivel más bajo a la institución donde él y M se conocen, llegó a ocupar la Dirección.

Cabe destacar que estos ascensos tenían lugar gracias a que este hombre era inteligente y servía adecuadamente a los intereses de los dueños de la institución, con quienes llegó a tener, además, una relación personal.

Esta época de la que estamos hablando corresponde a un México (y un mundo) no globalizado, con economías más nacionales, donde una institución tenía peso por ella misma y no por los nexos con las otras pertenecientes al mismo giro, como ocurre actualmente. Dentro de este marco cabe señalar que

la movilidad social era más fácil, aun cuando, como en este caso, el sujeto no tuviera una preparación académica especial, ni mucho menos estudios de posgrado, ni especializaciones en el tema concerniente a su trabajo.

Como señalé antes, la posibilidad de establecer relaciones personales con los empleadores también tuvo que ver con una época histórica en la que los vínculos de las personas entre sí y con sus grupos de pertenencia (como el laboral, por ejemplo) eran próximos, se daban por un intercambio personal directo, y no mediado por máquinas o sistemas impersonales como ocurre hoy, en que el contacto personal es reemplazado por el de intermediarios como las redes, los faxes, los medios electrónicos.

Todas estas características del ámbito laboral y social en general, y en particular el hecho de que nuestro sujeto se haya sentido semi incorporado al grupo social de los patrones y con una apertura al ascenso social, tuvieron consecuencias benéficas a nivel de su relación yo/superyo y de su narcisismo. En tanto el sujeto puede cumplir con las exigencias del ideal del yo, consigue la aprobación “superyoica” que lleva a que el yo se expanda y el narcisismo se consolide. Estos logros producen una vivencia de bienestar y seguridad.

Como lo mencioné anteriormente, cuando M se casa, deja de trabajar. Para los valores dominantes de ese modo de organización social, al cual adhiere totalmente el grupo de su esposo (y del cual ella proviene), el hombre debe mantener a la familia y la esposa debe permanecer en la casa, haciendo el aseo, la comida y cuidando a los hijos cuando los hubiere. Esta ideología de corte claramente patriarcal era sostenida al extremo por el esposo de M que cada día, al salir para su trabajo, la dejaba encerrada en la casa que habitaban. Obviamente esta conducta denota, además, una problemática de celotipia: el sujeto experimenta una gran inseguridad y se siente amenazado en sus afectos de manera anormal. De allí la aparición de los celos, aunque éstos sean injustificados desde la realidad externa. Es un sentimiento que corresponde a vivencias internas.

Como M es una mujer de rasgos muy bellos (sobre todo su cara) el esposo temía que saliera en plan de coqueteo. De allí que, en prevención, la dejara encerrada. Esto era aceptado por M como parte de las normas que el marido tenía derecho a imponer en la relación², aun cuando no le gustaba estar recluida dentro de la casa y no poder salir a hacer las compras del mandado (que hacían el fin de semana los esposos juntos).

² RICHARD, Nelly: *Masculino/Femenino: prácticas de la diferencia y cultura democrática*, Francisco Zegers Editor, Santiago de Chile, 1993

Se pueden apreciar en este ejemplo varios de los aspectos teóricos que he destacado en esta investigación. En primer lugar, que para entender la relación entre estructura social y estructura de la personalidad, debemos recurrir a varias instancias intermedias. En este caso, no es suficiente con hablar de ideología patriarcal en general, sino señalar la manera particular como ésta se inscribe y transforma en el contexto de un modo de organización particular, y dentro de éste, en un sector de clase. Pero esto tampoco alcanza: es obvio que no todas, ni siquiera la mayoría de las familias de ese sector social aceptan como válido que el esposo encierre, literalmente, a su esposa, cuando él se ausenta del hogar. Nos encontramos frente a una versión individual, a un procesamiento singular de esos niveles ideológicos. Por otro lado, hay una complementariedad neurótica en la pareja³: ambos aceptan sin cuestionamientos la legitimidad de las medidas restrictivas que el hombre aplica. Y ambos aceptan también que si la mujer no tuviera este control de parte del esposo no sería capaz por sí misma de manejar sus fantasías sexuales. De allí que para los dos esposos la reclusión de M es aceptada sin discusión.

Es ésta una versión, a nivel de la pareja, de la pervivencia de viejos prejuicios que legitimaron y aún siguen legitimando las diferencias sociales entre personas o grupos. Hay quienes "poseen la verdad y tienen la capacidad para pensar" y otros, la mayoría, deben someterse, por supuesta ignorancia o por imaginaria carencia de control sobre sus impulsos, a los mandatos de los poderosos.

Como ya mencioné en los dos primeros capítulos, tanto el psicoanálisis como las psicologías convencionales, entienden al individuo como un ente que se desarrolla a partir de procesos internos heredados (biólogicamente, por el código genético) o en el seno de relaciones primarias con su familia durante los primeros años de vida. Desde el psicoanálisis, mucho se ha teorizado utilizando el paradigma carencia/satisfacción de la carencia, en el cual el primer término, carencia, es algo innato o consecuencia de experiencias infantiles arcaicas. Reich, visionariamente, propuso, sin ahondar en el significado teórico, la noción de producción social del deseo. Deleuze y Guattari hacen de este concepto uno de los ejes fundamentales de su teorización. Para estos pensadores, la estructura social (en realidad la cúpula de la misma) produce las carencias, para las cuales produce simultáneamente las satisfacciones. De esta manera se cierra un círculo de producción,

³ PICHON RIVIERE, Enrique: *Del psicoanálisis a la Psicología Social*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1975

consumo y poder. En el ejemplo anterior, la producción de la vivencia de inferioridad para pensar, y debilidad para controlar impulsos, se acompaña de la producción de instancias y sujetos que tienen esas capacidades y respuestas, lo cual hace mucho más fácil el sometimiento de los primeros a los segundos. El sometimiento y la represión aparecen como “naturales” y “necesarios”. La búsqueda de figuras e instituciones fuertes de las cuales depender se incorpora así a lo más profundo del inconciente.

Volviendo a esta pareja: hay una proyección masiva cruzada, que empobrece a la Sra. M, en tanto no sólo le atribuye a su esposo la capacidad para cuidar la “moral” conyugal, sino una cantidad de otras capacidades, tal como se verá más adelante. Asistimos a un proceso de alienación individual, causa y consecuencia, simultáneamente, de la diferencia de poder intrafamiliar, así como de sufrimiento psíquico. La Sra. M va consolidando una vivencia de una autoestima (narcisismo) pobre, en contraposición con la percepción de que el marido es el único que “sabe” y, por ende, tiene el poder que ella misma le confiere inconcientemente.

Nacen los hijos. La mamá se ocupa de criarlos, llevarlos a la escuela, hacerles la ropa. Aunque el esposo iba creciendo económicamente, e iban ascendiendo en la escala social a un grupo que podríamos ubicar como de clase media alta dentro del mismo modo de organización social, M mantenía valores de su capa de clase anterior, y “ahorraba” para que la economía del hogar se mantuviera en niveles de bienestar, pero no de derroche. El esposo seguía ejerciendo el poder económico: las cuentas de banco estaban a su nombre, él manejaba el dinero, y aún cuando por su trabajo hubiera podido adquirir una magnífica vivienda para la familia, nunca lo hizo. En lugar de eso, y a pesar de que pasaron a vivir a una metrópoli, rentaron una casa grande, con jardín amplio, en una colonia de clase media alta. Todos tenían coches caros, incluidos los hijos cuando tuvieron edad para que se los comprara el padre.

Aquí se manifiesta con toda claridad el interjuego social producto de los factores de poder, en el que la cultura hace una asignación de roles que la tradición mantiene, y los actores aceptan dicha asignación como si se tratara de un orden natural, casi biológicamente determinado.

Complementando las reflexiones teóricas del párrafo precedente, cabe señalar que todos, incluyendo a M, sentían la distribución de roles y aptitudes

como algo *natural*⁴. Esta incorporación de normas y valores se hace a nivel del superyo, durante la primera infancia, y es reforzada o transformada durante los años subsiguientes. El refuerzo suele provenir de los imaginarios sociales transmitidos por la escuela (en este caso sólo la primaria y la secundaria), la religión y los medios masivos⁵. En este ejemplo específico, para M la división tradicional de roles al interior de la familia (el padre trabaja, la madre se ocupa de la casa y de los niños, éstos van a la escuela) no solamente es vivida como normal, sino que es sentida como el modelo de portarse bien, tal como la sociedad lo requiere. M es una persona que cumple con todos los requisitos que su superyo le exige y, por lo tanto, no hay conflicto con el yo.

Hasta aquí las cosas transcurrían normalmente para M. Es decir, sin conflicto para ella. En los primeros años de vida de sus hijos les cosía la ropa, cocinaba ella para dar gusto a la familia y para ahorrarle al esposo gastos de cocinera. Cuando ascendieron de grupo social, y a pesar de que los compromisos del esposo comenzaron a multiplicarse por su posición en el trabajo, M siguió cocinando para las visitas, a fin de ahorrarle al esposo los gastos que supondría contratar gente que sirva los banquetes.

Por otro lado los hijos fueron a escuelas privadas de renombre, y sus pautas de vida correspondían a grupos de altos ingresos: deportes caros (como la equitación, el ski), coches del año, ropa de marca (M ya no cosía), vacaciones en sitios caros y de estatus reconocido.

La crisis se desata al interior de la familia por criterios divergentes con relación al hijo hombre. El esposo de M tiene una actitud de sobreexigencia con el muchacho, y una permanente desvalorización del mismo. Lo castiga con bastante violencia y todo esto va generando en M una rabia sorda contra el esposo. Pero no se anima a contradecirlo, ni mucho menos a enfrentarlo impidiendo su violencia hacia el hijo. Siguiendo las líneas de las actuales *corrientes lingüísticas*⁶ (en especial, las de orientación *sociolingüística*⁷), la *enunciación*⁸ de una postura diferente en relación con la educación del hijo común, no es solamente una transmisión de información, sino la asunción de una posición, un rol social, totalmente distinto. En otras palabras, para hacerlo

⁴ SCOTT, Joan: "Igualdad versus diferencia: los usos de la teoría postestructuralista", en *Debate Feminista*, México, Año III, volumen V, marzo 1992.

⁵ BOURDIEU, Pierre: *La domination masculine*, Seuil, París, 1998

⁶ BAKHTINE, M. y VOLOCHINOV, V. : *Le marxisme et la philosophie du langage*, Minuit, Paris, 1929

⁷ BENVENISTE, R.: *Problemes de linguistique générale*, Gallimard, Paris, 1974

⁸ VOLOCHINOV, V.: *La structure de l'énoncé*, Seuil, Paris, 1981

hay que cambiar la relación de fuerzas, las posiciones de poder, dentro de la pareja, de la familia, y ante la sociedad. Por otro lado, al hacerlo, no sólo se dice algo, sino que en el decir hay una acción que se realiza simultáneamente: estaríamos frente a un *acto de palabra*⁹.

En un párrafo anterior subrayé la asignación tradicional que la cultura deposita en las mujeres: el cuidado de la familia. Las mujeres cuidamos aquello que creamos, aquéllos a quienes hemos dado vida (nuestros hijos). Las mujeres somos capaces de dejarnos golpear y hasta dejarnos matar por proteger a nuestros hijos. Pero también somos capaces de romper con la tradicional manera de callarnos, de someternos a la violencia masculina en algún momento de nuestra historia. En el caso que nos ocupa, M va callando su rabia. Su silencio, que es finalmente una modalidad de la palabra, es una manera de denotar su rabia no hablada, su miedo a oponerse a la violencia manifiesta del marido, pero todavía sin poder evitar que esa violencia dañe al hijo.

Este comportamiento en nuestra sociedad, no es privativo ni del esposo, en cuanto a ejercer la violencia contra el hijo, ni de M, de acatar esta violencia y callar su rabia. Sin embargo, llama la atención la selectividad del esposo acerca de sobre quién ejercer su violencia: es el hijo hombre el escogido para descargar su agresión. Este hombre nunca golpeó a la esposa, ni a sus hijas mujeres. Esta discriminación por sexo nos lleva a recordar que en el caso de la Sra. E, presentado en el capítulo anterior, su encono y su agresión siempre iban dirigidos hacia su única hija mujer. Cabría preguntarse, a modo de hipótesis, qué relación hay entre los sentimientos de frustración inconcientes que cada uno de estos sujetos, E y el esposo de M, tienen, y cómo necesitan desplazarlos hacia las figuras de los hijos que se los “recuerdan” (los de su mismo sexo) y por ello los castigan. También cabría considerar qué tipos de conflictos con la figura parental del mismo sexo tiene cada una de estas personas, y por ello se ponen en marcha estas reacciones. Serían algunos de los hilos a seguir en una ulterior investigación, pero lo que aquí me interesa es poner de relieve que, más allá de las cuestiones de género, las figuras parentales reaccionan por contenidos inconcientes que son puestos en marcha por hijos que los vuelven conflictivos por alguna razón...Y, tal vez, estas razones sí tengan que ver con el género...

⁹ BOUTET, J. : *Paroles au travail*, Harmattan, Paris, 1995

Como describiré más adelante, el momento en que M asume una posición distinta coincide con lo que, desde algunas posiciones feministas, constituye una conducta de *empoderamiento*.

En una de estas peleas, M y su marido discuten agriamente y a ella le entra una sensación de pánico: piensa que después de esto el marido va a querer el divorcio. En este punto confluyen dos aspectos claves: la certeza, en ambos, de que quien sabe verdaderamente cómo educar a un varón es el padre, y el significado social del divorcio. En realidad esto fue una situación premonitoria de algo que sucedería mucho tiempo después. Por esa época la relación marital tenía puntos muy vulnerables. Por ejemplo, M estuvo muy enferma, con un tumor uterino. Para salvarla fue necesaria una histerectomía. Su marido, lleno de temores, muy supersticioso, suspendió la vida sexual con ella por miedo a que “lo contagiara”.

Aquí tenemos, una vez más, un claro ejemplo de que la pauta que rige las relaciones de esta pareja la ponía el marido y la mujer aceptaba. Esta aceptación, desde lo profundo de la subjetividad, de condiciones de sometimiento que contradicen toda lógica, todo sentido común, toda noción de justicia, constituye uno de los objetivos centrales de mi tesis. La raigambre profunda que la pauta cultural inscribe en la subjetividad femenina es tan fuerte, como puede observarse en este caso, que resiste todo cuestionamiento racional.

La vida entre ellos era sentida por M como “normal”. De allí que esta reacción de pánico, luego de la pelea, apareciera como una respuesta más extraña, más irracional, a los ojos de la gente más próxima a M, con quienes comentó su situación. Entre estas personas hay una gran amiga a quien M va a contarle la pelea, y esta señora la canaliza a la terapia.

Una primera hipótesis que se puede hacer aquí es la de la percepción desde el inconciente de que algo diferente comienza a suceder. Esta confrontación de la pareja no tuvo, aparentemente, nada diferente de las peleas que sostuvieron anteriormente. Sin embargo para M algo extraordinario comenzaba a ocurrir, y por ello se sintió tan amenazada como para sentir pánico y aceptar la sugerencia de la amiga de ir a la consulta psicoterapéutica.

En el grupo de pertenencia en el que M se movía, los problemas se arreglaban, hasta entonces, con “consejos de familiares y/o de amigos” y, en ciertos miembros no muy numerosos, con consejos del sacerdote. En este sentido, algunos grupos sociales se mueven con pautas similares a las de las

sectas¹⁰: lo extragrupal es vivido como doblemente amenazador. En primera instancia porque participar a otros es permitir la salida incontrolada de información mantenida como secretos internos. Esta información se refiere a aspectos del grupo, que, aunque en muchos casos se tiene una protoconciencia de que no son justos, buenos, sanos u honestos, en tanto son practicados por *todos* los integrantes, hay un pacto implícito de aceptación y silencio, en la medida que nadie se anima a cuestionar ni pública ni privadamente sus orígenes y consecuencias. En segunda instancia, un extraño al grupo, más aún si es un terapeuta (profesional “que lee el pensamiento y adivina lo que uno no quiere decir”), es un potencial agente subversivo que podría importar ideologías y prácticas supuestamente disolventes de la unidad grupal.

El aceptar que ahora la intervención fuera de un profesional también habla de que la vivencia de M fue de que esta pelea no era igual que las anteriores. La percepción de que algo atentaba contra la estructura de vida que tenía fue clara para ella. Hasta el hecho de que por primera vez en su discurso aparezca la palabra *divorcio* está denotando que, aunque fuera desde el inconciente, ella se conectó con algo distinto y determinante de un cambio total en su vida¹¹.

Siguiendo las consideraciones que hice anteriormente, podemos ver que la enunciación (aunque sea internamente) de una palabra supone, necesariamente, un cambio doble y simultáneo: a nivel de la subjetividad propiamente dicha (de la interioridad) así como de la relación entre el sujeto y su mundo, en este caso su mundo internalizado.

Un ejemplo de este fenómeno inconciente que se expresa a través de la palabra sin relación aparente alguna con lo que está sucediendo en el contexto presente lo pude ver hace algunos años en otra paciente quien me comentó que estando casada, y aparentemente sin conflicto con su esposo, se sorprendía cuando al llevar a cabo conductas cotidianas, como lavarse los dientes, servir un café, o entrar en un elevador, le surgía la frase: “ Cuando me divorcie...”. Este fenómeno duró muchos años y ella no encontraba lógica a su presencia. Recién después de casi diez años de matrimonio comenzaron las dificultades ya entre los esposos que culminarían en un divorcio.

En nuestra cultura el silencio femenino es una pauta común. Las mujeres utilizan esta respuesta de no hablar, para causar culpa en el otro,

¹⁰ BLEGER, José: *Psicología de la Conducta*, EUDEBA, Buenos Aires, 1963

¹¹ ALVAREZ DE TOLEDO, L: : *Lenguaje y psicoanálisis*, Alonso, Buenos Aires, 1973

generalmente en el marido o compañero. Es una vía de poder, así como la del hombre es producir violencia: gritos, golpes, alcohol, engaños. Y es una manera de cultivar una cultura de la sumisión cuyo objetivo es construir un verdugo culpable. Hay una tradición del silencio. Las mujeres hablan con otras mujeres, pero raramente con los hombres. También los hombres establecen diálogo con otros hombres, y se crea un conocimiento de las intimidades que se da más con los amigos o amigas, que entre los miembros de la pareja entre sí. De esta manera se construye en el interior de la relación una situación de asimetría. Las mujeres han aprendido esto a través de generaciones. Están presas de un orden, de que las cosas “deben ser así”. La posibilidad de hablar es la de construir al Otro/Otra desde los recursos emocionales y racionales. Es darle voz a la pasión. Quien acude a una terapia está ya dispuesto a hablar, a poner en palabras sus emociones. Las personas que escogen la vía de la psicoterapia están aceptando otra manera diferente de la aprendida tradicionalmente, de expresar lo que les pasa. Y en el caso de la Sra. M, esta elección denota un cambio especial: con esto ella comienza a apartarse de las viejas pautas culturales aprendidas y da paso a nuevas conductas que la llevarán a cambios sustanciales en su vida. M transita así de lo tradicional a la modernidad.

Por otro lado, en esta cultura del México actual, la palabra sigue guardando una parte que no se manifiesta. Sigue “ocultando” algo. A diferencia de otras culturas, en donde la palabra expresa directamente y, a veces, de manera muy fuerte, todo lo que se vivencia, o piensa, aquí no es así. En un proceso terapéutico el paciente recibe los contenidos y significados de lo que expresa (aunque sea a través del silencio) y se pone en contacto con otros elementos de su realidad que ya no puede soslayar, ni ocultarse, ni ocultar. Para poder asumir todo este cambio es necesario comprender una nueva cultura: la de la psicoterapia. M inicia este proceso con evidente disposición a que los cambios en su vida comiencen.

Este es un claro ejemplo de lo que estudió la Lingüística de la enunciación: lo que M puede decir y puede callar está determinado por el lugar social asignado y asumido. En la medida en que va tomando conciencia de dicho lugar social, lo va cambiando y eso se traduce en nuevas enunciaciones y nuevos silencios. Pero lo que la paciente dice no tiene sólo el significado de una catarsis (descarga) o de una transmisión de información, sino que produce auténticas transformaciones en el vínculo con el marido. En este sentido, y tal como lo señala Austin, especialista en este tema, lo que se dice constituye *actos de palabra*. En otros términos, son palabras que

producen acciones, en tanto expresan y crean, simultáneamente, una transformación en la dinámica familiar.

Durante la primera época del tratamiento M aparece como una mujer que duda de sus capacidades intelectuales, aun cuando está vinculada a un grupo de Literatura, y es una persona que lee mucho, lleva muy bien su casa, con muy buen criterio administrativo, y denota ser inteligente. M es muy miope a sus propios valores y aptitudes. Esta dificultad para visualizarlos está profundamente enraizada en su inconciente. Teóricamente, se la denomina *producción de desconocimiento*. Es, en el ámbito de la subjetividad, el equivalente de lo que en comunicación se llama *producción de desinformación*. Es un mecanismo muy sutil de dominación, que si bien siempre existió, se ha desarrollado mucho más a partir de la importancia creciente de los sistemas educativos y del “boom” de los medios desde la segunda mitad del siglo XX. Consiste en crear convicciones, en este caso la convicción de ser tonto o ignorante, lo cual constituye la contrapartida de ese otro mecanismo que se analizó en párrafos precedentes: la certeza de la Sra. M de ser débil e intrínsecamente indefensa. Por supuesto, estas convicciones y desconocimientos amarran la subjetividad de M a su *partenaire* (en este caso el esposo), quien, imaginariamente, posee todo lo que a ella le falta. La consecuencia intrapsíquica es la constitución de un narcisismo incompleto y una distancia insalvable entre el yo real y el ideal del yo, lo cual refuerza el círculo vicioso de dominación y desvalorización.

Sus valores demuestran su apego a pautas aprendidas en su infancia, en la que no se le estimulaban los intereses intelectuales, pero sí que aprendiera a hacer bien el “quehacer” (aseo doméstico). Es por eso que para ella es más importante quedarse a aspirar la casa que ir a una reunión donde un escritor prestigiado dará una charla. M considera un acto de transgresión de los valores que debe sustentar una madre de familia el privilegiar asistir a una conferencia que limpiar la casa. Este mecanismo, tal como lo vimos en los casos del capítulo precedente, es la resultante de la incorporación al superyo de pautas propias del grupo social de pertenencia.

A medida que vamos avanzando en la terapia, van surgiendo muchos rasgos prejuiciosos. En primer lugar acerca de la sexualidad: la castidad prematrimonial es algo que ella espera que sus hijas preserven.

Mucho se ha escrito acerca de este valor conservador, que se encuentra en muchas y muy diversas culturas. Sólo deseo remarcar un aspecto: las

diferencias normativas de la sexualidad masculina y femenina como una expresión más de las diferencias de poder. Para un análisis más profundo del tema, me remito a los escritos de Foucault ya mencionados en capítulos precedentes. En segundo lugar, los manejos económicos corresponden al esposo porque él es el que produce el dinero. Este segundo prejuicio también lo incluyo en la cuestión del poder. Ella es incapaz de considerar que toda la actividad que realiza como trabajo doméstico y no doméstico (durante mucho tiempo hizo pasteles para vender, artesanías que ofrecía en bazares navideños, bordaba carpetas y las obsequiaba a las personas con las que el esposo tenía compromisos laborales) tenga algún valor en dinero. Lo siente como algo que hace por gusto y por obligación y que no debe reconocerse con una remuneración económica.

La devaluación del trabajo doméstico, que es “el que se nota cuando no se hace”, es decir, el famoso *trabajo invisible*, es una pauta incorporada en nuestra cultura por las propias mujeres. Es el trabajo que se realiza porque corresponde a las mujeres, en su condición de tales, realizarlo. Esta es una expresión ideológico-cultural de las relaciones de poder entre los géneros. Este es uno de los aspectos que más conflicto produce en el seno de las parejas. La convicción tradicional está más acentuada en el modo de organización urbano que en el metropolitano. Y aun cuando M se incorpora a un modo de vida que corresponde más al modo de organización metropolitano en el momento en que el esposo crece económicamente, conserva en su subjetividad las pautas adquiridas en su infancia y primera juventud. Dichas pautas imponen que las mujeres deben encargarse de lo doméstico. Y si además realizan labores extradomésticas, no por ello deben dejar de hacer el trabajo de la casa. Frente a algo tan impuesto al yo como “lo que debe ser” (por mandato superyoico), ésta es una de las cosas más difíciles de cambiar en la estructura intrapsíquica femenina, ya que la resistencia está dentro de las mismas protagonistas, formando parte de sus estructuras subjetivas, y, en algunos casos, de su identidad. El cambio de esta norma representa un gran conflicto con la imagen incorporada de los ancestros: así fueron las madres, las abuelas, las bisabuelas, y todas las que las precedieron en la historia familiar. Romper con esa tradición acarrea mucha culpa y miedo frente a lo desconocido. No se sabe si eso será bueno o el grupo social sancionará severamente a quienes osen apartarse de la norma instituida. En el caso de M toda esta conflictiva se daba sin ningún disfraz: ella lo manifestaba sin mecanismo de defensa alguno que pudiera disimular el discurso de su superyo.

Esto ejemplifica claramente lo que señalé antes con relación a la identidad, sus aspectos más periféricos y su núcleo central. En el caso de esta paciente es evidente que había podido cambiar una serie de aspectos más tangenciales de su identidad, pero el núcleo central permanecía estable.

Sin embargo, y a pesar de todas las consideraciones hechas en el párrafo anterior, M empieza a pensar en salir a trabajar fuera de su casa. Sus hijos son jóvenes universitarios, una hija está casada, y M piensa en hacer algo más “profesional”. Estar en la casa ya le aburre un poco, y el proceso terapéutico la va llevando a una progresiva recuperación de su autoestima: ya no se siente ni tan incapaz, ni tan poco inteligente como para hacer otras cosas *además* del trabajo doméstico. Concomitantemente con esto, el hecho de ya haber “criado” a los hijos, es decir, de que ya están grandes y sus actos son de gente independiente, le facilita plantearse el salir de su casa. Su superyo le permite “dejar el hogar” por salir a trabajar, con menos sentimiento de culpa.

Como su fuerte es la costura, busca trabajo en el ramo y rápidamente la contratan. El día que debe comenzar tiene un nuevo ataque de pánico: *No voy a poder*, es su “explicación”. En la terapia pudimos analizar los significados inconcientes de su acción (revive el miedo aprendido a no poder hacer algo diferente a lo que el orden preestablecido durante generaciones prescribe). Pero decide hacer la prueba y se va a trabajar. Obviamente, tratándose de una persona tan capaz, con buenos hábitos de orden, muy pronto los empleadores la ponen a cargo del grupo de trabajo y le aumentan el salario, sin que ella lo solicite.

Así como lo he planteado acerca del esposo, esta reafirmación de aptitudes que proviene de afuera tiene para M un efecto muy positivo en una mejor evaluación de su yo, así como un refuerzo a su narcisismo.

En ese trabajo permanece durante dos años. Durante ese período el vínculo con el esposo se deteriora aún más. Descubre que él tiene otra relación, y ella le pide el divorcio. El, para sorpresa de todos, y aun habiendo aceptado que tiene otra relación y que le interesa mucho, se niega a otorgarle el divorcio sin dar explicación. M se siente muy mal porque el marido no expresa que su negativa se deba a que la quiere. Por otro lado se vuelve a suscitar una situación de extrema violencia del esposo con el hijo, a quien el padre golpea salvajemente. Ahora sí M puede enfrentarlo y lo amenaza con matarlo si vuelve a tocar al muchacho.

Esta asunción de la defensa de su hijo la considero como un acto de *empoderamiento* de M. Hasta este momento M se había sometido al autoritarismo y la violencia del esposo. También a sus actos de poder indiscriminado. Como ya lo señalé, la rabia callada se manifestaba a través del silencio. En este momento asume que ella también puede ejercer un poder como madre y defender a su hijo, sin lastimar a nadie. M puede dejar lo aprendido por tradición y puede hablar. Consigue construir al Otro (el marido), esto es, construir una imagen interna de él, tal como lo vive ahora, violento y dañino con el hijo. Esta modificación en su comportamiento proviene de un cambio más profundo a nivel de la subjetividad. Y es ella la que puede recuperar una imagen diferente de sí misma. Por eso puede hablar. Por eso puede poner un límite a la violencia del marido. Por eso puede defender al hijo. Sin duda el tratamiento jugó en ella un papel preponderante, pero una serie de confirmaciones de sus capacidades reales, como lo que se analizó a propósito del trabajo, coadyuvaban a su empoderamiento.

Como decía, enfrentar al esposo en defensa del hijo no perjudica a nadie. Muy por el contrario, con esta actitud protege al hijo de su propio padre. Y ella también ejerce ya una autoridad autónoma. Por eso considero que esta nueva respuesta por parte de M entra dentro del concepto de empoderamiento.

Ante la imposibilidad de entender el significado de la negativa del marido a acceder al divorcio, lo convocamos a una reunión de pareja. Ante el estupor de M y mi propio asombro, el esposo confiesa que no le quiere dar el divorcio porque, manifiesta, “¿Dónde voy a encontrar otra idiota como ésta?”. El impacto de esta confesión es tal que M, mediante la culpa que el esposo siente por haberle dicho la verdad y haberla herido de tal manera, logra que acepte divorciarse. Cabe añadir que él continuaba, por esa época, con la relación extramatrimonial que tenía desde tiempo atrás.

Como puede deducirse, tanto las “confesiones” del marido, como las “concesiones” (otorgarle el divorcio) no entran dentro de los esquemas de comprensión normales. Pero debemos recordar que muchas de las conductas de interacción dentro de esta pareja eran “poco normales”: los “encierros” por celos; los alejamientos sexuales por temor a contagios, los autoritarismos con el hijo hombre, etc.

Si bien el divorcio se realiza como “voluntario”, el esposo no le pasa ninguna ayuda económica, y el reparto de los bienes de menaje (no tenían propiedad alguna) el marido lo realiza al 50 % para cada uno. Así cada vajilla, cada equipo, se desmembra y cada uno se queda con la mitad.

Para el marido de M el divorcio significaba perder el poder que había ejercido hasta entonces. Su autoridad transgredida necesitaba una “reparación” y por ello “castiga” a M con una repartición de los bienes totalmente arbitraria. El, que se queda con el dinero, podía equipar una nueva vivienda, pues tenía los medios. Pero quería despojarla de cosas, ya que ella, con el divorcio, lo despojaba de su mandato. M, quien asume su divorcio como un acto de recuperación de su libertad, se siente culpable de “abandonar” al esposo. Recordemos que el superyo de esta mujer estaba en proceso de cambio. La lucha entre los viejos valores incorporados en su educación anterior y los nuevos valores otorgados por los cambios de vida, la terapia, el contacto con otras personas y otros grupos sociales, es fuerte y no siempre sin costo. Por ello la aparición de sentimientos de culpa cuando se divorcia: en un rincón de su ser ella vive el divorcio como un abandono que *ella* le inflige al esposo. Debido a ello M siente que no merece llevarse todas las cosas de la casa, y no plantea términos diferentes para la separación. Acepta los que él propone, a pesar de ser ella la más desprovista y la más desprotegida. En ese sentido cabe señalar que dicha vivencia culposa impide que M reflexione acerca de un reparto más equitativo, y piense inclusive en reclamar una pensión alimenticia.

Debemos recordar que en las situaciones laborales, cualesquiera que éstas sean, hay una legislación que protege al “trabajador”, y se le da una reparación monetaria cuando la relación laboral cesa (indemnización, compensación, retiro, jubilación, según el caso). En este caso, y a pesar de los años compartidos, en tanto M no sentía que su trabajo al interior de la familia tuviera algún valor, no reclama nada. Ni pensar, tampoco, en que pudiera reclamar el reparto del capital acumulado por el esposo durante el matrimonio, por partes iguales. Ese dinero es vivido por ella como propiedad de él, sin derecho alguno para ella.

Actualmente existe una ley que contempla estos casos, precisamente por esposas que, como M, luego de muchos años de vínculo matrimonial, ante el divorcio se quedan sin derecho a nada. Esta ley fue propuesta ante las Cámaras por grupos de mujeres que luchan por un sistema de equidad entre los géneros. Si M se divorciara ahora de este esposo, la ley le otorgaría el cincuenta por ciento de los bienes que el esposo generó durante los años de matrimonio.¹²

¹² Ley del Código Civil para el D.F. en Materia Común y para toda la República en Materia Federal. Art. 289 bis, publicada en La Gaceta Oficial el 25 de mayo de 2001, del Código Civil.

En relación a este aspecto de la vida de pareja es importante señalar la ideología que subyace en M y en su esposo al aceptar toda esta posición como *normal*. En la mayoría de las parejas de este medio urbano la concepción es de que el dinero sólo le pertenece a quien lo produce trabajando. Pero se entiende como trabajo solamente el extradoméstico. Es decir, todo lo que alguien hace por la familia dentro de la casa, no es trabajo. Y, por lo tanto, no merece el reconocimiento económico en el momento en que, como en este caso, la pareja se separa. Esta es una idea de la modernidad que reconoce la igualdad, pero no la diferencia. El quehacer cotidiano, doméstico, no tiene valor. Entonces no hay equidad. Y por ello, en el momento de la separación, *ambos cónyuges* reconocen como justa la repartición de todos los bienes, incluido el dinero, favoreciendo al marido. Queda claro que éste no es ni un trato, ni un modelo equitativo.

M se va a vivir a una casa pequeña, que renta con su salario. Este es un dato significativo: el ex esposo no le ofrece garantizarle un techo. Mientras estuvieron casados él, como ya lo he señalado, nunca adquirió una vivienda.

Sin embargo, al poco tiempo del divorcio, el ex marido cambia de trabajo, y le ofrece ayudarla para que adquiriera una vivienda en una obra que está construyendo la empresa en donde él trabaja ahora. M, al comienzo, se niega. En la terapia se analizan los motivos por los cuales esta mujer se niega a aceptar algo que debió de haber existido desde antes y debió haber sido provisto por un esposo que ganaba muy bien con su trabajo y que nunca dio una vivienda propia a la familia. Aparece una actitud omnipotente de “Yo todo lo puedo”, acompañada de un “falso orgullo” hacia el que fue su esposo: “No voy a aceptar nada que venga de él”. Dicho mecanismo de omnipotencia estuvo presente a lo largo de toda la vida matrimonial de M. Ella podía limpiar, cocinar, coser, llevar y traer niños, sin cansarse y sin ser ayudada. Se trata de un mecanismo de defensa muy primitivo¹³. Eso hacía expandir su narcisismo a través de una vivencia de mujer completa, cumplidora, que podía sacar la máxima calificación. Al concretizar de esta forma su ideal del yo, tenía un motivo para quererse. De esta manera, y al mismo tiempo, sostenía toda una infraestructura que servía perfectamente a los fines de su marido: una familia funcionando bien, con los hijos bien cuidados, buena comida, casa limpia, la posibilidad de recibir gente en condiciones adecuadas. Sin duda M era toda una garantía de buen manejo de un hogar. Y a bajo costo. El marido

¹³ KLEIN, Melanie: *Desarrollos en psicoanálisis*, Ediciones Hormé, Buenos Aires, 1962, pag 177

consiguió hacer realidad aquel slogan publicitario que reza: “Lo mejor por el menor precio”.

Esto es un aspecto más de la complementariedad neurótica al interior de un vínculo. A la luz de estos elementos es más fácil comprender la respuesta que el marido dio en la entrevista terapéutica a la pregunta de por qué no aceptaba darle el divorcio. En efecto: dónde iba a encontrar una idiota como ella?

Poco a poco el trabajo analítico va demostrando que M no ha sido adecuadamente protegida ni por el ex marido, ni por ella misma. Todo el tiempo se condujo como si ella pudiera procurar *todas* las cosas *siempre* y *sola*. Esta actitud se traduce en un empobrecimiento económico, ya que el ex marido se quedó con todo el dinero que ganó durante el matrimonio, y que ella no tenía ni siquiera una vivienda propia. Toda la comprensión de esta problemática la lleva a dos momentos: el primero, con una reacción de gran enojo y rabia contra él y contra ella misma. Esta respuesta reactiva sobreviene cuando se da cuenta que todo lo que ella había considerado como expresión de ser una buena niña, una buena esposa, una buena madre, una persona obediente de las normas, era, en realidad, una expresión más de sometimiento, que fue aprovechada por su cónyuge. Y una expresión de omnipotencia que a ella no la favoreció. Más bien la desgastó y la empobreció. El marido aprovecha, sin tener clara conciencia de ello, una típica trampa ideológico-cultural del poder: hacer pasar como un logro o un acto sublime, lo que en realidad es un acto de explotación. Este tipo de maniobras las vemos en muchos aspectos macrosociales (por ejemplo, la exaltación discursiva de la maternidad como forma de ocultamiento de las profundas desigualdades e injusticias que deben soportar las madres) o laborales (por ejemplo, el “apostolado” de la medicina como legitimación de la sobre explotación de los médicos). Siguiendo la idea de Nietzsche de “producción de *convicciones*”, Deleuze y Guattari exploraron en múltiples terrenos estos mecanismos que conducen a una sujeción subjetiva a un circuito de poder o de producción/consumo. El marido reproduce en el nivel micro lo que es habitual en el macro. De esta forma, su manipulación queda disfrazada y legitimada, porque es solamente una expresión más de un fenómeno extendido y vivido como natural.

El segundo momento surge en la terapia en la medida que vamos trabajando este sentimiento de rabia y aparece la comprensión de que tiene que aceptar la “ayuda” que el ex esposo propone, puesto que es una manera de romper con este mecanismo de omnipotencia del que hablábamos antes,

por un lado, y por el otro, permitir que él dé ahora lo que debió haber dado antes (mecanismo de *reparación*)¹⁴.

El siguiente trabajo de M fue como socia de un comercio. Una amiga le propuso invertir el capital y que M pusiera el trabajo. Este comercio fue exitoso durante varios años, hasta que sobrevino la crisis económica de fines de 1994. Debido a esta crisis M y su socia debieron cerrar el negocio que tenían. Durante los años en que dicha tienda existió, el comportamiento laboral de M le permitió hacer nuevas relaciones y crear en algunos casos, cimentar en otros, una imagen de mujer capaz, responsable y trabajadora. Todo esto llevó a una recuperación en algunos renglones, desarrollo en otros, de su narcisismo, lo cual fue cambiando la autoimagen de M: devino en una persona segura, con respeto por sí misma, con cambios sustanciales en sus valores. Inició una relación con un hombre más joven que ella, inteligente, dedicado a tareas intelectuales, quien contribuyó de manera franca y generosa a este proceso de cambio en M que señalé en renglones anteriores.

La lucha de M se trasladó ahora a la relación con los hijos, quienes en tanto producto de la educación prejuiciosa y anti plural, más bien conservadora, que la propia M les había dado, se opusieron mucho a su nueva relación amorosa, argumentando que “la diferencia de edades” no era aceptable (argumento por demás cargado de prejuicio). Curiosamente, fueron sus hijas menores (y por entonces solteras) quienes más se opusieron a la nueva relación de la madre. Pero esta vez M ya tenía las fuerzas suficientes para poder oponerse a la resistencia de los hijos, a pesar del miedo que a *ella misma* le causaba tener un compañero más joven. Sin duda, M hablaba por boca de sus hijas. Más exactamente, los miedos y prejuicios que aún perduraban en ella, estaban inconcientemente proyectados en sus hijas. El conflicto interno así se “espacializaba”: M asumía la defensa de su proyecto amoroso y vital, y adjudicaba las críticas a los de afuera. Por supuesto, los que asumían esas críticas y las verbalizaban eran los que sostenían esas posturas, pero lo que permitió a M superar el problema fue el análisis de la existencia de partes de ella misma que coincidían con las censuras externas. En nuestra cultura las diferencias de edad entre los miembros de la pareja se ven mal. Pero se ven *peor* si el hombre es el joven y la mujer es la mayor. En ese aspecto todavía nuestra cultura no puede sacudirse ciertos juicios hechos carne a lo largo de siglos.

¹⁴ Ibid, pag.190

A pesar de sus propios miedos y de las oposiciones de sus hijos y otros miembros de su familia, M siguió con esta nueva relación y hasta se casó con él. En este aspecto considero esta actitud de M como un nuevo acto de empoderamiento. Su respuesta fue una conducta autónoma, que no pretendió dañar a nadie, y que no sucumbió ante las presiones de culpa por un lado (el abandono de los hijos, era un argumento, aun cuando todos ya eran adultos con vidas independientes) y de vergüenza , por el otro, por el hecho de ser ella bastante mayor que el compañero, que ejercían quienes a su nueva situación se oponían. M contaba ya con un yo fuerte y con la capacidad de enfrentar a otros ante los sentimientos originados en viejos prejuicios culturales. Su superyo era ya otro. Tenía otra consolidación basada en una ética autónoma. Ella se daba sus propias normas aunque estuvieran en desacuerdo con muchos de los integrantes de su propio grupo de pertenencia¹⁵.

Al quedar desempleada, y debido a que su grupo de inserción había cambiado de gentes de alto nivel económico, pero alejadas de lo intelectual, a personas inmersas en la vida cultural del país y “hacedoras” de cultura, una amiga le ofrece un trabajo en este terreno. Como M no había dejado de leer, ni de estar conectada con espacios literarios, su tránsito hacia esta nueva actividad remunerada se vio favorecida por su propia actitud de estar actualizada en la producción intelectual, y al hecho de que sus dotes como trabajadora seria y responsable, con gran sentido de la organización, le facilitaban el camino hacia esta nueva tarea que le ofrecían. Continuó en este trabajo por varios años. Su capacidad como creadora se ha visto desplegada a través de programas que ha llevado a cabo con éxito. Todo eso la ha prestigiado en el medio académico-intelectual.

Sin duda mucho, muchísimo de lo que M ha podido lograr en este nuevo espacio, se debe a su capacidad como autodidacta. Esta mujer, que se sentía plenamente satisfecha cocinando y haciendo el aseo de su casa, ha podido desplazar toda esa capacidad a un terreno con más prestigio y con más alcance que el trabajo doméstico. Considero que ella constituye un buen ejemplo de lo que el trabajo sanamente realizado puede desarrollar en la vida de una persona. Estos alcances incluyen lo económico, ya que M se mantiene con un muy buen nivel de vida gracias a sus propios ingresos, viaja, ya tiene su propia casa y tiene acceso directo a las diversas manifestaciones de la

¹⁵ HIERRO, Graciela: *La Etica del Placer*, UNAM, México, 2001

cultura. Dichos logros se deben a una saludable actitud frente a la vida, incluyendo como factor determinante, una sana actitud frente al trabajo.

Es por todo esto que considero este caso como un modelo de la posibilidad de empoderarse a través del trabajo como actividad remunerada.

Otro estudio de caso: la señorita N

N es una mujer joven, de 24 años, cuando llega a la terapia. Sus padres son divorciados desde hace unos doce años. Es decir, el divorcio se produce cuando N entra en la adolescencia.

Desde la perspectiva teórica que manejo en esta tesis, la pubertad/adolescencia tiene características que deben ser señaladas. En primer término, es una etapa en la cual se reviven, aunque muy transformadas, las características psicológicas inconcientes de la primera infancia, pero ahora determinadas, condicionadas y moduladas por el entorno social de manera mucho más significativa¹⁶. En segundo término, es un momento clave de adquisición de identidad, pero, a diferencia de la infancia, esta identidad está muy influida por factores extrafamiliares. Entre éstos, subrayaré dos: las figuras de identificación representadas por jóvenes más grandes y por algunos líderes sociales (cantantes, deportistas, etc.), y la enorme importancia de los medios masivos. Es interesante remarcar que la pubertad/adolescencia tiene relativa importancia cultural en la mayoría de las comunidades primitivas y en las civilizaciones previas al siglo XX. En la sociedad occidental ha ido adquiriendo una importancia creciente en la segunda mitad de ese siglo. En las sociedades occidentales esta etapa ha dejado de ser vista, tanto por los adultos como por los propios jóvenes, como una transición, y actualmente es visualizada por unos y otros como un momento evolutivo con su propia identidad, su propia cultura, y una serie de industrias que están a su servicio. La palabra “adolescencia” proviene del latín *adolescencia*, y se refiere a adolecer, en el sentido de sufrir. Como etapa evolutiva se la relaciona con sufrir cambios por el desarrollo, hasta que el cuerpo lo alcanza de manera completa. Sin embargo actualmente no hay una concepción de sufrimiento en dicha etapa. Se la vive como normal, con sus propios fenómenos y sus propias características. La adolescencia es hoy un fenómeno polivalente, que

¹⁶ ERIKSON, Erik: *Infancia y Sociedad*, Ob. cit

corresponde a una temporalidad, a una modalidad de identidad. Es una modalidad que consume y que es objeto de un mercado. Es, entonces, una identidad moderna y socialmente aceptada como tal. Tiene no sólo una temporalidad, sino una espacialidad propia, bien ubicada. Tiene un mundo simbólico y un lenguaje propios. Son sujetos económicamente dependientes en su gran mayoría, pero una base de mercado consumidor muy importante. El adolescente es un adulto potencial, pero en el ejercicio pleno de una identidad propia y diferente, que practica ciertos derechos y que se prepara para ejercer otros.

Podemos ver que aún una etapa evolutiva, que desde las psicologías y los psicoanálisis más convencionales es abordada sólo en función de sus transformaciones internas, es imposible de ser entendida si no se la contextualiza en tiempo y espacio. Decir adolescencia en el París medieval, en una comunidad africana de principios del siglo XIX, en una etnia tarahumara de hace treinta años o en Amsterdam contemporánea es decir algo que tiene muchas más diferencias que similitudes.

El divorcio de los padres de N en esa etapa tendrá, así como otros factores que veremos, gran significación en un trastorno central en esta paciente: los problemas de identidad. Todos estos eventos dejan importantes huellas en la subjetividad de esta joven que se van a traducir en un déficit siempre presente para conseguir estructurar una identidad saludable.

N tiene una hermana dos años menor que ella. Su familia pertenece al MOS metropolitano, a una capa social de clase media alta si tomamos en cuenta las pautas de referencia de educación, de intereses, de estilos de comportamiento que practica la familia. Las dos niñas concurren a escuelas privadas que son costeadas por los organismos en los que trabaja el padre. Dado que los padres de N son profesionales, cultivados e interesados en todas las manifestaciones de la cultura, y esto agregado a que el padre de N siempre trabajó en organismos internacionales, la familia vivió en diferentes países y las hijas incorporaron costumbres y pautas de la más grande diversidad. Sin duda, este amplio espectro de influencias ha sido un elemento enriquecedor en la constitución de la subjetividad de N, pero también un inconveniente en la estructuración de su identidad. Todas estas influencias le dieron un conocimiento y una gran plasticidad para moverse en diferentes grupos sociales. Sin embargo todo este *glamour* no se corresponde con las posibilidades económicas, ya que los ingresos de estos funcionarios internacionales han perdido gran poder adquisitivo en la actualidad. Y, por otro lado, desde el divorcio, N y su hermana han debido ajustarse a un

presupuesto determinado por la pensión alimenticia que les enviaba el padre y los recursos de la madre que son bajos, ya que es una trabajadora del campo de la educación.

Retomando el hilo conductor hacia la comprensión de la identidad: ¿cuál es el núcleo de pertenencia/referencia de N? ¿La clase media alta intelectual transnacional, o la clase media de una educadora mexicana, como es la mamá? Evidentemente, la respuesta no es unívoca, ya que la clave para comprender este aspecto de su subjetividad es la dificultad de N para integrar en una única estructura identitaria, esto es en un único esquema conceptual, referencial y operativo, esta diversidad. Esta falta de concordancia entre sus reales posibilidades económicas y sus adscripciones a grupos socioculturales de más altos ingresos, le trae problemas de ubicación y desajuste permanentes.

N viene de una familia con ancestros europeos. Es alta, delgada, con rasgos muy especiales en su rostro, lo que la vuelven una mujer rara, interesante, por momentos guapa. Su apariencia no es la de una joven común. Este aspecto externo de extranjera coadyuva perniciosamente a hacerla sentir que no sabe quién es ni a dónde pertenece. Por algunas características lo femenino en ella aparece mezclado con ciertos rasgos más bien masculinos. Su andar, su rostro cuando lleva el cabello corto, su vello por épocas un tanto abundante, la transforman en una joven un tanto indiferenciada en su identidad sexual. Esta dificultad para definir una identidad sexual es otra vertiente, diferente, pero no separada, de su trastorno identitario más generalizado.

A partir del momento en que los padres se divorcian, y a raíz de que el padre deja su residencia en México y se va a vivir a Europa, mientras la madre se vuelve a casar y tiene un nuevo hijo, la vida de N transcurre durante algún tiempo entre vivir con el padre y vivir con la madre. Todo esto le crea un gran sentimiento de inestabilidad. Cambia muchas veces de casa, de escuela, de amigos. Estos cambios agregan más dificultad a la producción/auto producción de identidad. Su arribo a la terapia tiene un detonante puntual (un embarazo seguido de un aborto provocado) que la lleva a una gran crisis de desestructuración: miedos, ataques de ansiedad, actuaciones por celos (está en una relación de pareja a la cual se aferra con verdadero terror a perderla), abandono de su carrera (estudia algo relacionado con arte).

Para los esquemas valorativos concientes de N, afines a los conceptos predominantes en Europa en relación con este tema (el aborto provocado), y tomando en cuenta que la familia de N no le ha dado una educación religiosa específica, el aborto no tiene la significación que posee para las mujeres que han recibido otras influencias culturales. Sin embargo, casi podríamos decir que luego del aborto N se paraliza y su vida se circunscribe a un radio de acción muy constreñido: de su casa (se va a vivir con el compañero) a la terapia, o a visitar a su madre, o a alguna actividad social, a la que acude acompañada de su pareja. Todo esto nos habla de una crisis de ruptura con la realidad. Su sentimiento es de terror, y para defenderse se adhiere a la presencia del compañero, con quien establece un vínculo cada vez más simbiótico, es decir, de mayor dependencia¹⁷. Su Yo es débil, se siente amenazada y, por momentos, su desborde la lleva a vivencias masivas de pérdida de control (por ejemplo cuando se pone celosa ante la posibilidad de que su compañero salga con otra mujer, y escenifica estos celos con grandilocuencia).

La simbiosis de N con el compañero tiene una significación muy distinta que la que vimos en los tres estudios de caso precedentes. En estos últimos, las respectivas pacientes respondían al lugar asignado socialmente a la mujer, y repetían, sin cuestionárselo, el conjunto de prejuicios valorativos que las culturas machistas atribuyen a las diferencias de género. Pero en N la dependencia obedece más a un trastorno psicopatológico que a un posicionamiento ideológico. Este estado me lleva a considerar que N es, en ese momento una *borderline*¹⁸. Es decir, su estado está en el límite entre una neurosis (problemas de adaptación a la realidad) y una psicosis (pérdida de adaptación a la realidad¹⁹). Sus defensas frente a las ansiedades paranoides (miedos persecutorios masivos) se condensan en la figura del compañero, con quien se complementa para poder enfrentar la realidad que la amenaza.

El trabajo psicoterapéutico se inicia con una actitud de colaboración franca por parte de la paciente. Ante el estado de confusión que trae y las distintas áreas de su vida que están deterioradas, comenzamos por considerar lo que ella vive como el punto de mayor urgencia que es la relación con su pareja. Obviamente en tanto N se adhiere al compañero como acompañante que la ayuda a vivir sin tanto terror, es la relación con él el punto vivido como

¹⁷ BLEGER, José: *Simbiosis y ambigüedad*, Paidós, Buenos Aires, 1967

¹⁸ En la literatura psicoanalítica la palabra *borderline* tiene su traducción como “estado fronterizo”.

¹⁹ LIBERMAN, David: *Lenguaje y técnica psicoanalítica*, Kargieman, Buenos Aires, 1976

de mayor importancia a sanar. Su carrera, la relación con los otros significativos para ella (padres, hermanos, amigos, etc.), trabajo, quedan postergados. Su narcisismo, que es muy grande y patológico, y que ha sido fomentado por su padre, de quien es la hija favorita, depende ahora de la aceptación o no aceptación que de ella haga el novio.

Nuevamente cabe remarcar que, aunque en la apariencia el proceso es semejante a los otros estudios de caso, la significación psicológica profunda es muy diferente. No asistimos, como en aquéllos, a una distribución socialmente determinada de roles por género, sino a una proyección masiva de un objeto idealizado, que, en este caso, recae en su compañero, pero podría haberse dado sobre la figura de una mujer, de un profesor, o cualquier otra que, imaginariamente, le proporcionara esa seguridad que la paciente buscaba. Su dependencia la conduce a estar en extremo pendiente de cada actitud de él, lo cual genera en el muchacho una sensación de control que lo enoja, lo atosiga y lo aleja. Se establece así un círculo vicioso muy difícil de romper pues ante el terror a perderlo N se niega a aceptar conductas menos controladoras. Tiene lugar una época muy difícil en la terapia pues N se adhiere a los relatos minuciosos para sentirse más tranquila y no perder el control precario que tiene sobre sí misma.

Es ésta una defensa obsesiva ante la amenaza de desestructurarse. La palabra, en este caso especial, no tiene el sentido de transmitir una información, ni siquiera de establecer un vínculo, sino de lograr un efecto. En otros términos, la palabra no es utilizada por su valor simbólico, sino como cosa o acción concreta²⁰. Es un fenómeno que observamos en muchas patologías, así como en algunos momentos de crisis.

Poco a poco vamos recuperando un sentimiento de confianza que permite a N sentirse menos expuesta al caos y comienza a desarrollar más funciones yoicas. Al cabo de un tiempo vuelve a la escuela, e inicia nuevamente sus cursos. También poco a poco se reconecta con sus amigos y amigas. Las relaciones con su pareja aparentan tomar un cauce más definitivo y comienzan a hablar de matrimonio. Sin embargo queda claro que en la dinámica de dicha relación, él es el fuerte, el exitoso (tiene muy buen trabajo, con grandes logros económicos), el que pautas el tipo de vida que ambos llevan. Para ella, en tanto necesita al compañero como sostén emocional, todo esto es vivido como “natural”, como un privilegio que ella consiguió al tenerlo a él.

²⁰ ALVAREZ DE TOLEDO, L: *Lenguaje y psicoanálisis*, ob.cit.

Se puede observar que N revive con su compañero una conflictiva de miedo al abandono de una figura fuerte e importante que se había iniciado con el padre, y se exacerbó en la adolescencia, en el momento de ruptura de la relación matrimonial de sus padres, y posterior emigración de su progenitor a otro continente.

Aquí podemos ver, como ya lo remarqué en el caso de la señora M, el juego de dependencia cruzada que se da al interior de la pareja, creando una interdependencia de corte neurótico.

En cierto momento aparece la posibilidad de que N inicie una actividad laboral, y el novio no le permite aceptar argumentando que el salario que le ofrecen no es digno para ella. Con esta actitud evita que ella se desprenda un poco de la absoluta dependencia que tiene de él, y la confunde cuando categoriza el salario como indigno para ella.

Como en toda patología, el fenómeno es recíproco y cruzado. En otros términos, los narcisismos patológicos de ambos se complementan: ella se siente completada en tanto él la reafirme y proteja, él se siente realizado (en su aspecto patológico) en tanto exista una persona (en este caso su compañera, pero no se requiere necesariamente que sea mujer, ni menos aun *su* mujer), que lo necesite tanto, porque de esa manera lo hace sentir fuerte e importante, y, por momentos, omnipotente. En realidad es *él* quien tiene experiencia laboral, y ameritaría otro sueldo. Pero no *ella*, quien carece de antecedentes, quien debe comenzar a aprender a trabajar y para quien esa retribución sería justa y adecuada.

Allí surge un primer cuestionamiento para N. Su pareja le estimula un narcisismo fundado sobre bases falsas, aunque no esté primordialmente basado en prejuicios patriarcales. Igual a como lo hacía su padre, quien le dejaba creer que ella era la niña más hermosa e inteligente y, por lo tanto, la más valiosa. En su padre, ser el progenitor de la niña más hermosa e inteligente, contribuía, por reflejo, a que él se sintiera superior y realizado. En otras palabras, que se pudiera querer y admirar a sí mismo por la magnitud de su “obra”. A este mecanismo se lo conoce como identificación proyectiva. Esta situación la recoge una expresión popular: “Sentirse la mamá de Tarzán”. Su compañero la deja creer que ella es tan superior que no necesita pasar por el período de aprendizaje por el que todos debemos transitar cuando comenzamos a trabajar. Y N se confunde. Nuevamente asume una falsa identidad. Cree que es quien no es. Y no puede conectarse con quien verdaderamente es, para llegar a lo que quiere ser. Este trastorno se complementa con sus rasgos un tanto masculinoides. En ese momento acepta que debe iniciar las consultas con un endocrinólogo para poder corregir desde

lo psicológico y desde lo orgánico esta especie de confusión sexual y de hibridación que por momentos tiene.

Aunque las reflexiones que siguen no constituyen el objetivo central de mi trabajo, nos encontramos frente al interrogante de cómo se adquiere identidad. En otras palabras, quién confiere identidad. N busca que alguien (el compañero, la terapeuta, el endocrinólogo) le diga quién es ella. A partir de esta constatación, hay corrientes dentro del psicoanálisis que postulan que la identidad es la consecuencia del lugar familiar y social en el que nuestros padres y otros significativos nos colocan. Mi posición es bastante más compleja, en tanto toma en cuenta muchos otros factores en el proceso de subjetivación (adquisición de subjetividad) y le da más importancia a la forma siempre original en el que cada persona procesa las influencias que recibe.

Sin embargo, y tomando en cuenta el triángulo madre-padre-hija, como el sustrato a partir del cual se va a gestar la identidad, deseo destacar cierta vivencia que para N había sido fundamental en la estructuración de su subjetividad en todo el proceso de crecimiento, previo a la terapia. Para ella, y también para el resto de la familia, el padre era vivido como el inteligente, el sabio, el fuerte, el valioso. N sentía que, por momentos, había estado enamorada de su padre. La madre, en cambio, era la figura débil, pobre, devaluada, aparentemente anodina. Toda esta tríada, permeada por una gran idealización del padre, una gran desvalorización de la madre, con quien N rivaliza y resulta triunfadora, lleva a N a un estado de gran confusión. En tanto el padre la prefiere, N no sabe si es hija del padre, o pareja del padre que desplaza a la madre, con lo cual se instala un gran sentimiento de culpa con la figura femenina. Dicha culpa le impide, además, una correcta identificación con lo femenino, por lo que resulta que N tiene un permanente trastorno de identidad.

La relación con el novio comienza a cambiar. Dado que N tiene ya otros vínculos (amigos, escuela) él se comienza a “despegar” de ella: sale con otras personas y no la integra, ya no habla de planes matrimoniales, comienza a salir de viaje solo, argumentando “motivos laborales”. N le encuentra evidencias de citas con otras mujeres, que él acepta como “relaciones de amistad”. Todo esto es vivido por N con rabia, con celos, pero con mucho menos inseguridad que antes y con una actitud de mayor confianza en ella. Es decir, su narcisismo se recupera un poco más sanamente: ni es tan poca cosa como para necesitar depender del novio para poder sobrevivir, ni tampoco es la “princesa” como la nombraba su papá cuando era niña. Si bien aparecen crisis de ansiedad ante estas manifestaciones de desprendimiento de su

compañero, se recupera en corto tiempo. Ya no son los largos períodos de parálisis y angustia que tenía antes.

En la medida que N empieza a tener un yo un poco más fuerte, puede comenzar a alejarse del vínculo simbiótico con su compañero. Ello le permite, aun cuando siente la amenaza de la pérdida, recuperar un lugar de más confianza y menos terror ante la posibilidad de quedarse sola. Paralelamente a ello, ya que no es posible determinar qué cosa es causa y qué cosa es efecto, en el proceso terapéutico se “corrige” la mirada de N acerca de sus padres. Ni el padre es tan maravilloso, ni la madre tan poca cosa, lo cual le permite recuperar una mejor imagen de ella misma como mujer, ya que no es tan malo “parecerse” a la madre.

En la terapia comenzamos a elaborar la cuestión del trabajo. Resulta imperioso que N consiga una actividad que le permita asumir sus gastos y la desvincule de, al menos, la dependencia económica con el compañero. Inicia así la búsqueda y consigue trabajo en un lugar pequeño, con un sueldo nada alto. Le cuesta aceptar que esto tiene la ventaja de permitirle aprender a trabajar (cosa que no sabe hacer pues nunca trabajó antes) y que en lugar de pagar por una capacitación va a percibir un poco de dinero. Es una perspectiva que le resulta muy difícil incorporar pues todavía está “contaminada” con la percepción del novio y teñida de un narcisismo falso que no le permite asumir un principio de realidad. Sigue sintiendo que es un salario no digno de ella. Pero entra a trabajar y aprende y crece.

Como en los estudios de caso anteriores, se puede apreciar el papel subjetivante (de adquisición y transformación de la subjetividad) del trabajo. Un referente básico de mi marco teórico, en el que adhiero a corrientes más innovadoras como la de Deleuze y Guattari (y en esto muy diferente de los conceptos del psicoanálisis convencional) es que la personalidad, incluyendo el inconsciente, se va estructurando, desestructurando y reestructurando *a lo largo de toda la vida*. Un corolario que se desprende de esta posición, es que el trabajo, en muchos casos, juega un rol fundamental en este proceso. Más aún, para muchos investigadores, la importancia de ese rol del trabajo es uno de los elementos que le da el carácter de productor de salud mental²¹.

Durante este período la relación con el compañero se deteriora. El está cada vez más en una actitud de individualismo, no quiere compromiso con N y ella va aceptando con mayor sentido de ubicación lo que está ocurriendo.

²¹ DEJOURS, Christophe (compilador): *Plaisir et souffrance dans le travail*, AOCIP, Paris, 1988

Ya su autoestima (su narcisismo) no depende tanto de que él la acepte o no. Ha crecido, se ha fortalecido, tiene un buen desarrollo laboral y comienza a tener otras relaciones de amistad.

El fenómeno de desvinculación simbiótica en esta pareja y la no posibilidad de recrear el vínculo con características de más independencia entre los miembros, es uno de los problemas que más frecuentemente vemos en la clínica. No ocurre solamente a nivel de las relaciones de pareja (aunque sí es el de mayor incidencia), pero también aparece como problemática en vínculos entre padres e hijos, entre amigos, en ciertas relaciones laborales. Hay, sin duda, una dificultad para aceptar el crecimiento y el despegue “del Otro/a” y para rearmar un vínculo con otras características. En el caso de la paciente que nos ocupa este problema adquirió un giro que no pudo ser superado.

Luego de un tiempo N y su pareja deciden interrumpir su relación. Esto provoca en ella un gran sentimiento de tristeza que nos da acceso a analizar las características simbióticas que el vínculo tuvo y la función que cumplió para ella cuando se sentía tan desprotegida, tan débil y tan devaluada (plena etapa de identificación con la madre, sentida como figura pobre y débil). Para N resulta difícil recuperar la confianza en sí misma. Al comienzo de la ruptura hace una nueva micro crisis de desestructuración (llanto compulsivo, vivencia de caos y pérdida de límites, desconfianza de poder seguir sola, sin el compañero a su lado), de la cual sale en corto tiempo. Y a pesar de todas sus dudas, sigue con su trabajo, lo cual la sostiene como estructura, y le permite desarrollar proyectos que le devuelven un sentimiento de confianza en ella misma, todo lo cual le refuerza y eleva el narcisismo.

Después de dos años de labor en esa pequeña empresa, recibe una oferta de trabajo en una empresa mediana que tiene gran éxito en su campo específico. N se cambia y comienza una etapa diferente en su vida laboral. De ser la única que trabajaba con el dueño de la primera empresita (lo cual la ayudó a moverse en un micro mundo que era lo que ella estaba en condiciones de manejar ante las ansiedades de pérdida de control y sus pobres defensas para manejar dichas ansiedades), pasa a un trabajo con un organigrama un poco más complejo. Las funciones están más diferenciadas (en el primer trabajo ella hacía todo), hay más gente, lo cual le supone una interacción diferente, más ampliada y más discriminada, con jerarquías (jefes, secretarías, etc.), con un mayor sueldo y, también, con mayores exigencias, todo lo cual supone un reto para ella. Su aprendizaje se incrementa, sus

relaciones interpersonales se amplían y comienza una relación afectiva con uno de sus compañeros.

Como si necesitara inconcientemente continuar con los contrastes marcados por lo laboral (de empresa pequeña cambia a empresa mediana; de ser la única trabajadora pasa a ser una de varios trabajadores/as, de realizar tareas en un campo restringido de su especificidad, pasa a crear en muchos otros campos), también en la elección de compañero aparece un gran contraste: mientras en el primer caso se trataba de un joven muy apuesto, ahora sale con un muchacho muy gordo y poco agraciado. Sin embargo eso la ayuda en toda su desconfianza. Casi ya no tiene que temer que el “gordito” (como lo llama en la sesión) le ponga el cuerno. Y ello la tranquiliza mucho.

Para N la vida sexual siempre tuvo ribetes extraños. En todas sus relaciones al comienzo hay un gran interés por la conquista, que va acompañado de una vida sexual rica y frecuente. Cuando consigue establecer la relación de pareja, su interés sexual declina. Hay una patología claramente histérica, muy ligada al vínculo seductor que tenía con su padre²². Una vez que consigue seducir, pierde el interés por el otro. Este tópico necesita todavía continuar el proceso de análisis en tanto hay aspectos muy profundos que no han sido suficientemente abordados.

A casi un año de estar en el nuevo empleo, N recibe otra oferta de trabajo. Ahora se trata de una de las empresas líderes en el ramo. Su inserción en ella le permitiría acceder a un campo de la especificidad que desconoce y que, para aprenderlo por su cuenta, debería gastar mucho dinero en cursos. Por esa razón, y porque la empresa le ofrece pagarle otros aprendizajes (idiomas, por ejemplo), como parte de su capacitación, se decide a cambiar.

Su trabajo es ahora mucho más específico, pero mucho más enriquecedor. Tiene más posibilidades de desarrollar su creatividad. Sus vínculos se diversifican. Y comienza a tener más problemas con su compañero actual, con quien, finalmente, ella rompe la relación. Esta vez su duelo por la pérdida de la pareja dura mucho menos que en la primera ocasión. Obviamente esta relación, además de ser más breve en tiempo, tuvo significados menos intensos por estar ella menos necesitada de establecer relaciones de tanta dependencia emocional y, en este caso, ninguna dependencia económica.

²² FENICHEL, Otto: *Teoría psicoanalítica de las neurosis*, Paidós, Buenos Aires, 1957

Podemos apreciar una cierta amalgama entre crisis-compañero amoroso en N cuando su narcisismo se halla tan empobrecido al llegar a la terapia. Sus conductas son muy autodestructivas. El ejemplo por excelencia es el embarazo. N tenía todos los elementos para protegerse adecuadamente, y no lo hizo. Su desconfianza generalizada la lleva a un estado de total dependencia de los otros (en este caso del compañero en turno). Y no tiene posibilidad de cuidarse a sí misma, ni siquiera en algo tan elemental como es la protección con una píldora o con un dispositivo intrauterino. A medida que N mejora, puede acceder a un trabajo que la hace crecer, que le devuelve la confianza en sus propias potencialidades y la lleva a desarrollarlas. Sus conductas se vuelven más autónomas y puede prescindir de apoyarse en otros. Este crecimiento le permite apoderarse de sí misma, de sus decisiones (por ejemplo ante los cambios de trabajo, de pareja) e ir consolidando una conducta cada vez más segura y congruente. Considero que todo este proceso, en tanto proceso de desarrollo autónomo, lleva a N a ubicarse en el mundo de manera más sana y gratificante. Y que el elemento central, aunque no el único, que le permite asumir esa actitud de empoderamiento, se lo dio el trabajo, a través del cual estructuró un nuevo y más sano narcisismo.

Deseo subrayar que entre los diferentes abordajes que se hallan inconclusos en el proceso psicoterapéutico, está la relación entre crecimiento personal- relación de pareja. ¿ Hasta qué punto en N la compañía de un hombre representa al padre fuerte que la lleva de la mano y la sostiene en lo que ella crece y sus fuerzas se estabilizan? ¿ Qué de este necesario proceso de recuperación (¿ o creación?) de un narcisismo más sano permanecerá en su subjetividad como para afianzarle una identidad femenina sólida ? Cuando esté bien estructurada su identidad ¿será un hombre o una mujer la pareja más simétrica para N? Como todo proceso humano, no se posee ahora la respuesta.

Como lo señalé repetidamente, su terapia no ha concluido. Quedan varias cosas por elaborar. Sin embargo su nueva actitud permite que N disfrute más de sus logros aunque no tenga, todavía, solucionadas todas las problemáticas vitales que la acompañan.

En los dos casos aquí presentados he querido remarcar el papel estructurador que el trabajo remunerado ha tenido en la personalidad de estas dos mujeres. Con diferentes problemáticas vitales y de muy diferentes edades, sin embargo ambas han logrado hacer cambios fundamentales para sus vidas, a través de procesos de empoderamientos que las han conducido a conductas de autonomía y diferenciación, ejerciendo poder sobre de ellas mismas, sin

ocasionar daño a terceros y, por el contrario, en ciertos momentos favoreciendo a otros (como el caso de la Sra. M en relación con su hijo). Mi interés era mostrar cómo la actividad laboral puede hacer crecer satisfactoriamente a las personas y no tiene por qué tener ese significado de castigo tan frecuente en nuestra cultura occidental.

El trabajo no es el lugar que hay que asumir por tener que renunciar al placer. Por el contrario, el trabajo es una actividad que debe ser placentera y promotora de salud para el sujeto que lo lleva a cabo. El que provea de ingresos a quien lo realiza y, como en ambos estudios de caso aquí presentados, permita que estas mujeres consigan su independencia económica, abre el abanico de posibilidades de desarrollo de antiguas y nuevas capacidades, con una más sana orientación. Las historias de M y de N son otras. No hay ya ningún ligamen con la M de antes, ni con la N de antaño. Las posibilidades que, como mujeres, ambas han alcanzado, y las que todavía alcanzarán, no tienen punto de comparación con las personas que llegaron a la terapia a buscar ayuda, sin confianza alguna, o con una pobre confianza en ellas mismas. Definitivamente ellas tenían dentro el germen que les permitió cambiar y aprovechar las oportunidades que los respectivos trabajos les abrieron. Y también es cierto que el proceso terapéutico les permitió efectuar el crecimiento necesario para que dicho germen floreciera. Lo más importante es que toda esta conjunción de elementos llevó a estas mujeres a un buen puerto.

CAPITULO V

El poder, el empoderamiento y el estudio. Dos estudios de caso

En los estudios de casos precedentes fue el dinero el vehículo a través del cual pudimos observar los cambios que se produjeron en la subjetividad de las mujeres consideradas y qué condiciones sociales produjeron impactos en su psiquismo. Dicho dinero, sea adquirido a través de una herencia, como lo presenté en los casos del capítulo III, o adquirido a través de los ingresos generados con el propio trabajo, como lo planteé en el capítulo IV, fue el emergente que posibilitó la situación de autonomía y desarrollo personal de estas mujeres, condición que he denominado conducta de empoderamiento.

En el presente capítulo el elemento promotor del mayor cambio será el estudio, en tanto actividad organizada para la adquisición de conocimientos, que imprimió en la subjetividad de estas mujeres condiciones tales que les permitieron empoderarse. Desde otra vertiente también podríamos hablar de modificaciones intrapsíquicas que, al incrementar el narcisismo de estas pacientes, les facilitaron el camino para ir a estudiar o, como en el primer caso considerado, retomar el estudio y poder adquirir, así, una situación de autonomía y desarrollo.

El estudio, *per se*, como ya lo he señalado en otro momento, no es garantía de empoderamiento. No todas las mujeres que estudian son mujeres empoderadas. Tampoco todas las mujeres que trabajan, ni todas las que tienen recursos económicos denotan actitudes y conductas de autonomía. En estos ejemplos de mi casuística considero que estas mujeres hicieron un proceso que les permitió acceder al estudio (en el caso de R, retomar una carrera que había

interrumpido) y que éste, tal vez como eslabón final de una cadena integrada por varios eventos de su vida, les permitió concretar una autonomía, una capacidad reflexiva que , como eje vertebral de una nueva subjetividad, les dio acceso a nuevas formas de consolidar una libertad, un desarrollo personal que llamé aquí empoderamiento.

El realizar una actividad organizada, con disciplina, sólida, con coherencia, que hemos dado en llamar *estudiar*, confirió a estas dos mujeres la posibilidad de dar una estructuración y un sentido a sus vidas que se tradujeron en conductas a favor del propio crecimiento. El poder empoderarse es un proceso que se da en el tiempo, que implica cambios en la subjetividad y cambios en el mundo externo. Uno/a no se empodera de la noche a la mañana, ni se pone un traje nuevo o un vestido nuevo y ya quedó empoderado/a. Por el contrario: es un proceso y, como tal, supone tiempos y espacios diferentes y diferenciados. De allí que muchos y muchas puedan ir empoderándose de a poco, y en unas áreas más que en otras, hasta lograr una actitud personal, singular, de reflexividad, que denote la asunción de una conducta diferente, con un mejor aprovechamiento de sus recursos.

Considero que, en ese sentido, R y S son claros ejemplos de mujeres que han ido haciendo su proceso de empoderamiento al interior del grupo en el que cada una está inmersa. Hay áreas en sus vidas en las que muestran una actitud más libre que en otras. En esas áreas estas mujeres pueden administrarse mejor, con sus propias normas. O sea, que su empoderamiento ni es total, ni se da al mismo tiempo en todas las facetas de su vivir.

Caso de la Sra. R

R concurre a la consulta por primera vez cuando es una joven de 18 años. Está a punto de comenzar una carrera universitaria conectada con el arte. Si bien su carrera le gusta, se siente confundida acerca de qué es lo que quiere en la vida. Sus dudas no pasan por lo vocacional, puesto que, como lo subrayé antes, no duda acerca de su elección. Pero tiene grandes dudas acerca de su ser mujer. Estas dudas parten de su físico. Es una muchacha guapa, pero no se siente tal. Su referencia permanente es la madre, una mujer muy guapa y muy vital, frente a quien R siente una gran ambivalencia: por un lado la quiere y la admira, y se siente orgullosa de tener una mamá así. Pero por el otro, tiene una intensa rivalidad con ella, y se siente perdedora en esa pelea. Aun cuando R es inteligente, su mamá tiene una inteligencia más creativa, más simpática, más “lucidora”. R siente que no puede manejar estos sentimientos y es por ello que pide venir a una terapia. Sus padres la apoyan. Pero es la madre quien

comprende mejor la problemática de la hija. R no puede identificarse plenamente con su madre, porque la intensa ambivalencia se lo impide. En términos de su vida infantil, coexisten una gran idealización y un gran odio. Este último es producto de la rivalidad, como se verá más adelante.

Freud, en *Nuevas Aportaciones al Psicoanálisis*,¹ estudia muy detenidamente la cuestión de las identificaciones. Cabe señalar dos disquisiciones que él hizo. La primera, que algunas identificaciones se transforman en partes del Yo, y otras en elementos constitutivos del Superyo. Cuando hay una gran ambivalencia, las identificaciones con el objeto de rivalidad cristalizan en aspectos conflictivos de una parte del Superyo, el Ideal del Yo (lo que el sujeto quisiera ser). En otras palabras, se internaliza la contradicción, y el sujeto siente luego que es atacado desde su Superyo en igual medida que él previamente había atacado a ese objeto. Para Freud, en esta etapa de su labor creativa, el elemento clave que explica muchas de estas problemáticas es la pulsión de muerte. Dicho en sus palabras, a mayor intensidad de pulsión de muerte con que un objeto es investido, lo cual produce mayor ambivalencia, mayor es el ataque que el sujeto siente que ese objeto, una vez interiorizado, hará desde adentro.

R se siente inferior a su madre, pero además *la culpa le impide superarla*. Si bien desde el tratamiento individual de R sólo puedo analizar la subjetividad de mi paciente, dadas las características de su madre, todo hace suponer que el conflicto de rivalidad era recíproco, y que el deseo inconciente de la madre era que su hija no la supere ni le muestre sus errores y contradicciones. Retomaré estos aspectos más adelante.

R es la mayor de varios hermanos: la mayor y la menor son mujeres y entre ellas hay varones. El origen de esta familia proviene de un estado costero del centro de la república mexicana, y correspondería a lo que he denominado Modo de organización social urbano. Sin embargo, y debido al permanente intercambio con otras culturas y otros países, a raíz de los viajes que esta gente hace muy frecuentemente, en la familia hay muchas pautas que corresponden más a un MOS metropolitano. Y si bien nunca dejan su casa de origen, también establecen una vivienda en el D.F., en la que viven los hijos a medida que vienen a la Capital a estudiar, y donde los propios padres pasan temporadas sea por acompañar a los hijos, sea por negocios del padre, sea por compromisos sociales.

¹ Freud, S. *Obras Completas*. Ob. cit.

El padre es un hombre de buen ver, muy rico y muy inteligente para resolver todos aquellos asuntos que no tengan una fuerte carga emocional. Cuando los problemas tienen que ver con los afectos, el padre de R reacciona de manera rígida y “cuadrada”. Quiere mucho a la esposa y a los hijos, pero para él es más importante defender aquellas cosas que significan pautas de su estatus, o de su condición de macho, o de su condición de patrón. De allí que tenga continuas conductas autoritarias e indiscriminadas, para afianzar su papel de “padre”, y permanentes disputas con la esposa por reiteradas infidelidades que, para él, son condición necesaria de su ubicación como empresario exitoso. Cada vez que debe cerrar un contrato lo hace con fiestas, alcohol, y prostitutas. Suele afirmar que las únicas mujeres que no son putas son su madre y su esposa.

El padre recurre a un doble mecanismo de legitimación de sus conductas, Por un lado, aparecen como un “mal necesario”, requisito indispensable para hacer sus negocios. Sin duda, el dinero es el valor más importante para toda esta familia. Por lo tanto, el fin justifica los medios, y de verdad, todos, inclusive él, se comportan de una manera prostituída en tanto venden sus emociones y valores. Por otro lado, si “todas las mujeres son putas”, aunque excluya a su madre y a su esposa, su comportamiento es menos reprobable, en tanto no es el único “malo” o “inmoral”, sino que éstos son pecados “universales”. Las hermanas y las propias hijas quedan dentro del rango de “lo dudoso”, ya que cuando las hijas salen de viaje, por ejemplo, su gran preocupación es que no hagan cosas malas (esto se refiere, claro está, a lo sexual). En el terreno del dinero es un hombre generoso, que gasta fortunas en ropa, viajes, placeres para su familia. Y a pesar de sus prejuicios machistas, favorece que sus hijos e hijas tengan las mejores oportunidades para estudiar, dentro y fuera del país.

Esta contradicción fáctica es expresión de una contradicción ideológica que es típica de los sujetos que tienen lucidez en relación con su falta de ética. Característicamente, algunos miembros de ciertos grupos corruptos buscan y apoyan que sus hijos sigan un camino distinto, lo cual presupone una cierta conciencia de la propia función social nociva y un deseo de una posición moral distinta para aquéllos a los que aman. Aunque no lo dicen directamente, el mensaje es: “No quiero que seas como yo”. Este mensaje contradictorio que tanto encontramos en nuestra sociedad corresponde al dicho aquél del monje: “ Haz lo que yo digo, no lo que yo hago”. En este sentido asistimos, una vez más, a lo que desde los grupos poderosos se considera legítimo para ellos, pero que no desean que sus hijos reproduzcan en tanto los consideran valores antiéticos.

En los 50 y 60 adquirió enorme importancia un descubrimiento que realizó un grupo de investigadores de la Universidad de Palo Alto, California: los Dres. G. Bateson, Paul Watslawick, Don D. Jackson, John Weakland y Jay Haley,² al trabajar con familias de pacientes esquizofrénicos (psicóticos que ya están fuera de la realidad, a la que sustituyen por una realidad interna, acompañada de delirios y/o alucinaciones). Dichos especialistas, observando familias de pacientes esquizofrénicos, vieron que había una estrecha relación entre la producción de la enfermedad y la emisión de cierto tipo de mensajes que los demás miembros de la familia del esquizofrénico, particularmente la madre, le enviaba a este último. La característica de dichos mensajes era que conllevaban una permanente contradicción. La estructura comunicacional básica estaba dada por los siguientes elementos:

- a) un mensaje con una instrucción y/o información. Por ejemplo: “Lava la vajilla”.
- b) un segundo mensaje, en un nivel o tipo lógico superior, contradiciendo el primero. Por ejemplo: “Los niños obedientes son maricones”.
- c) Un tercer mensaje, “prohibiendo abandonar el campo”. Por ejemplo, si el interlocutor señala la contradicción existente entre los dos primeros mensajes, el locutor dice: “No se discute a la mamá”.

Estos diferentes niveles de la comunicación fueron calificados por Bateson como mensajes (la transmisión de una instrucción y/o información) y un metamensaje (un mensaje de un nivel o tipo lógico superior que designa cómo debe entenderse el anterior mensaje). Esta contradicción produce en el sujeto (generalmente el bebé) una confusión pues no sabe a cuál canal hacer caso. Y, frente a esa confusión, el sujeto se repliega y deviene en psicótico. Es decir, se aleja, se desconecta. Se establece con la madre un “doble vínculo” .

Este tipo de patología a nivel comunicacional se traduce, pues, en psicopatología. Estos antecedentes de alteraciones en los vínculos tornan al individuo más vulnerable, más desprovisto de defensas exitosas cuando debe enfrentar crisis. En la adolescencia, como lo he señalado en el capítulo anterior, a propósito del caso N, el sujeto pasa por grandes crisis debido a sus cambios corporales y a sus cambios emocionales. Esta suele ser una etapa en la que más se dan los llamados “brotes psicóticos”, es decir, es el momento en que el sujeto no puede manejar sus estados de confusión y se repliega hacia una realidad interna muy frecuentemente alimentada por estados delirantes. Por todos estos estudios la Teoría de la Comunicación ha ido ganando terreno

² JACKSON, Don D.(comp.): *Comunicación, familia y matrimonio*. Nueva Visión, Buenos Aires,1977

en el campo de la Psicopatología y de la Salud Mental. Para Ruesch³ (otro estudioso de la materia) la Comunicación constituye la matriz social en Psiquiatría.

En el caso de R no me estoy refiriendo a ninguna patología de ese tipo. Pero estas investigaciones que acabo de mencionar permiten reconocer una forma de patología en la emisión de los mensajes en el interior de una familia. Es lo que se denomina “mensaje contradictorio” o “doble mensaje”, porque el mensaje y el metamensaje se contradicen. Y, en el caso de la madre de R, esta situación era una presencia permanente: las hijas debían hacer cosas diferentes de las que ella, la mamá, hizo. Las hijas debían satisfacer el deseo frustrado de la mamá: estudiar. Y podríamos aventurar como una primera hipótesis que es por este mensaje no explicitado, pero emitido, que R se dedica al estudio cuando se repone de los duelos por las pérdidas sufridas.

La madre de R, como ya lo señalé, era una mujer muy guapa, inteligente, con una gran perspicacia para advertir las necesidades de sus hijos y solucionarlas. Como se casó muy joven y R nació enseguida (la madre tenía 19 años), hubo una serie de cosas que esta mujer no hizo, entre otras, estudiar. De allí que para ella era fundamental que todos sus hijos estudien, especialmente las hijas mujeres. Manifestaba abiertamente la enorme necesidad que *ella* tenía de que sus hijas no repitieran su historia. Quizás, inconcientemente, que no repitieran tampoco la de su marido. Este mecanismo constituye lo que en psicoanálisis se conoce como identificación proyectiva. En este caso, querer vivir cosas a través de otros/as, sus hijas. Y aparece muy frecuentemente en la historia de las personas. Es como si hubieran abortado ciertas experiencias que luego desean que realicen sus hijos/as como una manera de poder vivirlas a través de sus descendientes. Sea que no lo pudieron hacer por falta de medios, sea que no lo pudieron hacer por otras razones, como fue el caso de la mamá de R, son las “asignaturas pendientes” de la historia personal.

Volviendo a la mamá de R: era una mujer que, poseyendo una gran inteligencia y una gran sensibilidad, se sumergió en el mundo de la alta burguesía mexicana, a ser esposa y madre, y abortó todas esas inquietudes que tenía por la literatura, la música (estudió violín de niña y luego lo dejó) y por el arte en general. Probablemente esta elección existencial de la madre tenga una fuerte influencia sociocultural, a diferencia de lo que se analizará en mi

³ RUESCH, Jurgen. *La matriz social en psiquiatría*. Ob.cit.

paciente. Ella respondió a las encomiendas de su grupo de pertenencia, la burguesía en ascenso del modo de organización social urbano: ser esposa y madre.

Regresando a R, vemos que durante la primera etapa de su tratamiento su autoestima, muy baja, comienza a restituirse, en la medida que vamos descubriendo *sus propios valores* como persona: es joven, es inteligente, es creativa (tal como lo va demostrando mientras cursa la carrera, en la que sus trabajos son muy apreciados por sus maestros) y, poco a poco, va construyendo una imagen de sí misma como mujer atractiva. Es decir, no se siente bella como su mamá, pero ya empieza a recibir, por parte de los hombres, una retroalimentación que le devuelve una “mirada” más complaciente hacia sí misma.

Muy esquemáticamente, existen personalidades que requieren, predominantemente, del aporte externo para obtener una imagen de sí mismos, lo cual, en casos muy marcados, establece una profunda dependencia. Y, en el otro polo, encontramos personalidades que se “autoproducen” de una determinada manera, inmunes a las opiniones y críticas de los demás, y que en casos extremos caen en la megalomanía. Quizás R y la madre formaron un par complementario, en tanto en cada una de ellas predominaba, sin llegar a ninguno de los extremos apuntados, esos dos mecanismos antitéticos. Desde una perspectiva psicoanalítica tradicional, con R estamos en presencia de un triángulo edípico en el que resalta la rivalidad con la madre, más que una aproximación con el padre. Desde la perspectiva de la paciente, es una cuestión de “realidad”, en tanto ve a la madre como superior. Pero se pueden plantear otras aproximaciones, igualmente psicoanalíticas. ¿Cuál es la causa que lleva a R a dar por perdida la contienda? ¿Se estará identificando con el deseo inconciente sobrevalorado de la madre, que aspira a conservar para sí la eterna juventud y la omnipotencia seductora? ¿O estará predominando un sentimiento de culpa muy profundo porque el odio inconciente contra la madre es tan grande que le impide acceder a un triunfo lógico, dada la edad y las posibilidades que ella tiene (fruto de la generosidad de sus padres) y que la madre no tuvo? Desde una perspectiva más sociopsicoanalítica, los interrogantes giran en torno a la noción de éxito y de realización social, que en sus grupos de referencia urbano y metropolitano giran alrededor de la belleza física, el enriquecimiento (sin importar la vía por el que se logra) y la constitución de una familia siguiendo las pautas tradicionales. Estos tres ejes fueron los organizadores de la vida individual, familiar y social de sus padres. A la luz de estos elementos se podría adelantar una hipótesis: algunos de los problemas de R fueron un intento neurótico de burlarse de esos valores.

En uno de los eventos deportivos al que concurre (R es muy deportista) conoce a un hombre varios años mayor que ella, muy guapo, seductor, de un nivel socioeconómico mucho más bajo y despreciado en los círculos de la familia de R. El la invita a salir. Este señor es conocido en los ambientes en los que se mueve como “conquistador compulsivo”. Y poco serio, con un par de divorcios en su haber. Los padres de R se disgustan mucho con ella cuando les cuenta de su “conquista”. Y se oponen a la relación. Se inicia entonces una lucha entre R y su “seductor” (que pronto deviene en novio-amante, sin por ello dejar de salir con otras mujeres), por un lado, y los padres de R por el otro. El trabajo terapéutico va perdiendo fuerza pues a medida que R se va involucrando con su pareja, todo señalamiento dentro de la terapia se torna en un *cuestionamiento*, y yo, en mi carácter de terapeuta, en tanto soy testigo de muchas cosas que la propia R no aprueba en su compañero (como, por ejemplo, las permanentes infidelidades), me transformo en *testigo persecutorio* y aliada de los padres. Es decir, todo lo malo que R observa o siente con relación a su pareja y a su compañero, lo deposita en mí (mecanismo de proyección) y mientras ella se queda con “lo bueno” de él, a mí me adjudica lo malo, desagradable, etc.⁴ Llega un momento en que esta situación se torna insostenible. Los padres de R hacen intentos por convencerla de lo poco favorecedor que es para ella este galán, pero finalmente R se va de la casa parental a vivir con su compañero y abandona la terapia.

La figura de “testigo persecutorio” puede darse en cualquier tipo de relación humana. Cuando alguien necesita ver solamente la parte buena de Otro/a con quien establece un vínculo (un novio/a, un amigo/a, un suegro/a, por ejemplo), tiende a separar (disociar) los afectos que siente hacia la otra persona, en *bueno* y *malo*, y guarda para sí lo bueno y lo malo se lo pone a otra figura para que se haga cargo de la parte que ese alguien no puede afrontar. Este mecanismo es muy común en las relaciones de pareja cuando uno de los miembros idealiza al otro y lo malo lo pone en la mirada de los padres, o de los amigos/as, de cualquier otro/a que *ve* lo que el sujeto no quiere ver. También puede ocurrir esto, pero al revés: ver todo lo malo de Otro/a y perseguirse porque sabe que lo bueno no lo está aceptando y está creando una realidad parcial y ficticia. Esto es frecuente verlo en personas celosas que intentan separar a su pareja de sus vínculos con otras personas (familiares, amigos) por celos e “inventan” maldades en esas figuras que les despiertan celos y pretenden que la pareja vea lo mismo y se separe de esos

⁴ LIBERMAN, David: Identificación proyectiva y conflicto matrimonial. *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, Año XIII, Volumen I.

familiares o amigos. En el caso de R el camino que ella encontró fue separarse físicamente de su familia y de la terapia, como para no ver ni oír nada que le cuestionara su relación con el novio.

Luego de varios años, R regresa al tratamiento. Han sucedido muchas cosas.

La madre y el padre se divorciaron. La madre hizo una relación con un hombre muy respetado por R y sus hermanos, a pesar (o, quizás, inconcientemente, a raíz) de moverse con pautas ideológicas, incluyendo las éticas, muy distintas a las de la familia de R. Mi paciente ya había comenzado a tener una vida de familia bastante intensa, a pesar de los sinsabores que sufría por las constantes infidelidades del marido (se casó con él y tuvieron dos hijas) y por la violencia física que él ejercía hacia ella. La madre de R la ayudaba mucho con las niñas. El padre odiaba al ahora yerno, y R lo contenía para que su papá no sancionara al golpeador, contratando, a su vez, golpeadores. En medio de toda esta situación la madre de R muere en forma brusca e inesperada. Esto causa una gran devastación emocional tanto en R como en sus hermanos y hasta en el propio padre. Y es por ello que ella acude nuevamente a la terapia.

A partir de lo expuesto en el párrafo anterior, es fácil suponer que el material que R traía a la terapia en esta nueva ronda se complejizó enormemente. Sus dudas y devaluaciones acerca de sí misma continuaban. Ahora aumentadas por el hecho de que las constantes relaciones de su marido con otras mujeres la colocaban en una posición de perdedora en los juegos de rivalidad, pero, además, con una vivencia de desprecio por sí misma por el hecho de permanecer en esa relación a pesar de los golpes, las humillaciones, las faltas de respeto. R pudo comprender que todo esto formaba parte de una patología muy autodestructiva, que incluía una gran necesidad de ser maltratada y de que su compañero no ejercía su sadismo solamente por la neurosis de él, sino porque en algún nivel de su inconciente R demandaba ese sadismo.

Como ya lo destacué en relación con los casos anteriores, éste es un mecanismo de complementariedad neurótica, es decir, es un juego en donde participan los dos. No hay solamente víctima y verdugo. Pero, al mismo tiempo, R es lo suficientemente inteligente, y proviene de una familia en donde la abnegación y el sufrimiento de las mujeres, tan arraigados en la cultura nacional, y tan explotados en las telenovelas, son valores muy cuestionados.

Como veíamos en el segundo caso del capítulo IV, en N, la conducta sometida y masoquista de R no depende en gran medida de su contexto sociocultural de origen, sino, más bien, de su psicopatología. Es muy importante esta distinción, no tanto para el proceso terapéutico, sino para el análisis teórico. Nuevamente, se abren varios interrogantes. ¿No será que toda la situación es un ataque inconsciente de R contra sus padres? Da la impresión que su “fracaso” y su sufrimiento impactan e importan más a sus padres que a ella misma. Sin duda, su matrimonio produce una vivencia de desilusión, vergüenza y rabia en sus padres. ¿No estará satisfaciendo viejos rencores, con un estilo melancólico de agresión, que pasa por la autodestrucción? ¿O forzándolos a demostrar cuánto la quieren a través de ver cuánto sufren y cuánto hacen por ayudarla? Las semejanzas entre las conductas conyugales del esposo y del padre de R son muy sospechosas. Más allá de lo evidente, esto es la elección edípica de un esposo que remeda al padre. ¿No habrá, entonces, un intento de llenar de culpa a la madre? De ser así, el fracaso y el sufrimiento de R en su matrimonio son, por otra parte, un triunfo frente a la madre, a quien carga con la acusación inconsciente de no haberla sabido proteger y haberle enseñado a aguantar a un hombre que la tortura y denigra.

En la presentación de este caso hice mención de las prácticas machistas y autoritarias del padre (infidelidades, borracheras, fiestas con prostitutas). Todo esto era reprobado por la esposa, que lo aguantaba (pero peleaba con el marido), y muy criticado por los hijos. De allí que toda esta problemática que ahora R vivía como esposa de un marido infiel y golpeador, se tornara doblemente conflictiva para ella: ¿cómo es que *soy* así? ¿Y cómo puede ser que *yo* esté en una situación como ésta? Casi podríamos decir que R lo vivía como un fenómeno de extrañamiento. Es decir, como si le pasara a otra persona, a otra mujer. No a ella. Continuando con lo que señalé en el párrafo anterior, todo esto es vivido, sentido, como si le ocurriera a la madre, no a ella, a R. Y entonces se transforma en una derrota de la madre.

Este mecanismo significa *extrañar* (alienación subjetiva) una parte de sí misma, que no es vivida como propia. En este caso, R se desdobra (disocia) en dos partes, una que vive y sufre y otra que contempla eso que pasa, como si “el observador” no sintiera lo que le acontece al “doliente”. Esta parte que observa es identificada con la madre, a quien R imagina desesperada e impotente ante el infortunio que vive su hija.

En el momento de recurrir a la terapia la pérdida de la madre empaña toda la vida de R: lo inesperado, el sentimiento de culpa por no haber terminado la carrera, que era el viejo y gran anhelo de la madre, el hecho de

haberle fallado en la elección de compañero... R tenía claro que su madre había aceptado su matrimonio estrictamente por apoyarla, pero que ese yerno no era lo que ella hubiera querido para su hija. Más aún, pareciera que ese hombre fuese una caricatura del padre. Todo esto, más el antiguo conflicto de rivalidad edípica de R con su madre, que revivió con la muerte de la señora, la llevaron a una situación de dolor, depresión y mucha culpa. R aparece muy delgada, muy desmejorada en su físico y con evidentes signos de sufrimiento emocional. Constituye una etapa de duelo signada por la culpa, en la que el doliente se identifica con el muerto, pero no como cuando estaba vivo y hacía cosas, sino con el cadáver.⁵

En esta segunda etapa del tratamiento surgieron varias temáticas como puntos de urgencia. La primera, todo lo relacionado con la desaparición de la madre: desde lo más práctico y elemental, como fue la reorganización de la casa que la familia tiene en el D.F. y de cuya estructura y mantenimiento siempre se había hecho cargo la mamá, hasta los contenidos más complejos y subterráneos, como los sentimientos de culpa frente a deseos destructivos con relación a la madre, las viejas rivalidades, las nuevas, surgidas a partir del nuevo compañero que la madre tenía y que para todos los hijos era una elección más respetada y respetable que la que R había hecho de su propia pareja. El trabajo terapéutico tomó un ritmo muy intenso. R comprendía que la mejor manera para poder solucionar los problemas era abordarlos, y a ello se dedicó. Y a ello nos dedicamos.

Al cabo de un tiempo (alrededor de unos ocho a diez meses) R comienza a salir de la situación de duelo por la muerte de su mamá. Su panorama se va tornando menos negro. Ya se siente con fuerzas para hacerse cargo de ciertas medidas de educación y disciplina en relación con sus hijas, que antes, con la depresión, delegó enteramente en el esposo. Es un cambio de identificación: ahora se identifica con la madre viva, con las cosas vitales y creativas que ésta hacía. Esta nueva actitud provoca en el marido un cierto *extrañamiento*, como si hubiese pensado que R permanecería triste y pasiva el resto de su vida. Y una reacción de persecución en él, puesto que teme (y no sin razón) que esta nueva fuerza adquirida por R la llevará, más tarde o más temprano, a una reconsideración de los términos de la relación entre ellos.

¿Cuáles son las causas de los cambios que se estaban operando en R?. Sin duda, un elemento importante es la toma de conciencia producto del proceso terapéutico. Pero otro no menos crucial es el hecho de que al morir la

⁵ GARCIA REINOSO, D. Consideraciones sobre el duelo. *Revista de Psicoanálisis*. Buenos Aires, Año XIII. Vol. 4, 1956.

madre, termina, por lo menos parcialmente, la razón de la rivalidad con ella, y R puede identificarse con las cosas que más le admiraba.

Para una personalidad tan débil como la de esta paciente, con tantas dudas acerca de su autoestima, la pérdida de la madre, objeto amado y odiado al mismo tiempo⁶, la desestructuró y la llevó a un estado de profunda depresión y, también, de enorme confusión. Pero el quehacer terapéutico, en una persona inteligente y con ganas de salir del hoyo en el que estaba, le permitió construir y reforzar aspectos de su subjetividad que se tradujeron en una mayor fortaleza y en una mayor lucidez para hacerse cargo de varios tópicos de su vida que estaban “delegados” en otras personas (como las pautas de educación de las hijas, por ejemplo) o bien, truncados o no asumidos por miedos e inseguridades, como el retomar el estudio, que aparecía como un deseo, pero no se atrevía a defender ante el esposo, que lo criticaba, argumentando la incapacidad de R para atender bien a sus hijas y estudiar al mismo tiempo.

Durante un buen período el tratamiento ayuda a que R vaya recuperando el amor y el respeto por ella misma. Una manera de concretar este aumento de su narcisismo fue atreverse a volver a su escuela (abandonada durante diez años) para averiguar qué posibilidades tenía de retomar sus estudios y acabar la carrera. Al comienzo tenía terror porque suponía que las reglamentaciones escolares se lo impedirían. Pero, para su fortuna, su escuela, que está incorporada a los programas de la UNAM, tiene un plan de titulación para alumnos rezagados, y a dicho plan pudo acogerse. Por otro lado, y debido a que tenía altas calificaciones cuando era una alumna regular, los profesores le facilitaron el ingreso a buenos talleres para que le fuera más fácil concluir sus estudios. A pesar de la oposición y, por momentos, del boicot de su esposo, se organizó para poder cursar materias sin descuidar a sus hijas y a su hogar. Retomar las clases, el contacto con gente afín a sus intereses, con profesores serios y productivos, más todo el sostén terapéutico frente a la problemática creciente en la relación conyugal, le permitieron llegar a recibirse.

Creo que en esta paciente, si bien se fue creando un círculo positivo entre sus logros intra y extrapsíquicos, el motor fundamental del cambio fue la expansión de su narcisismo producido por la concientización terapéutica. Desde este refuerzo de lo profundo de su subjetividad surge la apertura hacia las relaciones sociales más inmediatas, que, a su vez, colaboraron para elevar

⁶ KLEIN, M.: *Desarrollos en Psicoanálisis*. Ob. cit., Pág.177.

su autoestima (narcisismo). R nunca careció de accesos a logros: tuvo escuelas, viajes, posibilidades múltiples. La cerrazón en un medio familiar con su esposo e hijas, repudiando sus potencialidades, fue un proceso psicopatológico. En la medida que éste se fue corrigiendo, R abordó nuevas actividades y nuevas relaciones, más sanas y productivas. El retomar el estudio significó la posibilidad de empoderarse, en tanto fue una decisión autónoma, en la que apuntó a lograr su propio desarrollo, sin por eso dejar de ocuparse de manera responsable de sus hijas y de su casa.

Pero R debió enfrentar una nueva crisis: el esposo se “puso de novio” con una muchacha joven, al tiempo que vivía con R y salía con otras mujeres. Las reacciones de R fueron diversas: celos, impotencia, intentos frustrados por reconstruir la pareja, problemas económicos. Cuando la noticia del “noviazgo” del esposo trascendió, mucha gente se alejó por considerar toda esa situación como inmoral. El tipo de trabajo de él se desarrolla en un medio muy reducido y los chismes cunden rápidamente. R enfrentó el problema con una conducta de gran congruencia. Ya estaba lo suficientemente fuerte para hacerlo. La propuesta al esposo fue: “O cambias radicalmente tu forma de vida, o nos divorciamos”. El optó por lo segundo.

Cabe preguntarse: ¿hay en la conducta de R una traza importante de identificación con su madre, quien en su momento hizo lo propio? De vivir la madre, ¿seguiría R en pareja con el marido infiel y denigrador?

Y vino el divorcio. Toda la familia de ella la apoyó, sobre todo su padre. Esta curiosa conducta de repudio a los comportamientos del yerno, quien no hizo sino lo mismo que el suegro, es sorprendente desde la lógica, pero muy habitual. Suele responder a una proyección que un sujeto hace de sus propias culpas, y una exhibición de moralidad (a través de la condena de otros) que le permite alimentar la fantasía inconsciente de que se desembaraza, por identificación proyectiva, de su propia inmoralidad.

Las hijas resintieron mucho el divorcio porque quieren al papá, pero verlo con la joven “novia” las ponía en una situación de rabia contra él. Y se la expresaban abiertamente. Todo lo cual se traducía en enfrentamientos de R con el ex marido, en un gran desgaste emocional, y en tener que ser fuerte para contener a las hijas, de por sí afectadas por el divorcio, y por las condiciones del mismo.

Durante todo este tiempo las emociones de esta muchacha fueron muy dispares y extremistas. Pasó por momentos de mucho odio, de mucha rabia, de

muchos celos, de mucha frustración. Pero hubo un hilo conductor que la sostuvo a pesar de las adversidades: el estudio. Ir a la escuela, tener contacto con colegas y maestros que la retroalimentaban permanentemente, no solamente la sostenían. La fortalecían porque le exigían que creara, que creciera, que no se “dejara”. Sin duda este sostén le permitió estructurar una nueva forma de vida sin el esposo, pero con su carrera y el trabajo que ya comenzaba a despuntar como realidad.

Frecuentemente observamos, en el trabajo clínico, que para salir de la vivencia de un mundo interior devastado (particularmente cuando esta devastación se debe a una pérdida importante o a un ataque fuerte a la autoestima) el sujeto arma su psiquismo alrededor de un eje, en este caso el estudio (que la hace sentir inteligente y valiosa), y luego va incorporando otros terrenos de su vida de relación. Esta muchacha no abandonó la escuela, ni dejó materias, ni dejó de cumplir con las obligaciones de la carrera. Poco a poco se fue integrando a un grupo de trabajo con gente muy prestigiada en el ramo, y comenzaron a darle actividades. Al principio, de manera gratuita, pero le sirvió para cumplir con las exigencias del Servicio Social que la Universidad pide a sus estudiantes. Después se fue haciendo cargo de tareas de más responsabilidad y comenzó a tener otras recompensas: aparecer como coautora de un libro, como curadora de una exposición, como parte integrante de un equipo que está montando un proyecto muy interesante para la ciudad. Como R viene de una familia adinerada, como lo expresé al comienzo de esta presentación y, al morir su madre, recibió una herencia importante, ella no tuvo, ni tiene problemas económicos.

La trayectoria de vida de R nos muestra que ni el dinero, ni el matrimonio, ni la maternidad, fueron sostén suficiente para conducirla a elecciones que le permitieran arribar a un desarrollo personal y a conductas autónomas que le brindaran sentimientos de plenitud. A pesar de ciertas elecciones, como el esposo por ejemplo, y de pérdidas abrumadoras, como la muerte de la madre, R pudo encontrar un elemento que la sacó de la depresión, que le devolvió valor y respeto por sí misma (recuperación narcisística) y que le imprimió a su subjetividad una fuerza y una confianza que se tradujeron en un crecimiento personal y en una sana actitud frente a la vida. Este elemento mediatizador de su crecimiento fue el estudio. Mejor dicho, la recuperación de sus estudios abandonados durante tanto tiempo. A través de ellos R recuperó una especie de columna vertebral que le permitió contener todos los embates por los que atravesó y construir conductas de franco desarrollo y autonomía. Por estos motivos reseñé este caso como ejemplo de la adquisición de conductas empoderadas a través del estudio.

Y quiero apuntar, como lo señalé en otro momento de este capítulo, que R es un buen ejemplo de alguien que va construyendo una diferente identidad a partir de experiencias en distintos ámbitos que le van dando nuevas inscripciones a su subjetividad, que le proveen de nuevos recursos personales produciendo cambios intrapsíquicos importantes que se van a plasmar en conductas de empoderamiento en diferentes espacios vitales.

Caso de la Sra. S

S concurre a la consulta por primera vez cuando tiene alrededor de 43 años. Está divorciada, tiene cuatro hijos (el mayor es un joven de 20 años y la menor una púber de 12), y finalizó su Preparatoria ya estando casada y siendo madre de sus cuatro hijos. Se divorció del esposo porque ya no lo quería. Ello ocurrió diez años antes de que viniera a consulta. En todo momento aparece como que la decisión del divorcio fue madurada y tomada por ella con claridad. El ex esposo se sintió muy ofendido por esta determinación y durante un tiempo se negó a pasarle pensión alimenticia. Ello hizo que S buscara actividades remuneradas que podía hacer en su propia casa, sin descuidar así a sus hijos. Es una mujer muy inteligente y culta. Su pasión es la literatura.

¿Cuál es el motivo que trae a S a la psicoterapia? De manera global podríamos decir que la incompetencia para manejar a los hijos en su actual momento de desarrollo. Unos (los dos mayores), jóvenes, otra, adolescente y la última, púber, colocan a la madre en una total desubicación dentro de su rol. Considero necesario remitirme a la historia infantil de S para poder comprender la crisis actual por la que atraviesa.

S es la hija del medio, con una hermana mayor y un hermano menor, de un matrimonio integrado por un médico de pueblo, de un estado pobre del sur de la República Mexicana. El papá es muy prestigiado como persona y como profesional. Su familia de origen es de las más acomodadas del pueblo. La madre proviene de otra familia, también acomodada, del mismo lugar; no ha hecho estudios, pero es una mujer muy guapa. En cierto sentido la unión de estas personas, tanto en su noviazgo, como en su matrimonio, recuerda el relato de Gabriel García Márquez en su novela “El amor en los tiempos del cólera”. Pero sólo en los comienzos, porque el desarrollo de la historia de los padres de S adquiere otro devenir. De esta unión resultan S y sus dos hermanos.

Durante la primera infancia S recuerda momentos de mucha felicidad en su familia: su mamá se ocupaba de los niños, aun cuando tenía mucha ayuda doméstica. Pero se hacía cargo de sus hijos. El padre, por su profesión, viajaba mucho a atender enfermos de pueblos vecinos. Y si bien era una figura menos presente que la madre, S recuerda a un padre cariñoso, que jugaba con sus hijos, que les traía regalos de sus viajes, que allí estaba a pesar de su trabajo.

Cuando S tiene 9 años, sus padres se divorcian. En ese momento no se les da a los niños mayor explicación que “Su mamá se va a ir a vivir a otro lado.” Más tarde, cuando S es una jovencita, se conecta con la familia de su madre y se entera de la verdadera historia: la madre se enamoró de otro hombre. Intentó negociar con el padre la tenencia de los niños, pero el esposo se sintió tan ofendido que le quitó la guarda y custodia de los hijos y le condicionó de tal manera las visitas que, en la práctica, los hijos quedaron en manos de las nanas y sirvientas y sólo pudieron volver a ver a la madre de manera regular cuando fueron mayores de edad.

Es decir, para S su infancia “normal” se rompe y se pierde a partir de los 9 años. Sus vivencias de miedo al abandono son terribles y es por ello que es ella la que prefiere abandonar primero. Así lo hace con su marido, dejándolo para divorciarse, así lo hizo luego con un hombre al que amó y con quien tuvo una larga e intensa relación amorosa, pero a quien, finalmente, abandonó. Y también, al cabo de mucho tiempo de trabajo, y con una excusa infantil que denotó sus celos en relación con una amiga de ella, años después abandona la terapia.

Mucho se ha escrito acerca de las profundas y costosas huellas que deja en un niño la pérdida de alguno de sus padres, sobre todo de la madre, quien sigue siendo considerada, al día de hoy, la figura más importante para la vida de un niño. Pero la “orfandad” puede adquirir matices muy distintos y puede inscribir sentimientos y vivencias muy diferentes en la subjetividad de una criatura, según sea el motivo que ocasione dicha orfandad. En el caso de S, la madre no moría: abandonaba para irse a otro lado. Y, aunque “oficialmente” el motivo de la “mudanza” (irse con otro hombre) S lo supo luego, sabemos que el inconsciente registra, percibe lo que ocurre. Y en el caso de los niños, estas percepciones son asombrosamente ajustadas. De modo que, para S, su mamá la dejó para irse con un hombre. O sea, doble sentimiento de abandono y traición: *la* abandonó a *ella*, es decir, la madre prefirió ser novia de alguien que continuar siendo mamá de S, y abandonó y traicionó también a su papá.

Y bien sabemos cuánta rabia, frustración y culpa generan en los niños estas separaciones.

Creo que esta situación infantil debe ser considerada desde una doble perspectiva teórica. Por un lado, las vivencias de la niña en relación con el hecho de ser abandonada: rivalidad con el hombre por el que la madre la abandona (Complejo de Edipo negativo), sensación de inseguridad e incertidumbre, porque súbitamente se derrumba todo el edificio familiar que le daba soporte, emoción de tristeza, porque pierde a un objeto de amor, temor por quedarse como única mujer con el padre (Complejo de Edipo positivo), conflicto de lealtades, porque, imaginariamente debe darle la razón a su padre o a su madre, convicción de minusvalía frente a los demás niños y adultos, porque ya no tiene una familia tipo y porque debe arrostrar el oprobio por la “vergüenza que la madre derramó sobre los hijos”.

Pero, por otro lado, la acción de la madre debe ser entendida desde una perspectiva axiológica: para los valores de una ciudad pequeña en el modo de organización social urbano, lo que hace esta mujer es sancionado severamente, tanto como traición al marido (violación de preceptos machistas ancestrales) como abandono de sus hijos (violación de preceptos religiosos y culturales milenarios, que la ubican como una madre desnaturalizada). Por menos que eso, el imaginario social justifica una acción violenta, como por ejemplo el asesinato de esposa y amante.

En todos los casos de niños que sufren abandonos nos encontramos con aspectos de la personalidad claramente resentidos (es decir, son seres que guardan mucho resentimiento y miedo, pero en quienes también se “resienten” ciertas potencialidades, ciertas funciones, ciertos estadios de su desarrollo). Las diferentes culturas han visto y siguen viendo como natural que los “pecados” de los padres se transmitan a sus hijos y demás generaciones. Tenemos ejemplos muy claros en la Biblia, comenzando con el castigo a Adán y Eva, que heredarán todas las generaciones futuras. Pero no sólo se observa esta noción, violatoria de toda idea de justicia, en los libros religiosos, sino que está incluida en multiplicidad de mitos, e, incluso, ha invadido legislaciones modernas, como la imperante en Alemania en tiempos del nazismo. No es de extrañar, entonces, que la niña S, y luego la adolescente y adulta, arrastre las “culpas” y “vergüenzas” heredadas, convirtiéndose éstas en fuente importante de desvalorización. Más exactamente, en impedimento para la construcción de un narcisismo operativo. La situación era todavía más enfermante en la medida que no se podía hablar de las verdaderas causas de la ausencia de la madre, lo cual la convertía en un secreto que todos conocían, pero cuya sola mención era un insulto.

En el caso de S este aspecto se repite una y otra vez a lo largo de su historia, a través de un mecanismo de autoboicot que la lleva a hacer grandes esfuerzos por conseguir algo y, cuando ya está muy cerca de la meta para obtenerlo, se autosabotea y, o no lo consigue, o lo consigue y luego lo deja perder. Así ha sido con relación a sus afectos de pareja, así estuvo a punto de ser con relación a sus hijos (y mi intervención como terapeuta fue decisiva para que S no volviera a repetir el boicot, esta vez a su condición de mamá), así ha sido con relación a importantes relaciones de afectos con amigas, principalmente. Es como si a nivel del inconsciente permaneciera para siempre una convicción: “ Si mi madre no me quiso, cómo me voy a querer yo?” . “ Si no fui capaz de retener su cariño, cómo puedo profesármelo yo?”. “Si soy menos por lo que pasó en mi familia, cómo no me voy a marginar y castigar?”

Regresando a los antecedentes infantiles de S, es de destacar que el papá, a partir del divorcio, se dedicó por entero a la profesión y a la educación de sus hijos. No volvió a casarse. Las tareas normalmente desarrolladas por una mamá las asumieron la abuela paterna y las hermanas del padre. Las de la vida cotidiana fueron delegadas en la servidumbre especializada, como es el caso de las nanas. Este padre es un buen padre, en el sentido que toma como objetivo central de su existencia su rol paterno. Pero la asunción de ese papel se hace sesgado por dos conjuntos de prejuicios: el renunciamiento a satisfacciones amorosas, en el que podemos reconocer la raigambre cristiana, que lo impulsa a una actitud de abnegación. Y también se puede pensar en otra hipótesis: al observar el hecho de que haya delegado en un regimiento de mujeres muchas tareas que él podría haber asumido, cabe preguntarse: lo hizo por prejuicios y miedos machistas? No tenemos respuesta. Sólo se puede dejar la hipótesis en suspenso.

Uno de los recuerdos infantiles de S que más frecuentemente aparecía en la terapia (y que Freud denominó pensamiento repetitivo) era el que S solía observar a las amiguitas con inmensa envidia cuando las mamás de dichas niñas las peinaban. Para S no tener una mamá que la peinara era la condensación de la pérdida de su mamá. El sólo recuerdo de esto durante el tratamiento hacía que S regresara a esa etapa de su vida con profundo dolor. Su llanto era conmovedor. Quien lloraba no era la mujer adulta que estaba en mi consultorio. Era la niña a quien la madre no quiso lo suficiente como para permanecer y querer peinarla, y que se sentía inferior ante las demás niñas porque no tenía mamá. Obviamente el “peinar” es un símbolo de todo lo que S no tuvo ante la partida de la madre. Es ese vínculo tan especial y único que

hace que un niño/a tenga con aquel ser que lo va a llevar de la mano para que sienta confianza en un mundo que le es extraño, y pueda perder el miedo y comience a moverse en el ámbito del No Yo.

Toda esta evolución ha sido muy estudiada por el psicoanálisis y muchos de sus autores.

En lo personal me resulta muy interesante la profundización que de todo esto hacen Melanie Klein⁷ y Donald Winnicott⁸. Estos autores, basándose en la experiencia clínica, dan gran relevancia a los primeros contactos en la vida del bebé y a su posterior desarrollo según sea la relación con la madre. Winnicott introduce el concepto de *objeto transicional* que es aquél del cual se “acompaña” el/la niño/a para poder despegarse de la madre, que le da seguridad para adentrarse en la relación con el mundo que lo rodea. En la mayoría de los casos los niños tienen sus juguetes de peluche, o sus cobijitas, o sus objetos sobre los cuales proyectan este sentimiento de protección que los reaseguran. El problema que desencadena las consecuencias psicopatológicas en S no tiene lugar en su primera infancia (la etapa que considera M. Klein o D. Winnicott), pero el trauma ocasionado a los nueve años produce un mecanismo de regresión. En el caso de la Sra. S su gordura (siempre fue una persona con sobrepeso y nunca le importó) cumplía la función de “protegerla”, de amortiguarle los golpes, no sólo en el sentido literal, sino también en el metafórico. Ella caía “blandito”. Por ello mencioné lo anterior con relación al objeto transicional de Winnicott: creo que para S la presencia de “gorduritas” que la recubren es la manera de circular por el mundo protegidamente. En lugar de llevar su osito o su frazadita, va envuelta en su propia grasita que la cuida. Y más profundamente es una manera ilusoria de retener consigo a la madre abandonadora. Se la comió. Una explicación complementaria de esa gordura que S cultivó, es que constituía un candado frente a las tentaciones sexuales (repetir el “pecado” de su mamá), en la medida en que ahuyentaba a posibles pretendientes.

La familia, al comenzar a envejecer el padre y, por ende, crecer los hijos, se vino a vivir al D.F.. Aquí es donde S se casa muy joven, con un médico (como su papá). Su matrimonio la ubica dentro de la normalidad, en el sentido de que hace lo que de ella se esperaba: se casa “bien” (con un candidato apreciado por el medio) y tiene hijos. Pero S, acostumbrada a una familia cultivada, lectora voraz, no vive satisfecha siendo solamente esposa y madre. Cuando tiene su tercer hija retoma la escuela. Había terminado la Secundaria, pero la Preparatoria estaba inconclusa. La termina durante la lactancia de su

⁷ Ibid, pág. 177

⁸ WINNICOTT, D.: *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. LAIA, Barcelona, 1958, pág.313.

hija menor. Ingresó en la Universidad Nacional, y al muy poco tiempo la relación con el esposo, que ya estaba muy tirante pues él se oponía a que S estudiara, se deteriora y llegan al divorcio.

Como lo señalé al presentar el caso, el esposo no deseaba el divorcio y la decisión de S lo ofendió. En castigo le restringió la pensión alimenticia y eso obligó a S a comenzar a trabajar. Como ella provenía de una familia original de clase media alta, y con su matrimonio, si bien no tenían tanto bienestar, los ingresos del esposo permitían que la familia tuviera estándares de vida muy cómodos, al divorciarse esta situación sufre un cambio bastante radical. S y sus hijos descienden de nivel socioeconómico. Sus hijos ya no van a escuelas privadas porque el padre no las quiere pagar (en “castigo” a S) y ella no gana lo suficiente como para afrontar esos gastos. De modo que todos reducen sus aspiraciones y sus posibilidades.

Para S esta situación no aparece como algo que la haya hecho sufrir. Conseguir el divorcio la satisfizo tanto que trabajar para sostener mayoritariamente la economía de la familia no le pesaba. Buscó una actividad laboral que podía desempeñar en su casa, por las noches, mientras sus hijos dormían. Leía mucho, fomentó en sus hijos buenos hábitos de lectura, y se conectó con gente universitaria e intelectual que la nutrían en todos aquellos aspectos en que, dentro de su matrimonio, sentía como absolutamente insatisfechos. Era una mujer libre, que educaba a sus hijos con una ideología liberal.

Por todo lo hasta aquí expuesto se puede observar que S fue siempre una mujer con una estructura de personalidad fuerte, que la llevó a determinaciones importantes, como el divorcio, por ejemplo, o seguir estudiando a pesar de su maternidad y de la oposición del marido. Mi primera observación es que S es una mujer con conductas empoderadas anteriores a la terapia. Pero que tales capacidades para emplear sus recursos de manera autónoma no se dieron de forma global y uniforme en las distintas esferas vitales. De hecho, cuando sobreviene el crecimiento de los hijos, S entra en crisis y pierde la posibilidad de discriminar con reflexión. Le gana su impulsividad y esta confusión la lleva a la terapia.

Varios años después de su divorcio se enamoró de un artista, con quien tuvo una relación muy apasionada, con gran libertad y goce sexual, y al que abandonó cuando él manifestó incipiente interés por otra mujer.

¿Sería, para S, el castigo histórico o divino por lo que hizo su madre? Así como la madre dejó al padre por otro hombre, ¿deberá S ser “castigada” con el

abandono del hombre que ama? La evolución ulterior, a la que me referiré a continuación, parece inducir a explicaciones de este tipo.

Para S, como mujer, ésta fue la relación más importante de su vida. Al terminarla canceló su relación con los hombres en el plano amoroso. Tenía muchos amigos (y también amigas), pero la erotización no volvió a investir ninguno de sus vínculos. Es de recalcar que, tal vez como consecuencia de su cancelación de la vida erótica heterosexual, sus principales relaciones, más llenas de cariño, de satisfacciones, de compartir experiencias sobre todo artísticas e intelectuales, las tuvo con mujeres. Nunca apareció, durante su terapia, ningún interés homosexual erótico. Pero sí resultaba evidente que sus odios y sus amores se jugaban en planos femeninos.

Es interesante observar como S reproduce las conductas de su padre cuando es abandonado por la madre de S. Este hombre cancela su vida afectivo-sexual y se restringe a su rol de padre. S, en una plena identificación con su padre, hace lo mismo cuando su verdadero amor, el artista, manifiesta un cierto interés por otra mujer. Sin duda se podría plantear la existencia de tendencias homosexuales latentes, pero ése es un tema que escapa a los objetivos de mi tesis. Después de sus hijos lo más importante para ella eran sus amigas, quienes, como ella, eran mujeres inteligentes y con muchos intereses afines.

Más profundamente se podría interpretar que S “regresó” a una etapa anterior de su evolución psicosexual y buscó en los vínculos con otras mujeres la relación con su madre. Era muy interesante el interjuego de roles que lograba hacer con sus amigas: frente a muchas cosas ella era la más madura, la que escuchaba con sabiduría a las otras, la que daba sensatos e inteligentes consejos. Pero, al mismo tiempo, era capaz de enojarse como una niña y hacer un berrinche infantil, ante alguna manifestación que S interpretaba como de “preferencia” de alguna amiga por otra persona que no fuera ella. Esta coexistencia de aspectos tan contradictorios fue una constante en la vida de esta mujer y está relacionada con el motivo por el cual acude a la terapia.

Como lo mencioné antes, el motivo de consulta fue que ya no podía manejar a sus hijos y que como se sentía agobiada e incompetente su posición era que alguien debía ayudarla, o se moría.

En casi todos los aspectos de su vida, S era apasionada y visceral en sus manifestaciones. Había educado a sus hijos en un clima de libertad y les enseñó a ejercer sus derechos, a cuestionar y no acatar pasivamente. A medida que los muchachos iban creciendo, ponían en práctica lo que habían

aprendido. En ese momento, y volviendo a lo que dije antes de los aspectos contradictorios de su subjetividad que coexistían en ella, S se enojaba porque se sentía traicionada si alguno de sus hijos la cuestionaba, o bien se molestaba si se negaban a acatar una orden y la discutían, o se sentía impotente si alguno de los niños quería hacer algo que ella estimaba como imprudente, o impropio o, simplemente, no era de su agrado.

La situación más crítica, dentro de este rubro, se dio cuando ya llevábamos un cierto tiempo de trabajo. Un día vino a anunciarme que se iba de su casa y abandonaba a sus hijos. El motivo de dicho enojo era que su hija mayor, quien tenía un noviecito, le había planteado que quería tener relaciones sexuales con él. Y S, que la había educado dentro de los marcos de libertad, incluida la sexual, se ofendió y decidió “irse de la casa”.

Este es un claro ejemplo de las confusiones de S: cuando debía ser una madre comprensiva se tornaba en una adolescente impulsiva. Obviamente toda esta reacción estaba motivada por los celos que le dio el crecimiento y la sexualidad de la hija, así como la rivalidad subsecuente con una hija transformada en mujer joven con erotismo propio. Y, tomando en cuenta su historia infantil, su hija es sentida por S, como la madre que prefiere a otro, el novio, en lugar de quedarse feliz con su “hermanita” (hija) S. Lo siente como una nueva traición, que no soporta, y quiere abandonar antes de ser ella, nuevamente, la abandonada, como lo fue cuando era niña.

Una de las mayores amenazas que S tenía de su propia personalidad, era su impulsividad. A pesar de ser una persona con elementos adquiridos que le permitían una actitud reflexiva antes de tomar una decisión (su divorcio fue pensado durante varios años, antes de decidir llevarlo a la práctica), había situaciones frente a las cuales se cegaba, se colocaba en una posición de absoluta necedad y se negaba a razonar, a poner un poco de distancia con la cuestión. En general este tipo de reacciones se suscitaban en ella cuando tenían que ver con un tópico que implicaba un cambio de lugar en el que ella sentía que perdía *posición*. Así ocurrió con el que fue su pareja varios años, después de divorciarse, y así se presentaba la situación ahora que su hija quería ejercer su sexualidad. Sus respuestas eran irracionales, como con una compulsión a huir. Se llenaba de angustia y la manera de evitarla era abandonar.

Es decir, en su imaginario repetía la conducta de la madre. No importaban los otros hijos, ni ofrecerle a esta hija que crecía una estructura de madre que contiene. Ella devenía en niñita ofendida y berrinchuda, y abandonaba a todos. En la terapia se enojaba de manera irracional y una

puesta de límites de mi parte era sentida por ella como un castigo, aunque luego se aliviaba. A mi vez, a nivel de la contratransferencia⁹ (lo que el terapeuta siente frente a los contenidos que el paciente le adjudica en la relación terapéutica), siempre sentí que se podría ir enojada y sin capacidad para reflexionar, como finalmente sucedió un tiempo más adelante. Esa inseguridad que ella sentía a partir del abandono de su propia mamá, la proyectaba (la adjudicaba) en cada uno de sus vínculos y hacía sentir a los otros que ella también, en algún momento, nos abandonaría. “Conmigo no se puede contar” sería el contenido de su mensaje tácito.

En esta crisis con los hijos logramos sortear el abandono. Para ello fue menester trabajar con toda la familia y cada uno de los muchachos le pudo manifestar cuánto la quería, cosa que la calmó y le permitió escucharlos cuando le dijeron qué cosas de ella los molestaba. En esa sesión fue muy claro mi rol de mamá de todos: ella no podía ser madre. Era una hija ofendida y amenazada por el crecimiento de esos otros niños, que eran sus hijos, pero a quienes no podía reconocer como tales. Los afectos que desencadenó este aspecto del crecimiento de la hija fueron tan masivos que provocaron un desbordamiento en la personalidad de S.

A partir de esta nueva realidad de hijos grandes, con sexualidad vigente, esta paciente se aferró a seguir estudiando. Era la única actividad que le producía verdadero placer, sin conflicto. Su maternidad, que había sido algo por ella elegido y defendido, devino en una fuente de conflictos: las parejas que el hijo y las hijas iban teniendo eran objeto de duras críticas por parte de S. Como es inteligente y lee mucho, su percepción su fue agudizando con ayuda de la terapia. Y como ya era capaz de ver más allá de lo aparente, hacía lecturas lapidarias de los candidatos de sus hijas. Era evidente que la rivalidad con ellas, por ser mujeres jóvenes que sí deseaban emparejarse con hombres y disfrutar de las relaciones heterosexuales, crecía a medida que las hijas se volvían adultas. S no toleraba bien este proceso y su hostilidad se manifestaba a través de críticas despiadadas hacia los “novios”. Estas actitudes de celos y envidias entrecruzados se manifestaban también, aunque en menor grado, con las amigas que tenían nuevas parejas, sea porque se habían divorciado, sea porque habían enviudado. Con los maridos que ya existían no se metía. Resultaba muy evidente que estaba identificada con su padre abandonado por la madre, y no podía asumir que las otras mujeres (como su madre) pudieran tener interés en otros hombres o en otras relaciones.

⁹ RACKER, H.: *Estudios sobre técnica psicoanalítica*. Paidós. Buenos Aires. 1960.

El análisis de estos dinamismos mostraba claramente que S pudo evolucionar y crecer y casarse, incluso divorciarse y tener otro amor, como una manera de sobrevivir reactivamente al abandono de su madre y cumplir con el mandato social de ser esposa y madre. Pero en cuanto los hijos crecieron, ella no pudo seguir creciendo en su rol y regresó a un estado anterior, de gran frustración amorosa. Su única actividad plenamente satisfactoria era el estudiar e ir a la Facultad y logró terminar la carrera de Letras. Como si poder volver a ser alumna le permitiera mantener los niveles de adultez que los otros aspectos de su vida no le permitían.

Estudiar se convirtió en la actividad a través de la cual consiguió desarrollarse de manera autónoma. Era una carrera “para ella”, en donde no les quitaba nada a los demás, y que la hacía estar plena. Su inteligencia y su dedicación se manifestaron tan adecuadamente en el estudio, que los profesores la estimaban mucho y terminó la carrera con grandes logros académicos. Debido a este papel de “conservador de su estructura” y de permitirle crecer a pesar de que otros aspectos de su vida eran muy conflictivos, considero al estudio como el área de salud que le permitió a S empoderarse y continuar creciendo a pesar de todos los otros obstáculos vigentes en su vida afectiva.

Tal vez resulte difícil comprender que una persona pueda conseguir crecer en algún rubro, y quedar bastante detenida en otros aspectos de su personalidad, como es el caso de esta mujer. Pero los procesos de crecimiento no son siempre ni uniformes, ni paralelos. S no pudo con otros conflictos y, seguramente, deberá vivir con ellos siempre. Pero consiguió algo que le da una retroalimentación tan positiva y tan vital a su autoestima, que con eso puede seguir adelante de manera bastante armoniosa. Es otro ejemplo de lo que subrayé en páginas anteriores: no todas las áreas de la vida del sujeto se manejan con conductas empoderadas. Los fenómenos del empoderamiento se manifiestan de manera asincrónica. En ciertos aspectos se puede y en otros no se puede ser autónoma.

Abandonó la terapia, muy enojada conmigo por un motivo nimio si se lo ubica en la realidad externa: supuso que yo prefería a una amiga de ella con quien había peleado. Por supuesto que para su realidad interna este motivo fue suficiente para depositar en mi figura y en el espacio terapéutico su enojo, absoluto y para siempre.

S volvió a sentir que yo, si no la abandonaba, al menos prefería a la amiga, al no permitirle que construyera una “interpretación falsa” de lo ocurrido con quien le hizo un gran favor. Y revivió el abandono de la madre.

Como ya lo mencioné, se puso en marcha su terror y actuó ella el abandono y dejó la terapia.

Estos dos ejemplos de mi casuística evidencian, para mí, ciertos mecanismos que considero interesante destacar. En ambas mujeres, y a pesar de sus diferentes edades y problemáticas vitales, ya que una tiene hijas chicas y otra hijos grandes, hay fenómenos vivenciales similares. Ambas son mujeres con claras problemáticas con las figuras femeninas a partir de sus respectivas madres. R por la rivalidad que tuvo con la suya y S por el enojo ante una madre abandonadora, son mujeres que acuden a la encomienda social de ser “esposa y madre” como una vía para cumplir con lo socialmente asignado, pero no como expresión de libre decisión. Ambas debieron “pagar” como un derecho para luego poder hacer lo que querían: acceder de manera más libre al conocimiento y aprender para crecer. R tuvo las posibilidades de hacerlo antes, pero no se lo permitió. S se lo auto brindó una vez que hubo “cumplido” con lo que de ella se esperaba: casarse y tener hijos. Las dos reflejan una fuerza personal para poder recuperar y defender lo que deseaban, más allá de los impedimentos u oposiciones externas. Sobre todo esto se ve en el caso de S, ya que estudiar con cuatro hijos, que no han dejado su infancia todavía, con pocos recursos económicos, no es tarea fácil.

Las posibilidades de encontrar vías alternas para desarrollarse y empoderarse son infinitas e imprevisibles. Pero los seres humanos encuentran alternativas. Sobre todo aquellas mujeres que saben, por esa sabiduría de mujeres, que si no hacen la lucha ellas, nadie la hará en su lugar. La Historia está repleta de ejemplos.

CONCLUSIONES

Para realizar esta investigación fue necesario partir de una doble fuente: por un lado, de mis propios aportes a partir de trabajos hechos anteriormente con un grupo de colegas, y de mi casuística, obtenida a partir de mi práctica psicoanalítica. Por el otro, de los trabajos realizados por otros investigadores sobre temas cercanos al de mi tesis. En mi práctica, realizada en un espacio determinado, agrego en el tiempo toda una información por mí elaborada, y que constituye mi fundamentación empírica para este trabajo. Dicha casuística tiene una característica muy peculiar: no la escogí de manera deliberada. Son casos clínicos de mujeres que vinieron al tratamiento psicoterapéutico. Llegaron a mí, y yo seleccioné a aquéllas que habiendo cumplido un tiempo de proceso en la terapia, tuvieron tales transformaciones en su subjetividad que me permitieron ilustrar la respuesta a lo que era mi pregunta inicial desde el comienzo de esta investigación (y que planteé en la Introducción): ¿Cómo se adueña una mujer de sí misma, en nuestra cultura, para un sector social del México metropolitano moderno ?

Es a partir del estudio de casos que configuré las categorías con las cuales decidí abordar el estudio de los temas vertebrales de mi investigación: subjetividad femenina, y su necesario correlato a considerar toda vez que una está determinada por la otra y que, a la vez, determina: la identidad; el poder y el empoderamiento, y el abordaje de todo este entramado desde la perspectiva de género, en tanto construcción cultural de la diferencia entre los sexos.

El concepto de poder fue discutido desde la filosofía política de Foucault¹, y la subjetividad, desde el psicoanálisis² y la perspectiva de género³. Llegué así al concepto de empoderamiento⁴ desde los estudios feministas.

La subjetividad y la identidad

La categoría de *subjetividad* fue enunciada ya desde el primer capítulo, como *la manera en que cada ser humano estructura una concepción de sí mismo, y del mundo que lo rodea*. Dicha estructuración se produce como

¹ FOUCAULT, Michel: *Los intelectuales y el poder*, ob cit

² FREUD, Sigmund: *Obras Completas*. Ob. Cit.

³ SCOTT, Joan: Igualdad vs diferencia. Los usos de la teoría postestructuralista. En: *Feminist Studies*. Ob cit

⁴ DE LUCA, Marcelo: *Orígenes, significados y usos del empoderamiento*. Ob. Cit

resultado de la síntesis de la evolución personal del sujeto, en nuestro caso de las mujeres, y de su inserción en un determinado grupo social.

Como fue señalado en el primer capítulo, hay identificaciones que se aglutinan conformando un tronco que el sujeto siente *como lo más representativo de su persona, que sin ese núcleo no sería quien es*. A ese núcleo se lo denomina *identidad*⁵ (o *self*,⁶ como lo llamó la escuela inglesa). Esta identidad no es un conjunto de imitaciones de objetos, a la manera de las fotostáticas. Muy por el contrario, hay un trabajo activo de elaboración de identificaciones que realiza cada sujeto, y que le da su sello personal. Esta identidad contiene, en proporciones variables en cada individuo, una incorporación de pautas de comportamiento y de valores de los objetos con los que se identificó, así como una subversión frente a la imposición. La resultante de esa amalgama, será un sujeto que acate masivamente el papel social asignado, o un pensador crítico que manifieste diversos grados de rebeldía. La subjetividad va conformando una estructura que va a resultar en identidad. Pero la identidad, si bien se nutre de la subjetividad, la rebasa, en tanto es una estructura más amplia y más estable.

En los estudios de casos he analizado esta distinción, dentro de la subjetividad, de un núcleo central y de aspectos periféricos. Este núcleo central, la identidad, es el que se mantiene particularmente estable a través del tiempo, y que es el más difícil de cambiar, ha recibido diferentes nombres dentro del psicoanálisis. En la literatura anglosajona se suele utilizar el término “self”. Dejours⁷ (autor que ha aportado conceptos muy claves para entender las relaciones entre trabajo y subjetividad, pero que a nivel de psicoanálisis sigue a Laplanche) habla de “ipseidad”, para referirse a un aspecto central de la identidad que no se pone en juego en las situaciones de trabajo, y que permanece invariable aún cuando haya retroalimentación desde el entorno. Como resultado de todo este proceso de constitución de la identidad, encontramos mujeres que pueden hacer un tránsito del ámbito estrictamente privado, en el que se educaron y en el que se espera que permanezcan, al ámbito público, diferente, en donde se deben conducir con una identidad distinta: deben adueñarse de ellas mismas, ser ellas mismas. Pero también encontramos mujeres que son incapaces de realizar dicho tránsito y no pueden adueñarse de sí mismas. Un fenómeno especial ha sido observado desde la perspectiva de la psicodinamia del trabajo (las relaciones

⁵ ERIKSON, Erik: *Infancia y Sociedad*. Ob. Cit.

⁶ WINNICOTT, Donald: *Escritos de Pediatría y psicoanálisis*. Ob. Cit.

⁷ MOLINIER; Pascale : *Feminidad social y construcción de la identidad sexual*. Aparecerá en la Revista *Subjetividad y Cultura* N° 20, México, 2003,

entre trabajo y subjetividad, que ya han sido abordadas en capítulos anteriores, sobre todo en el IV) . Allí se encontraron ciertos casos en los que, a partir de la presión del colectivo del mismo oficio, se produce una escisión entre el “ser mujer” y el “ser trabajadora”.

El psicoanálisis

Los fenómenos sociales y las manifestaciones psicológicas han sido abordados desde diferentes perspectivas . A fines del siglo XIX, dentro de un contexto pautado por las ciencias exactas, Sigmund Freud⁸ crea una disciplina de lo psíquico, que denomina psicoanálisis. Lo más novedoso es el descubrimiento de una serie de fenómenos determinantes del psiquismo que son desconocidos e inaccesibles a la conciencia y a la voluntad de los sujetos, porque se mantienen a nivel *inconciente* por efectos de una estructura activa que se llama *represión*. A este objeto epistémico novedoso Freud lo llama *inconciente*, el cual pasa a ser el objeto teórico de conocimiento de esta disciplina.

Para el abordaje de la subjetividad y de la identidad, me basé en los aportes del psicoanálisis, del cual he elegido una de sus múltiples vertientes. En el capítulo I he bosquejado el itinerario teórico de esta disciplina a lo largo de un siglo, señalando cuáles de sus desarrollos internos considero más aptos para explicar los problemas que he planteado en esta investigación. Y mencioné que las conceptualizaciones de Deleuze y Guattari⁹, al analizar no sólo los aspectos macro de la dominación (dimensión macro política) sino los aspectos más restringidos, como la dominación intrafamiliar, la conyugal, los grupos de pertenencia, el trabajo (dimensión micro política) me proporcionaban una óptica más abarcativa para comprender los fenómenos clínicos de este trabajo.

El poder

La categoría de *poder* fue tratada siguiendo la concepción de Michel Foucault: poder como *algo que siempre está imbricado en un conjunto de relaciones y que aislado, no existe*¹⁰. El poder es, entonces, relacional. No es fijo. Está en permanente movimiento y cambio. Y consideré las vertientes del macro poder, es decir, de la sociedad en su conjunto, y las de micro poder,

⁸ FREUD, Sigmund: *Obras completas*. Ob. Cit.

⁹ DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix: *El Antiedipo*. Ob. Cit.

¹⁰ FOUCAULT, Michel: *El discurso del poder*. Ob. Cit.

refiriéndolas al poder de las instituciones pequeñas (la familia, por ejemplo). El referente inmediato para este estudio fue el poder de la sociedad patriarcal, tal como se impone en nuestra cultura hoy.

El empoderamiento

Es un concepto que fue acuñado por un grupo de feministas de Estados Unidos y retomado luego por diversas instituciones y grupos. Ante el ejercicio del poder impuesto, que favorece a los que lo poseen (en una sociedad patriarcal, son predominantemente algunos hombres quienes lo detentan), surgen resistencias que generan otras diferentes maneras de actuar. Una de ellas, cuya historia y desarrollo describí en el capítulo II, es la denominada *empoderamiento*¹¹. La definición de empoderamiento expresa que se trata *del ejercicio de conductas autónomas que implican el uso del poder para el propio crecimiento y desarrollo, sin detrimento alguno para los demás*.

El concepto de empoderamiento es en sí mismo muy controvertido. Para comenzar, hay dos acepciones en español: dar poder o ganar poderío (tal como lo mencioné en el Cap. II). En términos generales, se ha usado empoderamiento como estrategia o como conducta. En el primer caso, que sería “dar poder”, habría un “agente empoderante”, esto es una o varias personas o instituciones que fomentarían la adquisición de nuevos poderes por parte de una persona, un grupo o una comunidad. En el segundo caso, como comportamientos, significaría, continuando la concepción de Rousseau, la posibilidad de que alguien se dé sus propias leyes y valores.

Todos los programas sociales actuales tienden a generar este tipo de emancipación¹².

Hay otras perspectivas acerca de este concepto, que señalan diferentes significaciones.¹³ En primer lugar, el empoderamiento está usado como toma de conciencia y ulterior adquisición de autonomía. Sin duda, coincido ampliamente con esta aseveración. Se subraya y cuestiona la noción de “poder bueno” que se desprendería de mi definición. También acuerdo con este señalamiento, ya que, sin duda, ésta es una noción más axiológica que científica: se lo define desde los valores, no desde categorías más objetivas, habida cuenta que toda ciencia está impregnada de toma de posición. Pero, sin embargo, lo considero un concepto operativo para describir un proceso de

¹¹ DE LUCA, Marcelo: *Orígenes, significados y usos del empoderamiento*. Ob. Cit.

¹² Este señalamiento fue hecho por el Dr. Ricardo Pozas Horcasitas durante la sesión de discusión en el examen de Candidatura, el 6 de marzo de 2003, en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

¹³ En la misma sesión señalada en la nota anterior, la Dra. Nora Rabotnikoff manifestó diversas opiniones acerca de este concepto que destaco en este apartado.

cambio, de construcción de una nueva identidad. El empoderamiento supone el ejercicio de la autonomía como un acto de madurez que busca relaciones de igualdad, de relaciones simétricas. Se concibe al Otro de una manera igualitaria y no como alguien sobre el cual se va a ejercer la dominación. Si subordinar al Otro es un elemento identitario, esto significa no estar empoderado/a. En el caso de mi casuística hay un ejemplo, el de la Sra. E, que es liberada y con poder, pero no está empoderada. No todas las mujeres comparten la simetría con el Otro. La asimetría se sustenta a partir del poder, no del empoderamiento.

En la subjetividad femenina la concepción de lo masculino determina el propio proceso de estructuración de la identidad en el cual la relación con el otro es asimétrica. Para lograr empoderarse las mujeres deben realizar cambios al interior de su subjetividad. Entre dichos cambios debe producirse una diferente representación de lo masculino y de lo femenino para poder arribar a un concepto de equidad. Este proceso supone la ruptura con el referente masculino que se había internalizado, producto de una representación socialmente establecida y vigente.

El empoderamiento supone el ejercicio de la autonomía como un acto de madurez. Supone una dimensión ética, en tanto se funda en el respeto propio y en el del Otro. Sin duda esta categoría puede ser discutida desde diferentes posiciones, pero ello no le resta posibilidades operativas.

En mi investigación, como se analizó en el Cap. II y en los estudios de caso, me extiendo en las relaciones entre empoderamiento y los términos teóricos de la subjetividad y de las instancias sociales que tomo como categorías de análisis centrales en mi tesis. Es así que he procurado inteligir las relaciones entre empoderamiento y las siguientes categorías: deseo, identificaciones, narcisismo, superyo, familia, escuela, medios y trabajo.

También cabe cuestionar¹⁴ que las mujeres de mis estudios de caso no han cambiado las relaciones de fuerza intrafamiliares, esto es, la equidad entre los géneros, ni han impulsado una relación intragrupal más democrática, sino que han adquirido más autonomía y han sobrevivido a los impactos emocionales del abandono. En ese sentido hay quienes, como la misma Dra. Rabotnikoff, que insisten en que habría que hablar más de estrategias de empoderamiento que maneja el psicoanálisis o yo como terapeuta, entendiendo que como tal actúo como agente de cambio, de empoderamiento. En esta línea se postula que este proceso de agenciamiento por parte de las pacientes, no expresa auténticos cambios interiores, sino que se debe

¹⁴ Este cuestionamiento fue hecho por la Dra. Rabotnikoff en la sesión señalada en la nota anterior.

hegemónicamente a la acción de la reflexión y la adquisición de conocimientos. Aunque yo acordase con esta posición, cabe señalar que ambas cosas (capacidad de reflexionar y de aprender) son, en sí mismas, un profundo cambio interior. Tanto en el Cap. II como en los estudios de caso, he procurado esclarecer cuáles fueron los cambios internos (en relación con los términos teóricos del estudio de la subjetividad que he elegido en mi tesis) necesarios para poder adquirir el empoderamiento que señalo.

En ese sentido el Dr. Ricardo Pozas¹⁵ aporta un elemento interesante cuando afirma que el psicoanálisis implica un acto reflexivo y crítico, empezando por la autocrítica, y que el empoderamiento que surge de este proceso tiene especificidades diferentes al que surge de ciertas acciones en el campo social masivo.

Este concepto de empoderamiento es utilizado actualmente en diferentes disciplinas y por diferentes investigadores. En mi tesis la idea de empoderamiento representa la posibilidad de las mujeres de poder adquirir una nueva identidad a través de una reconstitución de lo central de la misma, del eje vertebral de la identidad, como sujeto que está inserto en un mundo moderno, haciendo uso de sus capacidades autónomamente (es decir, dándose sus propias normas), pero sin dañar a los demás. Es evidente que para poder acceder a este proceso de cambio las mujeres deben realizar modificaciones en su subjetividad. Dichos cambios le facilitarán el acceso a conductas empoderadas. Ello significa que un sujeto, en este caso la mujer, es capaz de adquirir identidad, de comprender al otro/a, y al mismo tiempo de reconocer todos los elementos frente a los cuales debe interactuar en la construcción diaria de su identidad. Es decir, poder apelar a utilizar todas las opciones, todos los recursos de racionalidad para poder devenir en sujeto autónomo.

Tener una actitud de mujer empoderada no significa en modo alguno, para mi concepción personal, estar en la posición de disputa por el espacio público. Se trata de no replicar los vicios del poder patriarcal. Se trata de redimir y jerarquizar el ámbito de lo privado y de mostrar la capacidad femenina para desarrollarse en el espacio público, manteniendo una clara diferenciación para conducirse sin subordinación, pero respetando las normas decididas democráticamente. Se trata de reivindicar las diferencias entre hombres y mujeres y luchar por conseguir condiciones de equidad. La mujer empoderada es capaz de redefinir las reglas de su participación en lo privado y también es capaz de asumir las reglas establecidas en lo público para poder

¹⁵ Afirmación hecha en la sesión ya comentada en las notas de pie de página con los números 12, 13 y 14.

dar la lucha y conseguir los cambios necesarios allí donde las condiciones no respeten las expectativas de trato equitativo entre los hombres y las mujeres.

El concepto de empoderamiento es un legado del Feminismo.

Feminismo

*El feminismo*¹⁶ es un movimiento de reivindicación política que alcanza su mayor desarrollo en el siglo XX, aunque como movimiento colectivo de lucha de mujeres ya se manifiesta en la segunda mitad del siglo XIX. Surgió como proceso emancipador en reacción a las condiciones inferiorizantes para las mujeres insertas en sociedades donde los poderes los ejercían los hombres y ellas eran las oprimidas. Tal reivindicación política que plantea el feminismo está en relación con una conceptualización de los derechos humanos universales. Fue un movimiento pionero que abrió nuevas alternativas de conductas sociales, de pautas culturales, de propuestas ideológicas diferentes. Puso en el escenario público problemas reales. Y propuso nuevos ejes de pensamiento, nuevas propuestas analíticas, nuevos debates políticos. Todo lo cual se encaminó a conseguir derechos equitativos con relación al voto, con relación a los derechos dentro de la familia, y con relación al trabajo.

Desde los años setenta aparecieron nuevas demandas en el seno del movimiento feminista: posturas contra la violación, incluida la violación en el dominio privado (la violación conyugal), contra el acoso sexual, sobre todo en el ámbito laboral, la despenalización del aborto y la libertad para la contracepción y la decisión de no tener hijos.

Las diferencias entre los sexos llevó a posturas feministas de distinto corte: el feminismo esencialista defendía las características “naturales” de tales diferencias, adjudicándolas a un origen biológico. Otras posturas que se inscriben en el estructuralismo consideraban que las diferencias entre los sexos no son biológicas, sino aprendidas. Se instaló un debate, dentro del feminismo, acerca de la igualdad versus la diferencia.

Lo que ha caracterizado al movimiento feminista¹⁷ en tanto movimiento social, ha sido su duración. Este movimiento ha puesto el acento en las contradicciones de la sociedad generadas por una doble raíz: el desarrollo del

¹⁶ HIRATA, Helena: *Dictionnaire critique du féminisme*. PUF, Paris 2000

¹⁷ Ibid

capitalismo, por un lado y la dominación masculina aún hoy vigente, que se expresa en la división social y sexual del trabajo.

Las mujeres se han movilizadado tanto en defensa de su igualdad, como en defensa de sus diferencias. Su reclamo consistió y consiste en exigir un trato justo y equitativo con los hombres, el derecho a votar, a trabajar en condiciones de equidad, a educarse, en contra de la discriminación sexual. Algunos grupos propugnan que los hombres, como grupo biológico, como actores del patriarcado, como misóginos, provocan la necesidad de luchar por el reconocimiento de las diferencias entre los sexos. Otros grupos sostienen que hay que modificar la construcción social de las diferencias sexuales y que no se trata de compartir el poder con los hombres en una sociedad tal como aquella en la que cada grupo está inserto, sino de lograr una modificación global en las relaciones sociales.

En la actualidad las posturas más flexibles defienden las diferencias y basan su lucha en lograr la equidad entre los *géneros*. En lo personal adhiero a esta postura y desde ella enfoco mi presente trabajo.

El feminismo tuvo muchos méritos. Sus militantes dieron una lucha con verdadera pasión y los referentes conceptuales que ellas plantearon y defendieron han conseguido que actualmente las nuevas generaciones de mujeres hayan podido internalizar una serie de pautas en su educación que resultarían impensables para las generaciones anteriores. Las pioneras de este movimiento abrieron un expediente que forma parte ya de verdaderos cambios en la cultura, de los cuales pueden beneficiarse las mujeres más jóvenes principalmente, en tanto en ellas dichos cambios se han hecho carne. Son esos cambios ya incorporados los que permiten una nueva estructuración en la subjetividad de las mujeres, que va a dar como fruto la aparición de conductas de empoderamiento.

Género

Es éste un concepto que recupera, en la segunda mitad de la década de los ochenta, una historiadora americana, Joan Scott¹⁸. Como concepto había sido mencionado antes por dos investigadores hombres: John Money, quien

¹⁸ SCOTT, Joan: Ob. Cit.

habló del *papel genérico*, y por Robert Stoller, quien utilizó la expresión *identidad genérica*.

La palabra *sexo* define la diferencia dada por la fisiología, por lo biológico. El *género* designa la construcción cultural de la diferencia sexual. Scott, desde la teoría postestructuralista, encuentra algo nuevo que le permite analizar las construcciones de significado y las relaciones de poder. Cuestiona categorías universales e historiza conceptos que, hasta entonces, se consideraban como naturales. Por ejemplo, los conceptos de hombre y de mujer.

Sistema sexo-género

Tal como lo presenté en el primer capítulo, los seres humanos nos diferenciamos biológicamente por las características anatómicas que definen el ser mujer y el ser hombre. Pero estas diferencias van acompañadas de una construcción simbólica que cada cultura hace del ente *mujer* y del ente *hombre*. Se trata de una construcción cultural, es decir, de lo que cada cultura entiende y espera de la mujer y del hombre que viven en ella. Tal definición simbólica la denominamos *género*, y es el género el que define la identidad sexual de los sujetos.

Dicho de otro modo, *el género es una categoría que se impone sobre un cuerpo sexuado*. Al momento de nacer un sujeto se lo nombra: es varón o es mujer. “La palabra, el lenguaje, es la marca que significa el sexo e inaugura el género”.¹⁹ En realidad, la palabra varón o mujer expresa una adjudicación de lugar social al cual se incorpora al sujeto, y es este lugar social el que le conferirá una ideología y una encomienda social. De esta manera se funda un orden que asienta sobre la sexualidad, y que implica poder.

Todos y todas somos, pues, *sujetos de género*. Los estudios de género permiten analizar las relaciones *intergenéricas* (entre las personas de distinto género) e *intra-genéricas* (entre las del mismo género). De esta manera es posible conocer las relaciones de poder entre los géneros.

Celia Amorós²⁰, investigadora feminista, señala que los géneros son construcciones culturales resultantes de la jerarquización patriarcal. Y nos dice que los pactos de la sociedad patriarcal permiten que los hombres tengan un lugar, un *topos*, mientras que para la mujer el lugar es el de lo *no-pensado*. En la ideología patriarcal la mujer forma parte de un saber que es patrimonio del género masculino.

¹⁹ LAGARDE, Marcela: *Género y Feminismo*. Ob.cit.

²⁰ AMOROS, Celia: *Feminismo, Igualdad y Diferencia*. UNAM, México 1994

Resulta interesante el aporte de Graciela Hierro²¹ cuando sostiene que “...se nace con el sexo y el género se adquiere. El sexo, lo biológico, y el género, lo adquirido, naturaleza y cultura se amalgaman en los humanos en una relación indiscernible...”.

Para Linda Alcoff²², por ejemplo, la noción de subjetividad debe entenderse desde una *posición*. Añade que la subjetividad se define siempre desde una “*posicionalidad*”. Ella señala: “...podemos decir al mismo tiempo que el género no es natural, biológico, universal, a-histórico o esencial y también que el género es relevante porque lo tomamos como una posición desde la que actuamos políticamente” . Para esta autora la *subjetividad es siempre relativa a un contexto cambiante*. Y recupera la aportación de Teresa de Lauretis cuando sostiene que el concepto de mujer como sujeto surge de un conflicto cuyo binomio es: las mujeres como seres históricos reales, por un lado, y “la mujer” como una construcción ficcional, por otro. Es decir, una noción que es producto del discurso hegemónico. Para de Lauretis²³ la relación entre las partes de dicho binomio está “culturalmente montada”. Y como considera que siempre hay un tinte político en juego es muy importante conocer de dónde emerge la subjetividad, es decir, cuáles son las instituciones, los discursos, etc. que dan significado a lo que sucede y de todo lo cual se va constituyendo la subjetividad. Ella propone una práctica de reflexión para que las mujeres, en tanto sujetos de una realidad social, puedan rearticularse desde una experiencia histórica.

Es interesante el hecho de que esta autora ponga el acento en que la subjetividad está interpenetrada por conceptos como raza, clase, género, pero que tal sobredeterminación no impide la acción. Este concepto tiene muchas cosas en común con el que Deleuze y Guattari, desde el psicoanálisis, proponen para la noción de subjetividad. La concepción de algo en movimiento, no estructurado de una vez para siempre, es un aporte muy importante que emerge desde dos campos de estudio de lo social muy diferentes: el feminismo y el psicoanálisis. Esto reviste especial relevancia para mí en tanto propugno una visión interdisciplinaria para el abordaje de los fenómenos clínicos y me resisto a aceptar la restricción que implica quedarse en uno solo de dichos campos.

En investigaciones anteriores acerca de género y trabajo, señalé la importancia de una situación que es propia de ciertas culturas, como las

²¹ HIERRO, Graciela: *La diferencia sexual. Su expresión en la cultura occidental. Hacia una Ética de la Diferencia Sexual*. Ob. Cit.

²² ALCOFF, Linda: Feminismo cultural versus postestructuralismo: la crisis de la identidad en la teoría feminista. En *Feminaria*, Año II, N° 4, Buenos Aires, nov. de 1989

²³ DE LAURETIS, Teresa: *Technologies of gender*. Ob. Cit.

estudiadas por un grupo de colegas en el cual estaba inserta²⁴, en México, a nivel de campesinos, semejante a lo que podemos leer de otras latitudes. Me refiero a aquellas situaciones en que estas relaciones de dominación entre géneros son una parte constitutiva de una cosmovisión. En estos casos, el registro subjetivo de la dominación adquiere las características de un orden universal, creado por una o más divinidades. Y este registro tiene lugar en el núcleo central de la subjetividad, ése que resiste a los cambios porque está ligado a la identidad. Este mismo fenómeno lo encontró Maurice Godelier²⁵ en sus investigaciones con los baruyá de Nueva Guinea, que ya mencioné anteriormente en este mismo escrito.

El abordaje de mi investigación lo hago desde la perspectiva de género.

El tema del que me ocupo es la relación entre el poder y la subjetividad femenina en el seno de dos ámbitos particulares de la trama social: las relaciones de pareja y las de familia. En otros términos, el tema del micro poder, como lo llama Foucault, o de la micropolítica, como lo denominan Deleuze y Guattari. Por ello cuando utilizo la palabra política, me refiero, entonces, a la micropolítica. Pero mi interés es más preciso: el tema del poder desde una perspectiva de género. En otras palabras, el objeto de estudio de esta tesis ha sido el análisis de un grupo de mujeres en su pasaje desde una situación de personas sometidas a una serie de pautas que las disminuían individual y socialmente y las relegaban a una posición de inferioridad y de restricciones, a una situación de desarrollo personal más pleno y creativo. A este pasaje lo denominé, siguiendo un concepto feminista, empoderamiento.

Para abordar esta unidad de análisis tan compleja, que va desde cuestiones históricas y de estructuras macrosociales hasta lo profundo del inconciente individual, me he apoyado en conceptos de la sociología y del psicoanálisis. Consideré cuatro instancias que reflejan la organización social: la familia, la escuela, el trabajo y los medios masivos. Y con una perspectiva interdisciplinaria incorporé conocimientos tomados de la lingüística, la comunicación, el feminismo, la psicología social y la psicodinamia del trabajo. Las conclusiones que doy a conocer en este capítulo se restringen exclusivamente a las mujeres que he descrito, ya que mi metodología se ha centrado en el estudio de casos.

²⁴ ARBETMAN, Mirta y MATRAJT, Miguel: La condición de la mujer, el proceso de trabajo y la salud mental. En: MATRAJT, Miguel: *Estudios en Salud Mental Ocupacional*, Taller Abierto, México, 1994

²⁵ GODELIER, Maurice: *La producción de grandes hombres, poder y dominación masculina entre los baruyá de Nueva Guinea*, Ed. Akal, Madrid, 1986

Puesto que el objetivo de mi tesis no es el nivel global de la sociedad, sino los dos ámbitos señalados al comienzo de este capítulo, y la influencia que tienen sobre los mismos las cuatro estructuras sociales intermedias anteriormente mencionadas, he utilizado el concepto de Modo de Organización Social (MOS)²⁶, concepto que ha sido empleado en investigaciones anteriores y que me permitió hacer un recorte preciso para el estudio de los casos. Tal como fue descrito en el capítulo I, el MOS contempla los aspectos económicos, demográficos, ideológico-culturales y dinámico-grupales. Entre los *económicos*, y considerando el México actual en un mundo globalizado, tomé en cuenta la actividad de cada una de las mujeres integrantes de la muestra y cómo dicha actividad imprimió huellas en su subjetividad. En cuanto a los aspectos *demográficos*, todas las mujeres de mi estudio viven en la ciudad de México, aunque algunas provienen de otras ciudades capitales de estados de la República. Se estudiaron los aspectos relacionados con sus grupos sociales de origen y de pertenencia actual, sus momentos de ciclo vital, y cómo todo ello incidió en las características de su subjetividad.

En las dimensiones *ideológico-culturales* tomé en cuenta todos los aspectos relacionados con los conocimientos y creencias acerca de sí mismas y de su mundo circundante, dado por el grupo de pertenencia de cada una de dichas mujeres. Y en este mismo apartado incluí el nivel educativo alcanzado por cada sujeto. El enfoque de lo *dinámico-grupal* se centró en el tipo de familia, los roles y vínculos que se establecieron y cómo todo ello fue conformando una cierta personalidad y una subjetividad con determinadas características.

Lo subjetivo y el entorno

Sabemos que las relaciones de poder son internalizadas a nivel conciente e inconciente. Lo segundo no es una extensión mecánica de lo primero. Desde Hegel, para quien el sujeto es un factor insoslayable en la producción de sí mismo, hasta Weber, cuya Sociología Comprensiva hace énfasis en la acción social, e incluyendo a numerosos estudiosos de lo social previos y posteriores a estos autores, se torna necesario comprender el significado que para cada sujeto tiene cada una de las conductas que desarrolla. La subjetividad, en tanto la manera en que cada ser humano estructura una concepción de sí mismo, y del mundo que lo rodea, es un producto siempre inédito y siempre irrepetible, que surge en parte como expresión y en parte como subversión a

²⁶ MATRAJT, Miguel: *Las enfermedades mentales en la República Mexicana*. Ob. Cit.

las múltiples influencias que le llegan desde el espacio exterior a ella misma. Estas influencias provienen en forma directa en relación a las cúpulas de poder y en relación a los grandes temas de la política. Pero también en forma indirecta, a través de las instancias intermedias de reproducción y procesamiento de las relaciones macrosociales, y éstas son las que van a incidir de manera inmediata y determinante en la producción de subjetividad. Me refiero a las cuatro instancias que mencioné antes: familia, escuela, trabajo y medios masivos. Pero las grandes relaciones de poder que se juegan dentro de una sociedad (las clases sociales, los macrogrupos de poder, etc) están siempre atravesadas e interpenetradas por otras relaciones que también revisten poder: étnicas, religiosas, regionales, etarias, culturales, y las que ocupan centralmente esta tesis: las relaciones de género.

Comenzaré con una breve semblanza de algunos aspectos que caracterizan la situación sociopsicológica de las mujeres que me ha interesado estudiar. Para llegar a ello, deseo subrayar algunos antecedentes históricos.

Hay diversos estudios que se ocupan de las relaciones de poder en función de los géneros. En el presente trabajo he venido mencionando algunos ejemplos que estimo muy significativos y que ahora retomo. Las diferencias de poder en detrimento de las mujeres se han adscripto, generalmente, a alguna de estas dos explicaciones: la divina o la natural. En el primer caso, las diferentes religiones lo explican como que Dios hizo así las cosas. Sólo dos ejemplos: la Biblia y el Corán. Desde la Biblia se señala que Dios hizo a hombre y mujer como dos esencias diferentes y, por consiguiente, con funciones y posibilidades distintas. Incluso en los Mandamientos aparece este principio: “No desearás a la mujer de tu prójimo”. La advertencia es para el hombre. La mujer no debe ser advertida porque su “deseo” ni siquiera es tomado en cuenta. Hay que recordar que el Concilio de Trento, a mediados del siglo XVI, se reunió para discernir si las mujeres tenían alma...

En el caso del Corán se señala explícitamente que el hombre está para servir a Alá y los animales para servir al hombre. ¿Y la mujer? No importa si se la incluye en alguna de esas dos categorías pues está para servir al hombre, y en una posición claramente subordinada.

Por el otro lado está la explicación que adjudica a lo natural la existencia de las diferencias. Esta visión predominó desde el Iluminismo hasta las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, y atribuye las diferencias sociales a diferencias de constitución biológica. Pero, más interesante que seguir dando muestras de diferencias y exclusiones, es preguntarse qué pasaba

con aquellas mujeres que no respondían a estas encomiendas sociales. En las diferentes literaturas y mitologías aparecen casi siempre como seres deformes o grotescos. También hemos visto en el primer capítulo que aquellas mujeres que osaron apartarse de la norma merecieron la sanción de ser consideradas “brujas”, “locas”, “enfermas”, y de ser recluidas en conventos, en cárceles o en manicomios, según el momento histórico que les tocó vivir.

Al observar el sector de sociedad en el que viven y en el que se gestan y desarrollan las mujeres que constituyen mi casuística, vemos que es un sector social que implica tres “p”: paternal, patriarcal y patrimonial. Paternal, porque la figura del hombre-padre es la principal determinadora de la ideología y los valores que van a gestar el proceso de introyección de la cultura en todos sus miembros. Incluidas las mujeres, quienes, en tanto madres, son las principales transmisoras de dicha cultura. Lo concerniente a *El Padre* sigue siendo, aún en nuestros días, la figura rectora a nivel del dictado de las normas en esa cultura, no importa qué nivel socioeconómico estemos considerando. El padre detenta el poder y es el dueño: de allí que la sociedad sea Patrimonial. Es patrimonio fundamentalmente masculino. Es Patriarcal porque seguimos conduciéndonos en función de un patriarca que detenta el poder, dicta las normas y ejerce los mandatos. Dentro de este contexto la identidad de las mujeres adquiere una consistencia central, que responde a estos valores de las tres “p”, y los aspectos más periféricos, menos arraigados en la subjetividad, constituyen los componentes más permeables que van a permitir la asunción de conductas más autónomas, más libres, más flexibles.

Resulta muy interesante, como elemento de comparación, observar qué sucede en otras culturas, en las que las relaciones de género son diferentes. Escapa a los objetivos de mi tesis hacer un análisis pormenorizado. Sólo citaré una investigación realizada en condiciones geopolíticas semejantes a la nuestra, que aporta elementos diferentes e interesantes acerca de estos mismos tópicos.

Robert Cabanes²⁷, basándose en una investigación llevada a cabo durante la década de los 90 en Brasil (los cambios producidos por la globalización, las consecuencias de la desocupación creciente y sus efectos sobre la trama social), a partir de los relatos tomados de una muestra de 70 familias, selecciona tres tipos de elementos resultados de dicha investigación: el peso

²⁷ CABANES, Robert : *Perspective de la classe ouvrière brésilienne*. Artículo de próxima aparición en la Revista *Travallier*. París, 2003

creciente de la esfera privada sobre la pública, el lugar fundamental del trabajo en la estructuración de la subjetividad y la puesta en entredicho de las relaciones de dominación.

Cabanes sostiene que la representación del grupo doméstico como modelo patriarcal es muy reduccionista. Esta interpretación sólo concierne a las clases dominantes. No se aplica para las clases dominadas subproletarias, porque esos grupos son fundamentalmente inestables, y las mujeres son el elemento permanente. En las clases estabilizadas del medio obrero, el encuentro de estos dos modelos, uno patriarcal y el otro matriarcal, produce un efecto de interacción y una forma de individuación familiar original diferente del esquema patriarcal así como de la forma de individuación propuesta por el capitalismo globalizado. Este nuevo modelo fáctico sostiene que la libertad debe obtenerse a través de la igualdad. Una cuestión nueva atraviesa ahora la esfera privada: la noción de calidad de interacción que toma fuerza en el proceso de evolución del grupo doméstico. El autor diferencia las formas de evolución de la sociedad en los países desarrollados y los subdesarrollados. En estos últimos, la entrada de las mujeres al mercado de trabajo provee una perspectiva de igualdad interna, así como una perspectiva económica y social de estabilidad, que reemplaza al estado-providencia, concepción que partía de suponer que todo lo debía proveer el Estado: desde la cuna hasta la tumba. Como se puede inferir, esta inclusión de las mujeres en el mercado laboral es el resultado de una estrategia espontánea de movimiento social concerniente a las relaciones sociales de sexo.

En México también existen fenómenos singulares en los que la economía está en manos de las mujeres y las relaciones de poder tienen un tinte diferente. En ese sentido me ha resultado muy interesante la lectura de los estudios acerca de lo que ocurre en Juchitán, Oaxaca,²⁸ con la comunidad *muxe* (los hombres-mujeres). En dicha localidad prácticamente en cada familia se cría a un hijo hombre como mujer. Es decir, a pesar de la determinación biológica del sexo masculino, la cultura acepta y promueve un género diferente al pautado por la biología. En este caso, el femenino. ¿Cuál es el motivo para que ocurra esto? ¿Y en una sociedad, como la mexicana, que se caracteriza por su machismo? La comunidad está liderada laboral y económicamente por las mujeres, quienes están en el mercado (centro vital de la sociedad y, en gran medida, el lugar del poder), ocupando todas las posiciones que generan productividad y, por ende, dinero. Los hombres

²⁸ MICHEL, Aurélie: Les hommes-femmes de Juchitán. En Revista *Chimères*. Número 34. París. Automne 1998.

permanecen en las casas, o se ocupan de tareas de otro tipo, socialmente menos jerarquizadas que las que realizan las mujeres y los mismos muxes. A éstos se los considera muy buenos vendedores y cocineros. De esta manera los hijos hombres criados como mujeres se interesan por otros hombres, en tanto su género es femenino. Y la homosexualidad es aceptada en tanto cumple una función social. Estos *muxes*, como se los denomina, deben permanecer dentro de la familia a cuidar a los padres, hasta que éstos mueran. Recién cuando las figuras parentales desaparecen, los muxes tienen derecho a abandonar el hogar parental y hacer su propia vida, incluida la convivencia en pareja con otro hombre.

Es de señalar que la homosexualidad adquiere en esta comunidad, en tanto cumple con una función valorada socialmente, un signo completamente distinto de aquél que se le da en otros grupos sociales en donde se la considera como algo denigrante, o como enfermedad, o como delito²⁹.

Y aunque los sujetos de estudio de mi investigación no pertenecen a ninguno de esos estratos analizados en el trabajo de Cabanes, ni al grupo de los muxes, considero importante mencionarlos por aportar resultados muy diferentes a los que estamos acostumbrados a ver en nuestras casuísticas. Tales diferencias tienen un significado que, seguramente, algo nuevo nos aportará a los que estamos interesados en estos temas. Por otro lado este tipo de fenómenos muestran la gran riqueza y diversidad de las culturas y, además, el alcance que la noción de género, en tanto construcción cultural de la diferencia sexual, tiene.

En la Introducción planteé algunas preguntas: ¿cómo se adueña una mujer de sí misma? ¿A quién hay que pedirle permiso para asumir la propiedad de sí misma? O ¿a quién se le compra el título de propiedad de sí misma? Todos estos interrogantes conducen a una reflexión. Para poder efectuar este tránsito, y asumir como propia la autonomía, es necesario que se produzca una conjunción: por un lado, ciertos factores externos que permitan ese cambio a nivel intrapsíquico. Es decir, que en la subjetividad individual, en este caso, la de las mujeres, se inscriban otras vivencias que impriman una marca, una huella en la mujer misma y que ello propicie el cambio. Las teorías psicoanalíticas que he considerado son aquéllas que admiten esta posibilidad ya que sostienen que el inconsciente puede reestructurarse a través de experiencias a lo largo de toda la vida, y que no es una estructura rígida, dada de una vez y para siempre. Y por otro lado es menester que se den

²⁹ GOSLING, Maureen y OSBORNE, Ellen: *Ramo de fuego (Blossoms of Fire)*, Documental sobre las mujeres de Juchitán, Oaxaca. México-Estados Unidos, 2000

modificaciones profundas y totales en el interior del sujeto para poder lograr una verdadera identidad diferente y autónoma.

Hemos visto en el caso de la Sra. E que, a pesar de tener todas las condiciones externas para que su subjetividad cambie y logre empoderarse, sí asume un poder, pero del tipo tradicional, patriarcal. Es un fenómeno distinto de lo que es el *empoderamiento*. No se trata de un poder como los otros, sino de un poder distinto, en el que no hay daño ni sujeción para quien lo ejerce, ni para los otros. Es un poder que no pone a nadie en situación de mayor autoridad o derecho que a otro.

Este ejemplo de la Sra. E nos lleva a suponer que con tener facilitadas las condiciones externas para hacer un cambio, *no siempre alcanza*.

En toda relación, y tal como concibe Foucault el concepto de poder, se da un interjuego de fuerzas que es, precisamente, el poder. Hay alguien que manda más que otro. Por lo tanto hay alguien que somete, sujeta, se impone. Y hay otro que manda menos, o no manda, que debe someterse, sujetarse, a quien se le impone...

La sociedad a la que pertenecen las mujeres de esta investigación es una sociedad patriarcal, es decir, una sociedad en donde mandan predominantemente (pero no solamente) los hombres. Pero eso no significa que estas mujeres ocupen siempre el papel de sometidas, o de sujetadas al poder de otro. También ellas tienen sus propias vías de ejercicio del poder. Por lo menos, de cierto poder...Estas son, sobre todo, vías más emocionales, menos explícitas, pero igualmente exitosas. Tal vez más que el propio poder explícito masculino.

Dentro de dichas vías de poder se inscriben primordialmente la sexualidad y la maternidad.

La sexualidad

La sexualidad, como forma de ejercicio de poder, es una manera de cambiar los términos de la relación con el hombre, de ponerlo en la otra posición: la del que depende. El deseo, con todos sus componentes irracionales, profundos, inconscientes, permite que sea la mujer la que se adueñe del poder sexual mientras el deseo (en su aspecto erótico) del hombre hacia ella esté vigente, y no haya simetría. Es decir, que no haya una emoción equivalente, porque entonces se equilibrarían los poderes. Por supuesto no me estoy refiriendo en este caso a la situación de violación, en la que el deseo está presente, pero de una manera absolutamente irracional, violenta, difusa, con el objetivo pervertido: no se desea a “esa” mujer en especial. Se desea someter a

“la mujer”, en genérico. A todas las mujeres! Y el goce que se persigue no es erótico, sino *narcisístico, por* la violencia que implica ejercer el poder de manera brutal e indiscriminada sobre *otra*.

En el caso de la sexualidad, el papel del juego de la seducción es enorme. Seducir implica obtener algo del otro. La mujer que seduce logra poner al hombre bajo *su poder, el de ella, el femenino*. Es una muy particular forma de ejercer el poder, tan narcisístico como el de la violación, pero desprovisto de sus connotaciones destructivas. Pero es, ocurre, tiene una vigencia. Y en esta vertiente se entrelaza el problema del tiempo. La sexualidad va adquiriendo diferentes significados de la mano del tiempo. No es lo mismo la vida sexual de la adolescencia, que la de la primera adultez, ni mucho menos que la de la menopausia para las mujeres y de la incorrectamente llamada andropausia ³⁰(la tercera edad) para los hombres. La sexualidad de la juventud es fresca, nueva, rica en intensidad y en autenticidad. La siguiente, la de la adultez, suele tener mayor creatividad. La edad juega un papel positivo, no conflictivo. Esta “experiencia” dada por la madurez es un elemento calificador, bueno.

Este valor cambia radicalmente con el paso del tiempo biológico. En las mujeres del sector social que nos ocupa, la llegada de la menopausia marca el fin de la era reproductiva, pero libera a la mujer de los cuidados necesarios que debía tener antes para evitar el embarazo no deseado. Sin embargo es una etapa evolutiva plagada de connotaciones oscuras provenientes de los imaginarios sociales al respecto. Objetivamente, ahora pueden ejercer libremente su sexualidad, sin temor. En algunas hay un florecimiento de lo erótico, se pueden cuidar más, los avances médicos y tecnológicos desarrollan una “industria” al servicio del embellecimiento y rejuvenecimiento femeninos (también masculinos, por supuesto, pero las clientas mujeres son, todavía, mayoría). Sin duda todos estos elementos han cambiado las posibilidades de las biografías, sobre todo femeninas. Pero también es innegable que junto con la menopausia, sobreviene el miedo por la pérdida de la juventud y la seguridad que ella da.

Desde esos imaginarios sociales muy enraizados en la cultura occidental de las clases que detentan el poder, menopausia es sinónimo de caducidad sexual, de “quedar fuera de concurso”, de marginación de la vida. Son imaginarios que vienen acompañados de desinformación, que producen

³⁰ La denominación de “andropausia” es incorrecta porque los procesos biológicos de envejecimiento son diferentes para las mujeres y para los hombres. No se pueden extrapolar los conceptos.

convicciones falsas, pero que por la inercia ancestral que poseen actúan como verdades, aún para muchas mujeres que racionalmente conocen la verdad. Así, el vínculo con el hombre cambia y la seducción ya no es tan segura por el avance de la edad.

En una entrevista filmada³¹, Sartre hace un análisis muy agudo acerca de la belleza (masculina y femenina). Más exactamente se refiere a los cambios de identidad por el hecho de sentirse bello/a, y cómo se organiza la subjetividad alrededor de esta vivencia. Y, por consiguiente, señala los cambios negativos (desplome de una parte importante de la estructura identitaria) que trae aparejado el perder la belleza en los términos comerciales que los medios masivos difunden.

La seducción ya no tiene el valor de arma que tenía antes. Las relaciones con el Otro se redefinen a partir de la historia compartida, en el caso de las parejas ya establecidas, y de los vínculos de cariño preexistentes. En el caso de nuevas relaciones, la seducción pasa por canales menos erotizados, que tienen mayor relación con otro tipo de empatías como el conocimiento, la simpatía y otra actitud frente a la vida.

Sin duda, la belleza es un constructo social y de pareja. Lo primero está muy estudiado por sociólogos y estetas. Lo segundo requiere de mayor detenimiento. Así como todo progenitor ve hermoso a su hijo, en toda pareja armónicamente constituida uno “construye”, esto es, atribuye, valores estéticos a su contraparte. Pero para entender estos conceptos hay que señalar que la palabra pareja es polisémica. Sólo señalaremos dos situaciones polares. Para quienes privilegian el cuerpo de su pareja, el proceso de envejecimiento, esto es, de cambio corporal, es altamente destructivo. Para quienes privilegian el concepto de compañero/a, es un cambio evolutivo compartido y asumido.

Entre los casos presentados, la Sra. E, tal como fue tratado en el capítulo III, protagoniza una ejemplificación fiel de toda esta problemática alrededor de la belleza, el paso del tiempo, la enorme necesidad por congelar los mecanismos que el reloj desata y que dan por resultado el envejecimiento, y la compulsiva búsqueda de recuperar la belleza fresca de la juventud que se perdió. Para ella su principal fuente de soporte narcisístico y, por ende, de poder adquirir una autoestima lo suficientemente sólida como para alejar el

³¹ SARTRE por él mismo: entrevista realizada al filósofo Jean_Paul Sartre en París, en 1976, por Alexandre Astruc y Michel Contat. Se encuentra en la videoteca de Casa Francia en México. Agradezco al señor Rubén Aldana haberme proporcionado los datos de filiación de este material.

fantasma de la depresión, era y es, seguir siendo bella. Recurrir a cirugías, sustancias, tratamientos y todo tipo de elementos al servicio de la estética corporal es un rasgo que forma parte de su vida cotidiana. Ser bella es una necesidad para afrontar las exigencias de su superyo, en primer lugar, porque es esa instancia la que aprueba o desaprueba su persona según lo bella que se vea. En segundo lugar están las demandas del mundo externo que, para ella, y habiendo hecho una incorporación masiva de los imaginarios de su grupo social, significan que debe seguir siendo bella por siempre. No importa el natural desgaste por el paso del tiempo, ni la salud, ni su realidad: debe someterse a lo que de ella se espera. De todo lo cual puede inferirse hasta qué punto esta mujer vive en el sometimiento a las pautas de su grupo social y por ello resulta más fácil comprender porqué, a pesar de haber conseguido el poder económico y laboral, no pudo hacer el tránsito hacia un verdadero empoderamiento.

En el caso de la señora O, también presentado en el capítulo III, la sumisión a la pauta de belleza dada por su familia política, que la lleva a someterse a una operación cruenta para así ser aceptada por sus suegros, es una de las conductas que marca el desarrollo de cambios identitarios que se van a plasmar en una subjetividad nueva, con conductas autónomas y con capacidad para un real empoderamiento. De una posición de sujeción a las normas dictadas por otros (los suegros, en este caso) esta mujer puede pasar a ser alguien que dicta sus propias normas. Para ello no fue el dinero, que ya poseía a raíz de su herencia, sino el estudiar y contactar otros círculos que le abrieron otros panoramas, lo que le permitió equilibrar su narcisismo y construir una autoestima más sana, más realista y arribar a posiciones que le dieron bienestar y autonomía.

La maternidad

En el ámbito de la maternidad la mayoría de los casos estudiados (en realidad todas, menos N, presentada en el capítulo V, son madres) están en la etapa, cronológicamente hablando, del crecimiento y del despegue de los hijos. En el grupo social al que pertenecen estas mujeres estudiadas, antes el énfasis estaba puesto en el nucleamiento de la familia alrededor de las figuras parentales (aunque ya hemos señalado que en otros sectores de clase y otras culturas se sigue una dinámica matriarcal). Las familias se “agrandaban”. Devenían en familias extendidas, como se las denomina sociológicamente. Las condiciones de la vida actual han cambiado tanto que hasta se ha modificado el patrón de familia “tipo”. Actualmente en dichos grupos el

número de hijos promedio que se tienen es dos, a lo sumo, tres. Y se los educa para que se desarrollen y adquieran autonomía. Los hijos migran, ya sea por trabajo o estudio. Pero no permanecen nucleados alrededor de los padres. Esto trae aparejado el fenómeno del nido vacío, que afecta igualmente a hombres y a mujeres, pero con tintes diferentes.

En tanto para la mujer la maternidad es función principal socialmente asignada y personalmente asumida, así como lo pudimos observar en cuatro de los seis estudios de caso, la partida de los hijos crea un vacío real: se terminó el trabajo de madre de tiempo completo. Debe reorganizar su vida y encontrar otras funciones que la ocupen. Para el hombre, que sigue teniendo su trabajo en el espacio público, esta pérdida en el espacio privado es más fácil de sustituir pues significa una menor reestructuración de su vida emocional. Y muchos de ellos la “superan” con una gran negación: sustituyen la familia que requiere elaborar esta pérdida, por una nueva.

Desde un punto de vista psicopatológico, esta sustitución constituye una defensa maníaca, basada en una negación eufórica de la realidad. Se busca hacer cosas que pertenecen a otra etapa evolutiva (la de la juventud) como una manera alienada de regresar a esa etapa, confundiendo apariencia con realidad. Buscan una pareja más joven que la esposa y recomienzan “una nueva vida”, con nuevos hijos. En lugar de ser abuelos, pasan a ser padres una vez más, aunque cronológica y biológicamente ya estén en la tercer edad. Esta es una de las grandes diferencias entre la biología del hombre y la de la mujer. El hombre, aunque sea mayor, puede seguir engendrando. La mujer ya no.

Aquí se produce un parteaguas en las vidas de las personas. Nuestra sociedad ofrece un mercado potencial mayor a los hombres que a las mujeres, para la recreación de una nueva vida de pareja. Es una expresión más de las diferencias de poder, que se traducen, como en cualquier otro terreno, en diferencias de posibilidades y de satisfactores. Aunque sea una fantasía ilusoria y negadora de la realidad. La impotencia y las “disfunciones eréctiles” (como se las llama en la actualidad a estas manifestaciones del avance de la edad) están presentes en la vida sexual de los hombres, pero eso no les impide poder procrear. Y eso les mitiga el dolor por la juventud perdida. Les devuelve una “ilusión”: frente a la juventud perdida, hay una fantasía de recuperarla a través de la vinculación con alguien más joven, con quien se establece una relación de dependencia porque se le da al otro/a todo, o mucho, a cambio de volver a sentirse “joven”. Es el instalarse en vivir de una ilusión .

La ilusión de la eterna juventud es tan antigua como la humanidad. Durante la Edad Media y hasta el comienzo del Iluminismo, la búsqueda del

“elixir de la vida” fue una de las tareas centrales de los alquimistas. Sin embargo los autores de ficción advirtieron lúcidamente las consecuencias terribles de esa supuesta inmortalidad, marginal en relación a la postulada por las religiones. Así, por ejemplo, el mito de los vampiros, o los personajes fantásticos de El Holandés Errante o Dorian Gray no hacen sino testimoniar acerca de una situación terrible en donde el deseo de ser siempre joven se transforma en una pesada carga que lleva al sujeto a desear la muerte. La eterna juventud es una ilusión y no pueden eludirse los signos del paso del tiempo.

Para las mujeres es casi imposible esta misma “solución” al problema del envejecimiento. No solamente por el límite biológico. Más grave aún es el límite sociológico: la cultura a la que pertenecen los casos señalados, es una cultura que devalúa y, hasta cierto punto, desprecia a las mujeres mayores. Es como si se considerara que el erotismo, el amor, la sexualidad, ya no competen a una mujer de más de 45 ó 50 años. De allí lo interesante en el caso de la Sra. M, presentado en el capítulo IV, quien vuelve a entablar una relación de pareja a sus 50 y tantos años con un hombre menor que ella.

Las mujeres de esas edades en adelante, cuya relación de pareja no continúa por diferentes motivos, pasan a constituir el grupo de mujeres solas que deben aprender a vivir de otra manera: sin pareja y con los hijos fuera del nido. Esta problemática la pudimos ver muy claramente en los casos de las señoras E y S (esta última presentada en el capítulo V). Esta nueva situación de tener que asumir la soledad por ya no estar en pareja, y porque los hijos crecen, acarrea en muchos casos, como en ambos ejemplos señalados, una conducta reactiva. Surge un sentimiento de rivalidad y de resentimiento frente a la juventud, en especial, frente a la de las hijas mujeres. Estas madres se “resienten” frente a lo que sus hijas hacen o pueden hacer (llevar una vida sexual más libre, con menos represiones, por ejemplo) y viven con enojo y dolor el que las mujeres jóvenes se otorguen horizontes más amplios y más libres para sus vidas que aquéllos que ellas tuvieron en su propia juventud.

Tanto la Sra. E como la Sra. S, son mujeres a quienes el crecimiento y los desarrollos de sus hijas removieron y provocaron sentimientos encontrados. En el caso de E es muy claro que ella se opuso a todo acto de independencia personal que su única hija mujer hacía. Sobre todo si ese acto suponía la realización en el espacio público, como estudiar o viajar, por ejemplo. Resultaba evidente que lo que E no podía soportar era que su hija hiciera lo que *ella* no se atrevió a hacer cuando tenía la misma edad que su hija.

Para la Sra. S la sexualidad ejercida con libertad por su hija mayor, quien fue la punta de lanza que inició el proceso de una vida sexual autónoma (luego la siguieron sus hermanas), significó un impacto que amenazó toda su estructura de vida. De ser una madre cariñosa y comprometida con sus hijos, el hecho de que la hija crezca y asuma su sexualidad provocó en S tal crisis que su primera respuesta fue abandonar el hogar. Para esta mujer, hija abandonada por su madre cuando era niña, resultó insoportable el primer acto de independencia de su propia hija. Además su madre la abandonó porque se enamoró de otro hombre y se fue con él. Y si bien S racionalmente sabía que la sexualidad libre es un valor que ella siempre defendió y ejerció, a la hora en que su hija quiere vivirla, el registro de S es de pecado y de traición. La sexualidad de la hija se “contaminó”, por así decirlo (para el psicoanálisis se trataría de un *desplazamiento*, es decir, de un mecanismo de defensa) de los “malos sentimientos” que la sexualidad de la madre de S provocó. En su historia infantil S es una niña cuya madre la abandona porque prefiere al hombre. Y su primera reacción fue volverse ella misma una madre abandonadora, en un acto de total identificación con su propia mamá.

Queda de manifiesto, entonces, que lo que estas mujeres no pueden aceptar es que las hijas hagan o disfruten aquello que ellas no pudieron hacer o disfrutar cuando eran más jóvenes. Es como si hubiera una secreta necesidad de que sus hijas pasen, como lo hicieron ellas, por las mismas penosas experiencias de renuncia y de frustración.

Volviendo a la nueva realidad que trae aparejada la soledad, mi experiencia clínica con el sector social del que provienen estos casos, es decir, clase media alta y alta de un México metropolitano, moderno, muchas mujeres tienen reacciones depresivas, y resentimientos frente a la vivencia de haber dedicado la vida “a otros” y que ahora, que esos otros crecieron, y que no necesitan del apoyo materno, se van. Aparece una desgastadora percepción de abandono. Esto puede aplicarse tanto para la partida de los hijos como para la de los esposos que se van.

Hay otros estratos sociales en los cuales el fenómeno del nido vacío y la consecuente soledad para la mujer, no se producen. En grupos en los que la división social y sexual del trabajo es una realidad, las mujeres están insertas en una dinámica en la que las familias se agrandan, porque los hijos/as no se van, o si se van, dejan a sus propios hijos/as para que la madre los cuide. Es decir, la familia se extiende y las tareas se reproducen, como los ciclos. Esas mujeres nunca tienen el nido vacío.

En el sector al que pertenece el grupo que estudié, los ingresos familiares permiten una división social del trabajo cuya funcionalidad está sujeta a la temporalidad biológica de los miembros. En el México moderno metropolitano se dan los fenómenos de nido vacío, crisis, depresiones, enfermedades psicosomáticas (localizadas en el cuerpo a partir de una problemática de origen psíquico). Todas estas manifestaciones que revelan conflictos reflejan dramas que corresponden a determinados estatus sociales. En ese mundo de ciertos sectores urbanos, con ciertos intereses y ciertas posibilidades económicas, aparece una vivencia de vacío de sentido de la propia vida. Este fenómeno adquiere tal repercusión que muchas mujeres prefieren no experimentarlo y llegan a cancelar la maternidad.

Pero en los casos en donde la maternidad ya existe y los hijos crecen y se van, el advenimiento de patologías (como las psicosomáticas), las depresiones y las adicciones (como el alcoholismo) es una realidad que reflejan diversos estudios epidemiológicos. Frente a este fenómeno cultural y social de este universo, en México, cabe subrayar el aumento del alcoholismo en la población femenina, así como el uso de psicofármacos del tipo de los antidepresivos y ansiolíticos. Es un hecho común, al hablar con mujeres de estos estratos, la referencia a “la pastilla” (que ya no es la anticonceptiva, sino la del antidepresivo) o “al chocho”.

En ciertos grupos, con otro tipo de cultura, la psicoterapia aparece como la alternativa para salir de estas crisis de manera diferente, resolutiva, no paliativa. El proceso psicoterapéutico implica una reestructuración de la subjetividad que permite adquirir una nueva identidad que trascienda el ámbito estrictamente familiar que la tradición asigna a las mujeres. Dicho rol está sujeto a la biología en tanto sus dos *esencias*: dejó de servir como madre y dejó de servir como mujer. Porque la esencia de su feminidad era la capacidad de ser seductora y atractiva sexualmente. Y como llegó al límite en donde ninguna de estas dos “esencias” sirven, la mujer requiere una condición de una nueva identidad que le permita a ella ser un sujeto diferente frente a la biología, frente a la tradición, frente a la sociedad que le quitó el rol históricamente asignado.

La psicoterapia es uno de los caminos para que las mujeres logren transformar su subjetividad y adquieran una nueva identidad que les dé autonomía. Es decir, la psicoterapia es una vía posible para lograr el empoderamiento como una resolución de esa crisis vital y poder acceder a formas de vida con mayor bienestar y autonomía.

Los hombres crecen, al igual que las mujeres, durante el matrimonio, como lo pudimos observar en el caso de la señora M. Crecen emocional, económicamente, y de muchas otras maneras, acompañados de sus mujeres. Pero cuando ya tienen saber y poder (la madurez proporciona, generalmente, ambas cosas) las reacciones de los hombres difieren. La sociedad brinda la oferta de mujeres más jóvenes que se dejan deslumbrar, o por lo menos así lo aparentan, por dicho poder y dicho saber. La esposa, envejecida igual que él, se transforma en un espejo en el que el hombre no desea mirarse. En él encuentra la imagen de un rostro envejecido. Tal envejecimiento es el que se busca esconder, negar. Sólo existe en el rostro de los otros (amigos, familiares) y de las otras (esposa, hermanas, amigas de edades semejantes).

Como señalé en un párrafo anterior, esta situación tiene un doble origen: los imaginarios sociales y los mecanismos individuales de negar las angustias y las pérdidas. Los hombres del sector social al que pertenecen los casos de esta tesis, conciben su relación de pareja según los imaginarios sociales que los atraviesan y sujetan: la pareja está muy sobredimensionada en función de lo corporal. Esto crea una vivencia alienada de pérdida y carencia (deseo, en sentido psicoanalítico estricto) cuando los cuerpos cambian. Frente a estas carencias el mercado ofrece una variedad de productos (cremas, fármacos, prótesis, objetos, entre otros) que, en su caso más extremo, lleva a elegir otra pareja, convertida, así, en un producto más de consumo. Es un ejemplo más de lo que Deleuze y Guattari³² llaman los circuitos de producción/consumo. Es más fácil refugiarse en la ilusión *alienada* de una nueva pareja joven, que aceptar lo que ya se perdió (precisamente, la propia juventud) y la nueva etapa que es necesario aprender a vivir (la madurez).

La maternidad como una sustentación de la identidad en la mujer

Pasaré a considerar ahora a la maternidad que es, sin lugar a dudas, una sustentación social de la identidad en la mujer. En el sector social de los casos de este estudio, en nuestra sociedad moderna el fenómeno de la maternidad forma y construye la más imbricada de las paradojas: es el elemento de sujeción para las mujeres. Pero también es el elemento de la autonomía para las mujeres.

Es sujeción en tanto las mujeres-madres quedan atrapadas de una red familiar en la cual se espera que cumplan ciertas funciones asignadas desde hace siglos. Y cuyo incumplimiento está sancionado severamente por todo el

³² El desarrollo teórico de estos autores lo he expuesto en el Capítulo I.

entorno. “*Es una madre desnaturalizada!*”, se escucha decir en tono acusatorio cuando alguna congénere no escoge, como primera opción, ocuparse de los hijos como la sociedad lo establece...Y lo de *desnaturalizada* corresponde a lo que el feminismo esencialista señala como la concepción de que las mujeres tenemos instintos o funciones ligadas con lo maternal desde lo biológico. Como si nada de esto fuera una construcción cultural.

Y es tal la fuerza que esta adjudicación conlleva que son las mismas mujeres de muchos sectores sociales las que primero se sienten culpables ante la falta de cumplimiento de *la misión maternal*. Por supuesto que luego, a dicha culpa, se agrega la sanción social.

Por otro lado, esta maternidad adjudicada y asumida, relega a las mujeres al ámbito de lo privado y lo doméstico, en tanto no es considerada un trabajo, una labor, con verdadera trascendencia social más allá de los límites del hogar.

Una corriente feminista contemporánea³³ subraya la necesaria diferenciación entre tareas domésticas y amor. En este sentido tenemos dos posiciones opuestas. Por un lado Helena Hirata³⁴ hace énfasis en que el trabajo doméstico no es asumido como trabajo ni siquiera por aquellas mujeres que tienen una conciencia feminista, y que siguiendo una concepción naturalista se atribuye al género femenino la obligación de efectuarlo, como un acto de amor. Por otro lado, Bourdieu³⁵ postula que el amor es como un paréntesis en las relaciones de dominación, como una excepción a la ley de la dominación masculina, una puesta en suspenso de la dominación simbólica.

Pero al ser las mismas mujeres las principales transmisoras de la ideología que subyace en su cultura hace que dicha transmisión las haga trascender los límites domésticos. Los hijos revelan la tarea de ellas como madres en ámbitos públicos: desde el kinder, la escuela o guardería, hasta todo aquel espacio en el que los hijos se relacionan con otros niños y otras personas...Un niño que está sucio habla mal de la madre, porque es la madre la que no lo cuida, la que no lo limpia, la que no se ocupa. Un niño que no sabe comer, que hace berrinches, que no maneja bien los cubiertos, es un niño del cual la madre no tiene control, o no le enseña, o no lo atiende adecuadamente. Es decir, las acciones como madres se “ven”, se “reflejan”, se “evalúan” y se “juzgan” a través de los hijos. Y pobre de aquella madre cuyo hijo no está

³³ Esta corriente es expresión de una red de investigadoras/es de diferentes países: Francia (París, Lyon, Versailles, Toulouse, Marne-la-Vallée) ; España (Barcelona); Italia (Padua); Estados Unidos (Massachusetts); Canadá (Québec); Brasil (San Pablo). Todas y todos se dedican a la investigación de temas relacionados con las mujeres.

³⁴ HIRATA, Helena: Travail et affects. Les ressorts de la servitude domestique. Note de recherche. Revista *Travailler* N° 8, pp. 13-26, París, Martin Media, 2002

³⁵ BOURDIEU, Pierre: *La domination masculine*. Ob. Cit.

limpio, o no sabe conducirse socialmente, o es contestón! La culpa siempre la tiene la madre! Aunque el niño sea huérfano de madre! Las referencias a la falta de cuidado siempre se vinculan con la madre, no con el padre. Y todo esto constituye una evidencia del quehacer privado, que se manifiesta en el espacio público. El entorno actúa como espejo que refleja qué tanto y qué tan bien las mujeres cumplen con su condición de madres.

De esta forma, el hijo se convierte en el espacio de realización del narcisismo de la madre, en su forma más dependiente. Nos referimos al narcisismo que está subordinado a la mirada y a la opinión de los demás.

La paradoja de la maternidad

Al hablar de la maternidad se enuncia una paradoja: la maternidad sujeta, pero al mismo tiempo otorga autonomía. Las mujeres lograron adquirir una identidad y una capacidad para moverse en el ámbito de lo público. Se da un proceso de construcción de la identidad individual por encima de la subordinación socialmente establecida. La maternidad es una función social depositada en la mujer. Le da a la mujer un recurso social que la ideología le niega.

Las mujeres son las “autoras” de sus hijos, pero también las responsables de los mismos. Es una situación difícil y muy llena de laberintos. La maternidad otorga una cierta “propiedad privada” de los hijos. Pero es éste un sentimiento que las mujeres necesitan para reforzar su autoestima en tanto la tarea de ser madre exige mucha dedicación y mucha postergación de otras cosas personales que solamente les incumben a las mujeres. Retomo un concepto vertido por Simone de Beauvoir ³⁶: “Ser para los otros impide en la mujer la realización ... del ser para sí”.

Pero creer que los hijos pertenecen a la madre es una trampa en la que la sociedad pone a las mujeres y en la que ellas caen, ya que lo manejan como si fuera una verdad. Los hijos no son solamente de la madre. Si bien, en general, las leyes reconocen el papel central de la progenitora como el de la figura más importante para el desarrollo de un niño, no sólo cuenta la madre. También está el padre. Y también existen las instituciones que intervienen y pesan en la formación de un niño. En este sentido es importante destacar la paradoja que se pone de manifiesto en relación a la díada madre-hijo en cuanto a derechos: “Los hijos son de la madre”, reza el dicho popular. Y eso

³⁶ BEAUVOIR, S. de: *El Segundo Sexo*.ob.cit.

es bastante cierto...Pero también es cierto que en tanto las mujeres se sienten las propietarias de sus hijos, y en tanto son las madres las que pasan más tiempo con ellos, también son ellas las que violan, más que ninguna otra persona, los derechos de los niños. Tal vez por ese sentimiento de “propiedad”, tal vez porque hacen el trabajo más arduo y que más cansa, tal vez porque toleran menos porque las desgastan los cuidados, tal vez por algunas otras desconocidas y oscuras razones, son ellas, las propias madres, las que violentan los derechos de los niños con mayor frecuencia. Así lo manifiestan las estadísticas de los organismos especializados en Derechos Humanos. Así lo manifiestan las estadísticas de hospitales a los que ingresan niños “golpeados” o maltratados; así lo manifiestan los registros jurídicos de Atención a Menores. Y si las madres son capaces de matar por defender a su prole, también son capaces de golpear o transgredir a sus niños, en un singular acto de ejercicio del poder al peor estilo patriarcal...

Sin duda ser madre ha sido la función asignada a la mujer por antonomasia. Por supuesto, está la base indiscutible de lo biológico, que hace que el cuerpo femenino sea *el* receptáculo para la maternidad. Pero en la mayoría de las culturas conocidas las funciones femeninas están vinculadas siempre al ejercicio de ser madre. Deseo volver a considerar el tema de la maternidad, pero desde una perspectiva distinta: la de la maternidad como empoderamiento. No he encontrado este significado de la maternidad en mi casuística, pero no descarto que lo haya. Y creo que al fenómeno de la maternidad no se lo ha analizado como algo que *per se* permita a las mujeres arribar a conductas autónomas y, por ende, a empoderarse. El ser madre se ha venido señalando, en tanto rol asignado por las culturas que conocemos, como una conducta de sujeción a las normas. Pero no podemos descartar que a ciertas mujeres la maternidad les posibilite un poder de desarrollo de potencialidades sin opresión. Es decir, que ser madre pueda alcanzar el significado de ser autónoma, de no ejercer un poder que someta ni dejarse someter. Y por ello se transforme en una situación que verdaderamente las empodera. No que las sujete.

Considero que es ésta una línea de investigación que queda abierta para estudios ulteriores, y que no debemos descartar.

Los caminos para lograr empoderarse

Retomo algunos de los interrogantes planteados en la Introducción. ¿Cómo puede una persona, en este caso, la mujer, modificar una posición de sujeto devaluado y de enorme sujeción a las normas de una sociedad que la

estigmatiza como ciudadana de segunda, con menos o nulo poder, junto a los hombres que mandan? ¿Cómo puede cambiar en el interior de su subjetividad y lograr pasar de una vivencia de miedo, inseguridad y devaluación, a una vivencia de recuperación de su autoestima, de confianza en sus capacidades, de asumir la conducción de su propia vida? ¿Cómo puede hacerse este proceso de resignificación de la propia realidad?

Sin duda para poder llevar a cabo un cambio de tal magnitud se necesitan fuerzas y condiciones personales, y posibilidades y oportunidades que ofrezca el entorno, las cuales serán como catalizadores que habrán de permitir que aquel componente individual se cristalice en un verdadero cambio dentro de la subjetividad femenina.

Las posibilidades externas pueden manifestarse en muy diferentes ámbitos: en el estudio, en el trabajo, en la adquisición de dinero, como lo vimos en los estudios de caso. Pero, también, en procesos y coyunturas vitales que amplían en el sujeto la visión del panorama, como la psicoterapia, la posibilidad de acceder a otros grupos y a otras culturas que “nutren” al individuo y cambian su cosmovisión. No todas las mujeres que trabajan son empoderadas. Hay algo más que permite que resuelvan la subordinación. Hay algún recurso social que les permite apropiarse de su identidad y de la autonomía. La experiencia biográfica sólo tiene un entorno que la hace posible. En el caso del trabajo, éste otorga una movilidad social que abre una posibilidad diferente de identidad. Es un caldo de cultivo.

En mi experiencia clínica, así como en la de otras colegas, una de las dos grandes pautas que definen el eje vertebral de la identidad femenina en la cultura de mujeres como las de mi casuística, es la maternidad. La otra es estar con un hombre, en el sentido más arraigado de tener una pareja. Todavía en nuestros días estos significados pesan enormemente en la propia valoración que cada mujer hace de sí misma. Dicho de otra manera, el narcisismo femenino depende mucho, todavía, de tener o no tener una pareja. Para las mujeres el valor de tener un compañero, de no estar solas, es mucho más determinante de su bienestar, que para los hombres. Y no quiero decir con esto que los hombres no necesiten una compañera. Tal vez los hombres sean menos capaces de vivir solos, sin pareja, que las mujeres. Pero a nivel vivencial, la pareja es para la mujer una necesidad más emocional que práctica (aún cuando se busque, en un hombre, a un proveedor). La autoestima pasa por el estatus de tener pareja o no tenerla. Para los hombres el narcisismo se nutre más por otros parámetros, como, por ejemplo, el trabajo. En uno y otro caso, son los imaginarios sociales los que confieren esos significados.

Las mujeres necesitan a los hombres y los hombres necesitan a las mujeres. Esa es una de las necesidades que llevan a la instalación de toda la cultura de la Humanidad. La afectividad, la sexualidad fundan la necesidad de cariño, de compañía, de comprensión que todos y todas tienen. Vemos así, en la clínica, que las mujeres presentan depresiones por estar solas. Los hombres se deprimen por no tener trabajo, o por tener un trabajo mal remunerado, o por no tener ingresos acorde con lo esperado por su nivel de calificación laboral. Suele no verse entre las mujeres, un padecimiento emocional por razones laborales. Al contrario: para este tipo de situaciones es como si las mujeres dispusiesen de una capacidad que se pone en marcha para buscar una solución rápida y práctica a este tipo de problemática. En cambio, cuando de soledad se trata, sobreviene la tristeza, la parálisis y, a veces, hasta la desesperación. Y ello ocurre también cuando se produce el otro gran hueco en sus vidas: el del nido vacío. El crecimiento de los hijos y su ulterior y consiguiente independencia, lleva a las mujeres a una crisis, a una nueva crisis de identidad: “Y ahora, ¿qué voy a ser? Y ahora, ¿qué voy a hacer?. Si mis hijos ya no me necesitan de tiempo completo, si pueden andar por el mundo sin mi tutela, ¿cuál es mi nueva misión?”

Las mujeres construyen la relación con el Otro como posesión. Estar con un hombre, estar con los hijos, plantea una manera de vincularse asociada a la propiedad. Y ésta no supone dominación. Supone pertenencia. Es decir, hay un tipo de vínculo que tiene tintes de posesividad la cual implica seguridad. Para las mujeres “tener” es, ante todo, tener fuentes afectivas de sentimiento amoroso. Sean dadas por una pareja, sean dadas por los hijos. O por ambos miembros del binomio. La armonía en la subjetividad femenina comienza por un sentimiento básico de confianza y seguridad dado por el Otro. Esto sería como la reedición infantil que plantea Erik Erikson³⁷ en cuanto a las etapas que debe atravesar un individuo para poder crecer y desarrollarse. Este autor señala que el bebé puede evolucionar en la medida que se siente querido y asegurado por la madre. Puede así construir un sentimiento de confianza básica que es el que le permitirá crecer, ser pleno.

Esta “posesión” en los afectos supone dos posibles modalidades: para una mujer “tradicional” tener un hombre, estar en pareja, es algo muy diferente que para una mujer “moderna”. Tener significa ser valiosa. Pero no se trata de cualquier manera de tener. Para la mujer tradicional tener un hombre es la posibilidad de tener un padre, tener alguien que la reasegure,

³⁷ ERIKSON, Erik: *Infancia y Sociedad*. Ob. cit.

quizás que la mantenga económicamente, o que, al menos, le dé estatus de “mujer con hombre”. Ello da valor dentro del grupo social. Legitima a la mujer.

La propia valoración proviene del afuera, del otro. Por ello es tan importante poseerlo.

Para la mujer moderna del sector social al que pertenecen las mujeres estudiadas, con elementos propios de autovaloración, tener un hombre significa tener un compañero. La relación es más simétrica que en el caso de la mujer tradicional. Sin embargo no siempre se da esta simetría. Para que la pareja sea realmente de *pares*, como la palabra lo denota, es menester que ambos miembros compartan valores en los que los vínculos pasen por sentimientos de corresponsabilidad y autonomía. Es decir, que no solamente la mujer haya podido acceder a conductas empoderadas, autónomas, de desarrollo personal sin demérito del otro, o de los otros. También el hombre debe hacer un proceso de reinserción en el vínculo, de una manera equitativa con la mujer. Las relaciones de poder en las que haya un sometedor y un sometido, deben dar paso a relaciones de equidad entre los miembros. Y todo esto es muy difícil de conseguir en tanto ambos, mujer y hombre, deben hacer una deconstrucción y una nueva construcción de los significados de dichos vínculos. Lo aprendido, lo internalizado en tanto miembros de una cultura patriarcal y paternalista, debe ser reestructurado. Es necesario hacer un nuevo aprendizaje para ambos miembros de la pareja. Mujeres y hombres deben transitar por un mismo camino. El de la redefinición del poder en términos de una verdadera igualdad, respetando las diferencias. No se trata de que nadie subsuma a nadie. Y para lograr esto es necesario un verdadero cambio en las subjetividades, tanto masculinas como femeninas. Estos procesos de cambio en la subjetividad masculina no se dieron en ninguno de las parejas iniciales de las mujeres estudiadas en mi casuística. De allí que en ningún caso fue posible salvaguardar la relación de pareja. De haberse producido los cambios pertinentes en la subjetividad masculina podría haberse reestructurado la relación de pareja en términos de equidad de géneros.

Una vez más me apoyo en mi quehacer clínico. Los modos de resolución de los problemas son diferentes para hombres que para mujeres. Mientras para los hombres buscar soluciones a los problemas laborales se ubica, fundamentalmente en el medio externo, para las mujeres las otras problemáticas que no tienen estrecha relación con lo amoroso, se manejan más como situaciones cuya resolución depende predominantemente de ellas

mismas. El vínculo que establecen con el entorno, en estos casos, es de menor dependencia y, por ende, de mayor autonomía. Tienen más confianza en sí mismas para encontrar la solución. Y por ello este tipo de escollos son vividos con menos pesadumbre que los problemas amorosos.

Al aparecer los conflictos de contenido amoroso se invierten los términos de las vivencias: las mujeres devienen en seres más vulnerables, más dependientes del Otro, de lo que el Otro decida, de que el Otro las acepte o las rechace, las quiera o las desprecie, se acerque o se aleje. Inclusive, toda esa vitalidad y esa autonomía que son capaces de poner en marcha para solucionar otro tipo de problemas, cuando de la vida amorosa se trata, se transforma en parálisis y dependencia: no se mueven en espera de que el Otro dé la señal; se transforman en dependientes de la reacción del Otro, en vulnerables o débiles según sea el grado de aprobación que reciban por parte del Otro. Resulta obvio que las mujeres en este mecanismo, depositan todo en el Otro (mecanismo de defensa conocido como *proyección*) como una manera de crear un vínculo con alguien, de quien ellas pasan a depender afectivamente. En el capítulo II me referí al concepto de *narcisismo* al cual definí como *el proceso de aceptación y valoración de sí mismo que hace un sujeto en función de las vivencias que tiene acerca de sus características y sus acciones*. En cierto sentido es el equivalente teórico a la noción de uso general del término *autoestima*. Es así como las mujeres se ven a través de la mirada del otro, y según ella sea, construyen una autoestima más adecuada a la realidad o una autoestima más débil y más despegada de lo real. El narcisismo femenino tiene mucho que ver con la valoración que los ojos masculinos le transmiten.

En los casos estudiados abundan los ejemplos que ilustran este mecanismo: La Sra. E (capítulo III) estuvo a punto de quitarse la vida cuando se enteró de que el esposo tenía una relación con otra mujer. La Sra. O (capítulo III) se sometió a una operación cruenta e innecesaria para que la familia del esposo la considerara apta y la aceptara. La Sra. M (capítulo IV) permitió los castigos corporales del esposo al hijo con tal de que el esposo no se enojara con ella y la abandonara. En el caso de N (capítulo IV) su dependencia afectiva del compañero era tan masiva que no podía hacer nada por ella misma. Todo lo hacía depender de él: su estado de ánimo, sus actividades, su ropa, su trabajo. La Sra. R (capítulo V) permitió maltrato corporal y todo tipo de infidelidades a cambio de que su esposo no la dejara. La Sra. S (capítulo V) fue la menos dependiente: comenzó a planear su divorcio al poco tiempo de casarse. Hasta que lo concretó. En ella la dependencia emocional se centró más en las expectativas sociales de lo que

“debía” hacer, como casarse por ejemplo. Una vez cumplidas, S se preparaba para independizarse.

Pero todas necesitaron depender de algo o de alguien, es decir, del entorno, antes de poder intentar asumir la propia autonomía.

Observando las conductas de las mujeres se suele hallar un fenómeno que asombra: mujeres que han alcanzado buenos niveles de autonomía y desarrollo en sus profesiones, muestran una gran dependencia hacia su pareja o gran sometimiento al compañero que tienen. Estas mujeres han hecho logros sin duda muy grandes, pero no han conseguido sacudirse las ataduras de una educación tradicional, lo cual no les permite obtener un crecimiento paralelo entre lo profesional (u ocupacional) y su vida afectiva. Una expresión harto frecuente de esta problemática la encontramos en el terreno de lo sexual: mujeres plenas, exitosas, lúcidas en lo laboral. Pero con frigidez, o tabúes, o resistencias hacia la vida sexual, vivida como mala y pecaminosa.

En la subjetividad femenina encontramos otro aspecto que llama la atención. El desarrollo personal y profesional de una mujer va enlazado a su rol de esposa y madre. Con esto quiero significar que las mujeres profesionales se suelen definir primero como mujeres, y esto ligado a los roles tradicionalmente considerados “femeninos”: como esposas y como madres. La profesión se delimita como diferente de los otros roles que desempeñan. Resulta ilustrativo señalar un trabajo hecho por Pascale Molinier³⁸ con cirujanas y enfermeras de centros hospitalarios de París y de sus alrededores. Allí pudo observarse que las mujeres investigadas diferenciaban claramente su “ser mujer” de su “ser profesional”. Ambos aspectos denotaban una identidad con componentes distintos. Lo profesional no se incorporaba al ser mujer. Se lo vivía como algo distinto, y, en ocasiones, contradictorio: si no asumían laboralmente los comportamientos que los imaginarios sociales atribuyen a las mujeres, es que habían perdido su femineidad.

Por otro lado, la mayoría de las veces, al menos para las generaciones mayores (de 40 años para arriba), aún hoy el quehacer profesional se subordina al de esposa y madre. Las mujeres viven (y la cultura se los hace sentir y refuerza este sentimiento) con mucha culpa el que se ocupen de algo más que de ser para otros (marido-hijos), aunque se trabaje por razones de necesidad económica. Pareciera que toda otra actividad que no sea la de esposa y madre es una falta, una traición a la familia. Ni qué decir que a ellas mismas les cuesta otorgarse el derecho a trabajar, a estudiar, a hacer otras

³⁸ MOLINIER;Pascale : *Feminidad social y construcción de la identidad sexual*. Ob. Cit.

cosas distintas de las *ocupaciones* de la familia. Es como si fueran "amores clandestinos" : se desean. Pero no están "bien".

Uno de los planteos básicos que presenté en la Introducción cuestionaba: ¿cuáles son los mecanismos que producen la dominación entre los géneros, y cuáles los que conducen a una liberación de la misma?. A lo ya desarrollado en otros apartados, deseo agregar algunas reflexiones.

El problema de los mecanismos subjetivos que coadyuvan a la situación de dominación, esto es, que producen las condiciones psíquicas que facilitan el sometimiento, ha sido abordado desde múltiples perspectivas, tal como lo señalé en los dos primeros capítulos. Siguiendo un esquema muy elemental, podría mencionar que hay tres grandes formas de ejercicio del poder, que no son privativas de un momento ni de un sistema, ni son mutuamente excluyentes. La primera, históricamente hablando, es el ejercicio brutal y transparente de la fuerza. El ejemplo más claro es la conquista y el esclavismo. Lo que se busca es la apropiación de las riquezas, del territorio y de la fuerza productiva y reproductiva del sometido. La segunda, cuyo ejemplo paradigmático es el colonialismo de las edades moderna y contemporánea, agrega a lo anterior la conquista de la conciencia. Por tal motivo, junto con el yugo militar se hace una profunda labor de penetración ideológica y transformación valorativa, cuya expresión más clara es la conversión religiosa. La tercera forma, que se desarrolla a pleno en la segunda mitad del Siglo XX, agrega un elemento nuevo, que tiene como objetivo ocultar los otros dos que le precedieron. Este elemento nuevo es el dominio del inconciente. Un claro ejemplo de ello lo encontramos en la pieza de teatro de J. P. Sartre "La prostituta respetuosa", en el cual un negro norteamericano se siente culpable de un delito que sabe que no cometió, por el solo hecho de ser negro.

Son varias y variadas las investigaciones acerca de esta problemática. Solamente me referiré a algunas concepciones que me resultan más significativas en relación a mi tema de trabajo.

Algunos psicoanalistas sudamericanos³⁹ de fines de los sesenta y principios de los setenta se plantearon cuáles eran los mecanismos inconcientes que producían la vivencia subjetiva conciente de que la dominación y las diferencias de clase eran fenómenos naturales y que toda rebelión ante ellas era vivida como un acto culposo. Michel Tort⁴⁰ hace un aporte muy interesante cuando desarrolla su concepto de sujetación. Todo el psicoanálisis alternativo, que he expuesto fundamentalmente en el primer

³⁹ LANGER, Marie (compiladora): *Cuestionamos I y II.* Buenos Aires, Ed. Granica.1971

⁴⁰ TORT, Michel. *Psicoanálisis en el materialismo histórico.* Ed. Noé, Buenos Aires, 1972

capítulo, se planteó este problema como punto central de sus teorizaciones. Los sociólogos contemporáneos han redescubierto a La Boetie⁴¹, y su concepto de servidumbre voluntaria. Los/las sociólogos/as feministas han partido de esas ideas para plantearse específicamente el problema de la dominación entre los géneros. Los actuales investigadores relativizan la importancia del concepto psicoanalítico de sublimación (cambio de los objetos de una pulsión, transformando los fines en algo socialmente más elevado) para dar cuenta de estos fenómenos. Consideran que este concepto, que se reduce al ámbito de lo individual, es demasiado restringido para dar cuenta de fenómenos cuya naturaleza es eminentemente de origen social. Algunos han dado nueva vida a los aportes de Joan Rivière (1929)⁴² sobre el masoquismo. En psicoanálisis este concepto se refiere a la pulsión de muerte revertida hacia el propio sujeto, lo que da lugar a fenómenos de autoagresión y/o búsqueda de personas u objetos externos que desempeñen una función de agresores. Sin embargo, como también esta línea explicatoria se restringe al plano de lo individual, la búsqueda ha proseguido en el terreno de lo sociopsicológico. Godelier⁴³ utiliza la palabra consentimiento (con muchas semejanzas a la noción de servidumbre voluntaria de La Boetie), pero Mathieu⁴⁴ cuestiona esta idea, señalando que esa noción se funda en una idea falsa de simetría de la conciencia entre opresor y oprimido. Según este autor las mujeres no consienten jamás, sino ceden, y ceder es una servidumbre *involuntaria*.

Mi posición es diferente, en tanto tomo en cuenta una teoría del sujeto, y en esa teoría se incluye el nivel inconciente. Sonia Dayan-Herzbrun⁴⁵ ha sido la primera en llamar la atención acerca de las relaciones entre trabajo doméstico y amor. En ese sentido, Helena Hirata⁴⁶ (autora que ya mencioné a propósito de su cuestionamiento acerca del trabajo doméstico asumido como el que hay que hacer por “amor” y que les corresponde a las mujeres hacerlo) ha puesto el acento acerca de las limitaciones que tienen las aproximaciones sociológicas, en tanto no tienen una teoría de la subjetividad. Ella subraya que la disponibilidad (el amor) es un elemento esencial de las relaciones entre géneros y a nivel familiar, fenómeno que no se da en otras relaciones sociales de dominación. Esta autora manifiesta que todas las investigaciones de los

⁴¹ LA BOETIE, E. de: *Le discours de la servitude volontaire*. Petite Bibliothèque Payot, Paris 1993

⁴² RIVIERE, Joan: La féminité en tant que mascarade, en *Féminité Mascarade*, Seuil, Paris 1994

⁴³ GODELIER, Maurice: ob.cit.

⁴⁴ MATHIEU N.-C.: *L'anatomie politique. Catégorisations et idéologies du sexe*. Coté femmes, Paris 1991

⁴⁵ DAYAN-HERRZBRUN, Sonia: Production du sentiment amoureux et travail des femmes, *Cahiers internationaux de Sociologie*, Vol. LXXII, pp. 113-130, 1982

⁴⁶ HIRATA, Helena. *Travail et affects*. Ob. Cit.

ochenta y noventa señalan que la forma privilegiada de la mujer para comenzar una relación afectiva es a través de la relación de servicio.

Considero que hay una interrelación entre los mecanismos abiertos y externos de dominación (siguiendo los conceptos de un párrafo anterior, los que hacen que las mujeres cedan) y aquéllos que están registrados en la profundidad del inconciente. En ese sentido, coincido parcialmente con Françoise Collin⁴⁷, quien utiliza la expresión *esclavitud voluntaria de las mujeres*, que viene de las relaciones simultáneas entre exterioridad e interioridad.

Estructura social y subjetividad femenina

En mi investigación he procurado poner de manifiesto las formas históricas de dominación y las nuevas que van surgiendo en función de las actuales concepciones de “hombre y mujer necesarios”, que se han plasmado en un entramado de relaciones sociales e imaginarios sociales propios de cada región y cada sector social.

Para comprender el siguiente paso he considerado la vía a través de la cual cuatro instituciones intermedias (familia, escuela, trabajo y medios) constituyen una polea de transmisión y un espacio de reprocesamiento de los mandatos provenientes de los niveles macro de la sociedad.

Simultáneamente he tratado de ver en qué forma la subjetividad se va constituyendo desde las experiencias más arcaicas y cómo el inconciente se va estructurando y reestructurando a lo largo de la vida, registrando las influencias de los otros dos niveles (macro y micro) anteriormente señalados. Esta incorporación no es una inscripción mecánica, sino una forma singular, inédita e irreplicable de asumir y de rebelarse ante los mandatos externos.

Como lo puntalicé en capítulos anteriores, y en otros párrafos de este capítulo, hay identificaciones que constituyen un núcleo central, muy estable en el tiempo. Cuando ese núcleo tiene incorporados elementos de dominación, tanto sea en términos generales, como en lo específico de las relaciones sociales de género, el trabajo de concientización y cambio se ve notablemente obstaculizado. Dichos elementos de dominación están ligados a creencias que constituyen centralmente la identidad de los sujetos. En estos sectores de población el cambio no es posible a través de un proceso de concientización.

⁴⁷ COLLIN, Françoise: No Man's Land: Réflexions sur "l'esclavage volontaire" des femmes en Macciocchi María A., *Les femmes et leurs maîtres*, Christian Bourgois, Paris pp 261-289, 1978

Para estas mujeres cambiar su estatus dentro de las relaciones sociales de género es cambiar algo esencial de un orden universal de origen divino.

Los casos utilizados en esta tesis no provienen de estos estratos sociales, pero cito estos hallazgos porque considero que constituyen un ejemplo extremo de incorporación muy estable y resistente.

Por todo lo anterior, el abordaje de este fragmento de realidad toma en consideración por lo menos tres niveles de análisis: el macro social, las instituciones intermedias y la subjetividad. Cada uno de ellos es estudiado por una o más disciplinas. En su conjunto, constituyen un sistema complejo. Para dar cuenta del mismo, y de la relación entre las disciplinas consultadas, utilizo la epistemología de los sistemas complejos. En forma muy sintética: de cada nivel de análisis (subsistema) trato de ver cuál es la resultante de su dinámica interna que determina cambios significativos en los otros niveles.

Otro elemento que incorporo en este estudio es lo que he descripto como un particular proceso de autonomía y toma de posición, que algunas corrientes feministas llaman empoderamiento, y en mis estudios de caso lo he adscripto a tres tipos de circunstancias: la herencia de dinero, el dinero obtenido a través del trabajo y el estudio.

Como el tema de mi tesis incluye los aspectos de género como meridiano central, en los capítulos I y II he analizado las teorías existentes acerca del tema. De todo el conjunto de ellas he tomado ciertos conceptos como útiles teóricos operativos para los objetivos de mi investigación, y son los que menciono en los apartados correspondientes de este mismo capítulo.

Un modelo para aproximarnos

Para el abordaje de esta investigación el modelo que utilicé supuso la siguiente dinámica de los hechos. Los sistemas de dominación requieren de lo que se ha denominado el ser humano necesario. ¿Necesario para quién? Necesario para los intereses de las cúpulas dominantes a nivel general, y de las cúpulas menores a nivel más local. Pero los objetivos y las necesidades de los sectores de poder no son homogéneos, y están atravesados por múltiples singularidades y contradicciones. Y también por sistemas de compensación y de dominación sectorial. Por ejemplo, las relaciones de dominación entre regiones, entre edades, entre lugares de parentesco, entre etnias, entre

religiones, entre géneros. En mi investigación me ocupó centralmente de estas últimas. Para estudiarlas, no es suficiente con hablar de ideología patriarcal en general, como aparece en algunos estudios feministas, sino señalar la manera particular como ésta se registra y transforma en el contexto de un modo de organización particular, y dentro de éste, en un sector de clase. Estas relaciones de dominación se inscriben y expresan a nivel global de la sociedad, bajo la forma de normas jurídicas, normas fácticas de aceptación general, aspectos de la ideología. Pero también adquieren modalidades sectoriales. Una de ellas, es la organización regional (regional en sentido descriptivo tópico, no en sentido territorial) que corresponde al esquema denominado *modos de organización social*. Estas relaciones de dominación, tanto a nivel global como a nivel de modo de organización social tienen un nivel general y un nivel particular. Este último está constituido, hegemónicamente, por dos instituciones: la familia y la escuela, que, aunque con algunas contradicciones entre sí, ejercen una acción sinérgica de retransmisión y reprocesamiento de las pautas sociales más amplias, que corresponden a la sociedad global y a los modos de organización social. Los medios masivos de comunicación juegan un papel oscilante entre la sociedad global y las instituciones intermedias. El trabajo, que tiene una acción muy decisiva en la constitución de la subjetividad, lo hará, la mayoría de las veces, en la edad adulta.

¿Cuáles son los mecanismos a través de los cuales las pautas sociales amplias y las sectoriales inciden en la producción de subjetividad? En primer lugar por la producción de carencias, esto es la producción de vivencias alienadas de faltas existenciales e instrumentales (capacidad de hacer cosas). Estas carencias producen los deseos, esto es las acciones o tendencias a las acciones que satisfarán a esas carencias. Inicialmente en la vida del bebé, junto con la satisfacción de las necesidades biológicas y de apego, aparece el deseo de la satisfacción de la vivencia alienada de incompletud, de ignorancia, de incapacidad instrumental y de ausencia de orientación valorativa. Para todas esas carencias, hay una oferta de satisfactores imaginarios: personas de las cuales depender, objetos para comprar, acciones a realizar.

Regresando a la producción de carencias, junto con éstas se realiza una producción de desinformación, que cierra el círculo de dependencia. Por supuesto, también hay una producción de información instrumental útil y necesaria, pero la que nos interesa es la que conduce al sometimiento y la alienación.

¿Cómo se realiza este registro (o lo que Baremblytt denomina producción de registro⁴⁸)?. En primer lugar, a través del mecanismo de identificación con las figuras parentales, luego con otras cercanas (particularmente en la escuela) y posteriormente con las que ofrecen los medios masivos. La identificación puede hacerse con personas reales del entorno, con personas virtuales que aparecen en los medios, o con personas imaginarias. En este último caso, es una identificación con alguien que no existe como modelo, y que significa la antítesis de las figuras reales, mecanismo habitual en la adolescencia.

Las identificaciones formarán núcleos de la subjetividad. Los núcleos más centrales, aquéllos que el sujeto siente que no podría cambiarlos sin dejar de ser quien es, constituyen la identidad. Estos están en el corazón de la subjetividad. Pero hay identificaciones que se instalan en forma más periférica, como partes del yo o del Superyo. Este último es la instancia en la que se incorporan las normas y valores, primariamente transmitidos como resultado del Complejo de Edipo, posteriormente a través de sucesivas identificaciones.

En segundo lugar el registro de lo social amplio y de las instituciones intermedias se realiza en función de la forma de estructuración del *narcisismo*.

En el capítulo II conceptualicé el narcisismo como *el proceso de aceptación y valoración de sí mismo que hace un sujeto en función de las vivencias que tiene acerca de sus características y de sus acciones*. ¿Qué debe ser y hacer un sujeto para conseguir la aceptación, el amor y la valoración de los demás significativos, sus padres en primer término? Esas acciones y posiciones van estructurando una forma de comportarse y una forma de ver y valorar el mundo.

En tercer lugar ese registro se realiza a través de la información directa que se recibe en la escuela y a través de los medios masivos. Una y otros no se limitan a transmitir datos de información. Su función central y trascendente se hace en tanto transmiten modelos de vida. Estos modelos son estructuras complejas, que incluyen conocimientos, desconocimientos, pautas valorativas y formas conductuales.

⁴⁸ BAREMBLYTT, Gregorio: *Introducao á esquizoanálise*. Ob. Cit.

Los medios masivos de comunicación

Un mecanismo especial que tiene mucha importancia en el tema que investigo, es el de escena simétrica invertida. El/la sujeto se identifica con un personaje de ficción (cine, TV) que corresponde exactamente a lo opuesto de lo que él/ella piensa que le acontece. De esa manera, la mujer que vive una vida pobre en satisfacciones y rica en frustraciones y carencias reales se identifica proyectivamente (vive como si fuera la otra) con la personaje de una telenovela que logra revertir esa situación. De esta forma, la sujeto de la vida real y la heroína de la telenovela constituyen un par antitético que le permite a la primera desembarazarse imaginariamente de sus miserias reales para vivir a través de los logros de la segunda. Este mecanismo es muy utilizado por los medios para captar audiencia, pero, secundariamente, sirve para paralizar acciones de cambio y para consolidar modelos de vida alienada.

Resulta evidente que el sistema social alberga diferentes formas de dominación así como sistemas de compensación. Las formas coexistentes de dominación, por género por ejemplo, incluyen mecanismos de compensación o defensivos. Así, por ejemplo, vimos en los casos estudiados cómo el control autoritario que un hombre padece en su trabajo lo revierte al interior de su pareja. De esta forma pone en marcha dos mecanismos: se identifica con el agresor, convirtiéndose momentáneamente en él, con todo el placer alienado que eso le proporciona, pero proyecta en su mujer sus partes dominadas y humilladas, liberándose momentáneamente de esas vivencias tan dolorosas. Por este mecanismo de identificación introyectiva y proyectiva (ser el perseguidor y dejar de ser el inferior) balancea su economía psíquica, obteniendo un cúmulo de satisfacciones secundarias. (En los casos estudiados este mecanismo se pudo observar claramente en el esposo de la Sra. M cuando ejercía su control sobre la esposa y la encerraba en la casa por temor a que ella saliera a “coquetear”). Más adelante este mismo mecanismo de ejercer su sadismo como manera de compensar todo el sometimiento que él debía tener con las figuras de autoridad de su trabajo, lo implementó en la persona del hijo que tenía con M. La necesidad de ejercer dominio y autoridad (o autoritarismo?) lo llevaba a golpear al hijo, a humillarlo, a descalificarlo permanentemente, como lo humillaban a él en su propio trabajo.

Pero, ¿qué satisfacciones obtiene el sometido?. Muchas, aunque sólo mencionaré algunas. Empezando por la vivencia de completud, ya que el sometedor viene a llenar sus carencias imaginarias (alienadas). En segundo término, la posesión de un objeto valorado (en el caso de las mujeres, el

esposo), que le da el pasaporte de pertenencia a su grupo social. Y junto con pertenencia, la legitimidad, ya que para ciertos imaginarios sociales el hecho de ser la esposa o el hijo/a de alguien confiere legitimidad. En tercer lugar, el sometimiento satisface necesidades masoquistas, fenómeno remarcado hace más de setenta años por Joan Rivière⁴⁹, una psicoanalista kleiniana. En personalidades culposas, el masoquismo, en este caso la búsqueda de alguien que la agrede, engendra una forma alienada de equilibrio, en tanto el sufrimiento alivia la culpa. Hay un “masoquismo culturalmente inducido”, ligado a nociones religiosas (los que sufren son bien vistos por la divinidad, y serán recompensados en el más allá) y/o genéricas: “las mujeres deben ser abnegadas”, “las mujeres se han hecho para sufrir”. En cuarto lugar, el sufrimiento puede ser una forma de realización del narcisismo: la capacidad de soportar condiciones adversas y dolorosas testimonia de la fuerza interna, y torna más admirable (para sí misma y para los otros) a quien las sobrelleva.

Hemos visto que de cada nivel se toman en cuenta ciertas dinámicas internas y sus resultantes, en función de la incidencia de estas últimas en los otros niveles. Así, por ejemplo, del nivel macrosocial se consideran los tipos de ser humano necesarios, tipos que responden a las necesidades del conjunto de sus dinámicas internas, de tipo económico, geopolítico, político amplio, histórico, etc.. No me he detenido a analizar cada una de esas dinámicas, ni el interjuego de las mismas, sólo me remití a una de sus resultantes: en cada momento histórico, en cada lugar, en cada estrato social: ¿cuál es el ser humano necesario? A partir de allí tomé en cuenta cómo se organizan otros niveles de análisis, por ejemplo el modo de organización social, que expresa las dinámicas de la organización social en un estrato regional. No es lo mismo el ser humano necesario en el MOS campesino que el necesario para el metropolitano de clase alta.

Pero este nivel estaba alejado todavía del que incide más directamente en la producción de la subjetividad. Para acercarnos fue necesario abordar alguna institución intermedia, como la familia. En ella analicé sus dinámicas para producir los mecanismos grupales que engendraron las pautas internalizadas en cada sujeto que respondían a esa encomienda social. Sin duda las pautas grupales familiares son distintas en cada modo de organización social, en cada estrato, en cada cultura sectorial, y pueden adquirir variantes específicas en cada familia, pero lo más importante es la resultante a nivel de la subjetividad.

⁴⁹ KLEIN, Melanie y RIVIERE; Joan: *Las emociones básicas del hombre*, Nova, Buenos Aires, 1960

Es así como se arma un modelo epistemológico, el de los sistemas complejos, en el cual a cada nivel se le interroga sobre sus resultantes en relación a los otros niveles, según lo que sea interesante para esta investigación. Obviamente, los niveles de análisis no dan respuesta; quien las da es la disciplina que se ocupa de ese nivel de análisis. Ese es mi modelo de interdisciplina: poder interrogar a cada disciplina sobre las cuestiones pertinentes a su especificidad que puedan dar cuenta de las preguntas que la investigación requiera. En mi investigación debí interrogar centralmente a varias ciencias sociales y al psicoanálisis, así como a los aportes del movimiento institucionalista y del feminismo. Del movimiento institucionalista tomé algunos conceptos, empezando por el de institución, pero también el concepto de implicación (conjunto de influencias cognoscitivas y emocionales, concientes e inconcientes que atraviesan y determinan la subjetividad del investigador y que inciden en su tarea, en tanto la neutralidad valorativa no existe), el de imaginarios sociales (como un nivel más sectorial y concreto de la ideología, tanto a nivel conciente como inconciente) y el de relación intergrupala dentro de un conjunto o establecimiento. Del feminismo tomé, fundamentalmente, el concepto de género y de empoderamiento.

Pero también he recurrido a los aportes de otras disciplinas, como la lingüística, la psicología social y la psicodinamia del trabajo.

Tradicionalmente los psicoanalistas, en particular los lacanianos, han tomado la lingüística de De Saussure como sinónimo de lingüística. Con ello han hecho un recorte bastante estrecho tomando en cuenta la variedad de aportes hechos por otros lingüistas. Pero a partir de los ochenta, los lingüistas y los sociólogos se han ido alejando de estas concepciones, que se han dado en llamar lingüística estructural (incorrectamente, ya que todas son estructuralistas) para orientarse hacia otras corrientes que le dan otro valor a lo social. En los estudios de caso me he valido de los aportes de dos de esas corrientes: la lingüística de la enunciación, y las propuestas de Austin⁵⁰ en relación a los actos de palabra. Considero que las posibilidades de alguien de decir o callar algo no sólo se refieren a una cuestión de conocimiento, en sentido cognoscitivo estricto. Tampoco se reducen al proceso interno de represión. Obviamente, estas dos determinaciones están presentes. Pero también tiene que ver con el lugar social que se ocupa y, en el estudio de casos que realicé, con el lugar dentro de la estructura de poder intraconyugal. De allí la importancia de analizar el proceso de enunciación. Por otro lado, decir algo

⁵⁰ BOUTET; Josiane: *Paroles au travail*, L'Harmattan, París, 1995

no es sólo transmitir una información, sino, en muchos casos, es una forma de hacer, de transformar una realidad: son los actos de palabra.

Entre los casos estudiados el que ofrece ejemplos más claros de estos fenómenos de la lingüística es el de la señora M. Esta mujer siente una gran rabia hacia el esposo por los maltratos y humillaciones que él inflige al único hijo hombre que tienen. Sin embargo el miedo la paraliza y no puede expresarlo ni expresar su rabia. El marido detenta el poder dentro de la pareja y de la familia. Ella misma, convencida de su “debilidad” y de su “ignorancia”, le ha conferido todo el poder al esposo. El ejerce la autoridad. Ella tiene una pobre autoestima y no puede asumir la defensa del hijo. Sólo puede sentir rabia. E impotencia. Por otro lado M ha incorporado una pauta de su cultura: el silencio. Las mujeres no hablan con los hombres. Hablan con otras mujeres.

Es de mi interés subrayar algunos matices que en esta cultura del México metropolitano de hoy, tienen la palabra y el silencio. Algunos sectores de la cultura católica condenan que las mujeres hablen con los hombres. Y destina a “un hombre” como el interlocutor al que las mujeres pueden y deben acudir para hablar: el sacerdote confesor. Por otro lado los hombres no hablan ni con las mujeres, ni con los otros hombres. La comunicación se establece a partir de una serie de códigos cifrados. Este “silenciar” los vínculos se da incluso en el interior de la pareja. La intimidad también es silenciada y los miembros se mueven según esos códigos impuestos por la cultura que, de alguna manera, empobrecen la comunicación. Hay una serie de implícitos que pautan una modalidad de comunicación. Hay una división del trabajo y una división de las funciones. Y hay también una división en el ejercicio de la palabra y del silencio.

Pero incluso hay una imposibilidad de construir una representación de los dos integrantes de la pareja, y de cada uno de ellos dentro de la pareja. Este es un problema serio que crece a medida que está vinculado con los medios de comunicación. La palabra es cada vez más acotada en términos de su universalidad. Este fenómeno se hace evidente en el uso del lenguaje cotidiano y coloquial: la gente cada vez sabe menos cómo hablar y utiliza cada vez menos palabras para expresarse. Y al referirse a sus emociones utiliza cada vez más los estereotipos pautados por los medios masivos. Esta es, de cierta manera, otra modalidad del silencio. Es un silencio disfrazado. Se expresa a través de aquello que flota en el ambiente público. Los hombres y las mujeres dicen, repiten, lo que aprenden de los medios para poder hablar de lo que

sienten. Y como todos están inmersos en esta lógica, todos entienden el código, aunque nadie comprende a nadie. La gente es incapaz de transgredir la barrera intelectual impuesta por los medios a través de los estereotipos.

La cuestión de la palabra es muy importante para este estudio en tanto en casi toda la casuística la palabra fue el vehículo a través del cual estas mujeres lograron empoderarse. La palabra es una de las herramientas mediante la que se construye la confianza y se la confirma. Y como ya lo mencioné en relación con la construcción de la identidad (capítulo II), la confianza es uno de los sustratos de todo el posterior desarrollo de la vida del niño/a y del adulto/a.

La palabra va de la mano del empoderamiento. Decirse que se es capaz es una manera de comenzar a ser capaz. Llamarse a sí mismo es una manera de reconocerse y de encontrarse. Decirse a sí mismo y llamarse a sí mismo son expresiones de nivel conciente, y tienen el significado anterior en la medida que se correspondan con cambios estructurales profundos, esto es a nivel inconciente. En caso contrario, nos encontramos ante un fenómeno muy habitual en la clínica: la disociación entre las palabras y las acciones, que expresa la escisión entre las palabras y los contenidos inconcientes.

Las mujeres no hablan con los hombres por todo lo que acabo de exponer. Pero los hombres no sólo no hablan: han sido educados en la represión de sus emociones. Las mujeres tienen el recurso del llanto. Los hombres no. Llorar es, para esta cultura del México metropolitano moderno, sinónimo de debilidad. El hombre que llora es “maricón”. Incluidos los hombres gay. Los hombres tienen tal grado de identificación con el silencio que hasta el dolor se vuelve cuerpo y se acalla. En la práctica clínica esto puede apreciarse a través de dos conductas: las resistencias de los hombres a acudir a la psicoterapia porque ellos “no hablan de esas cosas”, o bien, “¿de qué van a hablar?”, por un lado. Y por el otro, cuando acuden, no soportan mucho tiempo el hablar y el confrontarse con sus cosas. De allí que el grado de deserción de los hombres en los tratamientos psicoterapéuticos sea muy alto. Prefieren “mandar” a otros a la terapia: las esposas, los hijos.

Existe también otra manera de silenciar: hablando. En muchas situaciones en que los implícitos se han socializado (puesto que es la propia cultura la que los fabrica), una manera de simular el silencio es hablando. Un ejemplo claro de este fenómeno es el personaje cinematográfico de Cantinflas, encarnado por el actor Mario Moreno. Cantinflas habla para simular lo que no se dice, para simular lo que se silencia. Cantinflas habla para no decir.

Si uno de los logros de quien alcanza el empoderamiento es la capacidad para volverse autónoma/o, quien se empodera aspira a encontrar una pareja simétrica, es decir, que tenga un manejo autónomo equivalente. Para las mujeres que logran empoderarse es lógico pretender tener un compañero que también esté empoderado y que tenga el mismo manejo de la palabra

Hay una tradición cultural del silencio. A los hombres no solamente les cuesta hablar. También les molesta que las mujeres hablen. Se fastidian. Y las mujeres reclaman ese silencio, cosa que genera mucho enojo en los hombres. En mi experiencia clínica se puede apreciar este fenómeno con gran crudeza: son las mujeres las que buscan ayuda para poder resolver los conflictos. Los hombres, si aceptan acudir a la consulta, lo hacen en una actitud de atacar para defenderse, siempre temiendo la acusación. Es como si no pudieran incorporar en su código de posibilidades que hablar es para aclarar y resolver, no para atacar y pelear. Es una redefinición del quehacer terapéutico que hay que hacer constantemente para evitar que la ansiedad persecutoria (miedos) aumente y el hombre se vaya, abortando así la posibilidad de diálogo y la de intentar soluciones. Frecuentemente oímos en los consultorios esta frase: De eso no quiero hablar.

Las mujeres tienen menos miedo a hablar. Las mujeres necesitan plantear sus angustias para ser escuchadas. Muchas veces no esperan una respuesta, sino solamente que el Otro sea capaz de escuchar. En la clínica sabemos muy bien cómo es la función de ser “simplemente oreja”: las mujeres hacen su catarsis (descarga) hablando, contando. Pero los hombres raramente comprenden esta demanda. Lo que ocurre con mayor frecuencia es que se ponen ansiosos porque temen al planteo de las mujeres. Se angustian y se cierran o, en su defecto, como una manera de paliar su incapacidad para escuchar, ofertan cosas, regalos, como una manera de demostrar que las quieren, que les importan. Se instaura así un mecanismo perverso: se “compra” la comprensión, a través de objetos, que intentan calmar la angustia y que disfrazan la imposibilidad masculina para comprender. Se instala un lenguaje doble en la base de la comunicación de la pareja: el de la palabra y el de la acción.

Regreso a mi casuística, y retomo el caso de la Sra. M. En la medida que M se va “curando”, su subjetividad cambia. Ella va asumiendo su callar, y las consecuencias de su silencio. En su terapia sí habla. Comienza una nueva

manera, diferente de la tradicionalmente aprendida, que la va llevando a un cambio paulatino. Su autoestima crece y su miedo disminuye, o desaparece. Es entonces cuando ya percibe que ella también tiene poder. Un poder que le permite hablar (enunciación) y defender a su hijo. Con este “hablar” asume una posición que cambia el juego de poderes que se daba dentro de la pareja: ella ya no acata la violencia del esposo. Las cosas cambian. El ya no puede hacer lo que él quiere (ejercer su sadismo sobre el hijo). Ella ya siente las fuerzas necesarias para hacer valer su posición y defender al hijo. Ya hay un acto de palabra que brinda una diferente correlación de fuerzas a la relación de la pareja. Tal como lo refiere Austin, este acto de palabra (palabras que producen acciones) pone en marcha verdaderas transformaciones en la dinámica familiar. La señora M va cambiando sus viejas pautas de la tradición para pasar a vivir en la modernidad, en la medida que se aparta de las ancestrales órdenes de silencio y sumisión.

También deseo señalar, a propósito de estas nuevas conductas de la Sra. M, que este nuevo poder entra dentro del concepto feminista de empoderamiento, en tanto es un poder que se ejerce con autonomía, para lograr el desarrollo de alguien, sin oprimir ni someter a nadie.

Hay una tercer vertiente que no he utilizado, pero que en futuras investigaciones podría ser de enorme utilidad. Es la elección de palabras, en función de nivel social, de género, etc. Helena Hirata⁵¹ viene estudiando este proceso desde hace muchos años en relación con el idioma japonés. Es así que nos explica que los *kandôshi* son palabras que expresan las emociones, y pueden ser utilizadas en forma diferente por hombres y mujeres. El lingüista japonés Hiroko Oshima ha estudiado detenidamente las palabras que denotan la diferencia de sexo del locutor. Hay todavía un cuarto nivel, que promete dar frutos, para futuras investigaciones: es el análisis de las jergas o usos intragrupal, en este caso intrafamiliares y/o intraconyugales. Un quinto nivel, que está siempre presente en la aproximación psicoanalítica, y que, por ende, no ha faltado en mi investigación, es el sentido subjetivo de las palabras: por su valor simbólico, como cosa concreta, como acción.

Muy ligados a la lingüística están los aportes de la comunicología. También he apelado a ellos a lo largo de mi investigación, y me he detenido en ciertas consideraciones importantes para este estudio en el capítulo II. Los he incluido en dos niveles: cuando se analizaron los medios masivos (por ejemplo el mecanismo de la escena simétrica invertida), pero también a nivel

⁵¹ HIRATA, Helena: *Travail et affects*. Ob. Cit.

intrafamiliar. Las relaciones entre grupos de mensajes⁵², esto es entre mensajes y respuestas, así como entre niveles de mensajes (metamensajes o mensajes de tipo lógico superior) son indispensables, en tanto las contradicciones entre mensajes de un mismo nivel, pero más aún entre mensajes y metamensajes, tienen un valor fundamental para producir convicciones y/o para generar desorganizaciones en el sistema lógico y emocional del receptor.

La psicología social me ha brindado conceptos claves a los objetivos de mi investigación. Las nociones comunicacionales anteriormente mencionadas, así como las modalidades de liderazgo y de vinculación, son insoslayables para entender las relaciones entre sujeto y sociedad. Más precisamente, las equivalencias conceptuales entre la noción psicosocial de vínculo, y la psicoanalítica de relación de objeto, constituyen uno de los puentes más fructíferos para el pasaje de un nivel al otro. En los estudios de caso hay algunos ejemplos. Sólo citaré uno. La Srta. N tiene un vínculo con el padre en el cual ella es situada en la posición de la más bella, la más inteligente, etc. Esta afirmación exagerada de sus valores la conduce a un narcisismo irreal, pero también a la estructuración de un objeto internalizado: alguien que le alabe sus virtudes en forma exagerada. Este objeto internalizado es luego buscado en el mundo real, y aparece como una necesidad de tener hombres que la idealicen.

Recapitulando

Mi investigación no se ha reducido al análisis de las condiciones de producción del sometimiento femenino en un grupo de mujeres de un sector social específico. En todos los casos, he puesto especial énfasis en la inteligencia de los mecanismos de desujetación, esto es, de liberación del sometimiento, o como lo he denominado, de empoderamiento, entendido como ejercicio de conductas autónomas que implican el uso del poder para el propio crecimiento y desarrollo, sin detrimento alguno para los demás.

En mis estudios de caso, he tomado en cada uno de los capítulos respectivos un mecanismo central que permitió a la mayoría de las mujeres investigadas (en realidad, a todas menos una), llegar a conductas de empoderamiento. Para comprenderlo, hay que visualizarlo en acción. Y la acción significa un cambio radical a nivel de la subjetividad. O sea, como hemos visto en el Cap. III, centrado en la adquisición de dinero como vehículo

⁵² RUESCH; Jurgen: *La matriz social en Psiquiatría*. Ob. Cit.

de transformación, no alcanza con tener los elementos que hacen posible la liberación del sometimiento, es necesario un cambio intrapsíquico para poder utilizarlos y transformarse. Por ejemplo, la Sra. E realiza una labor de construcción/reconstrucción de vínculos, lo que le produce una revalorización en y desde lo social, una reinserción aceptada. El conjunto expresa en comportamientos los cambios internos que E consiguió con su terapia, y, a su vez, esos cambios transformaron tanto el narcisismo como la relación entre el yo y el superyo. Pero tales cambios no llegaron a modificar el núcleo identitario central. La Sra. E pudo hacer muchas modificaciones en su vida y ejercer poder al hacerse cargo de la empresa que heredó de su padre. Pero dicho ejercicio del poder es una réplica del poder patriarcal que ella sufrió antes, cuando lo ejercía su esposo o las figuras masculinas relevantes de su historia. Y ahora lo ejerce ella. La sometieron y ahora somete. Se trata de poder, pero no de empoderamiento. Ella se reinsertó en la red de poder que conocía, sin hacer ningún cambio en las relaciones que dicha red supone.

En otro aspecto, el de la belleza, la señora E tampoco pudo empoderarse a partir de su cuerpo. Parafraseando a Graciela Hierro, el verdadero empoderamiento comienza con el propio cuerpo de las mujeres. Para E su cuerpo no era de ella. Nunca lo fue. Era en función de los Otros. Siempre se miró en el espejo que reflejaban las miradas de los Otros. Sobre todo, la del esposo. Por lo tanto este tipo de vínculo se basó siempre en el sometimiento al juicio del Otro. No era un cuerpo autónomo, para ella, con prescindencia de los Otros.

La Sra. O, quien también recibió dinero por herencia, recorrió un camino muy diferente de la Sra. E. Su gran carencia de autoestima la llevó a transitar de una familia rica a una familia política de clase media y con grandes prejuicios típicos de la burguesía de un grupo social donde el poder es de los hombres y las mujeres lo acatan y se someten. Esta mujer se insertó en dicha dinámica y le confirió al esposo todo el poder, la autoridad y la inteligencia. Ella asumió un rol de tonta e ignorante. Sin embargo, y pese a la presión que ejercía el marido para que ella le cediera el dinero y los bienes que heredó de su padre, ella no lo hizo. Tal vez porque existía otro poder masculino que la contenía (su hermano, administrador de sus bienes). Tal vez porque en un nivel muy inconciente se salvaguardaba de entregar el dinero a un marido que usufructuaba su condición de “mantenido” por esposa rica. Lo interesante es resaltar que sí le entregó su cuerpo cuando se sometió a una operación cruenta e innecesaria para agradarlo y agradar a su familia política. También le entregó su valoración intelectual cuando asumió que ella era la bruta e

ignorante de la pareja y él era el inteligente y culto. Pero el dinero, con su valor de fetiche que tiene en una sociedad capitalista, no se lo entregó. Y esta preservación le permitió concretar una mejor separación de su esposo cuando ella estuvo en condiciones de asumir la conducción de su propia vida.

La señora O pudo pasar de una situación de gran sumisión y devaluación de sí misma, a otra de aumento de su autoestima y progresiva valoración de sus posibilidades gracias al proceso psicoterapéutico, por un lado, y a poseer una identidad no rigidificada que le permitió efectuar cambios muy importantes en su subjetividad. Uno de los más importantes fue el decidirse a estudiar. Ella retomó una carrera que había dejado trunca y que tiene que ver con los medios de comunicación. Y más tarde, uno de los cambios más notables fue que apareciera la necesidad de escribir guiones en donde la mujer no cumpla el rol tradicional. Es ésta una variante muy interesante del mecanismo psicológico de defensa que en psicoanálisis se conoce como *sublimación*.

Está claro que en ambos casos, el empoderamiento no surge de la posesión del dinero como instrumento, sino de las transformaciones subjetivas que permitieron, o no, utilizarlo para cambiar las relaciones de poder dentro de la pareja. A guisa de verificación, la hermana de la Sra. O recibió igual cantidad de dinero en herencia, pero no tuvo las potencialidades psíquicas para poder transformarse. Esta mujer sí le entregó el dinero heredado al esposo y se transformó en una esposa absolutamente dependiente de su marido. Ella no pudo lograr empoderarse como la Sra. O.

En el capítulo IV analicé el valor del trabajo como instrumento de transformación subjetiva. El trabajo tiene la doble consecuencia de poner en marcha aspectos inconcientes infantiles y de crear o transformar estructuras de personalidad. En ambos casos los cambios producidos pueden ser en sentido de salud o de psicopatología. Las aproximaciones actuales de las disciplinas del trabajo desmistifican el viejo convencimiento de que el trabajo es un martirio, un castigo, tal como aparece en la cosmovisión judeo –cristiana. El concepto que se maneja actualmente considera al trabajo como elemento transformador. Para entender las relaciones entre trabajo y subjetividad, me he remitido a los aportes de la psicodinamia del trabajo.

Los estudios acerca de la relación entre trabajo y salud mental datan de hace no muchos años. Cada vez más hay una mayor toma de conciencia de la enorme importancia que el trabajo tiene como productor de condiciones de salud. El trabajo es un espacio de realizaciones: se pone en juego la

creatividad, la inteligencia, las posibilidades del sujeto. Todo esto contribuye a la estructuración del narcisismo. Hay trabajos muy estrechamente ligados a la identidad, como algunos de los que mencionamos en los estudios de caso. Esto se debe a la importancia de los elementos psíquicos que se movilizan, y cuyo resultado es una incorporación plena del trabajo como elemento constitutivo de la subjetividad. Como ejemplo, ser escritora en el caso de la Sra.S, o en el caso N, su actividad creativa. En el territorio de lo laboral se ponen en juego muchos elementos: la capacidad de aprender, la posibilidad de establecer relaciones humanas significativas, las relaciones de poder. El trabajo puede proporcionar, a quien lo realiza, un sentimiento de inserción y valoración social, que revierte, a su vez, en la expansión del narcisismo.

Con la progresiva inclusión de las mujeres en el mercado laboral todos los estudios acerca de la psicodinamia del trabajo se han ampliado. Y apareció, entonces, la visualización del otro fenómeno importante que juega en las vidas de las mujeres: el trabajo invisible. Que, como todos y todas sabemos, es aquél que se nota cuando no se hace. Todo lo cual ha hecho que la actividad laboral, un lugar donde se transmite y se pone en acción la ideología dominante en la cultura, devenga en un campo muypreciado para estudiar, también, las relaciones entre los géneros.

Es de todos bien conocido que en el mercado de trabajo se producen grandes discriminaciones entre los géneros. Y que los salarios de las mujeres son menores, a pesar del reconocimiento que de ellas se hace para la ejecución de determinadas tareas (por ejemplo aquéllas que requieren de coordinación manual fina, o de gran atención y responsabilidad, o de necesidad de mucha prolijidad en la ejecución de tales tareas). En el ámbito del trabajo se juegan, además, otros conflictos propios de las culturas patriarcales, como el acoso sexual.

En los estudios de caso pudo observarse la poca o nula valoración que del trabajo doméstico, del trabajo invisible, se hace. Inclusive por parte de las mismas mujeres, quienes aún hoy lo sienten como “lo que deben hacer” y no como un trabajo que, en tanto tal, debe ser reconocido de alguna manera. Y hasta recompensado. Tanto la señora M como la señora E consideraban que asumir el trabajo doméstico (aunque se tuviera ayuda) era una cuestión prioritaria para las mujeres y mucho más importante que estudiar o ir a una conferencia . La señora E acusaba a su hija de ir a estudiar para conseguir amantes, en lugar de quedarse en su casa a cuidar de sus hijos y de su marido.

¿Cuáles son los mecanismos subjetivos que se ponen en marcha con el trabajo?. En primer lugar, el ya mencionado mecanismo de sublimación. El trabajo puede servir así para descargar pulsiones y aspectos reprimidos, transformadas sus características. Así, tendencias sádicas pueden encontrar una vía satisfactoria a través de actividades que requieran destrucción de cosas inanimadas. En segundo lugar, el trabajo puede ser el núcleo de la identidad, como suele ocurrir con artesanos, artistas, profesionales, etc. En tercer lugar, el trabajo puede ser un espacio de resonancia metafórica en relación a tendencias infantiles, como por ejemplo en las actividades de reparación de maquinarias. Por supuesto, el trabajo es una puesta en marcha de las capacidades del sujeto en términos de inteligencia, creatividad, aprendizaje y servicio social.

Un elemento –pero no el único- que marca la diferencia entre el trabajo como fuente de vida y crecimiento y el trabajo como castigo es la cuota de placer que engendra. Sin embargo algo puede ser placentero porque es alienado, y no por ello significa que el placer en el trabajo sea sinónimo de realización personal o de creación de salud mental.

Quisiera poner de relieve que no toda actividad laboral garantiza por sí misma la plenitud de un sujeto. Ni tampoco garantiza el desarrollo de sus potencialidades. Ni el desarrollo de conductas autónomas que luego se van a sintetizar en actitudes de seres empoderados. El trabajo debería ser una vía de realización personal para que el sujeto alcanzara, a través de él, un estado de plenitud.

Evidentemente, a la luz de toda esta conflictiva, poder lograr trasponer las prohibiciones internas y externas que una actividad no de esposa ni de madre supone, implica una lucha y un esfuerzo que no todas las mujeres pueden librar. Por ello en los estudios de caso presentados intenté mostrar algunas vías a través de las cuales las mujeres pueden llegar a tener esta autonomía, este “adueñarse de sí mismas y de sus vidas”, que llamé *conductas de empoderamiento*.

En el capítulo V se hizo hincapié en el estudio, en tanto actividad estructurada para la adquisición de conocimientos, como elemento que permite a algunas mujeres acceder al empoderamiento. Caben algunas de las reflexiones que hice en relación con el dinero y el trabajo. El estudio proporciona una posibilidad de crecimiento y autonomía. Este crecimiento y autonomía pueden quedar escindidos de otras partes de la personalidad, y en ese caso la sujeto se desdobra en una mujer sometida y sujeta en muchos

terrenos de su vida, particularmente la familiar, y en otra persona con logros importantes en una esfera profesional o laboral. En los casos R y S, se pudo ver que se produjo una interrelación positiva y transformadora entre los cambios psíquicos debidos a la psicoterapia y la adquisición de conocimientos. A pesar de que en el caso R había una bonanza económica, y en el caso S una situación laboral estable, ninguna de las dos mujeres había conseguido un bienestar psíquico que se tradujera en conductas de empoderamiento. Recién cuando cada una de ellas pudo acceder, por transformaciones intrapsíquicas, a adquirir conocimientos a través del estudio en tanto actividad formal o estructurada, llegaron a una condición vital de plenitud.

El lugar de la psicoterapia

Ni el trabajo, *per se*, ni el estudio *per se*, ni el dinero, *per se*, garantizan que alguien se empodere. Tal fue el primer caso clínico presentado: la señora E adquiere poder, pero no se empodera. En los otros casos clínicos presentados fueron diversos tópicos los tratados. Salvo en el caso de N, mujer joven, sin hijos, en todos los demás la maternidad es un punto central en la vida de estas mujeres. Sin embargo su deseo de desarrollo y de cambio es mayor a permanecer meramente en el lugar socialmente aceptado y cada una da un frente de lucha para tratar de cambiar su problemática y modificar su vida de manera de poder alcanzar experiencias más plenas y satisfactorias que las llevarán a lograr empoderarse. Pero en el caso de estas mujeres jugó un papel muy importante la aceptación e inclusión de la terapia como una vía para lograr cambios en su vida.

Este es un punto en el que deseo detenerme. Los grupos sociales que conocen y aceptan la psicoterapia como una alternativa de curación y de promover modificaciones en la propia personalidad, son pocos y con características muy especiales. Son personas con cierto nivel intelectual y cultural, para cuyos estándares la psicoterapia no queda restringida al campo de la magia, sino que despega desde el campo de la ciencia. Eso hace que la actitud de esas personas sea totalmente distinta de quienes se someten por fe (religiosa, por ejemplo) o por creencias (magia, por ejemplo) a tratamientos, rituales, dietas, etc. para conseguir cambios en sus vidas. El lenguaje de la psicoterapia psicoanalítica se va conociendo e internalizando a medida que el/la paciente va avanzando en su proceso. Cada sujeto va conociendo y reconociendo durante dicho proceso sus mecanismos, sus rasgos de personalidad, sus fuerzas y sus debilidades. El terapeuta va acompañando al

analizando por un camino que, más tarde o más temprano, dotará al sujeto de una mirada en la cual se hacen evidentes aquellas cosas que estaban ocultas a sus ojos y que la terapia *develó*. Son como los misterios. Sus significados se van aclarando y el sujeto se adueña de lo que le estaba oculto porque le era misterioso...

Se dice que luego de una terapia analítica la ingenuidad se termina para dar paso a una mirada menos cándida. De alguna manera ello es cierto. Uno/a ya no mira al mundo con el mismo candor. Y en el caso de las mujeres, no cambia solamente la mirada en relación a dónde están los poderes y quiénes los detentan. También cambia la mirada acerca de cuáles son las fuerzas que se necesitan para conseguir cristalizar los cambios. Cada mujer puede ir evaluando en su interior cómo se siente en cuanto a la propia capacidad para poder acceder también ella al poder. Al menos al poder de manejar su propia vida. Al menos al poder de sacudirse las viejas ataduras impuestas por la cultura.

No quiero decir con esto que sin proceso psicoterapéutico las mujeres no pueden llegar a conductas autónomas. De ninguna manera. Sólo deseo subrayar la función de la psicoterapia como proceso curativo que propugna mayores y mejores desarrollos en la gente.

Por otro lado creo que hay muchas otras experiencias que cumplen los mismos objetivos de impulso al crecimiento y a la autonomía en las personas. Es decir, son experiencias con igual valor “terapéutico”: me refiero a tener contacto con determinadas personas que ayudan en la vida a que uno/a crezca, a experiencias como viajar, estudiar, conocer otros grupos sociales, participación política, etc. Me restrinjo a la psicoterapia por haber sido, en estos casos que he presentado, la vía a través de la cual ciertos cambios se facilitaron, o se lograron, o se pusieron en marcha. En ese sentido la psicoterapia actúa como caldo de cultivo para que las mujeres, en la medida que recuperan su autoestima, acudan a una movilidad que les permite una diferente construcción de la propia subjetividad y que se concretizará en la asunción del manejo de sus propias vidas. Es decir, a pesar de lo socialmente asignado, la experiencia biográfica de cada una se resignifica y adquiere una posibilidad que trasciende lo asignado para transformarlo en un proceso nuevo, autónomo. Hay una nueva modalidad de concebir a la autoridad que había sido introyectada como puesta afuera de una misma, en los Otros, sobre todo en los Otros masculinos. Hay una nueva resignificación de la autoridad a partir de nuevos valores, diferentes de los tradicionalmente aprendidos.

Algunas reflexiones finales

Los fenómenos de cambio social que impone la modernidad han sido estudiados desde diferentes perspectivas y por diferentes investigadores. La sociedad ha experimentado tales modificaciones que instituciones como la familia, la pareja, el trabajo, han perdido su carácter de estables, para dar paso a fenómenos tan nuevos como imprevisibles. Y como todo cambio, estas nuevas manifestaciones del devenir humano imponen sentimientos de temor. Se trata del miedo a lo nuevo, a lo desconocido.

En esta nueva sociedad, el hombre y la mujer experimentan nuevos sentimientos, vivencias distintas, todos teñidos de una gran incertidumbre. La modernidad rompe con la antigua sensación de certidumbre, de estabilidad. Ya no hay parámetros estables con los cuales medir experiencias íntimas y profundamente individuales como el amor, la amistad, el goce, el deseo. Las nuevas formas sociales imponen un ritmo, una vertiginosidad, que tornan todo muy difícil y bastante inasible. Se trata de algo que ya no se controla a través de los conductos sociales ya conocidos y que implica, entonces, una gran probabilidad de falta de control y del advenimiento de un nuevo factor: el riesgo. La sociedad en general deviene en sociedad del riesgo. “Los hombres⁵³ deben entender su vida, desde ahora en adelante, como estando sometida a los más variados tipos de riesgo, los cuales tienen un alcance personal y global”.⁵⁴

La actual realidad social tiene una dinámica propia, a la que los individuos deben adaptarse no sin grandes dificultades. Las mujeres tienen cada día mayor acceso a la educación y aspiran a posiciones dentro del mercado laboral. Trascienden así el ámbito familiar, doméstico y privado y esto conlleva una serie de modificaciones en el interior de la pareja y de la familia. Los hombres, aun aquéllos que postulan su acuerdo con todos estos cambios de las mujeres, no siempre llevan a la práctica este apoyo que sustentan en sus declaraciones. No les convence la competencia femenina en el mercado de trabajo, ni tampoco están muy dispuestos a asumir verdaderamente la división sexual del trabajo doméstico. Las mujeres, por su biología, deben hacerse cargo de la maternidad en tanto gestación y parto. Pero ello no supone que la crianza de los hijos sea tarea solamente de la

⁵³ El autor denomina “hombres”, en sentido genérico, como humano, pero se refiere a hombres y mujeres

⁵⁴ GIDDENS, A., BAUMAN, Z., LUHMANN, N. Y BECK; U.: *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Anthropos, Barcelona 1996

madre. Se trata de que *madre* y *padre* asuman la educación del hijo. Y esta asunción no siempre es bien recibida por los papás.⁵⁵

En el escenario del amor ha habido cambios muy notorios y fundamentales. En la sociedad preindustrial las relaciones de matrimonio se establecían tomando centralmente en cuenta diversos intereses: se unían familias o estirpes, con la finalidad de asegurar la continuación, o agrandamiento del rango social, o de la economía familiar, pero no por amor o deseo entre los miembros de la pareja.

El devenir histórico y social trajeron aparejados grandes cambios en el tipo de constitución de las parejas. Poco a poco fue desplazándose el mayor peso en la elección y el veto, desde la familia al individuo. Hoy son los hombres y las mujeres quienes, en la mayoría de las culturas, escogen a quien será su compañero/a. Cada vez más estas elecciones se basan en motivos personales, que van desde el cariño y la atracción físicas, hasta la conveniencia religiosa, étnica, de grupo social y económica. Sin duda se da una elección en términos de mayor libertad para los miembros de la pareja. Pero, al mismo tiempo, todo aquel recurso de garantías, todo aquel continente que la familia y la sociedad en general, brindaban a la pareja como respaldo y seguridad, se han perdido. Ahora el respaldo deben darlo los individuos por ellos mismos, como así también deben asumir los nuevos riesgos que la sociedad moderna implica, las luchas y conflictos que la inseguridad y la falta de certidumbre conllevan.

Las cuestiones actuales de la Sociología hacen permanente referencia a conceptos tales como “modernidad”, “posmodernidad”, “sociedad de riesgo”, “modernidad reflexiva”. Aunque sólo se refieren a un sector de algunas sociedades metropolitanas occidentales, sus reflexiones me parecen muy dignas de ser tomadas en cuenta. Sin duda los cambios sociales están en marcha y con una velocidad mayor a la que los cambios individuales pueden procesar sin caer en desfases o desestructuraciones. Estos sociólogos señalan que los avances tecnológicos, los progresos científicos, las alternancias económicas, pautan nuevas formas de sociedad en las que las que los sujetos reciben los impactos y deben reestructurar nuevos estilos de vida que van desde lo más íntimo, como son otras aproximaciones al amor⁵⁶, hasta la reorganización de las vías de ingerir alimentos procesados de las maneras más sofisticadas. Para estos sectores sociales, los viejos tiempos ofrecían más

⁵⁵ BECK, Ulrich, *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Paidós, Barcelona, 1998. Pág. 135-140.

⁵⁶ BECK, Ulrich y BECK-GERNSHEIM, Elisabeth: *El normal caos del amor. Las nuevas formas de la relación amorosa*. Paidós Ibérica, Barcelona 2001.

obligaciones, pero también más seguridades, en tanto las estructuras sociales (familia, trabajo, grupos de pertenencia) eran más estables.

La modernidad oferta más libertad, pero también más inseguridad. Se carece ahora de la certidumbre. Nadie puede asegurar cuánto va a durar un matrimonio, ni cuánto va a permanecer un sujeto en un trabajo, ni cómo será su adscripción a un grupo, ni qué período de tiempo contará con esos/as compañeros/as, pues en cualquier momento alguien puede ser relevado, o trasladado o despedido de su posición laboral. Es así que ciertos investigadores caracterizan a ésta como “la sociedad del riesgo”⁵⁷. Al respecto, Giddens expresa: “La carencia de significado personal –el sentimiento de que la vida no tiene valor alguno que ofrecer- se convierte en un problema psíquico fundamental en el contexto de la modernidad tardía. Deberíamos entender este fenómeno en términos de represión de las cuestiones morales que la vida cotidiana plantea y cuyas posibles respuestas son negadas. El “aislamiento existencial” es, no tanto una separación de los individuos entre sí, como una separación de los recursos morales necesarios para vivir en plenitud”.⁵⁸

Un autor español contemporáneo hace una serie de reflexiones que considero muy valiosas para orienta futuras investigaciones en el tema de mi tesis: Manuel Castells⁵⁹. Retomando a Juliet Mitchell⁶⁰, este autor afirma que “...la conciencia de las mujeres es la revolución más importante porque llega al núcleo de lo que somos”. Castells⁶¹ agrega que esto es irreversible, pero que los problemas de discriminación, opresión y maltrato a las mujeres y a sus hijos no han desaparecido. Y que “la violencia interpersonal y el maltrato psicológico se generalizan, debido precisamente a la ira de los hombres, individual y colectiva, por su pérdida de poder⁶². Añade que la transformación en la conciencia de las mujeres y los valores sociales en la mayoría de las sociedades en menos de tres décadas, es asombrosa y que sus consecuencias son tan profundas que van “del poder político a la estructura de la personalidad”⁶³.

⁵⁷ BECK, Ulrich: Ob. cit.

⁵⁸ GUIDDENS, A. et al: Ob. cit. Pág. 42

⁵⁹ Agradezco enormemente a la Dra. Gina Zabudovsky haberme sugerido la lectura de este material

⁶⁰ MITCHELL, Juliet: “Women:the longest revolution”, en *New Left Review*,40,novbre-dicbre 1966

⁶¹ CASTELLS, Manuel: *La era de la información. El poder de la identidad*, Vol. II, Siglo XXI, México, 1999

⁶² Ibid,pag 160-161

⁶³ Ibid. pag 161

Para este autor los cambios más críticos ya se están produciendo en la estructura de la familia patriarcal y esto conllevará a un desmoronamiento de todo el sistema del patriarcado.

Es muy interesante el análisis que Castells hace acerca del motivo por el cual las propuestas hechas por el feminismo desde hace casi un siglo (o más) tienen en los últimos años del siglo XX una resonancia especial que lleva a los cambios espectaculares que ya se están produciendo. Para Castells el acceso de las mujeres a la educación, así como las transformaciones en el mercado laboral, son los semáforos en verde que propulsaron los mayores cambios en la sociedad. Y señala que el hecho de que la globalización incluya el fenómeno de las comunicaciones que permiten el acceso a nuevas formas de información ha propendido una rápida difusión de las ideas y el movimiento feminista, ya muy diversificado, da lugar a debates en los cuales la identidad de las mujeres se construye y reconstruye permanentemente⁶⁴. Surgen nuevas formas de sexualidad y de amor, contraviniendo las normas tradicionales de la pareja heterosexual: “Se puso en entredicho la heterosexualidad como norma⁶⁵.” Se debilita de esta manera el sistema patriarcal, con nuevas pautas acerca de la familia (familia homosexual, antes ni vista, ni permitida) y una sexualidad libre y con modalidades diferentes.

Castelles afirma que la disolución de matrimonios, sea por separación o por divorcio, es un indicador de enorme peso estadístico en la mayoría de los países desarrollados, en el tiempo presente. Y que ello rompe con el modelo anterior, de relaciones de compromiso a largo plazo (cabe recordar aquí la admonición de “hasta que la muerte nos separe” que todavía forma parte del rito matrimonial católico en la ceremonia religiosa). Esto da pie a una primera manifestación de “desafección” por parte de los miembros de una familia. Y que se prolonga, como situación afectiva nueva, en la instalación cada vez más frecuente de hogares unipersonales o con un solo progenitor (la mayoría de las veces la mujer). Todo lo cual lleva a una verdadera crisis del modelo de la familia patriarcal.

Un fenómeno cuya tendencia es cada vez mayor es el retraso en la formación de parejas. Este fenómeno fue señalado como una realidad presente en la actual economía japonesa por la Dra. Kusuma Snitwongse del Institute of Security and International Studies, Chulalongkorn University, Thailandia⁶⁶

⁶⁴ Ibid pag. 162

⁶⁵ Ibid pag. 162

⁶⁶ Conferencia pronunciada en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM el 28 de marzo de 2003

(y Castells⁶⁷ lo pronostica) en la que se observa, debido al cambio en la subjetividad de las mujeres del Japón, quienes ya no están tan dispuestas ni a casarse, ni a procrear. El problema de la economía japonesa es tener una sociedad consumidora, más que productora. La resistencia a casarse y a tener hijos ocasiona una carencia de individuos jóvenes que afecta seriamente la economía de ese país.

Existe un problema serio de reemplazo generacional. Castells menciona datos estadísticos que muestran también un descenso importante en la tasa de nacimientos en la Unión Europea, en 1995 y este fenómeno es aún mayor en la Europa Oriental⁶⁸. Se basa en los datos de *The Economist* 19 nov. 1996. Castells señala que todo esto no es el fin de la familia porque se están experimentando nuevas formas de estructuras familiares: mujeres que tienen hijos (o adoptan niños) ellas solas, sin compañero; hombres y mujeres que tienen hijos sin casarse, y a veces hasta sin vivir juntos. Pero que, sin duda, el modelo de la familia nuclear tradicional está en proceso de cambio (¿disolución? ¿otros modelos? No lo sabemos)⁶⁹. Y se apoya en estadísticas proporcionadas, entre otras fuentes, por la ONU (*Demographic Yearbook*, 1970-1995), en las cuales resalta el hecho de que países como México, por ejemplo, han elevado en el período 1971-1990 su tasa de divorcios en 157%, seguido del Reino Unido, con el 104 % y Francia, con el 100%. Y es de destacar que Egipto, en cambio, la disminuyó en -32% (probablemente por razones religiosas, ya que la población es musulmana y conservadora).

Castells toma de Jane Mansbridge el concepto de que el feminismo es “el compromiso para poner fin a la dominación masculina”⁷⁰ y la esencia de este movimiento es la redefinición de la identidad de las mujeres. Y pone el acento en el hecho de que en tanto las luchas de las mujeres, ayudadas por la tecnología y los medios masivos de comunicación, crecen y se difunden, se transforman en una identidad colectiva que adquiere cada día más fuerza y más presencia efectiva.⁷¹

Castells habla del patriarcado y cuestiona su terminación. Alude a que el fin del patriarcado dependerá más de las relaciones con las instituciones de dominación, en especial con el Estado, que de la intensidad de las luchas de las mujeres. Insiste en que es una cuestión de estrategias y coyunturas, en tanto hay aparatos de poder cuyos cimientos hoy se tambalean y deben recurrir a la fuerza para imponer sus valores, debido a la extraordinaria contradicción

⁶⁷ CASTELLS, Manuel: obra citada, pag. 181

⁶⁸ Ibid pag.166

⁶⁹ Ibid pag. 164

⁷⁰ MANSBRIDGE, Jane: *What is the feminist movement?*, Ferree y Martin ,1995, pag. 29

⁷¹ CASTELLS, Manuel:ob. cit. Pág. 214

que se plantea ante el advenimiento de otros valores, otras realidades y otras concepciones, como las que sustentan las luchas de las mujeres.⁷²

A partir de mis observaciones clínicas realizadas en el México metropolitano actual, deseo subrayar una diferencia generacional que es relevante: las mujeres más jóvenes, de menos de 40 años, por sugerir un rango de edad amplio, manifiestan ciertas diferencias con las que ocupamos los casilleros de edad “madura”. Son mujeres menos atentas a la autoridad externa. Menos sometidas a la opinión de los Otros masculinos. Defienden sus derechos como más cerca de la igualdad con los hombres, de lo que lo hacen las generaciones mayores. Algo ha cambiado profundamente en la cultura que hace que estas mujeres defiendan otro tipo de valores.

A veces resulta increíble que ambos tipos femeninos coexistan en un mismo espacio y compartan una cultura que parece la misma, pero sin duda no lo es. Resulta curioso este fenómeno de que en un mismo territorio y en un mismo tiempo cronológico, haya vivencias y procesos de síntesis del interjuego de lo externo y lo interno, tan diferentes. Lo cual da como resultado subjetividades femeninas muy distintas.

Las jóvenes de hoy quieren y defienden formas de vida más libres y placenteras para ellas. Quizás ello conlleve una valoración más egoísta, pero, en todo caso, más congruentemente asumida y menos sometida que la de las generaciones de sus madres y de sus abuelas.

Es cierto que las oportunidades que brinda la cultura son diferentes, con los grandes aportes de la tecnología. Ahora una joven del medio rural puede acceder a una clase a través de una teleconferencia. Lo cual antes era impensable.

Los medios han revolucionado los accesos al saber y con ellos el nivel aspiracional de las personas, incluidas las mujeres, que permite que muchas accedan a la educación y piensen en un futuro independiente, laboral, y no se restrinjan a vislumbrar el casarse y tener hijos como su única posibilidad de desarrollo personal y de vida futura. E incluso aquéllas que sí se han casado, pero tienen problemas dentro de su relación matrimonial, en tanto están insertas en el mercado laboral, y tienen independencia económica, recurren hoy con más facilidad y menos temor a una solución otrora vedada por temida: el divorcio. Por ejemplo, en una investigación realizada en 1998 en la zona metropolitana de la ciudad de México, el 55% de las 300 mujeres

⁷² Ibid, pag.269

empresarias entrevistadas son casadas, pero “...hay un alto índice de mujeres no unidas que alcanza un 45% : viudas, divorciadas y solteras. Esta situación contrasta con la de la población masculina donde el 83% de los empresarios son casados”⁷³ También es cierto que estas jóvenes mujeres han sido criadas y educadas por las mujeres que hoy entran en la categoría de *maduras*. Y que esa influencia de madres que han debido restringirse a los cánones de la cultura tradicional seguramente tuvo algún efecto en estas mujeres *nuevas*. Pero, como todo cambio, esto trae aparejadas otras facetas del fenómeno: hay un aumento de la resistencia a casarse, o a tener hijos.⁷⁴

Hay mujeres que aceptan vivir en unión libre, sin querer contraer obligaciones legales. Hay muchas mujeres que no quieren tener hijos porque ni desean posponer sus planes de desarrollo personal (a nivel de trabajo o de estudios, por ejemplo), ni desean tener que ocuparse de niños que necesariamente significan sacrificios y postergaciones. La maternidad, con ayuda de la píldora en primer lugar, nunca como ahora se ha tornado en algo tan plenamente asumido y decidido por la mujer, sobre todo en los grupos de mayor nivel de educación y mejores posibilidades económicas. Y aun en los grupos más pobres las campañas gubernamentales y de organismos no gubernamentales, apuntan a una “maternidad responsable y deseada”. No a una maternidad por descuido.

Todo esto va cambiando no sólo las estadísticas del número de hijos que se tienen, sino que incluso aparece *el no tener hijos* como algo deseado y elegido, en una sociedad con valores ancestrales acerca de la maternidad “casi” obligatoria. Este es un fenómeno nuevo que causa sorpresa y temor. Quienes lo asumen se arriesgan a ser sancionadas hasta por sus propias madres, que ven en ello algo casi pecaminoso. Sin embargo el ejercicio de dicha libertad permite que estas mujeres más jóvenes y con otros bríos se empoderen más fácilmente y no resignen tantos proyectos personales que, como lo hicieron las generaciones que las anteceden, luego genera rabia y resentimiento hacia el marido y hacia los hijos, a quienes se responsabiliza de las decisiones tomadas y de las posibilidades sacrificadas, y rabia hacia ellas mismas. En ese sentido las mujeres más jóvenes son ahora más congruentes entre lo que desean y lo que llevan a la práctica.

Y, sin duda, debajo de todas estas diferencias con las generaciones anteriores, subyace un sentimiento de mayor estima por sí mismas y una

⁷³ ZABLUDOVSKY, Gina: y de AVELAR, Sonia *Empresarias y ejecutivas en México y Brasil*, México, Porrúa y UNAM, 2001, pag. 170

⁷⁴ Ver datos proporcionados por el INEGI a partir del último censo de población.

ideología que defiende el concepto de equidad entre los géneros con mayor coherencia que muchos de los discursos de ciertas mujeres que, para lograr la tal equidad, debieron renunciar a algunas de las situaciones vividas como “femeninas”, pero en el mal sentido, en el del sometimiento y la renuncia obligatoria. Y entonces renunciaron, pero al revés. Muchas mujeres de las primeras horas de la lucha feminista, renunciaron a la maternidad, por ejemplo, para no replicar el modelo del *sometimiento*. Pero como si no hubieran podido encontrar una manera diferente de ser madres, sin por ello quedar entrampadas en la red de la sujeción.

Y ¿qué pasa con las parejas? ¿Cómo interjuega esta nueva subjetividad femenina en la vida de pareja? Hay un fenómeno de desajuste. Las mujeres jóvenes que sustentan esta nueva mirada acerca de la equidad de géneros, miden cada paso con la vara de la igualdad: si yo hago tal, tú haces cual. Dicha vara adquiere, como es dable esperar luego de tantos siglos de sometimiento, una gran rigidez, pero a la inversa: todo se mide por igual. Todo pasa por el frío análisis de “si yo hago esto, tú haces aquello”. Hay una progresiva desaparición de la espontaneidad, para dar paso a una actitud de medir permanentemente lo que cada quien da por la relación, lo que debería dar, lo que no dio, etc. O sea, que el verbo *dar* se conjuga de manera muy observada y controlada por ambos miembros del binomio. Probablemente son las mujeres quienes asumen este control, más que los hombres. Como si no quisieran caer en tentaciones y repetir los errores de sus madres y de sus abuelas.

Todas estas nuevas miradas acerca de la mujer, su nuevo rol dentro de la sociedad y, en especial, dentro de la pareja y de la familia, tienen su correlato en otros abordajes que reflejan un cambio sustancial en el tratamiento de las cuestiones de las mujeres. Así, por ejemplo, han surgido modificaciones legales interesantes acerca de los bienes generados durante el matrimonio y los derechos de cada cónyuge a los mismos. Tales modificaciones propenden una mejora para las mujeres en cuanto a la obtención de ganancias dentro del capítulo de los bienes y del patrimonio. También han surgido modificaciones que les dan respaldo a las mujeres que, como madres, deben hacerse cargo de los hijos en caso de separación o divorcio. Dicho “respaldo” tiene que ver con lo económico, pero también con funciones que el padre debe asumir y ejercer y de las cuales en el pasado quedaban exentos si voluntariamente no querían ejercerlas. Puede observarse una progresiva tendencia hacia la repartición de los derechos y obligaciones que, como padres, hombres y mujeres debemos asumir, de manera mucho más equitativa y responsable para cada uno de los

progenitores. Y, como remate, en el buen sentido, hay toda una legislación acerca del respeto a los Derechos Humanos que favorece a las mujeres y a los niños de manera franca.

Al considerar todas estas manifestaciones de una nueva cultura de la modernidad pueden esbozarse diversos tópicos que, seguramente, serán objeto de investigaciones en el futuro.

Para finalizar deseo volver sobre un punto que ya mencioné varias veces a lo largo de este trabajo. Pero considero muy importante no perderlo de vista. Las mujeres sólo podrán acceder al empoderamiento si de ellas parte el deseo y la intención. No quiero significar con esto que sea una cuestión voluntarista. La conciencia de la propia sujeción está condicionada, como ya lo señalé a lo largo de este escrito. Tampoco es tarea para atribuirles a los demás. Ni es objetivo de los Otros conseguirlo. Compete a las mismas mujeres hacer los cambios necesarios en la propia subjetividad para acceder a una nueva situación de poder, entendida como autonomía y que he denominado, operacionalmente, empoderamiento.⁷⁵

⁷⁵ En una comunicación personal, el Dr. Fernando Castaños Zuno manifestó la creencia de que este concepto sea cambiado en las ciencias sociales en un futuro. Para este investigador, así como para la Dra. Nora Rabotnikoff, se trata de un concepto muy vulnerable y susceptible de interpretaciones más que científicas, meramente axiológicas.

BIBLIOGRAFIA

- ADORNO, Theodor: *La revisión del psicoanálisis*, Taurus, Madrid, 1965
- ALTHUSSER, Luis: *La filosofía como arma de la revolución*. Siglo XXI, México, 1971
- ALVAREZ DE TOLEDO, Luisa: *Lenguaje y psicoanálisis*, Alonso, Buenos Aires, 1973
- ALCOFF, Linda: Feminismo cultural versus postestructuralismo: la crisis de la identidad en la teoría feminista. En *Feminaria*, Año II, N° 4, Buenos Aires, nov. de 1989
- AMOROS, Celia: *Violencia contra las mujeres y pactos patriarcales*. Pablo Iglesias, Madrid, 1990
- AMOROS, Celia: *Feminismo, igualdad y diferencia*. UNAM, México, 1994
- ARBETMAN, Mirta y MATRAJT, Miguel: La condición de la mujer, el proceso de trabajo y la salud mental. En: MATRAJT, Miguel: *Estudios en Salud Mental Ocupacional*, Taller Abierto, México, 1994
- ARBETMAN, Mirta: *El psicoanálisis, la subjetividad y el contexto sociocultural*. Ensayo presentado en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México, 2001.
- ARDOINO, Jean: *Vers la multiréférentialité en perspectives de l'analyse institutionnelle*, Méridien, Paris, 1988
- BAKHTINE, M. y VOLOCHINOV, V. : *Le marxisme et la philosophie du langage*, Minuit, Paris, 1929
- BAREMBLITT, Gregorio: *Introducao á esquizoanálise*, Biblioteca do Instituto Félix Guattari, Belo Horizonte, 1998
- BEAUVOIR, S.: *Le deuxième sexe*, Gallimard, Paris 1949
- BECK, Ulrich: *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Paidós Ibérica, Barcelona, 1998
- BECK, U. y BECK-GERNSHEIM, Elisabeth: *El normal caos del amor. Las nuevas formas de la relación amorosa*. Paidós Ibérica. Barcelona, 2001
- BENVENISTE, R.: *Problemes de linguistique générale*, Gallimard, Paris, 1974
- BLEGER, José: *Psicología de la Conducta*, EUDEBA, Buenos Aires, 1963
- BLEGER, José: *Simbiosis y ambigüedad*, Paidós, Buenos Aires, 1967
- BOUDON, Raymond (Dir): *Traité de sociologie*. PUF, Paris, 1984
- BOURDIEU, Pierre: *La domination masculine*, Ed. Du Seuil, Paris, 1998
- BOUTET, J. : *Paroles au travail*, Harmattan, Paris, 1995
- BURIN, Mabel: *Estudios sobre la subjetividad femenina. Mujeres y salud mental*. Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1987

- CABANES, Robert : *Perpective de la classe ouvrière brésilienne*. Artículo de próxima aparición en la Revista *Travallier*. París, 2003
- CALVEIRO, Pilar: *Resistencias en las relaciones de poder*. Proyecto de investigación, México, 2001
- CASTEL, Robert: *El psicoanalismo*, Siglo XXI, México, 1980
- CASTELLS, Manuel: *La era de la información. El poder de la identidad*. Siglo XXI, México, 1999.
- CAZES, Daniel: Creación de alternativas en México, UNAM, México, 1999
- COLLIN, Françoise: No Man's Land: Réflexions sur "l'esclavage volontaire" des femmes en Macciocchi María A., *Les femmes et leurs maîtres*, Christian Bourgois, Paris, 1978
- CORIA, Clara: *Las negociaciones nuestras de cada día*, Paidós, Buenos Aires, 1996
- DAYAN-HERRZBRUN, Sonia: Production du sentiment amoureux et travail des femmes, *Cahiers internationaux de Sociologie*, Vol. LXXII, 1982
- DEERE, Carmen Diana y LEON, Magdalena: *Género, propiedad y empoderamiento: tierra, Estado y mercado en América Latina*, Santafé de Bogotá, Colombia. Tercer Mundo Eds. y U.N.-Facultad de Ciencias Humanas, 2000
- DEJOURS, Christophe (compilador): *Plaisir et souffrance dans le travail*, AOCIP, Paris, 1988
- DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Felix: *El Antiedipo*, Paidós, Barcelona 1973
- DE LAURETIS, Teresa : *Alice doesn't*, Indiana University Press, Bloomington, 1984
- DE LAURETIS, Teresa *Feminist Studies/Critical Studies*, Indiana University Press, Bloomington, 1986
- DE LAURETIS, Teresa: *Technologies of gender*, Indiana University Press, Bloomington, 1987
- DE LUCA, Marcelo: *Orígenes, significados y usos del empoderamiento*, comunicación personal. Septiembre 2001
- DE SAUSSURE, Ferdinand: *Curso de lingüística general*, Losada, Buenos Aires, 1983
- DERRIDA, Jacques: *Deconstrucción y pragmatismo*. Paidós, Buenos Aires, 1988
- DEVEREUX, George: *Estudios de etnopsiquiatría General*, Barral, Barcelona 1971
- DORFMAN, Ariel y MATTELART, Armand: *Para leer al Pato Donald*, Universitas ,Valparaíso, 1971
- ERIKSON, Erik: *Infancia y Sociedad*, Paidós, Buenos Aires, 1978

- FENICHEL, Otto: *Teoría psicoanalítica de las neurosis*, Paidós, Buenos Aires, 1957
- FREUD, Anna: *El yo y los mecanismos de defensa*, Paidós, Buenos Aires, 1956
- FREUD, Sigmund: *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1963.
- FROMM, Erich: *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, FCE, México, 1971
- FOUCAULT, Michel: Los intelectuales y el poder, en *Microfísica del Poder*, Anagrama, Madrid, 1979
- FOUCAULT, Michel: *Cómo se ejerce el poder*, La Cultura, México, 1979
- FOUCAULT, Michel: *El juego*, Terán, Barcelona, 1983
- FOUCAULT, Michel, “Nietzsche, Genealogy, History” , en *The Foucault Reader* , Pantheon, New York, 1984
- GARCIA, Rolando: *El conocimiento en construcción*, Gedisa, Barcelona, 2000
- GARCIA REINOSO, D. Consideraciones sobre el duelo. *Revista de Psicoanálisis*. Buenos Aires, Año XIII. Vol. 4, 1956.
- GODELIER, Maurice: *La producción de grandes hombres, poder y dominación masculina entre los baruyá de Nueva Guinea*, Ed. Akal, Madrid, 1986
- GOSLING, Maureen y OSBORNE, Ellen: *Ramo de fuego (Blossoms of Fire)*, Documental sobre las mujeres de Juchitán, Oaxaca. México-Estados Unidos, 2000
- GREER, Germaine: . *El eunuco femenino*. MacGibbon & Kee, Londres, 1970
- GUIDDENS, Anthony et al: *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Anthropos, Barcelona, 1996
- GUINSBERG, Enrique: *Control de medios, control del hombre*, Nuevomar, México, 1985
- HIERRO, Graciela: *De la domesticación a la educación de las mexicanas*, Torres Asociados, México, 1990
- HIERRO, Graciela (comp): *Filosofía de la educación y género*, UNAM y Editorial Torres Asociados, México, 1997
- HIERRO, Graciela: *Ética y Feminismo*, UNAM, México, 1990
- HIERRO, Graciela: *La diferencia sexual. Su expresión en la cultura occidental . Hacia una Ética de la Diferencia Sexual*. Comunicación personal, México, marzo de 2001
- HIERRO, Graciela: *Género y poder*, comunicación personal, México, 2001
- HIERRO, Graciela: *La ética del placer*, UNAM, México, 2001
- HIRATA, Helena: *Dictionnaire critique du féminisme*. : PUF, Paris, 2000

HIRATA, Helena: Travail et affects. Les ressorts de la servitude domestique. Note de recherche. Revista *Travailler* N° 8, París, Martin Media, 2002

HORNEY, Karen: *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, Paidós, Buenos Aires, 1960

IRIGARAY, Luce: *El cuerpo a cuerpo con la madre*, La Sal ediciones de les dones, Barcelona, 1985

JACKSON, Don D.(comp.): *Comunicación, familia y matrimonio*. Nueva Visión, Buenos Aires, 1977

KABEER, Naila: *The Conditions and Consequences of Choice. Reflections on the Measurement of Women's Empowerment*. United Nations Research Institute for Social Development (UNRISD), Discussion Paper (DP 108), Geneva, 1999

KLEIN, Melanie y RIVIERE; Joan: *Las emociones básicas del hombre*, Nova, Buenos Aires, 1960

KLEIN, Melanie: *Desarrollos en Psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1962

LA BOETIE, E. de: *Le discours de la servitude volontaire*. Petite Bibliothèque Payot, Paris, 1993

LACAN, Jacques: *Escritos 2, Siglo XXI*, México, 1975

LAGARDE, Marcela: *Género y Feminismo*, horas y HORAS, Madrid, 1996

LANGER, Marie (compiladora): *Cuestionamos I y II*. Ed. Granica. Buenos Aires, 1971

LARGUIA, Isabel: *La Liberación de la Mujer. Año Cero*, Gedisa, Barcelona, 1977.

LEVI STRAUSS, Claude: *El estructuralismo*, Paidós, Buenos Aires, 1965

Ley del Código Civil para el D.F. en Materia Común y para toda la República en Materia Federal. Art. 289 bis, publicada en La Gaceta Oficial el 25 de mayo de 2001, del Código Civil.

LEON, Magdalena: "El empoderamiento en la teoría y práctica del feminismo", en Magdalena León (comp.), *Poder y empoderamiento de las mujeres*, Tercer Mundo Eds. Y U.N.-Facultad de Ciencias Humanas, Santafé de Bogotá, Colombia, 1997

LIBERMAN, David: *Lenguaje y técnica psicoanalítica*, Kargieman, Buenos Aires, 1976

LIBERMAN, David: Identificación proyectiva y conflicto matrimonial. *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, Año XIII, Volumen I.

LINDON, Alicia: *Acerca de los desafíos metodológicos para las ciencias sociales*, UNAM, México, 2000

MANSBRIDGE, Jane: *What is the feminist movement?* Ferree y Martin. London, 1995

MARX, Carlos y ENGELS; Federico: *Escritos económicos varios*. Grijalbo, México, 1962

MATHIEU N.-C.: *L'anatomie politique. Catégorisations et idéologies du sexe*. Coté femmes, Paris, 1991

MATRAJT, Miguel: *Las enfermedades mentales en la República Mexicana*, Taller Abierto, México, 1987

MATRAJT, M. y ARBETMAN, M: *La condición de la mujer, el proceso de trabajo y la salud mental*, en *FEM*, México, 1990

MATRAJT, Miguel: *Espacio Institucional 1*, Lugar Editorial, Buenos Aires, 1991

MATRAJT, Miguel: *Entre la charrue et l'alcool*, en *Chimeres No. 22*, Paris, 1995

MATTEI, Dogan y PHARE, Robert: *L'innovation dans les sciences sociales*. PUF, Paris, 1991

MATTELART, Armand: *Pensar sobre los medios*, Los libros de Fundesco, Madrid, 1987

MEAD, Margareth. *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, Barcelona, 1979

MICHEL, Aurélie: *Les hommes-femmes de Juchitán*. En *Revista Chimères*. Número 34. París. Automne 1998.

MILKMAN, Ruth: "Women's History and the Sears Case", *Feminist Studies* 12 . London . Summer 1986.

MITCHELL, Juliet: "Women: the longest revolution", en *New Left review*, 40, nov-dic. 1966

MITCHELL, Juliet: *Psicoanálisis y Feminismo*, Freud, Reich, Laing y las mujeres, Anagrama, Barcelona, 1972

MITCHELL, Juliet: *La condición de la mujer*. Extemporáneos, México, 1974

MOLINIER; Pascale : *Feminidad social y construcción de la identidad sexual*. Aparecerá en la *Revista Subjetividad y Cultura N° 20*, México, 2003,

PASSERON, Jean-Claude: *Le raisonnement sociologique*. Nathan, París, 1991

PIAGET, Jean y GARCIA, Rolando: *Psicogenèse et histoire des sciences*, Flammarion, Paris, 1983

PIAGET, Jean y GARCÍA, Rolando: *Vers une logique des significations*, Murionde, Geneve, 1987

PICHON RIVIERE, Enrique: *Del psicoanálisis a la Psicología Social*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1975

POZAS HORCASITAS, Ricardo: *La modernidad atrapada en su horizonte*, M. A. Porrúa y Academia Mexicana de Ciencias, México, 2002

QUINO: *Mafalda*, Nueva Imagen, México, 1977

RACKER, H.: *Estudios sobre técnica psicoanalítica*. Paidós. Buenos Aires. 1960.

- REICH, Wilhem: *Psicología de masas del fascismo*, Paidos, Buenos Aires, 1980
- RICHARD, Nelly: *Masculino/Femenino: prácticas de la diferencia y cultura democrática*, Francisco Zegers Editor, Santiago de Chile, 1993
- RIPA, Yannick: *Les femmes, actrices de l'Histoire*, Sedes, Paris, 1999, pag 10
- RIVIERE, Joan: La féminité en tant que mascarade, en *Féminité Mascarade*, Seuil, Paris, 1994
- RUESCH, Jurgen: *La matriz social en psiquiatría*, Paidos, Buenos Aires, 1956
- SARTRE por él mismo: entrevista realizada al filósofo Jean_Paul Sartre en París, en 1976, por Alexandre Astruc y Michel Contat. Videoteca de Casa Francia en México, D. F.
- SCHNEIDER, Michael: *Neurosis y lucha de clases*, Siglo XXI, México, 1973
- SCHUHL, P.M: *La obra de Platón*, El Ateneo, Buenos Aires, 1958
- SCOTT, Joan: Igualdad versus diferencia. Los usos de la teoría postestructuralista, en *Feminist studies*, Nueva York, vol. 14, número 1, primavera de 1988
- TORT, Michel: *El psicoanálisis en el materialismo histórico*, Ed. Noe, Buenos Aires, 1972
- VENIER, Marta: *Boletín editorial No. 67*, mayo-junio, Departamento de Publicaciones, El Colegio de México, 1996.
- VOLOCHINOV, V.: *La structure de l'énoncé*, Seuil, Paris, 1981
- WEBER, Max: *Sobre la teoría de las ciencias sociales*. Futura, Buenos Aires, 1976
- WINNICOTT, Donald: *The child and the Family*, Tavistock Publications, London, 1957
- WINNICOTT, D.: *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. LAIA, Barcelona, 1958
- WOLHEIM, Robert y HOPKINS Jack (edit): *Philosophical essays on Freud*. Cambridge University Press, Cambridge, 1982
- WRIGHT MILLS, Charles: *La elite del poder*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957
- ZABLUDOVSKY, Gina y de Avelar, Sonia: *Empresarias y ejecutivas en México y Brasil*. Miguel Angel Porrúa y UNAM. México 2001